

357

~~3446~~

Parnaso Ecuatoriano



Antología de las mejores poesías del Ecuador

coleccionadas por

3465
E861

JOSÉ BRISSA —

IMPRESA LAZARINI S.A. de Sotomayor 22



CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y gran premio en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, núm. 166.—BARCELONA



Patrimonio Escritoriano

Antología de las mejores poesías del Bichón

JOSÉ BICHÓN

Es propiedad de la Casa Editorial MAUCCI



CASA EDITORIAL MAUCCI

Este trabajo es propiedad de la Casa Editorial Maucci y no puede ser reproducido sin el consentimiento expreso de la misma. Los derechos de autor corresponden al autor y a la Casa Editorial Maucci.



Alfredo Baquerizo Moreno

EL ULTIMO ADIOS

En mi locura quise maldecirte,
me lo perdone Dios,
en esa negra noche, al dirigirte
mi postrimer adiós;

pero te ví llorar; tu despedida
calmó mi corazón,
y a Dios bendije, porque unió en la vida
lágrimas y perdón.

RIMAS

I

Era la encarnación de mi deseo
clavando en mí sus ojos;
forma ignorada que flotando había
entre los mil fantasmas del insomnio.

Al mirarla, sentí que revolaba
algo negro en mi torno;
después, que mis pupilas se extinguían
de unos labios fatídicos al soplo;

Y atónito, y confuso y delirante,
créeme ciego o loco,
y desde entonces sobre mí se ciernen
como voraces cuervos... ¡esos ojos!

II

Ah! déjame partir. En su ancho seno
luchas ofrece el mar;
me abre lo insondable, lo infinito
de aquella inmensidad.

Ah! déjame partir. Allá las olas
gimiendo me dirán,
cuál de los dos abismos es más hondo:
el corazón o el mar.

III

El por qué de este amor saber intentas;
lo ignoro, vida mía:
sé que nació de un beso, dulce beso
que vibra entre mis labios todavía.

Cuándo este amor acabará, preguntas;
lo ignoro, vida mía:
dile al beso que calle entre mis labios,
y pregunta si te amo todavía.

IV

Duermen las auras en el follaje,
sus hojas pliega la flor gentil,
tímidamente la luna brilla
desde el cenit.

La fuente calla, como escuchando
de extrañas linfas el blando son;
el ave al nido que cubre su ala
presta calor.

De los altivos, frondosos árboles
se vé el suave, pausado vaivén,
y entre sus copas brillante insecto
desaparecer.

¡Oh, qué armonías en el silencio
de aquel paisaje primaveral!
fiesta en los aires, y acá en el suelo
sueños de paz!

Venid vosotros, los trovadores,
cantad ensueños, cantad amor,
noches azules de mis montañas,
noches de Dios.

V

Quise saber lo que en tu alma había,
y me miré en tus ojos,
serena superficie que escondía
la horrible desnudez de lo recóndito.

¿Para qué sondear lo incomprensible,
cielo o abismo? Solo
miraje engañoso es lo visible,
y la sombra—lo negro, oculta el fondo.

VI

Fué el vértigo del mar nuestro delirio,
arrullaron las olas mi pasión,
y al llegar de tu patria a las riberas
quise gritar:—reposa, corazón!

Mas ¡ay! que no lo osé, porque es la lumbre
de una esperanza el pronunciado adiós,
y el alma del poeta tiene un cielo
en el límite inmenso del dolor.

Lira que tiembles entre convulsas manos,
canto que vibra en ritmo desigual,
revelan corazón, que ya en violentas
sacudidas, persigue lo ideal.

Enmudeció mi boca en la partida,

con la mirada dije:—¡Eternidad!
 porque tuvo tu amor, dulce bien mío,
 como el mar, como el cielo, inmensidad.

VII

¿Qué miro? me preguntas.—En mi anhelo
 miro siempre, a merced de mis antojos,
 mucho azul en la bóveda del cielo,
 y mucho azul de cielo en esos ojos.

¿En qué pienso? me dices.—Tristemente
 medito, a solas, presa de un engaño,
 que aquel azul de los espacios miente,
 y son tus ojos cielo, por mi daño.

ANHELOS Y TEMORES

(Imitación de Schelley)

Vaguemos, amor mío
 por el bosque umbrío;
 del astro de la noche a los fulgores,
 te contaré, indiscreto,
 en íntimo secreto
 que tu mirada sorprender debía,
 pensamientos de amor, dulces ternezas,
 que de anhelos nacieron y tristezas;
 pues tengo mis temores,
 es demasiada luz la luz del día.

Lo que en el alma llevo
 oculto con mi ardor y no me atrevo
 a decir todavía,
 tú sola escucharás—mi fantasía
 te soñó como al mar—al diamantino
 resplandor del lucero, tu belleza
 supera en candidez y gentileza;
 a veces te imagino
 un ángel peregrino,
 que vaga en este suelo,
 triste soñando en su perdido cielo,

Cuando el pálido rayo de la luna
 sobre la vieja torre de la aldea

finge arroyos de luz, que se deslizan,
y en el tranquilo lago,
en ráfagas serpea,
al soplo embalsamado
de las auras, que rizan
las mudas ondas, con fingido halago;
el corazón palpita aprisionado
en cándidos destellos, que idealizan
tu pudorosa frente,
resbalando por ella dulcemente,
y en apacible calma,
tímidos en su afán, reina del alma.

¿Quieres conmigo a solas,
en débil barquichuelo, combatido
por las iras del mar, el fiero ruido
oír con que amedentran
las encrespadas olas
que espumosas revientan,
y en agitados tumbos se levantan,
con voz de fragorosas tempestades,
atronando las vastas soledades
del líquido elemento?
¿Adivinar su acento
cuando, en la playa, moribundas cantan
amarga despedida,
que en la brisa es lamento,
¡ay! que recoge el alma estremecida?

¡Ven conmigo a vagar! Y la esperanza
de nuevo animará mi triste canto;
¡deja que sueñe el bardo, en lontananza,
un mundo de pasión en un instante!
¡Queda el delirio, si se extingue el llanto,
en copa de placer, frágil espuma,
recuerdo agonizante,
reliquia de embriaguez, memoria, en suma!

No tardes amor mío,
que, en lánguido desmayo,
la arrebolada tarde se despide,
y el encendido rayo

del sol que se sepulta, alegre mide
de otro horizonte el término sombrío.

Te contaré, indiscreto,
del corazón el íntimo secreto,
lo que pienso a tu lado, vida mía;
pues tengo mis temores
de que, hablando de amores
es demasiada luz la luz del día!...

Adolfo Benjamín Serrano

VERSOS

Mugía el viento; el cárabo en la torre
graznaba soñoliento;
se escurrían las sombras nocturnales
en alas del silencio.

Reinaba en torno la angustiada calma
de todo cementerio;
el cielo no tenía de una estrella
ni el débil parpadeo.

Con voz doliente, murmuraste entonces:
—Qué llenas de misterio,
qué tristes son las noches! Cuando juntos
no estamos, tengo miedo.—

Nos dimos el adiós. En tierra ajena,
ausente de tí, encuentro
más tristes y más solas, alma mía,
las noches del recuerdo!

Yo sé que en sueño con pasión me nombras,
yo sé que a veces con amor me llamas,
cuando recogen las nocturnas sombras
el mudo llanto que por mí derramas.

Yo sé que sufres al saber, bien mío,
que en mi sendero solo abrojos hallo,

que de la duda contra el hosco frío,
en tierra ajena, sin cesar batallo.

Yo sé que vives afligida y triste,
porque tan sólo en mi tristeza piensas;
que la alegría para tí no existe
porque yo tengo penas ¡ay! inmensas.

Mas tú no sabes que jamás me acuerdo
de mis dolores, de mis propias penas:
que de las tuyas al letal recuerdo,
trueco en llanto la sangre de mis venas.

Iba a tus labios a robar un beso
mi pensamiento, y al mirar tu boca
—santuario eterno del pudor—apenas
llegué a besar el rastro de tu sombra.

Escuché el timbre de tu voz y en éxtasis
quedóse el alma, sollozando a solas,
al comprender que nunca ya vería
tornarse en dicha mi esperanza loca.

Esto, sentí en la aurora de mi vida,
cuando el amor es fiebre que devora;
hoy, cuando el frío de los años siento,
ese recuerdo, en joven me transforma.

Corazón mío, un porvenir risueño
soñar te oí, con el candor de un niño,
al dulce ritmo del primer cariño,
al casto beso del primer ensueño.

Mas cuando el néctar del amor quisiste
probar alegre al comenzar la vida,
rotas las alas, la ilusión perdida,
en el abismo del dolor te hundiste.

Y eres tan solo ya un titán vencido
que apenas puede murmurar su queja...

Rompe tu cárcel, el corazón, y deja
que al polvo torne lo que polvo ha sido!

Prefiero a tu palabra que parece
la eólica cadencia de una lira,
tu sonrisa de amor que se estremece
cuando en mis ojos reflejar se mira.

Y a tu sonrisa que el amor se afana
en dibujarla apenas en tu boca,
prefiero el tinte de subida grana
que en tus mejillas el pudor coloca.

Como un ciego que, lejos del alero,
perdido el derrotero,
aquí y allá con el bordón tantea,
sin saber dónde ha de posar la planta,
y sus ojos sin luz triste levanta,
como queriendo divisar su aldea;

ciego del alma, lejos de mi centro,
así, a solas, me encuentro,
desde el instante que el ¡adiós! doliente
sin tu presencia me dejó en la zenda,
sin saber dónde levantar mi tienda,
sin tener dónde reposar mi frente.

Antonio C. Toledo

VEINTE AÑOS

Nunca pensé que, al discurrir tempranas
las horas de veinte años, de repente
estaría mi sien con tantas canas
como quimeras se forjó la mente.

Sofadora niñez, habéis pasado
como bruma impelida por el viento.

Sí, soy joven aún; pero cansado
ya de la farsa terrenal me siento.

Y aunque no doblo aún el agria cumbre
del ingrato vivir, medroso y grave
miro perderse allá mi hogar sin lumbre,
como en desierto mar deshecha nave.

Noches de zambra y estruendosa orgía,
llenas de luz y aromas y mujeres,
en que, al sonar de báquica armonía,
la ancha copa bebí de los placeres:

¿Do se han ido, decid, las ilusiones?
dónde la ardiente fe, do la esperanza?
¿Por qué huyeron las mágicas visiones
que arrullaban mi sueño en lontananza?

Y luego que volcaron mi conciencia
la sed de honores y ambición de gloria,
¿qué me han legado?—Inútil experiencia
y de pesares una larga historia.

No extraño, pues, que ya no me interesen
la fuente con sus lánguidos rumores;
ni, si las auras los follajes mecen,
el suspiro de amor de aves y flores.

Ya no me causan ni placer ni enojos
el despertar rosado de la aurora,
o del día expirante los despojos
que, desde ocaso, el sol triste colora.

La lira que otro tiempo fingir pudo
en acordado son, cabe una reja,
el himno de las selvas, si a ella acudo,
vibra tan sólo lastimera queja.

Hasta el cielo, esa patria prometida
a mi alegre niñez, perdió su encanto;

enfermo traigo el cuerpo; el alma herida,
helada está la fuente de mi llanto!

Y, a impulsos del afán que me tortura,
porque entre el bien y yo media un abismo,
voy sin saber a donde, en mi locura,
amedrentado huyendo de mí mismo!

Alberto Larrea Ch.

DE UN SUEÑO

Yo estaba viejo y solo, el tiempo había
dejado atrás vividos muchos años;
ya mi negro cabello emblanquecía
y el corazón moría
cansado de contar sus desengaños.

Todo era del pasado, y no quedaba
de los recuerdos de los tiempos idos,
sino el de la mujer a quién amaba
allá cuando soñaba
con auroras, con flores y con nidos.

Y quise de mi amor con planta incierta
el camino cruzar, como otros días;
mas solo hallé la sombra de una muerta,
y en la senda desierta
indeciso sesguitar de aves sombrías.

Torné a mirar entonces el santuario
do años atrás guardé su imagen bella,
y pasé muchas horas, solitario,
buscando el relicario
donde hallé mucho polvo... y nada de ella.

Oh! con cuanta ansiedad quise en mi mente
hallar un rasgo de mi bien perdido:
ojos... labios... las líneas de la frente...
algo... más inclemente
templo, imagen y altar borró el olvido.

De pronto desperté; tenía el pecho
hinchado de dolor; con fría calma
palpé temblando de inquietud el lecho;
todo lo hallé deshecho...
menos la imagen de ella: estaba en mi alma!

Alfonso Moscoso

LOS ASERRADORES

Del agrietado tronco de la vetusta encina,
do las orquideas chupan la savia cristalina,
y donde, entrelazadas, van a abrigar los nidos
las plantas trepadoras en haces retorcidos,
sañuda y cadenciosa el hacha corva taja
la palpitante fibra que cruje y se desgaja.

El golpe del acero destrozador, vibrante,
ha *socavado* el árbol que se alza vacilante;
la tarde en amplios iris diluye su tristeza
que en ola enorme rueda sobre la fronda espesa,
y cuando en la ancha costa de bosques tropicales
crispáronse las hojas, temblaron los ramales,
del mar, adormecido la ráfaga salina
tronchó, al pasar ligera, la *socavada* encina.

*

**

En la tupida selva de rico sol bañada,
lago de luz semeja la parte descuajada,
Y en medio el lago, en medio la áurea entraña abierta,
do rígida se cae sonante la hoja muerta,
en las nudosas ramas de basto horcón reclina
el agrietado tronco la corpulenta encina.

En vaivén pausado, del sol a los rigores,
laboran jadeantes los dos aserradores,
Medio inclinado el dorso, la frente hacia la altura,
los brazos levantados: la atlética figura
baña el uno en el polvo del aserrín dorado
que al resbalar la sierra se esparce perfumado.
Sobre el horcón el otro como una estatua hercúlea,

realza sus gruesas líneas la atmósfera cerúlea:
 echado atrás el tronco, la frente hacia la tierra,
 los puños en el pecho, halando de la sierra.
 Los dos tienen los rostros en bronce modelados,
 los pómulos salientes, los labios abultados,
 los negros ojos tristes, la greña lacia, oscura,
 las almas impregnadas de matinal frescura.

En el desnudo pecho que se hincha palpitante
 dibújase el esfuerzo del músculo pujante;
 Y allí no punza el dardo que aguija los anhelos,
 que aviva las nostalgias, que enciende los recelos:
 en sus pupilas hoscas de diáfana negrura
 se ve la austera calma que alienta su alma pura.

Oh!... Los desnudos pechos que se hinchan palpitantes,
 haciendo los contornos de músculos pujantes...

No aspiran de la cumbre los nítidos blancos
 do imprime el sol que muere sus besos de colores;
 de una tristeza ignota no abrásanles las llamas,
 si las marchitas hojas se caen de las ramas;
 no arráncales suspiros arcana penas hondas,
 no buscan el sendero que la esperanza finge;
 no inquietan los abismos; no anhelan de la esfinge
 saber el grave enigma... Sobre la negra oleada
 que pasa tumultuosa, rugiente, desatada,
 sus barcas milagrosas deslizan, mansamente,
 hacia la *mar sin playas* la proa reluciente!

Los pechos que fatigan las rústicas labores
 ánforas son que guardan balsámicos olores.

Cuando la sed humana, sed de igualdad, despierta
 la innata rebeldía, latente, nunca muerta,
 calma el ardor que escuece la sensitiva entraña
 la húmeda y vital onda que llena la montaña.

Cuando la vida plácida ostenta claros soles
 y dentro el alma surgen brillantes arreboles,
 los corazones abren a la ventura humana
 como rosales nuevos que enflora la mañana.
 Y ellos, los que fatigan las rústicas faenas,
 cuando sus broncos nervios crispan amargas penas,
 quizá al clavar los ojos en la azulada comba,
 como a un conjuro, abaten la amenazante tromba.

En la tupida selva de rico sol bañada
 lago de luz semeja la parte descuajada;
 y allí, en vaivén pausado, los dos aserradores
 laboran jadeantes, del sol a los rigores.

Como estandarte inmenso que el aquilón flamea
 la selva inmensurable sus frondas balancea;
 la sinuosa línea lejana de occidente
 con los postreros rayos colora el sol muriente;
 hay floración de rosas en el brillante cielo;
 hay cantos y perfumes en el umbroso suelo,
 y ávidos del reposo que en el hogar se anida
 para encender de nuevo las fuerzas de la vida,
 hacia el sencillo albergue, quizá sin luz ni amores,
 la selva opaca cruzan los dos aserradores.

A MI NEGRA

Se arquean los abanicos
 lucientes de tus pestañas,
 porque temen que la hoguera
 los queme de tus miradas;

y son muy negros, muy negros,
 porque allí, junto a la fragua,
 toman el negro divino
 que tus pupilas derraman.

¡Cuánta negrura, morena!
 Tu pelo es una cascada
 de espumas negras en donde
 la noche obscura se baña:

cascada de espumas negras
 que flotantes se desatan
 sobre la blanda tersura
 de las sedas de tu nácar.

¡Cuánta negrura, morena!
 Si tu frente y tu garganta
 envidiosas de lo negro
 siquiera en sombras se empapan;

y tus hoyuelos se llenan
cuando la risa te embriaga,
de los cálidos crepúsculos
de las tardes perfumadas.

¡Cuánto negro, cuánto negro!...
en tu boca almibarada,
fresas que no tienen hojas
para esconder gracia tanta,

gusta de pintar la aurora
sólo con tintas rosadas,
para mostrar cómo surge
de las sombras la mañana:

de las sombras deliciosas
de tus mejillas lozanas,
nieblas que esconden los albos
brillos de la luna blanca.

Tus lunares, esas gotas
que el clavel de carmín sangra,
son negras constelaciones
que alumbran lo hondo del alma.

Y es una gloria tu risa
que en arpegios se desgrana,
como los cantos que alegran
las medias tintas del alba.

Pero tus ojos tan negros!...
pero tu boca aromada!...
Nadie tiene, morenica,
como tú, la sal de España.

¿Y sabes lo que yo creo?
Que Dios ha puesto en tu cara,
una gotita de infierno
y un mar de divina gracia.

Pero escóndete, morena,
oyes? no salgas de casa:

si el cura de la parroquia
llega a mirarte la cara,

va a predicar el domingo
que el cielo es una patraña,
porque ya Dios ha escogido
el infierno por morada;

y entonces?... Piensa cuán honda
sería mi pena amarga,
al ver que todas las gentes
quisieran ser *condenadas*.

EL VIEJO DE LA ESQUINA

Altar de luz donde el dolor oficia,
llamo a la esquina blanca
que brufe el lampo de oro que se cuele
por la angosta calleja de mi casa.

Allí, cuando derrocha sus tesoros
el sol de la mañana
y las ráfagas frías de la aurora
baten aún las transparentes alas,

se para el viejo cuyos glaucos ojos
cercan rojizas manchas
y encapotan los párpados rugosos
que besa el pelo de sus cejas lacias.

La áspera barba gris al retratarse
sobre la esquina blanca,
finge contornos de un león gigante
que al sol calienta su dormida rabia...

Allí se para el viejo; y en la rubia
fulgurante cascada,
vigoriza la carne entumecida,
empapa la angulosa indumentaria;

y en tanto los ardores germinales
de la celeste llama—

beso de gloria que a la par disipa
el frío de las venas y del alma—

Hieren las hocas sombras de taberna
que giran apretadas
bajo la frente, surge para el viejo
de sus memorias viejas la luz pálida:

Labios de hoguera en que el amor transforma
el corazón en ascua,
y en que elabora sus más puras mieles
la juventud florida: luz que irradian

dos húmedas pupilas más serenas
que la comba azulada
en que se expande el nacarino efluviio
de la infinita placidez del alba:

lejanos ecos que a compás repiten
canciones de esperanza
cuyas notas de perlas desgranaron
los sonrosados labios de la infancia.

Y en mágico desfile van pasando
las visiones aladas
que, del recuerdo los seducidos pliegues
al distender, seducen la mirada

con las alegres tintas luminosas
del amplio panorama
de juventud ardiente, primavera
que la de abril más fúlgida y rosada.

¡Ay, volandera ronda de visiones,
que a la tarde del alma,
paseáis la antorcha funeral que un día
lució la esplendidez de la mañana!

¡Oh vanidad del todo!.. ¡Cómo dejan
un reguero de lágrimas,
el dorado garlito del ensueño
y el mentir celestial de la esperanza!

¡La hermosa mano que besamos trémulos,
 la mano delicada
 do se visten de seda las caricias,
 entre las sombras el puñal recata
 con que nos hiere pérfida!... ¡oh quimérica,
 oh libertad menguada,
 dónde está tu poder ¡ay! dónde, dónde,
 cuando un turbión de sombras nos arrastra

por una agria pendiente, y es en vano
 que fulja la luz clara,
 si nos cegó con rosas y jazmines,
 asaz traidora, la ternura humana!...

¡Oh, la ilusión bendita!... ¡oh, el anhelo!...
 abrumadoras cargas
 que en el amargo viaje de la vida
 aumentan el rigor de la jornada!...

¡Oh la vida... la vida!... Pensó el viejo
 y orlaron su frente alba
 profundos surcos de dolor. Sus labios
 contrajo de la muerte la nostalgia;

y de pronto inundó su faz hierática
 una atroz carcajada,
 y mirando hacia el cielo, lentamente
 se alejó por la calle de mi casa.

MI CANCION DE AÑO VIEJO

Pendientes de la mano nacarada
 La cestilla y la hoz,
 la blanca segadora, sonriente,
 se va a mi corazón.
 Las uvas hinchadas de jugo sabroso,
 las áureas espigas rizándose al soplo
 del viento a que baña la lumbre del sol...
 A coger, a coger
 fruta almibarada, sazonada mies!

Abrió el surco fecundo la esperanza
 con su reja de luz,
 regó el ensueño la simiente fresca
 una mañana azul.
 ¡Cómo habrá rasgado la savia prolífica
 los senos arcanos que guardan la vida,
 si ardió a calentarlos fe de juventud!
 A coger, a coger
 fruta almibarada, sazonada mies!

Los senderos bordados por las flores
 que revienta el rosal;
 lleno el ambiente del fecundo vaho
 de aromosa humedad;
 vibrantes y lustras mil alas de seda;
 movible el enjambre, llamando a la siesta
 con su perezoso, lánguido zumbar...
 Ven, segadora, ven,
 te aguarda la espiga, te espera la miel.

Pendientes de la mano nacarada
 la cestilla y la hoz,
 la segadora blanca: mi memoria,
 llegó a mi corazón.
 La hincaron las zarzas, las zarzas arteras,
 las zarzas del campo cubierto de nieblas
 que lentas plegaban su denso girón.
 Con perezoso andar
 la espuma del cielo, la niebla se va.

Ascendieron las nieblas la montaña
 del lejano confín,
 y allí orlaron las crestas y el barranco
 con su plumaje gris.
 Y mostróse el yermo que el viento cruzaba
 los pámpanos secos llevando en las alas,
 hacia un mundo helado que no tiene abril.
 La muerte doquier,
 por doquiera olvido, silencio, aridez.

Oh! blanca segadora melancólica,
 que soñaste un edén

y viste yermo el campo de esperanzas
que nacieron ayer,
torna al pensamiento, torna al frío alcázar
do nunca sus iris quiebra la luz blanca,
do, si todo es claro, todo sabe a hiel!...

¡Qué negro y triste está
el hondo vacío de mi soledad!

Aurelio Falconí

SANGRE LATINA

Aún perdura en mi sangre latina
la que engendra a los hombres de combate,
la que convulsa en las arterias late
cuando en el solio la Maldad domina.

Ella me alienta a la sagrada inquina
y a la venganza trágica que abate
el mancillado rostro del Magnate
que a todas las virtudes asesina.

Es la sangre latina la que siento
que convierte en hoguera el pensamiento
y da vigor al músculo dormido;

la que, ante la amenaza de la espada,
mantiene la soberbia en la mirada
y en los labios el germen de un rugido.

LOS NEVADOS

Destácanse en la andina cordillera
las blancas moles do se hacina el hielo
y en silencio infinito bajo el cielo
se embozan con la nube pasajera

y entonces son la colosal quimera
impenetrable, que, con torvo celo,

esquiva su misterio a todo anhelo
y su sueño de sombras nada altera.

Mas cuando el viento sus fanfarrias toca
y a las nieblas espanta en turba loca,
fulguran sobre el Ande los nevados

con magia sorprendente y luminosa,
como inmensos diamantes engastados
en el torso de sierpe fabulosa.

NOTA DE COLOR

Como maravillosa catarata
en que vibrara el himno de un connubio
la luz en un fantástico diluvio
sobre el paisaje su raudal desata

y preludia el follaje una sonata
vivaz bajo el prestigio del efluvio
cual si en su alma prendiese el astro rubio
la llama de un delirio que arrebatara.

Florece el ensueño y la alegría
como un bello milagro de armonía
en el claro conjunto del paisaje

y en el suelo se ve temblar en coro
una invasión de mariposas de oro
al filtrarse la luz por el ramaje.

AIRE DE ROMANZA

Del parque en las extensas callejuelas
cubiertas por el ala de la fronda,
fingen las brisas el amor que ronda
entonando apacibles cantinelas

por el ambiente pleno de cautelas
misteriosas, cruzar se siente una onda
de algún perfume que el recuerdo ahonda
de amadas y románticas esquelas.

Y en incesantes y armoniosos giros
vagan allí los férvidos suspiros
que condensaron la pasión excelsa.

Y el cisne soñador, remando paso,
sobre el dormido lago sueña acaso
con la divina y amorosa Elsa.

LO TRISTE ES ASI

Pone la luz del sol en las desiertas
amplitudes del valle una sonrisa
y hasta la charca lívida improvisa
una canción entre sus linfas muertas.

La bruma gris emigra de las yertas
orillas, como lárquida y sumisa
bandada que al impulso de la brisa
fuese en busca de márgenes inciertas.

Y cerca del juncal que el viento mece,
como sagrado loto que florece,
sureg una garza que a la nieve iguala.

E inmóvil, abrazada a sus quimeras,
sueña quién sabe en qué blancas riberas
oculta la cabeza bajo el ala.

LAGO SOMBRIO

La apacible vertiente cristalina
—verso de ensueño de la azul montaña—
formó al llegar a la hondonada hurafia
una lámina tersa y zafirina.

Las transparencias fueron paulatina-
mente tornándose en negrura extraña,
cual si filtrado hubiérase en su entraña
una bruma fatídica y daña.

Ni las rosas del alba ni la brisa
han logrado forjar una sonrisa
en ese espejo de tristeza ahito.

Quizás en él florezca un sueño blondo
cuando deje de ser oscuro y hondo
bajo el prestigio azul del infinito.

FIESTA FLORAL

Tu jardín está en fiesta dulce Flora
y Amor sonríe en  el a nuestra vida
en la visión espléndida y florida
brindándonos la miel consoladora
en la corola de perfume henchida.

En  el la gracia del matiz risueño
y el encanto de místicos olores,
en un ambiente de áureos resplandores
entretejen la gloria de un ensueño
para numbar un  mbico de amores.

 Oh! flores del amor ing nuas, francas,
como explosión serena de alegría
cuando se abren los párpados del día,
románticas princesas, rosas blancas,
todo luz y belleza y armonía!

Margaritas de nieve, albos jazmines
que, al lado de la novia soberana,
sueñan quién sabe en qué dicha lejana,
escuchando sollozos de violines
en la discreta y ojival ventana.

Melancólicos nardos
que insomnes bajo el brillo macilento
de la luna, su queja dan al viento
pensando con la flor amada. Bardos
de los jardines del Renacimiento.

Lises de real progenie, pulcros finos,
hermanos de los cisnes ideales;
deslumbrantes con t nicas astrales
tristes viven cual príncipes divinos,
añorando glorietas siderales.

Nocturno loto de perfume aciago
que a la luz de la luna que decora
las márgenes en donde el Ibis ora,
cual blanca sombra de contorno vago
del samurai sus desventuras llora.

¡Oh! flores cuyo espíritu idolatra
la voluptuosa faz de la tortura;
flores que en medio a la pasión oscura
mueren junto a la trágica Cleopatra
sangrando en un espasmo de locura.

Labios en que arde pasional hoguera
al influjo de una ansia que rebosa;
rojos claveles, llama caprichosa
cuyo viso inquietante desespera
del deseo a la frágil mariposa.

Flor de las amorosas añoranzas,
azul myosotis de sutil esencia,
que con místicos ojos de inocencia
nos sugiere tranquilas lontananzas
que hacen dulces las horas de la ausencia.

Piadosas siempre vivas,
que cuando Olvido los sepulcros sella
y borra del amor la última huella,
surgen junto a las tumbas, pensativas,
abriendo de sus cálices la estrella.

Flores de la campiña,
eglógicas zagalas,
que sin poseer las imperiales galas
felices viven con que Amor las cifa
y bese con el raso de sus alas,
mientras viva en la flor la primavera.

* * *

Que por tu gracia oh diosa! siempre broten
como en un sueño en que el ideal prospera,
las gemas con sonrisa duradera,
y no habrán ilusiones que se agoten

SALON ANTIGUO

Tiene el amplio salón el grave aspecto
de todo lo que siempre está impregnado
del olor sugerente del pasado
que en el alma despierta algún afecto.

Forman conjunto armónico y perfecto
adornos de valor y el decorado
y con los muebles de nogal tallado
el diván confortable y predilecto.

En la pared, velados los espejos
parecen ojos de mirar ya viejos
y que se atedian del presente triste.

Y un alma de mujer leve cual sombra,
se siente atravesar sobre la alfombra
en busca de un amor que ya no existe.

FUGA DOLIENTE

La nave. De pronto parece un gran sueño
de sombra, que inmóvil mirase el zafir
de los horizontes repietos de ensueño
que el ansia no llenan de amar y vivir.

Parece que piensa, parece que duerme
la nave en el puerto tranquilo y azul;
dijérase una ave acuática, inerme,
que añora el encanto de algún Stambul.

Y luego la agita un férvido anhelo;
la inquieta lo ignoto del cielo y del mar
y el ave y el sueño preparan el vuelo,
pues los corazones no cesan de amar.

Se aleja, se ausenta. La blanca ribera
se apena; se agolpan las olas y son
sus hondos rumores, de amor y de fiereza,
como una elegía con son de canción.

Como alas que luchan con honda tortura
se dan los pañuelos la frase final,
¡No hay grito que vibre con tanta ternura
cual grita lo blanco de alada señal!

Se aleja la nave fantástica y sola;
las blancas gaviotas se alejan en pos
de miedo a la playa que ausencia desola,
¡No saben las almas decirse el adiós!

Aurelio Román

LA MUSA DE TEZ PALIDA

La musa de tez pálida y enferma,
la de dulce mirar entristecido,
que, como en sueños, hace mucho tiempo,
fugitiva pasó por mi camino;

bajo un rayo de luna la ví anoche
fantástica cruzar; y en el abismo
sin luz, de mis tristezas, brilló un lampo
de lejanos recuerdos confundidos...

Con su suave mirar de ensoñadora,
de estrellas temblorosa en el vacío,
disipóse, ligera, como un sueño
del que apenas se guardan los vestigios.

La albura de su veste hecha de luna
y transparentes velos desceñidos
desapareció también como ese lampo
que, dulcemente, entristeció mi hastío.

¿Acaso has muerto ¡oh! dulce fugitiva
y, piadosa, has tornado a mi camino
a dejarme los últimos fulgores
de tu suave mirar entristecido?

Alberto M. Gómez

CREPUSCULAR

Las ráfagas se pierden a lo lejos...
Se pierden con la luz... En la maleza
acariciando los arbustos viejos
ruedan ondas de lánguida tibieza.

Y borrando el perfil de esas colinas,
en vasto anfiteatro colocadas,
van posando girones de neblinas...
pájaros gigantescos en bandadas.

Nocturnos habitantes de la altura,
se acogen al estadio de lo inerte;
y en sus manchones de apagada albura
ocultan el fantasma de la muerte.

Ora, cediendo a una atracción secreta,
se apiñan, se confunden y descienden,
ora en anhelos de intangible meta
al cielo el cuello entumecido tienden.

Fingen a veces gélidas regiones
de lóbreguez y soledad polares,
y un lento desfilas de osos hambrones
que solazan su tedio entre los mares.

Mas luego, es un sudario ceniciento
que con extraña lentitud se abate,
para atenuar el soporoso aliento
que en el misterio de las sombras late.

No turban la quietud de este santuario
en que offician la calma y el reposo
el agudo silbar del solitario
ni el clamor de las ranas angustioso.

Ni alumbran la negrura del ropaje
las trémulas vislumbres del ramaje,

ni la viviente luz del *ninacuro*,
en que se envuelve el oficiante oscuro

Y en el ambiente de angustiosa calma
de estas horas de asfixia y de mareo
en oleaje incesante llega al alma
un soporoso y mágico aleteo.

Oleaje de un ansia indefinida
entre recuerdos mustios y borrosos
que vierten en el ánima oprimida
la nostalgia de mundos luminosos.

Después, entre miradas de diamantes,
de sereno fulgor se inunda el cielo...
La bandada de pájaros gigantes
en tímido tropel levanta el vuelo

Y el espíritu, entonces, desatado,
al despertar de su letal mutismo,
sueña con el fulgor de lo Increado
ante la luz del infinito abismo...

Las ráfagas huyeron lejos... lejos...
Huyeron con la luz. En la maleza
acariciando los arbustos viejos
ruedan ondas de lánguida tibieza.

Y en los inmensos y lejanos mares
hay luces tembladoras e indecisas;
como si las antorchas estelares
sintieran el soplar de mansas brisas.

Arturo Borja

VISION LEJANA

¿Qué habrá sido de aquella morenita,
—trigo tostado al sol— que una mañana
me sorprendió mirando su ventana?
Tal vez murió, pero en mí resucita.

Tiene en mi alma un recuerdo de hermana
muerta. Su luz es de paz infinita.
Yo la llamo tenaz en mi maldita
cárcel de eterna desventura arcana.

Y es su reflejo indeciso en mi vida
una lustral ablución de jazmines
que abre una dulce y suavísima herida.

¡Cómo volverla a ver! ¿En qué jardines
emergerá su pálida figura?
Oh, amor eterno el que un instante dura!

MUJER DE BRUMA

.... comme le souvenir
d'un grand cygne de niege aux longues, longues plumes.
SAMAIN

Fué como un cisne blanco que se aleja
y se aleja, suave, dulcemente
por el cristal azul de la corriente,
como una vaga y misteriosa queja.

Me queda su visión. Era una vieja
tarde fría de lluvia intermitente;
ella, bajo la máscara indolente
de su enigma, cruzó por la calleja.

Fué como un cisne blanco. Fué como una
aparición nostálgica y alada,
entrevista ilusión de la fortuna...

Fué como el cisne blanco y misterioso
que en la leyenda de un país brumoso
surge como la luna inmaculada.

TE HARE UNA RIMA

Te haré una rima de encaje con sutil hilo de luna,
cantaré a tus ojos puros una canción de cristal
y soñaré con el oro de tus cabellos en una
mañana primaveral.

Te evocaré yo a la grupa de un negro corcel de ensueño
 conducido por el mago caballero Lohengrín.
 Tendrán tus hondas pupilas ese místico beleño
 de las vírgenes del Rhin.

Serás una dogaresa veneciana. Por la noche
 te cantará barcarolas algún pobre trovador,
 y se unirá a la del bardo que te dice su reproche
 la canción del ruisenior.

...y repasando tus sueños por ignoradas riberas,
 en la tarde, bajo el fuego de un crepúsculo estival,
 recordarás a un bohemio que un día quiso que oyeras
 una canción de cristal.

ROSA LIRICA

Prende sobre tu seno esta rosada rosa,
 ébria de brisa y ébria de caricia de sol;
 para que su alma entera se deshoje amorosa
 sobre la roja y virgen flor de tu corazón.

Tu hermana Primavera cante un aria gloriosa
 ensalzando tus quince años en flor;
 y las Hadas, en coro, celebren la armoniosa
 gracia de tu mirada de luz y de fulgor.

Que el Ideal te guíe por todos sus caminos,
 él, a su vez, guiado por tus ojos divinos
 y que anide por siempre en tu alma el amor,
 para que sea tu vida bella como la rosa
 rosada y perfumada que se muere amorosa
 sobre la roja y virgen flor de tu corazón.

POR EL CAMINO DE LAS QUIMERAS

PARA ELLA

Fundiendo el oro
 de tu belleza con el tesoro
 de mi tristeza,
 fabricaré yo un cáliz de áurea realeza

en donde, juntos, exprimiremos
el ustorio racimo de los dolores,
en donde, juntos, abrevaremos
nuestros amores...

Será una copa sacra. Labios humanos
no mojarán en ella;
decorarán sus bordes lirios gemelos como tus manos,
como tus labios habrá pétalos rojos,
y en su fondo un zafiro que fué una estrella
como tus ojos...

El sortilegio
declinará. La magia de nuestro encanto
tendrá un veneno de sacrilegio;
la última gota
la absorberemos, locos, mezclada en llanto;
la copa, rota,
se perderá, camino de las quimeras...
Tú estarás medio muerta. Mi último beso
morirá en tus ojeras...
Mi último beso
se alejará, camino de las quimeras...

EN EL BLANCO CEMENTERIO

En el blanco cementerio
fué la cita. Tú viniste
toda dulzura y misterio
delicadamente triste...

Tu voz fina y temblorosa
se deshojó en el ambiente
como si fuera una rosa
que se muere lentamente...

Ibamos por la avenida
llena de cruces y flores
como sombras de ultravida
que renuevan sus amores,

Tus labios revoloteaban
como una mariposa,

y sus llamas inquietaban
mi delectación morosa.

Yo estaba loco, tú loca,
y sangraron de pasión
mi corazón y tu boca
roja, como un corazón.

La tarde iba ya cayendo;
tuviste miedo y llorando
te dije:—Me estoy muriendo
por tí, que me estás matando.

En el blanco cementerio
fué la cita. Tú te fuiste
dejándome en el misterio
como madre, solo y triste.

MADRE LOCURA

Madre Locura, quiero ponerme tus caretas,
quiero en tus cascabeles beber la incoherencia,
y al ritmo de sonajas y al son de panderetes,
frivolizar la vida con divina inconsciencia.

Madre Locura, dame tu privilegio y gracia
de las peroraciones y las palabras rotas;
tus hijos—¡oh, Poetas!—forman la aristocracia
de la risa que llora contorsionando jotas.

Sólo amargura traje del país de Citeres...
Sé que la vida es dura, y sé que los placeres
son libélulas vanas, son bostezos, son tedio...

Y por esto, Locura, yo anhele tu remedio,
que disipa tristezas, borra melancolías,
y puebla los espíritus de olvido y alegrías...!

BAJO LA TARDE

¡Oh, tarde dolorosa que con tu cielo de oro
finges las alegrías de un declinar de estío,

¡Tarde! Las hojas secas en su doliente coro
van llenando mi alma de un angustioso frío.

La risa de la fuente me parece ser lloro;
el aire perfumado tiene aliento de lirios;
añoranzas me llegan de unos viejos martirios
y a mi mente se asoman unos ojos que adoro.

Negros ojos que surgen como lagos de muerte
bajo la sombra trágica de un cabello obsidiano,
¿por qué esa obstinación en dejar mi alma inerte,
turbando mis deliquios con su mirar lejano?
...Sigue fluyendo pena de la fuente sonora...
Ha llegado la noche... Pobre alma mía, ¡llora!

VOY A ENTRAR AL OLVIDO

Voici le masque pour la fete du mensonge.

HENRI DE REGNIER

Hermano, si me río de la vida y sus cosas,
notarás en mi risa cierto rezo de angustias,
sentirás las espinas que hay en todas las rosas,
comprenderás que casi mis flores están mustias.

Yo pongo a los cipreses de mi sendero, ahora,
una doliente gracia contradictoria y llena
de la azul ironía que aprendí de la Aurora,
que es hija de los rojos Crepúsculos de pena.

Se apagaron aquellos ojos que sonrieron,
diabólicos y brujos detrás de una ventana,
y esta tarde yo he visto que en mi jardín murieron
pobres rosadas rosas que enterraré mañana.

Indiferentemente tiene mi herida abierta
el dorado veneno que me dió esa mujer:
voy a entrar al olvido por la mágica puerta
que me abrirá ese loco divino Baudelaire!

ARIA GALANTE

Para tí mi pensamiento,
para tí mi corazón,

para tí, flor de tormento,
mi pasión.

Y que los cercos violados
que a tus ojos hechizados
aureolan de suplicios,
viertan en mí, alucinados
maleficios.

Porcelana de ilusiones,
tu palidez...
Me da claustrales visiones
tu languidez...
y tu labio colorado
que has mojado
en sangre de corazones,
es una flor de pecado
de un jardín de tentaciones.

¡Princesa de mis quimeras,
que tus moradas ojeras,
que tu inviolada blancura
y la llama de tu boca,
sean blasón de mi loca
desventura!

Y recuérdalo, Princesa,
que mi amor te canta y reza:
para tí mi pensamiento,
para tí mi corazón,
para tí flor de tormento,
mi pasión.

PRIMAVERA MÍSTICA Y LUNAR

El viejo campanario
toca para el rosario.

Las viejecitas una a una
van desfilando hacia el santuario
y se diría un milenario
coro de brujas, a la luna.

Es el último día
del mes de María.

Mayo en el huerto y en el cielo:
el cielo, rosas como estrellas,
el huerto, estrellas como rosas...
Hay un perfume de consuelo
flotando por sobre las cosas.
Virgen María, ¿son tus huellas?

Hay santa paz y santa calma...
sale a los labios la canción...
El alma
dice, sin voz, una oración.

Canción de amor,
oración mía,
pálida flor
de poesía.

Hora de luna y de misterio,
hora de santa bendición,
hora en que deja el cautiverio
para cantar, el corazón.
Hora de luna, hora de unción,
hora de luna y de canción.

La luna
es una
llaga blanca, y divina
en el corazón hondo de la noche.

¡Oh luna diamantina,
cúbreme! Haz un derroche
de lívida blancura
en mi doliente noche!
Llégate hasta mi cruz, pon un poco de albura
en mi corazón, llaga divina de locura!

El viejo campanario
que tocaba al rosario
se ha callado. El santuario
se queda solitario.

Angela Caamaño de Vivero

SONETO

Aunque gimo entre mares de amargura,
mi corazón acoge la memoria
que intenta iluminar mi senda oscura
al reflejo del templo de la historia.

Mas, si acepto animosa tal ventura,
es porque busco un lauro de victoria,
para un sér que ataviaba la ternura
con las flores y luces de la gloria.

Poned, pues, a mi lado y albedrío,
una aureola bellísima y divina
para el nombre que vive con el mío.

Pues la inmortalidad que mi alma adora,
no es la que brilla en Safo, ni Corina,
sino en Beatriz y Laura y Eleonora.

Antonio Merchan

A LA MUERTE

Cuando tú soples, silenciosa y muda,
la vital llama que en el pecho oscila,
y sienta ya mi lánguida pupila
cerrarse al peso de tu mano ruda;

rasga las sombras de la negra duda
en donde débil la razón vacila,
y de otros mundos a la luz tranquila
muestra a mi mente la verdad desnuda.

Haz que su flama vívida descienda
a los abismos de la duda impía,
que en sus fulgores la razón se encienda.

Y ardiente avive la esperanza mía,
para que el alma a su esplendor comprenda
que es verdadero el porvenir que ansía.

Angela C. de Maldonado

EL ANILLO NUPCIAL

El humilde aro de plata que me diste enamorado,
y en estrecho cerco encierra tu promesa y mi promesa,
con las dulces remembranzas que despierta del pasado
me consuela en largas horas de infortunio y de tristeza!

Como cinta que ató flores entreabiertas y fragantes,
y después sostiene el ramo seco, mustio, deshojado,
el bendito aro de plata que me diste enamorado
¡sólo guarda hoy el recuerdo de los votos más amantes!

Del olvido y sueño eterno, cuando llegue noche triste,
y yo duerma al pie de un Cristo, sobre féretro de rosas,
quiero que aun brille en mis manos, por la muerte amarillosas,
¡el querido aro de plata que con tanto amor me diste,
encerrando en cerco estrecho mil promesas amorosas!...

Alfonso Pallares

HUASICANA

(PEQUEÑO POEMA INDIANO)

La mañana era hermosa. La mañana
era azul y radiante. Su belleza
lucía como clámide de oro
coronado por mágica turquesa.

Peñascos de dureza formidable,
por fresca trepadora revestidos;
árboles de ramaje enmarañado
de seda luminosa florecidos.

El *Guayas* deslizando sus cristales
mansamente, callado,
como callan los lazos de la noche
en la calma de un cielo despejado.

Y el ancho mar aborujado en brumas
poblado de bajeles pescadores;
lejanamente, el horizonte, como
una faja de blancos resplandores.

Sofidoras piraguas balanceando
sus antenas románticas... pereza
de la hora sonámbula, y el indio
pensando en *Huasicana*, la belleza

de moreno color, de negros ojos,
de boca tan sedosa y tan pequeña,
de seno tan redondo y provocante,
tan cálida y locuaz y zahareña:

como el dorso feraz de sus montañas,
como las rosas del solar querido,
como la gracia de la lluvia cuando
tiende a la sierra su sendal lucido!

Una mañana, pues, como otras muchas
en que todo de sol y poesía,
en que el enfermo corazón evoca
el trágico poema de *MARIA*.

En que todo es sabroso y aromoso
como una suave y rústica ternura
con esa dulcedumbre asaz morena
de la criolla y fragante *raspadura*.

Humo que sale de la fronda húmeda,
la negra tierra que vapor respira,
el torreón que sueña con los cielos
en cuna gris y fabulosa expira.

En esa dulce paz de la serrana
maravilla del campo toda amores

sucedió la leyenda que el poeta
quiere contar en rimas y colores.

II

Otros días que el indio no recuerda
sorprendió en *Huasicana* una mirada;
una mirada a cierto blanco pobre...
¡y que por eso no supuso nada!

Mas corrieron los días
y *Huasicana* sin cesar miraba
al blanco pobre aquel que no era el indio
con quien casada estaba.

Y fué hacia ella a preguntarle:—Mira
hace tiempo pienso... que no quieres...
¡No sé! ¡no sé! ¡que pienso que te pones
malaza como todas las mujeres!...

Y la mano del macho ardiendo en celos
cayó en la cara de la india.
De pálida que estaba se tornó roja
y dió a llorar desecha en la congoja.

Mas de repente disipó su llanto
y le dijo con calma:
—Pon la mano feroz en ésta cara...
porque yo he de ponértela en el alma!

III

La noche silenciosa,
El *Gwayas* deslizado los cristales
cuando volvió remando cautelosamente
salió un bajel de los juncales.

Y en él una figura blanquecina...
Acaso el blanco pobre que viajaba
hacia otro lar del trópico
acompañado por la india brava.

IV

Agitada la fronda
 por un paso seguro acelerado...
 El indio disparó desde lo obscuro
 su mortífero dardo envenenado.

Huasicana cayó desfallecida
 en los brazos amantes...
 Todo en silencio... pálidos testigos
 en el cielo los astros rutilantes.

V

Al día siguiente... la mañana hermosa
 llena de luz, de brumas, de colores,
 el rocío brillando entre las flores,
 la mar inmensa, linda, silenciosa.

Es el burgo corriendo la aventura
 de la fatal y hermosa Huasicana
 gentil como una fúlgida mañana,
 fatal como una noche de pavora!

ANHELOS

Quisiera ser la gota de rocío
 que llora el alba ausente de la noche,
 para posarme con amor, bien mío,
 de la flor de tus labios en el broche.

Quisiera ser luciente mariposa,
 alada flor de tu jardín ameno,
 en torno tuyo revolar ansiosa
 y quemarme con las llamas de tu seno.

Ser quisiera abanico de diamantes
 donde sepultes los matices rojos,
 aspirar la diéha en tu semblante
 y el fuego que se despide de tus ojos.

Ser quisiera la hierba aljofarada
 que el soplo blando de la brisa mueve,

sentirme por tus pasos agitada,
besar tu planta de apretada nieve.

?....

Cuando regreses de Ambato
y mires en el camino
aquel árbol do pasamos
aquellas horas de olvido:

piensa en el amante que
lleva en el alma un recuerdo,
que mientras viva será
del pasado su lucero.

Alejandro Andrade Coello

EPISTOLA

I

Amiga:—Nuestras almas fraternales,
arpas unidas por un mismo afecto,
al unísono están. Como palomas
que al amor de la estrella vespertina
ledas se arrullan, tal nuestros espíritus,
con inefable unción. Los ideales,
cual torres de marfil, dan sus ventanas
a la luz del mismo astro. Juntos vemos
lontananzas de gloria y de belleza,
horizontes del arte. Nuestro nido—
nido de almas, ensueños y saudades—
nadie visita: es palomar excelso
para sólo fraternos corazones,
al cual no llega el fango de este mundo,
ni el bullicio de bajos contendientes,
de la vil ambición y el odio esclavos.
Tan alto está, que piérdese en la bruma
de la ilusión. Si vuelan los señuelos—
nuestras dulces y puras esperanzas—
suben, suben muy alto... allá se posan...

II

Quiteñita de mi alma, blanco lirio
que sembré en los jardines del espíritu
para mí solo. En tardes silenciosas,
libres de ojos de envidia y de testigos,
le riego con mis lágrimas. Afanes
de mi amor y desvelos infinitos
son para el albo lirio. Si él arraiga
en mi pecho, no habrá quien me lo arranque.
Si a mi muerte la planta se marchita,
que a orillas de mi tumba reflorzca.
Contados son los días terrenales,
todo es fugaz como una flor de espino:
sólo hay algo que vive eternamente:
el lirio del pensil de los espíritus,
el palomar excelso de los sueños
y el arrullo ideal de almas gemelas.

III

¡La muerte! ¿Y qué es la muerte, si un segundo
las almas comulgaron en su cielo?
¿Recuerdas la leyenda de aquel monje
para quien un momento valió un siglo?
Cantará el ruiseñor: si le escuchamos
un instante no más, venga la muerte.
¡Es tan corta la vida!: es un minuto.
¡Y un minuto de amor redime al hombre!
¡Oh, quiteña de mi alma! Escucha el canto:
es de la alondra el postrimer suspiro.
Corramos en su busca por la fronda...
¡Que el destino me muestre el derrotero!...
¡Y aunque sucumba en medio del camino!

César Borja

PAISAJE DE LAS CORDILLERAS

¡Qué bello despertar! La luz triunfante
doquier hería a la rebelde sombra,

descubriendo calladas perspectivas
sobre la verde matizada alfombra.

Y a su conjuro mágico surgía
de entre los pliegues de la niebla rota,
sobre el fondo del claro firmamento,
la cordillera altísima y remota,

en cuyo lomo inaccesible y negro,
muralla eterna a la planicie inmensa,
cada cumbre de nieve parecía
frente inebriada que en el cielo piensa.

Surgió radiante el sol. Entre las crestas
del Ande secular encanecido,
vefase el disco brillador en fondo
de nácares fulgentes encendido.

Del lecho de los páramos oscuros
la mole negra del titán se erguía
y radiaba del hielo de sus cumbres
los resplandores mágicos del día.

DIOS, PATRIA Y LIBERTAD

El amor a la patria es lo primero,
y el don de libertad es sin segundo;
Dios le dió patria y libertad al mundo;
y en Dios a patria y libertad venero.

Es patria y libertad cada lucero;
y en cada estrella del azul profundo,
el Dios refulge del amor fecundo,
patria de luz del universo entero.

El astro Tierra que en el libre espacio,
como un globo de nácar y topacio,
márcha hacia el norte en cadencioso vuelo,
es ¡oh, crueldades de la guerra insana!
la patria libre de la especie humana,
en la armoniosa libertad del cielo!

SOMBRAS

De noche, en altas horas, llamaron a mi puerta,
y un guardia me condujo por la ciudad desierta.

El cielo estaba obscuro: la noche, triste y fría;

un vasto cementerio la villa parecía:

medrosas, solitarias, las grandes avenidas

de graves edificios y lápidas tendidas,

en húmedas neblinas borrábase a lo lejos,

envueltas en los lampos y vívidos reflejos

de eléctricos fanales de vívidos carbones

ardientes, como cirios de fúnebres blandones

que, en noche desolada y lúgubre desierto,

velaban el cadáver de todo un pueblo muerto.

En torno a los fanales, giraban presurosas,

lanzando grandes sombras, enormes mariposas.

Mis pasos y los pasos sonantes de mi gafa,

en bóvedas y en muros el eco repetía.

Y aquellos ecos tristes de sonos funerales,

aquellas alas negras en torno a los fanales,

eran la voz, la vida de aquella noche yerta,

desolación y luto de la ciudad desierta.

Cruzamos avenidas y calles y plazuelas,

y parques solitarios y tristes callejuelas.

Y, allá, en un barrio obscuro, sombría, angosta arteria:

donde a la par circulan el fango y la miseria;

allá, donde no hay dicha, ni lujo, ni opulencia,

y tiene sus moradas el vicio y la indigencia;

allá, donde háy hogares vacíos y sin lumbre,

y el muro negro apenas sostiene la techumbre;

allá donde en un lecho de paja se rebusan

diez seres miserables, que gimen y se empujan,

y roncan y balbucen voces incoherentes,

soñando pesadillas terríficas y ardientes;

allá, donde a la puerta del rancho está la anciana,

en pos de la onda tibia del sol cada mañana,

y en pos de luz y de aire se asoma la doncella

de faz marchita y ojos de pesarosa huella,

allá, tras largo viaje, llegamos a una puerta

del barrio obscuro y triste de la ciudad desierta.

*
* *

Abriónos una anciana, corva, caduca abuela,
llevando entre sus dedos enjutos una vela,
de cuya inmóvil flama la luz amarillenta,
bañando aquella cara rugosa y macilenta,
trazaba en la penumbra de en torno a la cabeza,
con sombras y relieves la faz de la tristeza.

La estancia era un tugurio—cocina y aposento—
de muros denegridos y carbonoso aliento.

Perdiéronse mis ojos, cansados en la niebla
de aquel pesado ambiente de humo y de tiniebla.

Y en el hogar ardían los troncos esparcidos,
como arden en la sombra, tenaces y encendidos,
los ojos vigilantes y agudos de la fiera
que el paso breve y blando de la gamuza espera.

¡Qué negro y triste el cuadro de aquella tumba abierta
allá, en el barrio obscuro de la ciudad desierta!

*
* *

En un jergón de harapos tendido sobre el suelo,
de joven bella en brazos moría un pequeñuelo.

La pobre, infeliz madre mirábale llorosa;
llamábale con ansia febril y temblorosa;
cubríale de besos y dábale su aliento...
y el niño se moría sin luz ni movimiento.

Como se inclina un lirio casi al nacer marchito,
dobló su cabecita sin luz el angelito:

sin nimbo los cabellos, la exangüe faz inerte;
y en labios y en pupilas las sombras de la muerte!

En vano busqué el pulso, y en vano espí el latido
de aquel corazón tierno, ya inmóvil y aterido...

Reloj precipitado que en su tic-tac profundo,
contó la vida, el día midiendo en un sgundo,
en unos cuantos días rindiendo la jornada,
paróse helado, al soplo eterno de la nada...

¡Oh corta vida dulce que un día y otro día,
en el regazo tibio de casto amor dormía!...

Pasó como la brisa que con el ala leve
apenas los cristales de la laguna mueve,
y más que la paloma, rápida y fugitiva,

va hacia la fronda, y queda bajo el frondal cautiva.

Así murió esa vida, cautiva de la fronda
del álamo del lago de la tiniebla honda.

Así pasó esa vida, sin dichas ni dolores:
la rosa de Malherbe, la vida de las flores.

¡Dulce angelito helado! Flor en la fronda muerta
allá, en el barrio obscuro de la ciudad desierta!

*

**

¡La madre!... Un grito ronco lanzó convulsa y loca,
y atrajo hacia su seno y atrajo hacia su boca,
con tembloroso abrazo a la glacial criatura,
a ese dolor ya inerte, ya inerte a esa locura.

¡Oh qué dolor tan grande! ¡Oh, cruel, honda herida!
Mujer! mas te valiera perder allí la vida.

Ya no tendrán tus días ¡oh joven desdichada!
la luz de esa sonrisa, la luz de esa mirada.

En tus oscuras noches, ya no, tendrá tu sueño
su despertar, al blando reclamo de tu dueño.

Ya no tendrá tu lecho, que abandonó tu amante,
nadie que te acaricie y abrigue a cada instante,
y de El abandonada y de tu dulce niño,
serán eterno llanto tu amor y tu cariño.

Tu amor, que en breves días acibaró el engaño,
nublose en la tristeza que deja el desengaño,
y vino a consolarte, más grande y duradero,
el puro amor de tu hijo, recuerdo del primero
que, por la dulce prenda que te dejó el ingrato,
era a tu misma pena vivo recuerdo grato.

Ay! Infeliz!... Do quiera te seguirá el hastío,
de paz, de amor, de afecto tu corazón vacío!...

Mas, de recuerdo amargo, de inconsolable pena,
tendrás en tanto vivas ¡oh triste! el alma llena.

¿Por qué en tu mala suerte tuviste confianza?
cifrando en tu hijo débil y tierno tu esperanza?

¿Qué ensueños de ventura para cuando él creciera,
tu mente apasionada, por él no concibiera?

Por él ¿qué sacrificio no hicieras, verle hombre?...
orgullo de tí mismo y orgullo de su nombre?...

Por él, de tus ingratos amores olvidada,

más bien que ser dichosa quisieras ser honrada...

¡Cuanto mejor, la leche de tu fecundo seno,
falta del labio dulce, trocárase en veneno,
y refluyendo en ondas amargas, con rudeza,
al par te emponzoñara la sangre y la cabeza;
y, al lado de tu niño, privada sin conciencia,
sin llanto, sin dolores, perdieras la existencia.

Mujer! más te valiera perder allí la vida,
cuando la muerte, en noche siniestra y aterida,
la flor de tu esperanza dejó a tus plantas, yerta,
allá, en el barrio obscuro de la ciudad desierta.

*

**

No siempre el dolor mata, no siempre es generoso,
no siempre son sus golpes heraldos del reposo.

Y aquella madre loca, presa de horrible histeria,
envuelta en esa noche de muerte y de miseria,
quizás si sale ilesa del rudo paroxismo,
cual naufrago que vence las olas del abismo.

Mas no será dichosa, jamás tendrá ventura;
serán sus enemigos su hambre y su hermosura.

Su corazón vacío de amor y de esperanza
le llevará repleto de encono y de venganza.

De encono contra el mundo que le burló el cariño;
de encono contra el Cielo que le mató su niño.

De madre casta y tierna, se mudará en urente,
cruel, fascinadora, fatídica serpiente.

Blasfemaré del Cielo, se vengará del mundo...
mas no velará el cielo su bello auzl profundo.

¡Ah! pero el mundo infame, que es lodo y precipicio,
en torpe represalia, la sumirá en el vicio...

¡Cuánto mejor rodara junto a su niña muerta,
allá, en el barrio obscuro de la ciudad desierta!

*

**

¡Qué cuadro! Un angel muerto, sin cirios y sin flores,
perdido, allí, en la sombra preñada de terrores!...

La madre, en llanto acerbo de voces de alarido,
el alma en negra noche; y en rabia el pecho herido.

Y, cerca del cadáver, la corva anciana abuela,
teniendo entre sus dedos la ya menguada vela,

de cuya inmóvil flama la luz amarillenta,
trazaba en la penumbra de en torno a la cabeza,
con sombras y relieves la faz de la tristeza!...

¡Qué negro escepticismo cruzó por mi conciencia,
ante ese cuadro escarnio del mundo y de la ciencia!

Junté cuanto tenía, y dícelo a la anciana...
¡ni dí para el presente ni dí para el mañana!
y, con la mente triste y el corazón helado,
y, de mi propio humano linaje avergonzado,
salí de aquella sombra, de aquella tumba abierta,
de allá, del barrio obscuro de la ciudad desierta.

MADRE NATURA

I

Finges lagos de azur en el desierto,
disfrazas, de jardín la tembladera;
y, de amplia comba de cerúlea esfera,
el negro abismo del espacio abierto.

De escamas de oro y de zafir, cubierto,
haces el cráneo de la sierpe artera,
y, en el lecho de amor de primavera
al cardo ocultas sanguinario y yerto.

Eres dulce y cruel, toda hermosura,
¡oh maga del engaño y la apariencia,
fuente de la ilusión y la falsía!...

Y el hombre es como tú, ¡madre natural
de tí nacido, refinada esencia
y espíritu genial de hipocresía.

II

Tal es la trama de la vida engaño,
ficción eterna de brillantes cosas,
menos estables cuanto más hermosas,
formas proteos de lenguaje extraño.

De ello vivamos, sin hacernos daño,
de esas mentiras, por su miel sabrosas.
La carne muerta, a repletar las fosas,
¿no es dulce y rica floración cada año?...

De ello vivamos—como vive el ave,
del mar, del árbol, de la flor, del viento,—

del bello engaño y la sutil malicia.

Somos la mente que escudriña y sabe,
que miente al labio con sagaz intento,
y busca en torno la verdad propicia.

III

Ficción variable que la luz burila
repuñando en los átomos inquietos;
lujoso esmalte a recatar secretos,
de la curiosa perspicaz pupila,—
tal es la forma, que, doquier vacila,
como vario disfraz de los objetos,
más peligrosos cuanto más discretos,
perfidia oculta... feridad tranquila...

Armas y redes, de apariencia innoble,
tienes ¡natural! a defender los fueros
de tu opulencia majestad salvaje.

Sólo que el hombre, cauteloso y doble,
tiene, a rendirte, tus instintos fieros,
su mente diva y su brutal coraje.

IV

¡Ríndete al sér que, de tu mismo seno,
nació a la vida a descifrar tu historia:
déjale que abra, a rebelar tu gloria,
tu arcano libro de tesoros lleno!

Todo a la luz de la razón es bueno;
todo en la ciencia de feliz memoria;
la ciencia esculpe con primor la escoria,
desarma el áspid, desvanece el trueno.

Rompa a la luz de la razón humana;
rompa, a la luz de la inefable ciencia,
la alta verdad tu secular misterio.

De sombras vive la malicia insana,
¡huyan las sombras, y, en tu gran conciencia,
le entregue al hombre la verdad su imperio!

MADRE TIERRA!...

I

Del ígneo Sol en tempestad naciste,
lanzada a errar, y a su poder sujeta;

y—antes que mundo sideral—cometa,
fuego impecable en el espacio fuiste.

Siglos en vuelo abrasador, ardiste,
tu rauda curva devorando inquieta,
hasta que bello, encantador planeta,
la primavera en el azur meciste.

¡Oh flor de Apolo de naciente aurora!
¿cómo tan pura te besó el aliento
del Mal protervo y te arrulló su nombre?

Mortal caricia!—su inficción traidora
corre en tu savia, y su licor sangriento
nutre y embriaga el corazón del hombre.

II

Desde entonces, sin paz y avergonzada,
huyes, madre feroz, infanticida,—
por la noche siniestra perseguida,
por la luz implacable señalada.

Giras y huyes y tiembblas, aterrada
y en dos vastos infiernos encendida,
el que ruge en tu entraña carcomida
y el que ruge en tu faz ensangrentada.

¡Huye! ¡oh madre del hambre y de la Guerra!
¡Huye! ¡oh culpable de los seres! Huye,
¡oh mole fértil para el Mal fecundo!

Rápida aviva, en tu girar ¡oh Tierra!
el infierno interior que te destruye,
y el otro infierno que te abrasa,—el mundo.

III

En los senos de horror de tus entrañas,
dejando al hielo que castigue al polo,
vigila el fuego de tu padre Apolo,
justiciero Titán de las montañas.

Mientras en sangre y maldición te bañas,
y siembras crimen y vergüenza y dolo,
el fuego lucha en tus abismos sólo
a devorar y consumir tus sañas.

Si a veces calla y se apacigua y duerme,
—tu esfera en tanto se estremece y gira,
al estruendo del vicio y la matanza—

Febo te arranca a la quietud inerme,
su ígnea mirada de atracción le inspira
y le enciende el furor de la venganza.

IV

Entonces ruge y se levanta el fuego;
tiemblas, te partes, el incendio brota,
te hiere el rayo, el huracán te azota
y el mar te arrasa y te sepulta luego.

Huye en tumultos el espanto ciego
sangra la carne y en tu frente rota,
el alarido del dolor rebota,
tonante grito de protesta y ruego.

¡Ay del amor y la virtud!... En vano
el genio armado de poder y ciencia,
la furia misma del estrago doma.

Ebria de sangre y de dolor humano,
ardes y ruedas sin tener conciencia
de amor ni de virtud.—¡Tierra Sodoma!

V

No te redime la virtud: la ignoras;
ni el genio puede revocar tu suerte:
inebriada del Mal que te pervierte,
ni amor, ni genio, ni virtud imploras.

Son horrendas catástrofes tus horas,
y fecundo, no más que por la muerte,
tu seno el filtro de la vida vierte
en torrentes de linfas corruptoras.

En tí viven la carne y la lujuria,
en eternas rabiosas bacanales,
sobre el lecho mortal de tu belleza...

¡Y ha encarnado al oprobio de tu injuria,
mi espíritu de anhelos inmortales,
en tu negra mansión, naturaleza!...

VI

Tú que crías los ímpetus feroces
y los seres de carnes miserable,
no eres madre del alma perdurable,
ni su origen altísimo conoces.

¡Ah!—rompiendo tus vínculos atroces—
de la humana conciencia inexorable
surge, y truenas en el haz inmensurable,
a herir los astros, tempestad de voces.

El verbo humano te maldice!... Rueda
y arde en el Sol, a depurar tu vida,
o en las hogueras de tu infierno mismo;
que el alma, innata, indestructible queda,
aunque todo perezca, suspendida
con el verbo de Dios, sobre el abismo.

EL FUEGO

Espíritu inmortal. ¡Fuego divino!
sopló alado de génesis eternos;
fragua, lumbre y calor de los infiernos
donde forja los mundos el Destino.

Claridad, atracción, ala y camino
de planetas y soles sempiternos,
y del sér, en los átomos internos,
vida y conciencia individual y sino.

De amor y genio inextinguible llama,
de ira y sublimes arrebatos, tea,
ascua que el hierro del dolor aplica.

Vívido aliento volador que inflama,
incendia, alumbra, resplandece, crea,
y devora, consume y purifica.

Celiano Monge

LOS TITANES

Al rugir de furiosos aquilones
la voz de Jove en el olimpo truenas,
que a tempestad horrisona condena
al Orbe que se agita en convulsiones.

En el seno de negros nubarrones
el relámpago audaz se desenfrena,
y a su retumbo férvido enajena
en angustia mortal los corazones.

Y Franklyn, vedle, con valor sublime
armado de su mágica varilla
del estrago a la Tierra le redime:

Estalla el rayo con furor insano,
mas presto al descender pálido brilla
cautivo del Titán americano.

Tan alto vencimiento, pregonero
el Océano trasmite a las edades,
fingiendo en sus rumores tempestades
cual si entonara un cántico guerrero.

Y Morse, en tanto, al rayo prisionero,
ayer gloria de olímpicas deidades
«cruzad, le dice, inmensas soledades,
sed de la humanidad el mensajero».

Desde entonces frenético se lanza
de polo a polo en rápida carrera
difundiendo la luz y la esperanza.

Y el mundo admira el celestial portento,
porque el rayo en sus alas reverbera
lo divino del hombre: el pensamiento.

César Dávila Cordero

SAN FRANCISCO

Al contemplar del Cristo la dulzura—
mojó su rostro en llanto—
y los ojos fijó con amargura
en el que ha amado tanto.

¡Señor, Señor! ha sido en Tí locura
—murmura en su quebranto—
ofrecernos tu amor y tu ternura
en el madero santo.

Luego mirando hacia el Calvario dijo:
Señor, por mis pasiones infinitas,
dame la flor que embriaga.

Desprendiendo su brazo el Crucifijo
puso en manos del Santo, por sus cuitas,
como una flor la llaga.

Carlos Carbo Viteri

OLAS, AVES Y BRISAS

Olas de espuma cubiertas,
que lentas váis y venís,
¿lloráis ilusiones muertas,
que tan lánguidas gemís?

Como vosotras, en mi alma
recuerdos viven y van;
olas de una mar sin calma
que siempre gimiendo están.

Aves que enviáis triste canto
al vespertino arrebol,
¿queréis al sol tanto, tanto,
que lloráis la ida del sol?

También de un sol de ventura,
como vosotras gocé;
mas vino la noche obscura,
y, cual vosotras, lloré.

Y lloro aún... ¡suerte impía!
Aves, yo padezco más;
que vendrá el astro del día,
mas mi ventura, jamás!

Brisas que en torno a las flores
suspirando revoláis,
¿qué decís en los rumores
con que tristes os quejáis?

¿Gemís de amor? ¡Ay, placeres!
 ¡Ay, entonces bienestar!
 Porque flores y mujeres
 no saben fieles amar,

¡Pobres brisas! ¡pobres brisas!
 Cual vosotras también yo
 he gemido en mis sonrisas,
 pero nadie me escuchó.

Nadie... nadie... ¡ni aún el cielo!
 ¡Oh, brisas que suspiráis!
 Tended a otra parte el vuelo,
 si de amores os quejáis.

Olas tristes, aves mustias,
 brisas de blando rumor,
 unas son nuestras angustias
 y es uno nuestro dolor.

Y una también nuestra suerte:
 ¡vivimos en hermandad!
 Cuando me hiera la muerte,
 hermanas mías, llorad.

Carlos F. Granado Guarnizo

EL AGUA

Bajo el azul purísimo del cielo
 donde sonrío el sol de la mañana,
 del flanco herido de una roca emana
 el agua pura en transparente velo;

en lecho de verdor tiéndese al suelo,
 cual en los tiernos brazos de una hermana,
 y allí, mientras sus églogas hilvana,
 beben las aves refrenando el vuelo.

Oculto entre la fronda, atento miro
 seguir su curso en apacible giro
 junto a la tapia de oloroso huerto

hasta perderse en el breñal lejano;
el rumbo intento adivinar en vano...
quién sabe vaya a mi soñado puerto!

C. A. Arroyo del Río

AVE SIN NIDO

Buscando de sus trinos el más suave,
con una irresistible melodía
en la frescura del jardín, un ave
a otra ave su cariño le ofrecía...

Le habló de su pasión... no le hizo caso:
él le dijo su ensueño conmovido,
mas ella quiso ser ave de paso
errante y musical... pero sin nido.

La calma del hogar no le atraía.
«Tu amor, le contestaba, no me inflama,
mi vida empieza y aprovecho el día
cruzando en el jardín de rama en rama.

Yo no quiero ese amor... Quiero en la fronda
siempre libre y triunfal, lucir mis galas,
y si hay otra ave que cual tú me ronda,
daré mis adiós y batiré mis alas.

Yo quiero que mis trinos soñadores
despierten el encanto de la selva,
y por eso me voy... Pero no llores
ni pienses más en mí... Tal vez no vuelva.»

Y se alejó contenta y convencida
del poder de su canto y su plumaje;
al partir moduló su despedida
y se perdió, cantando en el follaje.

* * *

Llegó la noche y con su espeso manto
cubrió la inmensa soledad sombría,

con la luz se apagó el último canto,
y el prado melancólico moría.

La escarcha vino y con sus golpes rudos
en los jardines penetró importuna
y quedaron los árboles desnudos,
y las rosas cayeron de una en una.

Huyendo de la nieve destructora
las aves todas a su hogar han ido;
pero hay entre la selva una que llora
su abandono mortal... no tiene nido.

De puerta en puerta llama... pero es tarde:
ya no puede encontrar puesto vacío.
Sus alas tiemblan de dolor... Ya no arde
el sol... y en cambio la destroza el frío.

A la entrada de un nido se detiene
y halla a aquel que en tiempo le pidiera
su amor... «Mira, le dice, así me tiene
el rigor de la noche, abre siquiera

por piedad. ¿Mi sufrir no te conmueve?»
Y él responde: «Tu angustia no me inflama,
siento mi corazón como la nieve,
sigue libre y triunfal de rama en rama».

LA LIBERTAD

Los tiempos eran negros: el duro vasallaje
que a la altivez humana doblaba y abatía,
halló también un eco, para irrogar ultraje
al hombre, en el risueño placer de su salvaje
quietud; y en las plegarias del siervo que gemía.

La lucha existió siempre: la Humanidad herida
sintió que en sus entrañas aquella hundió sus dientes,
y junto al primer himno que tributó a la Vida,
el Odio alzó su frente satánica y erguida,
como alzan sus doradas cabezas las serpientes.

En la pequeña tribu que se formaba apenas sin una santa y noble vinculación de lazos, sintió bullir el fuerte la sangre de sus venas, y quiso para el débil eslabonar cadenas, con el derecho rudo de sus potentes brazos.

Sonaron como un grito de selva, las canciones de guerra. Airado el hombre lanzóse a las conquistas, con el aïm que siente para las rebeliones, un sér en quien no han puesto las civilizaciones su gran cincel de luces burilador de aristas.

Lucha sin ideales que no alentaba el Arte, ni Religión, ni Patria, ni Amor, con sus soberbios motivos, provocaron la invocación a Marte; lucha en que el hombre alzaba como único estandarte sus formas modeladas de palpitantes nervios.

Como la horrible fiera que desde la negrura de su ancestral guarida, dispónese y acecha, del fondo tenebroso de su conciencia oscura, echóse el primitivo por la pendiente dura bañando en sol el arco pulido de su flecha.

La sangre de las víctimas como un iridiscente fulgor, brilló en sus armas, de la contienda en nombre; hubo éxito, y el éxito irónico, inclemente, marcó un estigma sobre la vencedora frente: la esclavitud del hombre para su hermano el hombre.

¡Oh Triunfo en cuyas aras, sin compasión inmolas las víctimas incautas que logras y que engañas; tú fuiste el gran culpable, al agitar las olas, de sangre, y por tí el hombre se ha devorado a solas como la fiera hambrienta desgarrar sus entrañas!

A la salvaje lucha del hombre primitivo que contendió con una ferocidad que aterra, no sucedió la vida sublime del altivo; siguió la ignominiosa carrera del cautivo y en nombre de los pueblos se proclamó la Guerra.

El inmoral principio que endiosa sólo al fuerte,
y al cuello de los débiles la esclavitud abraza,
cayó entre los rigores adversos de la Suerte,
pero se irguió el emblema siniestro de la Muerte,
de las recientes ruinas, en nombre de la Raza.

Y en nombre de la Raza y de la Patria, fueron
como legión de atletas de músculo desnudo,
que los ardientes rayos del sol ardiente hirieron,
y en nombre de la Patria lucharon y cayeron,
tiñendo con su sangre el bronce de su escudo.

Y cuando ante las viejas murallas destrozadas
que la victoria excelsa bañó con sus reflejos,
creyeron esas masas triunfantes y engañadas
estar bajo tu manto de luces sonrosadas,
¡oh Libertad sublime, tú estabas aún muy lejos!

¡Oh cuántas veces supo, con gesto soberano,
un pueblo erguir el cetro de su poder, y cuántas
veces el Despotismo con su grosera mano,
rompió el sagrado símbolo en nombre de un tirano
que hizo rodar la augusta columna por sus plantas.

Mas no eran suficientes la servidumbre ajena
y el propio vasallaje; quedaba todavía,
algo sin la humillante presión de la cadena;
la Libertad fué un ave encarcelada y llena
de heridas, pero un ave gloriosa que vivía.

No todo está sujeto a la opresión menguada
que encierran las odiosas y negras servidumbres,
el pensamiento tiene su nieve immaculada,
y es un volcán rugiente que no soporta nada
que pueda hollar la inmensa blancura de sus cumbres.

Aguila, nadie nunca detuvo tu carrera,
ni yugos a tu cuello la esclavitud ha uncido;
tu vuelo sigue airosa; avanza que te espera
la cumbre inaccesible: inútil es que quiera
el hombre aprisionarte, muy alto está tu nido.

Era un ambiente triste, de tristes emociones,
en que flotaba apenas la soledad y el luto,
ya la altivez perdía todas sus vibraciones,
mientras el hombre presa de injustas sumisiones
doblaba la rodilla para rendir tributo.

Pero reacciona todo al fin. Mientras oprimen
con más terrible saña los oprobiosos brazos,
más alto sus protestas levantan los que gimen,
y ejercen los esfuerzos viriles que redimen
y hacen saltar las fuertes cadenas en pedazos.

Así fué: de las sombras surgieron ideales,
y despertar hicieron la Humanidad que estaba
sujeta a los baldones pesados y fatales,
los bravos que en sus pechos sintieron los leales
impulsos que latían entre su sangre esclava.

El vasallaje extraño, la esclavitud que puso
en los poderes propios sus negras ironías,
y la que al pensamiento sus cánones impuso,
cayeron cuando el hombre luchando audaz, opuso
sus altiveces todas, todas sus energías.

Los años no detienen su marcha y han caído,
pero la tumba inmensa del Tiempo no está llena;
ya duerme en el santuario piadoso del Olvido
la histórica silueta del Circo ennegrecido,
que con la sangre pudo enrojecer su arena.

Murieron las conquistas salvajes. Destrozada
está del pensamiento la servidumbre triste,
y el hombre continúa su lucha apasionada
por oprimir... ¿Fué estéril la sangre derramada,
o es que la Diva excelsa, la Libertad, no existe?

Existe, pero el fuego sagrado que palpita
en su ara, no flamea sumiso y dócil, bajo
el impulsivo soplo del Mal. En su bendita
mansión, sólo una brisa sublime no marchita,
sus flores, el aliento fecundo del Trabajo.

Tú has de imperar, oh Diosa, cuando en tu ruta no haya un óbice que el curso de tu carrera trunque; tus himnos, no los canta la pólvora que estalla entre el fragor rugiente del campo de batalla, sino la majestuosa sonoridad del yunque.

Dolores Veintimilla de Galindo

QUEJAS

¡Y amarlo pude!!! Al sol de la existencia se abrió apenas soñadora el alma...
Perdió mi pobre corazón su calma desde el fatal instante en que lo hallé.
Sus palabras sonaron en mi oído como música blanda y deliciosa, subió a mi rostro el tinte de la rosa; como la hoja en el árbol vacilé.

Su imagen en el sueño me acosaba siempre halagüeña, siempre enamorada; mil veces sorprendiste, madre amada, en mi boca un suspiro abrasador.
Y era él quien lo arrancaba de mi pecho; él, la fascinación de mis sentidos, ideal de mis sueños más queridos, él, mi primero, mi ferviente amor.

Sin él, para mí el campo delicioso en vez de flores me obsequiaba abrojos; sin él, eran sombríos a mis ojos del sol los rayos en el mes de Abril.
Vivía de su vida apasionada; era el centro de mi alma el amor suyo; era mi aspiración, era mi orgullo...
¿Por qué tan presto me olvidara el vil?

No es mío ya su amor, que a otra prefiere; sus caricias son frías como el hielo: es mentira su fe, finge desvelo...

Mas no me engañará con su ficción...
 ¡Y amarle pude, delirante, loca!!!
 ¡No, mi altivez no sufra su mal trato,
 y si a olvidar no alcanzas al ingrato
 te arrancaré del pecho, corazón!

A MIS ENEMIGOS

¿Qué os hice yo, mujer desventurada,
 que en mi rostro, traidores, escupís
 de la infame calumnia la ponzoña
 y así matais a mi alma juvenil?

¿Qué sombra os puede hacer una insensata
 que arroja de los vientos al confín
 los lamentos de su alma atribulada
 y el llanto de mis ojos? ¡Ay de mí!

¿Envidiáis, envidiáis que sus aromas
 le dé a las brisas mansas el jazmín?
 ¿Envidiáis que los pájaros entonen
 sus himnos cuando el sol viene a lucir?

¡No! no os burléis de mí sino del cielo...
 que, al hacerme tan triste e infeliz,
 me dió para endulzar mi desventura
 de ardiente inspiración rayo gentil.

¿Por qué, por qué queréis que yo sofoque
 lo que en mi pensamiento osa vivir?
 ¿Por qué matáis para la dicha mi alma?
 ¿Por qué ¡cobardes! a traición me herís?

No dan respeto la mujer, la esposa,
 la madre amante a vuestra lengua vil...
 Me marcáis con el sello de la impura...
 ¡Ay! ¡nada, nada respetáis de mí!

SUFRIMIENTO

Pasaste, edad hermosa,
 en que rizó el ambiente
 las hebras del cabello por mi frente
 que hoy anubla la pena congojosa.
 Pasaste, edad de rosa,
 de los felices años,
 y contigo mis gratas ilusiones...
 Quedan en su lugar los desengaños
 que brotó el huracán de las pasiones.

Entonces ¡ay! entonces, madre mía,
 tus labios enjugaban
 lágrimas infantiles que surcaban
 mis purpúreas mejillas... Y en el día
 ¡ay de mí! no estás cerca para verlas...
 ¡Son del dolor alquitaradas perlas!

¡Madre! ¡madre! no sepas la amargura
 que aqueja el corazón de tu Dolores,
 saber mi desventura
 fuera aumentar tan sólo los rigores
 con que en ti la desgracia audaz se encona.
 ¡En mi nombre mi sino me pusiste!
 ¡Sino, madre, bien triste!
 Mi corona nupcial, está en corona
 de espinas ya cambiada...
 ¡Es tu Dolores ¡ay! tan desdichada!!!

LA NOCHE Y MI DOLOR

El negro manto que la noche umbría
 tiende en el mundo, a descansar convida;
 su cuerpo extiende ya en la tierra fría,
 cansado el pobre, y su dolor olvida.

También el rico en su mullida cama
 duerme, soñando, avaro, en sus riquezas;
 duerme el guerrero y en su ensueño exclama:
 Soy invencible y grandes mis proezas.

Duerme el pastor feliz en su cabaña
y el marino tranquilo en su bajel;
a éste no altera la ambición y saña
el mar no inquieta el reposar de aquél.

Duerme la fiera en lóbrega espesura,
duerme el ave en las ramas guarecida,
duerme el reptil en su morada impura,
como el insecto en su mansión florida.

¡Duerme el viento...! La brisa silenciosa
gime apenas la flor acariciando;
todo entre sombras a la par reposa
aquí durmiendo, más allá soñando.

Tú, dulce amiga, que tal vez un día
al contemplar la luna misteriosa
exaltaba tu ardiente fantasía,
derramando una lágrima amorosa.

Duerme también tranquila y descansada,
cual marino calmada la tormenta,
así olvidando la inquietud pasada
mientras tu amiga su dolor lamenta.

Dejadme que hoy en soledad contemple
de mi vida las flores deshojadas;
hoy no hay mentira que mi angustia temple...
¡Murieron ya mis fábulas soñadas!

Llegué al instante postrimero... amiga,
que el destino cruel me señaló...
¡Propicio el cielo siempre te bendiga...!
¡De mi vida la antorcha se apagó...!

Emilio Gallegos del Campo

LOS MENDIGOS

Por las calles y las plazas y los barrios apartados,
desde el lóbrego suburbio, recorriendo la ciudad,
van los pobres mendicantes con sus rostros demacrados
arrastrando sus miserias, implorando claridad.

Son los tristes prisioneros del Pesar. Desheredados
del Placer y la Ventura, sueñan sólo en la Piedad;
y parece que llevarán en los ojos, impregnados,
dolorosos desengaños de la injusta humanidad.

Así rueda por el mundo mi pobre alma dolorida;
taciturna inconsolable cruza el campo de la Vida
con el fardo exhausto y pobre de un ensueño seductor.

Va, sonámbula incansable, sin temor a la fatiga,
y en sus horas de esperanzas, por piedad sólo mendiga
tus limosnas de consuelos y tus dádivas de amor!

LOS DEL ARTE

I

LOS PINTORES

EL LIENZO

Luces mágicas, reflejos de la vida, albo destello,
impregnaron en los lienzos sus magníficos pinceles...
Son los grandes, los artistas, los idólatras, los fieles,
los gloriosos triunfadores del amor y de lo bello.

En sus frentes luminosas resplandece el aúreo sello;
de los genios que traspasan de la gloria los dinteles;
son los mágicos poetas del pincel; son los crueles
envidiosos de Natura, quien amante goza en ello.

En los tonos admirables del color, que es la Belleza,
cantan siempre el himno hermoso del Dolor y los Amores;
copian glorias, desventuras, esperanzas y tristezas.

Y transmiten a sus cuadros con espléndidos colores
lo que pródiga y fecunda nos brindó Naturaleza;
lo más frágil, lo más grato: luz, mujer, aves y flores!

II

LSO ESCULTORES

EL MÁRMOL

Ante el bloque alabastrino de albo mármol impecable;
fijas, hondas, refulgentes, sus miradas ardorosas,
esos genios de la Piedra, son sus manos poderosas,
modelando van la Reina de sus obras, admirable.

Son los fuertes adalides del cincel inimitable
que frenéticos se olvidan de los seres y las cosas;
los que sueñan con el triunfo de sus armas victoriosas
y a la Diosa miran todos, esperando que les hable.

Y del bloque blanco y duro, como el seno de mi amada,
surge Venus Afrodita, pura blanca cual la nieve,
cual la nieve deslumbrante de los montes, inhollada...

Y allá van, entusiasmados, pregonando su victoria;
esperando que el Dios-Arte, justiciero y fiel, los lleve
a su espléndida morada, regio templo de la Gloria.

Ernesto Noboa Caamaño

ARIA DE OTONO

Lentas y angustiosas mañanas sombrías,
Grisés nubarrones
como procesiones
de antiguos recuerdos y melancolías,
que van perfilando
el camino incierto de las lejanías.

Sobre el viento loco
se van deshojando
parques y avenidas,
muy poquito a poco,
...como nuestras vidas...

La mañana mustia,
rima su uniforme vaguedad de tono
con nuestro abandono
y con nuestra angustia;
como un fino encaje
de suave matiz,
se va distendiendo sobre alma y paisaje
la gama del gris.

Las tristes palabras brotan a girones,
como hojas caídas
del árbol frondoso de los corazones...
Una hoja... otra hoja...
y en tanto
se nos llena el alma de intensa congoja
y nuestras pupilas se nublan de llanto.

¡Lloramos por todo lo que nunca ha sido
y que pudo ser,
por lo que ya es ido
y no ha de volver!
ensueño vencido,
camino perdido,
¡y el calor de nido
que tenía el regazo de aquella mujer!

¡Oh malaventura,
estrella funesta,
de nacer con esta
sublime locura
de la poesía!
Vivir siempre *al margen de la vida*, en esa
fiebre de armonía,
de ensueño y belleza
que nos hace esclavos de toda ilusión,
e ir hilando, ajenos a nuestra pobreza,

sueño de grandeza
ébrios de ambición,
...en tanto reboza vino de tristeza
como un hondo cáliz nuestro corazón!

Contemplamos sobre nuestras propias ruinas,
trocadas las flores de ayer en espinas;
y entre los escombros y la oscuridad,
a mirar ansiosa nuestra vista alcanza,
que ensaya su vuelo la última esperanza
con la certidumbre de su soledad.

En la abrumadora
mañana sombría,
van, hora tras hora,
tejiendo su danza de monotonía;
y apenas efluvia
el sol perezoso su luz ténue y rubia,
entre una cortina
muy fina
de lluvia.

EMOCION VESPERAL

Hay tardes en las que uno desearía
embarcarse y partir sin rumbo cierto,
y, silenciosamente, de algún puerto
irse alejando, mientras muere el día.

Emprender una larga travesía
y perderse después en un desierto
y misterioso mar no descubierto
por ningún navegante todavía,

aunque uno sepa que hasta los remotos
confines de los piélagos ignotos
le seguirá el cortejo de sus penas,

y que, al desvanecerse el espejismo,
desde las glaucas hondas del abismo
le tentarán las últimas sirenas,

TROVA DE JUGLAR

... par delicatesses
j'ai perdu ma vie

LAFORQUE

Porque la alegría
canta hoy a tu reja,
de tu alma se aleja
mi vida sombría.

¡escucha su queja
princesita mía!

Mi amor sólo ha sido
el secreto anhelo,
de prestar consuelo
a un sér dolorido.

Mi corazón ama
sólo si presente,
que otra alma reclama
su piedad doliente.

Al dolor se inmola...
¡bien me presentiste,
cuando estabas sola,
cuando estabas triste!

Te amaba por suave
por frágil, por leve;
eras como un ave
que volar no sabe
porque no se atreve,

Fingió primavera
mi alma dolorida,
cuando hasta la vera
llegó de tu vida;
y con tu voz de oro
trémula dijiste:
¡el amor no existe,

si no se reviste
de un manto de lloro!

(fatalismo moro,
sensualismo triste.)

Valor te prestaron
mis alas oscuras,
y al fin te embriagaron
sus falsas alturas.

Te enseñé secretos
—que yo no sabía:—
¡eran amuletos
para la alegría!

Aprendió tu labio
que todo se alcanza,
si amor nos inspira
con su acento sabio.
(¡qué dulce mentira,
mentir esperanza!)

Te canté mis glosas
de palabras bellas,
y al conjuro de ellas,
floreceste en rosas
y nardos y estrellas!

Y esa alegría ciega
nos separa hoy:
¡que cuando el sol llega
yo siempre me voy!

Mi labio te nombra
y en vano murmura:
¡sus ojos de sombra...
dulzura... dulzura...!

Su voz que era una
romanza de Oriente,
«nonchalance» de luna,
languidez de fuente,

Brisa del pequeño
jardín de su boca,
cuya risa loca
deshojó mi ensueño!

—Ilusión perdida,
vaso de tristeza,
¡por delicadeza
perderé mi vida!

Como la alegría
hoy canta a tu reja,
tu alma de luz deja
mi vida sombría.

¡qué triste se aleja
princesita mía!

EN LA TARDE DE SOL

Por el parque extenuado bajo el sol que calcina
vas, lánguida y pausada, como convaleciente,
y el abandono grácil de tu silueta fina,
pone una nota suave sobre la tarde ardiente.

Un ensueño romántico de amores, se adivina
que naufraga en tu clara pupila transparente,
cuando sobre las flores tu mirada declina
como un ave que pliega las alas, dulcemente...

Enferma de belleza, de ensueño y de elegancia,
huellas la blanca arena con paso distraído,
dejando una áurea estela de espiritual fragancia.

Y en tanto que te alejas por «parterre» florido,
con avidez secreta te besan a distancia
mis pobres ojos tristes de niño envejecido...

BRISA DE OTOÑO

¡Vamos los dos a olvidarnos,
no sirven nuestros amores,
¡mira, vamos a arrancarnos
del corazón nuestras flores!

JUAN R. JIMÉNEZ

I
El silencio... la luna en el agua
de la fuente... tu voz... y la queja
que mi vida romántica fragua
contemplando el amor que se aleja...

Tu pupila nostálgica y vaga
se ha perdido en la azul lontananza
donde, pálida y triste, se apaga
una estrella... como una esperanza...

¡Recordemos el tiempo lejano!
—nuestra breve y azul primavera—
el antiguo calor de tu mano
y el lugar de la cita primeral...

Fué en el viejo jardín, todo olores,
una tarde callada y sombría;
tú cortabas, piadosa, unas flores
para el ara lustral de María...

¿Por qué se arma de espinas la rosa?
...en tu brazo brotaron claveles
y mi boca probó temblorosa
de esa sangre preciada las mieles.

...Fué un amor de divinos excesos,
ese amor que los males ensalma
con el suave calor de los besos
que florecen de estrellas el alma.

Contemplaron las frondas mis ansias
y la sombra veló tus pudores
y el azahar te cubrió de fragancias
con el manto nupcial de sus flores.

Y era todo calor y ruido,
y era todo perfume y canción,

¡era todo sendero florido
en el campo de mi corazón!

II

¿Por qué tienen los besos espinas?
por qué ocultan ponzoña las flores
y el veneno las bocas divinas
y la hiel los más dulces amores?

Ya tu pecho mi ardor no provoca,
ni me incita tu labio sedoso,
¡ya no sirve el clavel de tu boca
ni tus cantos arrullan mi ensueño!

Nuestros labios se juntan con frío
nuestros ojos se miran con pena,
tu mirar se ha tornado sombrío,
y mi voz con tristeza resuena.

Nuestro beso es un beso de olvido...
y este amor con la muerte se aúna
como un rayo de sol diluido
en un triste reflejo de luna...

Ya en el cielo se borran matices,
ya la luna se va marchitando
y me miras... y nada me dices...
y te miro... y me alejo llorando...

BIBLICA

Tenía tu exangüe y fino rostro de nazarena,
el incabable encanto de una visión lejana;
tenías los rizos blondos de María Magdalena,
y la voz armoniosa de la Samaritana.

Eran tus senos núbiles dos rosas de Ecbatana;
fluyó de ti un aroma de nardo y de verbena,
e incendiaba amapolas el sol de la mañana
en el tragal maduro de tu carne morena.

Yo fui hacia ti, sediento de fe, de amor, de calma...
con óleo de tus besos mis heridas unguiste,
y refresqué mis labios en el Jordán de tu alma.

Brillaron en mi noche tus grandes ojos vagos...
 ¡Y fué esa luz de ensueño para mi vida triste,
 lo que la blanca estrella para los Reyes Magos...

RETRATO ANTIGUO

I

Tienes el aire antiguo misterioso y doliente
 de aquellas nobles damas que retrató Pantoja:
 los cabellos oscuros, la mirada indolente,
 y la boca imprecisa, luciferina y roja.

En tus hondas pupilas el misterio se aloja
 el ave azul del sueño se fatiga en tu frente,
 y en la pálida mano que una rosa deshoja
 resplandece la perla de misterioso oriente.

Sonrisa que fué ensueño del divino Leonardo
 ojos alucinados, cuerpo de Fornarina,
 porte de dogaresa, cuello de María Stuardo,

que parece formado, por venganza divina,
 para rogar segado como un tallo de nardo
 como un ramo de lirios, bajo la guillotina!

II

Descansa sobre el busto tentador que engalanas
 con el jubón ceñido de raso y de surah,
 el collar donde esplenden ágatas neronianas,
 diamantes de Golconda, perlas de los Valois.

Tus pupilas se pierden en visiones lejanas
 y alucinadas miran más allá... más allá...
 parecen torturadas por nostalgias arcanas
 tal vez ansias de gloria, sueños de amor quizá...

Se oculta en la impoluta redondez de tu seno
—con la leve eficacia de su letal veneno—
el aspid cleopatrino de la sensualidad:

y en el ígneo torrente de tu sangre volcánica
llevas acaso el germen de una raza vesánica
de amor, de orgullo, muerte, fanatismo y crueldad.

Emilio Alzuro Espinosa

GOBELINO

Ya que en el laberinto de mi sendero
se rozan nuevamente nuestros instantes,
pausemos nuestra marcha: tan sólo quiero
que viva tu recuerdo minutos de antes.

Los besos de los años han cultivado
el íntimo paisaje que en mi alma hiciste,
su gama de colores copia el pasado
con el sutil encanto de un fondo triste!

Mi vida se deshoja... tu lienzo antiguo
recoge: es el trofeo de tu destino...
mis lágrimas le dieron su aspecto ambiguo,
como fatales hebras de un gobelino.

TRAGEDIA BLANCA

Se ahogó mi ensueño en la verdad desnuda
que me ofreciste con tristeza franca!...
y en el naufragio no imploré tu ayuda,
por no empañar esa tragedia blanca.

¡Y no puedo olvidarte!... es en mi vida
tu evocación la nota de consuelo:

sublimiza la triste despedida,
con la eurtmia sutil de un ritornelo.

¡Ha de extinguirse mi clepsidra en breve!
—el dolor desgranó tantos diamantes,—
y en su agonía el corazón se atreve
al anhelo de unir almas errantes:
¡perdona que otra vez a tu alma lleve
la plegaria de amor que te dije antes!

Francisco J. Falquez Ampuero

SALAMBO

(Impresión del libro de Flaubert)

Del palacio en la espléndida azotea,
vistiendo la cimarra de colores,
contempla Salambó valles y alcores,
como un ave que al sol brilla y otea.

La sofocante brisa que le orea
el atezado rostro, carga olores
del mar azul de plácidos hervores
y de la pampa tórrida que humea.

Las ojeras son hondas y azuladas;
las ajorcas, sonoras y lucientes;
las sandalias, de perlas recamadas...

De Túnez, tras los blancos campanarios,
ha visto desprenderse en nube ingente
un tropel de membrudos dromedarios.

QUAND MEME...

No es que me olvide del feliz momento
en que, bajo la fe del juramento,
sin vacilar el corazón te dí;
es que la inmensa pena de ofenderte
hace que siempre que me toca verte,
respetuoso, enmudezca junto a tí.

Pero hoy que triste en el hogar te veo
sofocando el impulso del deseo
con el rudo cilicio del dolor,
debo decirte que, en la historia trunca
de nuestra dicha, ese implacable NUNCA
es más que una sentencia, un torcedor;

que hoy tiene, como ayer, tu cara bella
ora el tinte de nácar de la estrella,
ora el pujante resplandor del sol;
como el tiempo en que fuiste tan querida
siento bullir en plenitud la vida,
al modo del metal en el crisol!

Aquel amor que me brindaste un día,
como la copa del placer, tenía
dulce los bordes, y en el fondo, hiel;
mi resistencia por beber fué poca,
tú, lo hiciste primero, y en tu boca
hallé el acibar convertido en miel.

Cuántos años pasados de esa tarde
y aún en mi pecho se reanima y arde
un fuego que a los dos nos abrasó;
me parece que tiembles en mis brazos,
que no están rotos los amantes lazos
con que el hado un instante nos ató!

Lo recuerdo, mujer, era la hora
en que más tierna, filomela llora
oculta en el ramaje del saúz;

no ha sido Atala en resistir más casta,
y si al orgullo de tu honor le basta,
te diré que eras pura cual la luz...

El destierro llevado con exceso
no ha podido borrar tu último beso,
parece que tu labio lo grabó;
aquel que al despedirme yo te diera,
lo conserva tu frente placentera
o el ala de otro ensueño lo extinguió?

Dime que me amas y que lo oiga el mundo,
para que sepa de un amor profundo
que cedió su derecho a la razón;
descubre ya el secreto bendecido
que guarda para todos escondido
a impulsos del deber, tu corazón!

Francisco Guarderas

ASPIRACION

Si yo nacido hubiese en tiempo de hidalguía,
caballero de Corte, buen amigo del rey,
admirado por todos mi porte y valentía
hasta ser perdonadas mis burlas a la ley;

si por razón de Estado, o alguna villanía
se me hubiese propuesto el manto de un virrey,
rechazado lo hubiera con fanfarronería,
en desprecio a las sordas envidias de la grey.

Y si el fin una noche, algún mal caballero,
para vengar ultrajes en asuntos de amores
hubiese persuadido al asesino acero
el concederme muerte para aplacar dolores,
las últimas palabras dichas a mi escudero
habrían sido un mensaje y un envío de flores.

Felipe L. Vera

NASHUA

EN EL SANTUARIO:
DESPUÉS DE LA ÚLTIMA «ORACIÓN»

La adormecida sonrisa de Nashua,
oculta el milagro de un leve beso;
y sus labios purpurinos de fragua
son flores deshojadas de embeleso.

El encanto de los ojos de Nashua;
bajo el áureo párpado de rosa,
toman el misterio glauco del agua
cuando se hunde en ella una mariposa.

No, no te duermas, Nashua, ni sonrías,
que me dan celos todas tus sonrisas;
porque cuando duermes me olvidas, Nashua,

y me invaden las locas fantasías
del misterio rojo, con que hipnotizas
todo mi anhelo de besarte, Nashua.

NORKA

EN LA NOCTURNA DANZA

La Norka, blanco lirio de agonía,
era un soplo de muerte ante la danza;
con la danza de azul melancolía
y ante la tumba gris de la esperanza.

Un zíngaro violín idealizaba
el eco sacrosanto del Santuario;
bendición de la música que alzaba
el lúnebre descanso del Osario.
Desdoblamiento místico del flanco
que hizo cruel con la carne lujuriente
el beso misterioso de agonía...

Era el lirio, sutil, frágil y blanco,
Que al eco del violín agonizante
morir de infinita ansia se sentía.

Fray Agustín de Riobamba

LA FE

Eres luz y no tienes resplandores;
eres ángel y no tiendes las alas;
eres flor y no encantas con tus galas;
eres perfume y niegas tus olores.

Eres ola del mar de los amores
ya la playa del mundo no resbalas;
eres la nube que el espacio escalas
pero que ver no dejas tus vapores.

Eres del alma música inefable
pero no se perciben tus sonidos;
eres imán que oculto e impalpable

ejerce su atracción en los sentidos;
y eres así, porque la FE divina
no es comprensible a la razón mezquina.

EL POETA

I

Los pájaros trinadores
alegran la soledad:
también en la sociedad
hay canoros ruisseñores.

Cuando en el mar se refleja
la luz que el alba derrama,
trina el jilguero en su rama
y el trovador en su reja.

¿Veis aquella blanca nube
que asciende al tronco del día?
De un vate es la fantasía
que en forma de niebla sube.

En vaporoso elemento
flotar suele su alma inquieta;
el pájaro y el poeta
tienen su nido en el viento.

¡Cómo pasan a sus ojos
cual fantásticas visiones
los pueblos con sus pasiones,
los montes con sus abrojos!

Estos con sus precipicios,
sus desiertos y sus flores;
aquéllos con sus amores,
sus miserias y visiones.

¡Pájaro audaz el poeta,
desde inaccesible cumbre
ve correr la muchedumbre
tras sus ídolos inquieta!

Aquí el honor y el decoro
veneran con fe sencilla;
allí doblan la rodilla
ante el becerro de oro.

Un pueblo padece el yugo
de la más nefanda ley;
otro derriba su rey
y levanta su verdugo.

Como hace vibrar el trueno
las etéreas soledades,
rugen también tempestades
de los pueblos en el seno.

De esa doble tempestad
brota, en arroyo violento,

el rayo en el firmamento,
la sangre en la sociedad.

Y mientras el torbellino
el mundo cubre de espanto,
modula el vate su canto
y exhala el ave su trino.

II

Henchido de inspiración
canta en la noche y el día,
que es genio de la armonía,
y cantar es su misión.

Cuando su cántico zumba
en sepulcros y desiertos,
se alzan del polvo los muertos
cual Lázaro de su tumba.

Retroceden las edades
a sus mágicos acentos,
y surgen de sus cimientos
las derruidas ciudades.

Náyades, y aun querubines,
responden a sus conjuntos;
muéstrale Troya sus muros,
Babilonia sus jardines.

Ostentan, sobre sus ruinas,
sus bellezas soberanas,
las basílicas romanas,
las alhambras granadinas.

En lid, de su trompa al son,
entre César y Cortés,
y el gran soldado francés,
y el coloso macedón.

Que al resplandor de la gloria
que difunde el genio santo,

se iluminan, por encanto,
las tinieblas de la historia.

Y hasta de la edad pasada
salvando el límite obscuro,
entra el vate en el impuro
negro abismo de la nada.

Y gritando: ¡disipaos!
a las sombras del abismo,
audaz mide por sí mismo
la inmensa extensión del caos.

Se oye la voz del Creador,
y cual chispas de topacio
embellecen el espacio
mil soles de otro en redor.

En flores y aguas fecundo,
y aunque de aspecto incoloro,
rico en luz, perlas y oro,
otro astro aparece: el mundo.

¿De quién es ese planeta
que Tierra lleva por nombre?
¡Es la morada del hombre,
el alcázar del poeta!

III

Espléndidas son sus galas,
ancho su espacio y brillante;
mas el poeta es gigante,
y son inmensas sus alas.

Dejad que su fantasía,
del sol siguiendo las huellas,
enumere las estrellas
y robe su luz al día.

Ante el tronco del Eterno
se postra el genio sumiso:

Milton sube al paraíso,
Dante desciende al infierno.

Fuerza a Marte, aliento a Eolo,
prestan Homero y Virgilio,
y del genio con auxilio
el suyo infunden a Apolo.

El mundo su musa aprecia,
y cuerpo por ella toma
el gran Panteón de Roma,
el sacro Olimpo de Grecia.

De su gloria huyó la luz
ante las luces cristianas,
de las deidades paganas
roto el cetro ante la cruz.

Mas aun laurel y corona
el mundo a los dioses brinda,
aunque ante el Gólgota rinda
sus tributos Helicona.

Con la santa inspiración
de la fe que en ellos brilla,
sube a la Alhambra Zorrilla
y llega el Tasso a Sion.

Y aplauden su voz sagrada
desde tiendas o alhamfes,
al par guerreros y hurfes,
Jerusalen y Granada.

Del vate a la voz responde
cuando ve su mente inquieta.
¿Adónde llega el poeta?
¡Tan sólo Dios sabe dónde!

¡Oh! a la misma inmensidad
quiere su brazo extender,
desde el mañana al ayer,
del caos a la eternidad.

Y de su ideal en pos,
y tras de inmortal renombre,
canta en la lengua del hombre
con la elocuencia de Dios.

Francisco Chiriboga B.

HEROISMOS

Lanzó Colón sus frágiles navíos,
juguetes de las olas y los vientos,
a los mares ignotos y sombríos;
y luchando entre abismos turbulentos
sin desmayar ante el supremo embate
del horrendo aquilón y del Océano
hirviente y furibundo,
¡tierra! ¡tierra!, exclamó, enorgullecido,
con placer sobrehumano...
y dió al mundo otro mundo.

* * *

Gemía el Continente Americano
silencioso, oprimido:
sombras, profundo sueño, servidumbre
mirábanse doquiera; ni en la cumbre
de sus regias montañas relucía
el sonrosado albor de un nuevo día.
Pero alzáronse altivos nuestros padres
en la inmortal y valerosa Quito;
¡seamos libres! clamaron... y a su grito,
de la noche rasgóse el negro manto,
y entre triunfos y glorias y epopeyas
nació la Independencia americana.

Gabriel García Moreno

A LA PATRIA

Patria adorada, qué fatal destino
en fácil presa a la ambición condena;
donde en eterno, obscuro torbellino,
el huracán del mal se desenfrena.

¡Ay! ¿para tí no guarda el Sér Divino
alguna aurora sin dolor, serena,
alguna flor que adorne tu camino,
o alguna estrella de esperanza llena?

Si dicha y paz propicia te reserva,
que su potente mano te liberte
del férreo yugo de ambición proterva.

O si no, que los rayos de la muerte
mi pecho hieran, antes que, vil sierva,
pueda infeliz, encadenada verte.

Gonzalo Cordero Dávila

Oh vida! ¡oh vida! Historia de la muerte,
del pobre sér ensueño fugitivo,
día fugaz de la materia inerte
que siento apenas tu placer esquivo!...

Ya en los desnudos brazos de la suerte,
solo en el mundo, tu favor recibo,
¿por qué tu odio en amor se me convierte?
si estoy solo en el mundo, por qué vivo?

¿No me esperan allá mis pobres muertos,
hasta cuándo esta luz, del limo vuela,
mis ojos hasta cuando están abiertos?

Devuelve al seno de la tierra helada,
este opaco fanal que mi alma vela,
y sea germen de otra vida o nada!...

¿A qué existir, para regar con llanto,
todos los días la maldita roca,
en que muere la flor de algún encanto,
que perseguimos con el alma loca?...

De sentirse nacidos para el canto,
oyendo que doquier la muerte toca

a silencio; y callar, mudos de espanto,
 ante un abismo que la Nada evoca;

de no tener endechas lastimeras,
 para apenar el corazón ajeno,
 estóico a nuestras lágrimas sinceras;

vale más ser la tierra de esas fosas
 que guardan nuestras dichas en su seno
 para sobre ellas convertirse en rosas!...

EXTRAÑA

Para María Natalia Vaca

Hermana, el inocente caudal de mis tristezas
 cambiándolo en venturas, va la felicidad;
 y, en el recinto amado, de antiguas austerezas,
 me esta encontrando alegre la flor de las pobrezas:
 la de guardar cariños que mueren o se van.

El campo de mis años, el cielo de mis días,
 henchido está de flores, brillando en claridad...;
 y el que antes fué dichoso, con las manos vacías,
 hoy sufre, porque sabe que son las alegrías
 una locura breve, de trágico acabar.

Ignoro el sér extraño, la fuente misteriosa
 que inunda mi presente de aureolas de bondad:
 desde que la alborada me llama cariñosa,
 hasta que en el espacio, vistiéndose de rosa
 se muere, con la tarde, la azul inmensidad.

¡A mí, que en las negruras del tiempo más sombrío,
 de aquel en que a la tierra mi afecto último dí,
 hallé un consuelo amargo para el tormento mío,
 al encontrarme al cabo con el pecho vacío
 sin nada que pudiera quitarme, el porvenir!...

¡A mí, que besé el polvo del triste camposanto
 encima de esa fosa que el césped cubre ya;
 y me encerraron loco, si algún día al encanto

volviera de esa que al fin se bañó en llanto,
temiendo que de nuevo se hunda en la eternidad!...

¡A mí...? las ironías burlescas de la suerte,
profanando miserias que infunden compasión,
me han hecho noche oscura que claridades vierte,
poniendo junto al trágico espectro de la muerte,
un búcaro colmado de rosas de pasión!...

Los árboles que esconden la música del nido,
o el dulce abrazo sienten de la liana en flor,
y saben que en sus frondas ya el rayo se ha encendido,
¿cómo felices pueden, viviendo en el olvido,
no ver nuevos dolores en las venturas de hoy?...

Yo, me estremezco, herido de fúnebres ensueños,
allí, en la estancia alegre, donde cantando está,
la encarnación más noble de todos mis ensueños,
¿pero que a mí... me infunden terror de acariciar?...

Pues, sabes, buena hermana, no hay pena más sentida
que la de hallar afectos, la de encontrar amor;
que el canto de las horas al fin da la partida,
¡y...! adiós a los que amamos, en el dolor perdida,
perdida en el abismo de nuestro corazón,
su imagen como sombra, su sombra en nuestra vida,
imagen sólo y sombra de los que amamos son...

BARTOLO

EN LA MUERTE DE UN LABRIEGO DE MIS TIERRAS

Perdiéndose en la gris monotonía
de tierras que se mueren de tristeza,
queda la choza que, indolente y fría,
ni sombra pudo dar a la pobreza;

robado del erial a la aspereza,
el pegujal le cerca, que tenía
fecundidad ayer, y que hoy empieza

a devolverse a la extensión bravía.

Las malvas y claveles se han secado;
y en el romero, en que se hincó la espina
del moral, las abejas han callado:

Sólo el viento a gemir va en la bocina,
y está echando del techo despajado
el nido de una triste golondrina.

II

La higuierilla del patio no florece,
el agua de la peña se ha extinguido,
y en las paredes derruidas crece,
con la sávila, el liquen del olvido;

de errantes moscardones al zumbido
el interior silencio se estremece:
parece que el silencio se ha afligido
y que la misma soledad padece...

De repente una tórtola extraviada
que de las playas vuelve a la espesura,
sesga el vuelo a la choza abandonada,

roba una paja a la techumbre oscura,
y cruza al alisar de la hondonada,
o se pierde en las sendas de la altura.

III

En esas horas de quietud huraña
en que se pierde el rumbo de la vida
y, en la ansiedad de una congoja extraña,
se ve todo a una luz desconocida;

desde la soledad que me acompaña,
por un deseo del sufrir movida,
llega mi alma a la paz de esa cabaña
que aún responde al adiós de su partida.

Y creo verlo en la pelada cuesta
tras de la grey, o gobernando ufano
la yunta en los calores de la siesta;

pero al mirarlo más, la voz del huerto
trae el gemir del gomer al cercano,
y quedo a la hosca realidad despierto.

IV

Melancólica tarde serraniega
que lloras en la paz de las colinas,
a donde el eco de los valles llega
con las íntimas quejas vespertinas;

senda que el retamal en oro riega
y, erizada de indómitas espinas,
de las silentes granjas de la vega
a los bohíos del erial caminas;

¿En dónde está la flauta gemidora
que el dolor del crepúsculo sentía
como si fuese el alma de aquella hora?

Tarde, estás muda; senda, estás desierta;
así, de toda animación vacía,
queda esa choza, en el brenal, abierta.

V

Y el indio ya no vuelve. ¡Pobre hermano!
que de la vida al llamamiento vino
para vivir besando aquella mano
que, a la abyección, torciera su destino.

¡Súbitamente iluminóse el llanto
ante su faz de errante peregrino...
cerró los ojos al dolor humano,
y se perdió por el postrer camino!...

Con su propio azadón se abrió la fosa
que iba a sembrar su corazón inerte
del camposanto en la quietud llorosa;

y ví hundirse su carne atormentada
por el hondo silencio de la muerte,
en el consuelo inmenso de la nada!

V

El esquilón, dolido de tristeza,
amargaba la pampa solitaria;
y era en toda la gran naturaleza
el recuerdo del sol una plegaria!

La luna su apoteosis de pureza
impuso a la honda soledad agraria...
Y yo, ante el surco en que el misterio empieza,
vi en la muerte una noche necesaria;

porque no tiene la existencia encanto
para el que cruza por la faz terrena
como una cruel encarnación del llanto!

Y ante el sér que en martirio se convierte,
y la vida que es cárcel de una pena,
¿qué fuera de la vida sin la muerte?...

VII

Dura de agosto el calcinante fuego;
pero en la linde azul del *Cabugana*
se consuela la vista del labriego
con las nieblas que deja la mañana,

—La bendición del cielo está cercana;
pronto del campo el íntimo sosiego
palpitará al clamor de la besana,
y al dulce paso de la vida, luego:

Laderas que sin él no hubisteis flores,
tierra desnuda que vistió su mano
del cariño de todos los verdores;

con su ausencia llorad vuestro infortunio.
¡Adiós maizales del abril lozano,
y trigos de oro del ardiente Junio!...

Guillermo Bustamante

MODERNA HEROINA

Era una virgencita decadente
que aspiraba éter y a Lorrain lefa;
un triste pensamiento fatigaba su mente
y sus ojos hablaban de su melancolía.

Sobre su exangüe nuca de palidez de cera
se mecía ondulante,
recortada en melena, su blonda cabellera;
y dando al fino rostro una expresión cansada
vagaba por su boca diminuta y fragante
una mueca doliente de alma desencantada.

Su espíritu extraviado por lecturas malsanas
creía en las visiones
y en los refinamientos:
ya nunca la escuchaban las doradas mañanas
rezar sus oraciones
pidiéndole a la Virgen púdicos pensamientos,
ni sus manos anémicas de moderna heroína
cesaban en su empeño de inyectarla morfina.

Ya sus ensueños no eran los juegos infantiles
ni la muñeca rubia que adurmiera en sus brazos,
eran fantasmas rojos de grotescos perfiles
que querían ahogarla en sensuales abrazos.

La luz del sol cegaba
sus insomnes pupilas
y por eso Ella amaba
la sombra de las dulces horas crepusculares,
la beatitud arcana de las noches tranquilas
y la casta pureza de los besos lunares.

Buscaba los silencios de los parques dormidos
y la fragancia ambigua de las flores exóticas;

sufría la nostalgia de sus sueños perdidos
y acopiaba en un Album mil postales eróticas.

Su amor era un efebo de galana figura
que sabía el hechizo de la caricia impura;
de ebúrneas manos sádicas y sibarita boca,
—que fuera un nido púrpura de carnales antojos—
en su voz una música y una ansiosa alma loca
riéndose en el iris de sus burlones ojos.

*
**

Vagando por el parque la encontré pensativa,
bajo las mustias galas de un ocaso invernal,
quizás sintiendo a su alma de sus ansias cautiva,
tal vez soñando, ilusa, con su quimera esquiva
o sufriendo el estrago de la droga mortal.

Una sangrienta orquídea jugaba entre su mano,
parecía su paso el de un convaleciente,
su persona era un símbolo de indefinible arcano
con una rubia aureola rodeándole la frente.

Con elegancia extrema
ceñía al gentil cuerpo de primoroso corte,
un celeste vestido de encajes y de tules
y con sus manos blancas y sus ojos azules
fingía una princesa a través de un poema
o parecía, a veces, una lady del Norte.

¿Por qué fué su mirada tan febril y tan honda
y me envió su perfume su cabellera blonda?...

Ella advirtió en mi rostro la intensa turbación
y presintió en mi pecho un tierno corazón...

Y mientras la seguía
con mirada curiosa,
desde lejos, llamándome, su mano se abatía
como alba mariposa.

Y en una banca rústica bajo una acacia espesa
se sentó junto al mío su cuerpo de princesa.

Era la hora imprecisa de pálidos destellos,
una tristeza unánime difundía las cosas,
la imagen de la fronda se horrababa en el lago
y enarcados los cuellos,
por las aguas verdosas,
resbalaban los cisnes con movimiento vago.

Entonces, su voz trémula vibró en la absorta calma
revelando el secreto de la historia de su alma.

Una historia angustiosa
de lágrimas y vicios,
de fatales herencias y carnales suplicios;
que decía del ansia de la fiebre amorosa
y de una primavera marchita a los quince años
por la caricia aleve de mimosos engaños.

Me contó la amargura de sus días de tedio
y del efebo ingrato que desdeñó sus labios,
y me enseñó una ampolla del mágico remedio
que dispensa el olvido de penas y de agravios.

Se abrió las cicatrices de sus hondas heridas
y con palabras que eran como una triste queja
evocó del pasado las horas ya perdidas
donde su infancia era promesa que se aleja.

Me habló de lo que en Ella todavía era bueno
y conservaba el hálito de virgen y de flor;
de su ternura amante: casto lirio entre cieno
y en su perenne sombra eucarístico albor.

Después...?

Casi al oído me suspiró su boca,
cálida y balbuciente, una propuesta loca.

Sus blancas manos pálidas me enlazaron el cuello
con sublime arretrato; y mientras se perdía

en la nocturna sombra el último destello,
su boca, en voraz beso, se juntaba a la mfa.

Amame—sollozaba.—Deja que mi cabeza
sobre tu pecho evoque mis muertas alegrías
y piense con pavora en mi otoñal tristeza;
calienta entre tus manos mis pobres manos frías
y estrecha entre tus brazos mi cansada belleza.
Mira en mis ojos que arden la sed que me devora,
siente, cómo de amor, se estremecen mis senos...
La sombra nos ampara, calla el agua sonora
y reposan cual mármoles los pájaros helenos.
Desnudaré mi cuerpo, y como fulge un astro
alumbrará la noche mi carne de alabastro.
Ofreceré a tu beso mi regia desnudez
y gozarás en ella la suprema embriaguez...

Su voz en el silencio vibraba estremecida
prendiendo en mis sentidos la llama del deseo.
Yo sentía el contacto de la hembra enardecida
y mis ojos nublaba un cálido mareo.

Al fin, guió mis pasos hacia un kiosco escondido
que a nuestra fiebre loca se ofreció como un nido.

Y en esa triste carne de miseria y de vicio,
evocando otro ensueño, consumé un sacrificio...

Gonzalo Escudero Moscoso

VA EL BOHEMIO

Va el pálido bohemio por su yermo camino,
rimando la ironía de su amargo destino;
ya su yerta pupila languidece al sopor
de las horas que ruedan. Va triste y errabundo,
fulminando desednes contra el voltario mundo
y vibrando en su alma la canción del Dolor.

Espíritu rebelde, mordiéronle las ansias
de reivindicación; y en férvidas estancias,
que el sacro triunfo evocan del mágico laúd,
elevó el himno eterno, el de la azul quimera,
el canto de la Vida, de luz, de primavera,
de auroras infinitas, de amor, de juventud...
no teme las caricias trágicas de la Muerte;

No han rendido sus bríos los golpes de la suerte,
las nobles seducciones de una justicia Ideal
alumbraron su senda, y va por ella altivo,
vasallo de la Gloria, de la Lira cautivo,
trovador del Ensueño, fustigador del Mal.

Hay dolor en su risa, sombras en su mirada,
inquietudes y lágrimas en su faz marchitada,
y en su ardiente palabra, un eco sepulcral...
Y mientras le acrimina la humanidad artera,
sueña con la armonía de la hora postrera,
sueña con la armonía de la hora nocturnal...

En las noches lunadas, bajo el disco de plata,
sueña el loco bohemio con el vino escarlata
y en su alma se infiltra un delirio otoñal...
Sueña el loco bohemio, vidriosa su mirada;
a la luz argentina, en la sombra pesada,
destácase, borrosa, su silueta espectral.

Va el pálido bohemio por su yermo camino
rimando la ironía de su amargo destino;
ya su yerta pupila languidece al sopor
de las horas que ruedan. Va triste y errabundo,
fulminando desdenes contra el voltario mundo
y vibrando en su alma la canción del dolor.

Los años, los dolores, doblegaron su vida,
y se perdió en la sombra su frente dolorida;
y al estallar el salmo doliente, funeral,
dejó en su labio inerte el gesto del asceta
de las horas que ruedan, el pálido poeta
como una flor de gloria, ¡como una flor triunfal!

Honorato Vázquez

HECES

I

Todo ha pasado ya; de aquella fiesta
sólo queda el olor de la mañana,
ese olor de las fiestas que terminan
con la primera luz de la alborada.

Flores que mueren en el vaso tristes,
y lumbres que, en pavesas ya se apagan,
polvo que el baile deja vagabundo
en el ambiente de vacía estancia.

Niños que duermen, hombres habladores,
mujeres de cansancio arrebuajadas,
puertas que se abren, gentes que se salen,
fugitivas parejas que se abrazan.

Heces de vino al fondo de las copas,
heces de pena en las desiertas almas;
olor de vino en los mojados bordes
y sueños sobre incógnita esperanza.

II

Mediodía... Despiertan los dormidos
de aquella bulliciosa trasnochada,
lasitud de alma y cuerpo, entre los nimbos
de una luz ida y otra luz que pasa.

Recordar lo que fué, candor de sueños,
recordar lo que fué, ruidos de alas,
que del banquete vuelan y se alejan,
aves que huyen al sol de la mañana.

Paladear amargo de un banquete
que deja acíbar cuando ya se acaba,

ver tras dulces mentiras de la noche,
surgir el corazón de su mortaja.

Sentirse todo uno desvahido
al borde de una sima que se traga
la vida con su rápido alborozo,
el corazón con muertas esperanzas.

III

Así te vi, lucero de mi aurora,
entre las sombras de la noche vagas;
así te ví, lucero tembloroso,
te busqué al mediodía y no hallé nada.

Despertar de banquetes ideales,
ver tu puesto vacío ya en mi casa,
y por todo consuelo ver por donde
guió tu paso tu ligera planta.

Violetas sembré donde anduviste,
con lágrimas regué las tiernas plantas;
cuando nacieron las primeras flores
con mis besos quedaron refrescadas.

¡Ay! llámame a tu lado y allí quede
rota a tus pies de mi dolor el arpa;
tú eres reina, yo hasta hoy vasallo tuyo,
tú dueña de las lágrimas de mi alma!

A ORILLAS PERUANAS

DEL MACARÁ

Todos duermen, y en el campo
reina silenciosa calma,
y sólo a intervalos muge,
cuando del desierto avanza,
el viento, a estrellar su furia
en la sierra ecuatoriana:
sobrecogida despierta
la selva, crujen las ramas

y, cual si sintieran miedo,
unas con otras se abrazan.

Insomne y meditabundo,
acodado a una ventana,
desde aquí miro ondulante
la combatida montaña,
por los rayos de la luna
a intervalos alumbrada;
erguida en el horizonte,
tras cuyas sutiles gasas
las temblorosas estrellas
parecen gotas que bajan,
en lluvia argéntea, a sumirse
en las selvas de mi patria.

Como un rebaño dormido
veo blanquear las casas
del Macará, y a un extremo
una lumbre brilla escasa,
cual la que el pastor enciende
junto al redil, y a las auras
deja de la noche aviven,
si va a extinguirse, la llama.

¡Ay! es la luz de la iglesia,
es del Sagrario la lámpara,
que alumbra allí unos misterios
que sólo presiente el alma.
Allí está el que, Rey de reyes,
hoy, Pastor sólo se llama,
que doquier busca a los suyos,
y a quien los suyos reclaman;
y que, en vigilia constante,
y en espera que no acaba,
y en amor que no se mengua,
a la luz de pobre lámpara
en esa noche de olvido
que extendemos por sus aras,
solitario nos vigila,
olvidado nos aguarda.

Ya voy, Señor, a tu templo
a ofrendarte mi plegaria,
¡Ultimo templo, el más pobre
de mi tierra ecuatoriana!
Voy en nombre de mi madre,
en nombre de mis hermanas,
en nombre de mis verdugos,
y en nombre voy de mi Patria,
a orar allí en tu recinto,
antes que la luz del alba
el camino me señale
por extranjera comarca.

Mas, de este río interpuesto
los hombres me han hecho valla
aquende extranjera tierra,
allende, cerca la Patria,
a la que es crimen me llegue
como fué crimen amarla...
¡Oh! ¿por qué debo rendirme
a esa usurpación nefaria
con que, viéndome indefenso,
mi libertad me arrébatan?

No: listo está mi caballo;
venga! Lanzado a las aguas,
al estímulo del hierro,
de entre la corriente rauda,
surgirá a la opuesta orilla
de mi tierra ecuatoriana...
Adelante!...

Entre las sombras,
no sorprenderán mi marcha;
y... de improviso, una noche
fugitivo iré a mi casa,
correré desatentado
de mi madre hacia la estancia;
tal vez la encuentre en vigilia,
y, al pie de una cruz postrada,
por el hijo ausente orando
en lacrimosa plegaria...

Me desplomaré en sus brazos...
 ¡Supremo placer de mi alma!...
 ¡Ea!...

Mas, si hogar recobro,
 no hallaré libre a mi Patria;
 que, en torno, sólo se escuchan
 los hierros que la remachan,
 el chasquido del azote
 que corroe sus espaldas,
 y en su virginal mejilla
 parricida bofetada...
 ¡Oh! no!... Perdón, madre mía,
 llora de Dios en las aras,
 llora mi ausencia: me alejo
 huérfano de tí y mi Patria!...

Y a Tí, Señor, que vigilas
 en esa iglesia cercana,
 a cuyas puertas me impiden
 los hombres lleve mi planta,
 desde aquí mi amor te envío,
 mi amor ese río salva:
 libre soy para adorarte!
 No hay fronteras para el alma!
 Ayer te dejé mi ofrenda
 de las penas cosechadas:
 aunque es tan pobre mi duelo,
 todo él lo dejó en tus aras;
 que al pie de tu cruz ¡Bien mío!
 La ofrenda más aquilatan
 las lágrimas que la riegan
 que el oro que las recama!

Rindo a tus sabios decretos
 la rebeldía de mi alma,
 campo que ya igual recibe,
 así el rocío del alba
 que en múltiple centelleo
 el verde prado aljofara,
 como el caluroso rayo
 que, calcinando la grama,

deja la sedienta tierra
en hondas grietas surcada.
Se que eres Padre: esta idea
para mi consuelo basta:
pon tus ojos paternos
en mi madre y en mi Patria!

Ya la aurora colorea
tras las azules montañas,
¡Adelante, peregrino!
Amplio desierto te aguarda:
salvada ya la frontera,
nadie a tu honradez amaga,
nadie libertad te roba
ni da ley a tu palabra.

¡Adelante!... Seré libre,
libre cual no fui en la patria,
libre, cual los huracanes
de estas solitarias pampas,
sin más ley, Dios, que la tuya,
y tu amor, madre de mi alma!...

Humberto Fierro

PASCUA DE RESURRECCION

Oh, lágrimas cantoras de las campanas viejas
que tocan y repican lo mismo que en sus quejas!...
Campanas poeanas
que lloran y que ríen,
campanas dannunzianas
que con Grieg sonríen
y que con Verlaine lloran,
y que hacen vibrar a vuelo
la copa azul del cielo,
y todas conmemoran
la Pascua milagrosa de la Resurrección
y todas dan y dan

su enloquecido son
como el millar de bronces de la ciudad de Iván.

Los templos bizantinos y las iglesias góticas
que mueve en sus columnas el órgano severo
voltean repicando, metálicas, despóticas,
sus lágrimas de acero
sobre mi corazón,
y dilatando van
traganças de Sarón
que aroman el suspiro de rosas de pasión...
Din, dán,
Din, dón,
en la mañana florida como el estilo de Ossian...

ARIA MELANCOLICA

Cuando te entretienes, trezando de jazmín,
esa guirnalda cólica
que el alma del paisaje te enseñó en el jardín,
y cantas entre dientes un aria melancólica,

y cantas entre dientes y encantas la mañana,
tienes una expresión tan suave y tan humana,
que Ofelia te besara la frente como hermana.

Las copas del estío no ofrecen una esencia
que calme como tú la sed de la delicia;
como un olor de rosas me gusta la caricia
de tus queridos ojos de oscuridad de ausencia...

La alegría que sientes es la alegría mía,
y las tristezas mías en tí son tan frecuentes,
que el estribillo eterno de mi melancolía
es ver que estamos juntos y estamos siempre ausentes!

¡Y pensar que jamás sabrás tú de mi vida,
y que la frase mágica continuaré callando!
¡Pensar que te encontré por pasear mi herida
en una tarde triste que se iba deshojando!...

Nada espero, nada del mundo en que vivimos,
pero a pesar de todo nunca te he de olvidar,
mientras vea mañanas como las que ambos vimos,
mientras vea una tarde buena para llorar...

Ignacio Roca

UNA LAGRIMA

Era una virgen inocente y pura
cual diáfano destello matutino,
un angel de los cielos, peregrino,
la más perfecta, singular criatura.

Ya no existe... la flor de su hermosura
la destrozó la mano del destino,
cuando brindaba en el erial camino
el ámbar de su cáliz, su ternura.

¡Ay! todo se consume y palidece
en el mísero suelo del quebranto;
la sonrisa, el amor, todo fenece.

Es la existencia horrible desencanto;
sólo para el que sufre, el que padece,
eterno es el dolor, eterno el llanto.

A MI MADRE

Madre adorada, tu dichoso nombre
lo pronuncian mis labios con ternura
en mis noches de luto y amargura,
en mis horas de llanto y aflicción;
cuando inclino la frente con tristeza,
rendida por un negro pensamiento,
y desfallece el alma sin aliento
y pierde su energía el corazón,

porque eres de mi vida en el desierto
de la esperanza, solitaria palma,

que sombra fresca y deliciosa calma
a mi existencia mísera brindó;
porque eres de mi cielo en el espacio
la fulgurante estrella venturosa
que con luz apacible y amorosa
mi porvenir tristísimo alumbró.

Qué fuera yo ¡ay de mí! sin tu cariño,
sin la tierna expresión de tu semblante,
si mirar no pudiera a cada instante
de tus ojos el fuego celestial;
si tu grata sonrisa halagadora
no derramase en mi alma la alegría,
y en mi dolor profundo, en mi agonía,
no encontrase tu amparo maternal?

Ya la luz se eclipsó del alma mía,
mis dulces sueños rápidos fugaron,
del corazón las flores se secaron,
las flores que brotó mi juventud;
de lágrimas pasaron empapadas
las páginas brillantes de mi historia,
y de mi fúlgida, amorosa gloria,
¡ay! resta solamente un ataúd!...

En mi fatal desgracia y desamparo,
en mi árida existencia dolorida,
sólo me quedas tú, madre querida,
tesoro de pureza angelical;
sólo me quedas tú, prenda salvada
en el naufragio de mi amor, tan triste,
única flor que el huracán resiste;
flor que despide aroma celestial.

Blanco jazmín de pulida belleza,
en cuyo cáliz perfumado y santo
derramóse mi doloroso llanto,
en mis horas de escéptica inacción;
mas ¿qué digo?... mis lágrimas ardientes
al brotar de la fuente de amargura,
marchitarán tu cándida frescura,
abrasarán tu tierno corazón.

¡Ay! porque son mis lágrimas de fuego,
mis lágrimas de sangre, quemadoras,
que consumen, cual lavas destructoras,
que vomitara el cráter de un volcán;
lágrimas ¡ay! que corren solitarias
sin fecundar la senda de dolores,
que ya al alma las hermosas flores
marchitas, secas, sin aroma están.

Mas, si es nuestro destino en este mundo
vivir de la amargura de la pena,
arrastrando la mísera cadena
del acerbo infortunio, del pesar...
Si apenas ¡ay! nacemos, ya lloramos;
si es el dolor nuestra fatal herencia
y pasamos las horas de existencia
en continuo gemir y sollozar;

si nuestra alma ha de verse despojada
de sus tiernas profundas afecciones,
sin poder contemplar sus ilusiones
de la esperanza al plácido fulgor;
si llevamos oculto aquí en la frente
un activo, ardoroso pensamiento,
si el corazón nos sirve de tormento
y agonía terrible es el amor:

lloremos, madre, sí, lloremos juntos
los sinsabores de esta triste vida;
sigamos esta senda maldecida
do estamos condenados a sufrir;
lloremos, sí, que el llanto sólo puede
endulzarnos la copa de amargura;
que en medio de tan negra desventura
nos reserva el sepulcro un porvenir.

Isaac J. Barrera

SOBRE UN TEMA VIEJO

Y la Muerte, la reina compasiva,
la de corona de oro, de perlas y bondades,
eterna siempreviva,
nos espera,
más allá del cielo de las Potestades.
Es la blanca luna
de los sueños vagos
y eternos. Es una quimera,
es la madre pía de los sin fortuna,
es la que a los niños pobres brinda halagos,
Es la compasiva que no olvida nunca
y que nos espera
tras los infortunios.
Es negra, muy negra la blanca quimera,
es el cumplimiento de la vida trunca
y es de los pesares dulce plenilunio.
Ella está por siempre los brazos abiertos
para los dolores acoger en ellos;
ella en los desiertos
es la que acompaña nuestras soledades,
es el libro oculto con los siete sellos,
La Muerte benigna llena de bondades,
libro en que se encierra
la sabiduría que no da la tierra.
La Muerte es la sola que tiene el remedio
para nuestras llagas
persistentes, crueles, sangrientas,
de la duda, la decepción y el tedio.
La Muerte a su servicio tiene todas las Magas,
que consuelan, que sanan; las somnolientas,
las de manos de seda y aterciopeladas;
las de mano de armiño, pálidas, nacaradas;
las que dan un sueño jamás interrumpido
y lleno de verdad;
las que dan el olvido
y la inmortalidad.

.

Isidro del Campo

DE MIS LISES Y DE MIS ROSAS

Canción
de pasión,
mi Poesía
es como un rosal abierto
en este jardín desierto
de mi espíritu, ya muerto,
por la Melancolía.
(Lises de Ensueño
flores de luto...)

Sólo en la noche de mi Pena,
mi pálida canción resuena...

Mi rima nocturnal, canción sonora,
de penas de pasión y de suspiros
perdióse entre los tintes de la Aurora,
llevada por alígeros céfiros...

La Vida—
que en mi alma abrió cruel herida—
llena de Tristor mi canto:
mis lises puleros
hán florecido en sepulcros;
y mis rosas,
dolorosas,
tienen rocíos de llanto...

(Dolor, ¡cuántas cosas nuevas
me enseñaste! Vida, llevas
en cada pliegue del manto
una ilusión)... Ora, llora
alma, tu mejor canción
y oración,
es esta canción sonora
de tu llanto... Poeta, ora!...

José Joaquín de Olmedo

AL VENCEDOR DE MINARICA

(FRAGMENTOS)

Cual águila inexperta, que impelida
 del regío instinto de su estirpe clara
 emprende el precoz vuelo
 en atrevido ensayo
 y elevándose ufana, envanecida
 sobre las nubes que atormenta el rayo
 no en el peligro de su ardor repara
 y a su ambicioso anhelo
 estrecha viene la mitad del cielo.
 Mas dé impreviso deslumbrada, ciega,
 sin saber donde va, pierde el aliento,
 y a la merced del viento
 ya su destino y su salud entrega:
 o por su solo peso descendiendo
 se encuentra por acaso
 en medio de su selva conocida,
 y allí la luz huyendo, se guarece,
 y de fatiga y de pavor vencida
 renunciando al imperio desfallece.

Así mi musa un día
 sintió la tierra huir bajo su planta
 y osó escalar los cielos no teniendo
 más genio que amor patrio y osadía.
 En la región etérea se declara
 grande sacerdotisa de los Incas
 abre el templo del sol: flores y ofrendas
 esparce sobre el ara
 ciñe la estola espléndida y la tiara:
 inquieta, atormentada
 de un Dios que dentro el pecho no le cabe
 profiere en alta voz lo que no sabe
 por ciega inspiración. Tiemblan los reyes
 escuchando el oráculo tremendo:

revelaciones, leyes
 dicta el pueblo; describe las batallas:
 de la patria predice la victoria
 y la aplaude en seráficos cantares:
 de los Incas deifica la memoria.
 Y a sus manes sagrados
 si tumba les faltó, levanta altares.

.....

Así cuando una nube repentina
 enluta el cielo, cuando el sol declina,
 se afanan los pastores recogiendo
 el rebaño que padece descuidado.
 Mas de improviso estalla un trueno horrendo:
 el tímido ganado
 se aturde, se dispersa desoyendo
 del fiel mastín inútiles clamores;
 se pierde en precipicios espantosos
 que más lo apartan del redil querido;
 y entre tantos horrores
 vagan, tiemblan, caen confundidos
 ganados, y mastines, y pastores (1).

.....

¿Veis allá lejos ominosa nube
 ondeando en polvo de revuelta arena
 que densa se derrama y lenta sube?...
 Allí está Miñarica. La discordia
 allí sus haces crédulas ordena:
 las convoca, las cuenta, las inflama...
 Las inflama... después las desenfrena.

Flores vuela al encuentro, y cuando alzada
 sobre la hostil cerviz resplandecía
 su espada, reconoce sus hermanos:
 lejos de sí la arroja y les ofrece
 el seno abierto y las inermes manos.

(1) Alude el autor a las plagas que asolaron a Guayaquil:
 la guerra, el hambre y la peste.

Mas fiero la facción se enorgullece:
 razón, ruego, amistad y paz desdeña.
 Triunfa al verse rogada
 y en ilusión y en arrogancia crece;
 que rara vez clemencia generosa
 el monstruo del furor civil domeña
 y aun más los viles pechos escandece.

.

Rey de los Andes; la ardua frente inclina
 que pasa el Vencedor! A nuestras playas
 dirige el paso victorioso, en tanto
 que el himno sacro la amistad entona,
 y fausta la Victoria le destina
 triunfales pompas en su caro Guayas
 y en este canto espléndida corona.

A UN NIÑO

SONETO

Saber poner en práctica el amor
 que a Dios y al hombre debes profesar;
 a Dios, como a tu fin último amar,
 y al hombre como imagen de su autor.

Proceder con lisura y con candor;
 a todos complacer sin adular,
 saber el propio genio dominar,
 y seguir a los otros el humor.

Cual propio el bien ajeno promover;
 como propio el ajeno mal sentir;
 saber negar, saber condescender.

Saber disimular y no fingir;
 esta ciencia del mundo has de aprender;
 esta es la ciencia del saber vivir.

EPITALAMIO (1)

En las bodas del Conde de
Villar de Fuente con la señorita
Pando.

Ven Himeneo; ven Himeneo.

Un feliz Joven
ya dobla el cuello
al dulce yugo
de un amor tierno;
ya en tus altares
quema el incienso,
y ardientemente
clamar le veo,

Ven Himeneo; ven Himeneo.

Todos se rinden
hoy a tu imperio,
y alegres viven
con ser tus siervos.
Sin ti los prados
quedarían secos,
ni correrían
los arroyuelos;
ni regalaran
al fácil viento
las tiernas aves
con su gorjeo.

Ven Himeneo; ven Himeneo.

La virgen tierna
fijos al suelo
tiene los ojos,
fos ojos bellos.
Teme y desea;

(1) Esta hermosa poesía de Olmedo permanecía inédita en Quito hasta ahora (agosto de 1918).

mas, bajo el velo
de la modestia,
tiene encubierto
el fuego dulce
de su deseo.

Ven Himeneo; ven Himeneo.

De Amores, Gracias,
y de tus Genios,
rodeado baja
del alto cielo;
ven, Dios amable,
hijo de Venus;
da a los amantes
tu dulce beso;
sin ti, amor fuera
criminal fuego,
ni hubiera casto
puro recreo.

Ven Himeneo; ven Himeneo.

Así cantaba lleno de alegría
un coro de pastores;
y un coro de pastoras respondía:
«En un hermoso prado,
donde la rica Flora
sus primores y galas atesora,
un bello altar yo miro consagrado
al Dios de los Amores,
y al venturoso y plácido Himeneo.
El altar, coronado
aparece de flores;
y las Ninfas y Gracias hechiceras,
de las más olorosas,
dos guirnaldas hermosas
componen, placenteras.
¡Mil veces venturosas
las sienes delicadas
a las cuales un premio tan sagrado
el cielo en su bondad ha destinado!»

Luego la compañía
ya el santo altar rodea,

ya por el verde prado se pasea.

Los pastores decían:

«Ven Himeneo; ven Himeneo»;

y las tiernas pastoras repetían:

«Ven Himeneo, ven; ven Himeneo».

¡Qué dulce alternativa!

¡qué bella perspectiva!

¡qué tocante espectáculo, formado

al placer de los ojos, y del alma! (1)

Ya las voces sonoras

se esparcen, se dilatan

en las alas del viento voladoras.

Al plácido ruido

de esta voz delicada,

parece recibir vida y sentido

aun la Naturaleza inanimada,

pues, a su vez los montes repetían,

«ven Himeneo, ven; ven Himeneo».

Fácil el Dios descende, rodeado
de sus genios parciales

que anuncian a lo lejos su venida;

con su tea encendida,

vienen mil cupiditos retozando

y festivos cantando

dulces himnos, canciones celestiales.

Llegaron al altar; y los zagales

con ardiente porfía

se alegran, como nunca se alegraron;

así, cual suele siempre bulliciosa

la república libre de las aves,

esforzar más los cánticos 'suaves

cuando aparece el día,

y el fiel Esposo de la tierna Aurora,

con su llama benigna y apacible

las altas cumbres de los montes dora.

Toma el Dios las guirnaldas en la mano.

Todos, todos callaron,

(1) Véase el Apéndice al final de esta obra.

y esperaban ansiosos,
que llegasen los jóvenes dichosos.
Llegan; y la decente compostura,
los pasos majestuosos,
la modesta hermosura,
y ese ánimo tranquilo
sin embargo de que arde, y de que anhela,
están diciendo, sin querer decirlo,
éste González es; ésta es Manuela.

La plácida alegría,
se deja ver del Dios en la ancha frente,
da a la joven esposa
la corona de rosa
y otra corona igual pone al esposo.

Aquí es más fervoroso
el cántico del coro enardecido,
que en dos alas hermosas dividido
con plácidos trasportes de alegría,
el dulce y grato nombre
de Manuela y González repetía.

La sonrosada virgen inocente
aparece vestida
de ropaje talar cuya blancura
la fe sincera y pura
del tierno corazón está indicando
y entre el amor, el gozo,
y el pudor vacilando
ya se acerca al altar como temblando.

Se le anuda la voz cuando procura
pronunciar el solemne juramento,
solamente su amor en este instante
lo descubre su seno palpitante;
su seno, pues sus ojos hechiceros
cual lánguidos luceros
inmóviles se fijan en la tierra.

Luego el esposo amante,
mira a la esposa amada

con ternura indecible ¡oh qué mirada!
Y un largo y mudo abrazo
es el sagrado lazo
con que estrecha Himeneo
tan sensibles, tan tiernos corazones,
enlazada felice,
y alma Fecundidad la unión bendice.

LA VICTORIA DE JUNIN

CANTO A BOLÍVAR

El TRUENO horrendo que en fragor revienta
y sordo retumbando se dilata
por la inflamada esfera,
al Dios anuncia que en el cielo impera.

Y el rayo que en JUNIN rompe y ahuyenta
la hispánica muchedumbre
que más feroz que nunca amenazaba
a sangre y fuego eterna servidumbre:
y el canto de victoria
que en ecos mil discurre ensordeciendo
el hondo valle y enfriscada cumbre,
proclaman a BOLÍVAR en la tierra
árbitro de la paz y de la guerra.

Las soberbias pirámides que al cielo
el arte humano osado levantaba
para hablar a los siglos y naciones;
templos, do esclavas manos
deificaban en pompa a sus tiranos,
ludibrio son del tiempo, que con su ala
débil las toca, y las derriba al suelo,
después que en fácil juego el fugaz viento
borró sus mentirosas inscripciones;
y bajo los escombros confundido
entre la sombra del eterno olvido,
¡oh de ambición y de miseria ejemplo!
el sacerdote yace, el dios y el templo;

Mas los sublimes montes, cuya frente
a la región etérea se levanta,

que ven las tempestades a su planta
brillar, rugir, romperse, disiparse;
los Andes... las enormes, estupendas
moles sentadas sobre bases de oro,
la tierra con su peso equilibrado,
jamás se moverán. Ellos burlando
de ajena envidia y del protervo tiempo
la furia y el poder, serán eternos
de LIBERTAD y de VICTORIA heraldos,
que con eco profundo
a la postrera edad dirán del mundo:
«Nosotros vimos de JUNIN el campo:
»vimos que al desplegarse
»del PERÚ y de COLOMBIA las banderas,
»se turban las legiones altaneras,
»huye el fiero español despavorido,
»no pide paz rendido
»Venció BOLÍVAR: el PERÚ fué libre;
»y en triunfal pompa LIBERTAD sagrada
»en el templo del SOL fué colocada.»

¿Quién me dará templar el voraz fuego
en que ardo todo yo? Trémula, incierta,
torpe la mano va sobre la lira
dando discorde son. ¿Quién me liberta
del dios que me fatiga?...
Siento unas veces la rebelde Musa
cual Bacante en furor, vagar incierta
por medio de las plazas bulliciosas,
o sola por las selvas silenciosas,
o las risueñas playas
que manso lame el caudaloso GUAYAS;
otras el vuelo arrebatado tiende
sobre los montes, y de allí descende
al campo de JUNIN y, ardiendo en ira,
los numerosos escuadrones mira,
que el odiado pendón de España arbolan;
y en crinado morrión y peto armada,
cual amazona fiera,
se mezcla entre las filas la primera
de todos los guerreros,

y a combatir con ellos se adelanta,
triunfa con ellos y sus triunfos canta.

Tal en los siglos de virtud y gloria,
cuando el guerrero sólo y el poeta
eran dignos de honor y de memoria,
la musa audaz de Píndaro divino,
cual intrépido atleta,
en inmortal porfía
al griego estadio concurrir solía
y en estro hirviendo y en amor de fama,
y del metro y del número impaciente,
pulsa su lira de oro sonora,
y alto asiento concede entre los dioses
al que fuera en la lid más valeroso,
o al más afortunado. |
Pero luego envidiosa
de la inmortalidad que les ha dado,
ciega se lanza al circo polvoroso,
las alas rapidísimas agita,
y al carro vencedor se precipita.
Y desatando armónicos raudales,
pide, disputa, gana,
o arrebatada la palma a sus rivales.

¿Quién es aquél que el paso lento mueve
sobre el collado que a JUNIN domina?
Que el campo desde allí mide, y el sitio
del combatir y del vencer desina?
Que la hueste contraria observa, cuenta,
y en su mente la rompe y desordena,
y a los más bravos a morir condena,
cual águila caudal que se complace
del alto cielo en divisar su presa
que entre el rebaño mal segura pace?
¿Quién el que ya descende
pronto y aperebido a la pelea?
Preñada en tempestades le rodea
nube tremenda: el brillo de su espada
es el vivo reflejo de la gloria:
su voz un trueno, su mirada un rayo.

¿Quién aquel que al trabarse la batalla,
ufano como nuncio de victoria,
un corcel impetuoso fatigando
discurre sin cesar por toda parte...?
¿Quién, sino el hijo de COLOMBIA y MARTE?

Sonó su voz: «Peruanos,
mirad allí los duros opresores
de vuestra patria. Bravos colombianos,
en cien crudas batallas vencedores,
mirad allí los enemigos fieros
que buscando venís desde Orinoco:
suya es la fuerza, y el valor es vuestro;
vuestra será la gloria;
pues lidiar con valor y por la patria
es el mejor presagio de victoria.
Acometed: que siempre
de quién se atreve más el triunfo ha sido:
quien no espera vencer, ya está vencido.»

Dice: y al punto, cual fugaces carros,
que dada la señal, parten, y en densos
de arena y polvo torbellinos ruedan;
arden los ejes; se estremece el suelo;
estrépito confuso asorda el cielo;
y en medio del afán cada cual teme
que los demás adelantarse puedan;
así los ordenados escuadrones
que del Iris reflejan los colores
o la imagen del Sol en sus pendones,
se avanzan a la lid. ¡Oh! ¡quien temiera,
que su ímpetu mismo los perdiera!

¡Perdersel no, jamás; que en la pelea
los arrastra y anima e importuna
de BOLÍVAR el genio y la fortuna.
Llama improviso el bravo NECOCHEA;
y mostrándole el campo,
partir, acometer, vencer le manda.
Y el guerrero esforzado,
otra vez vencedor, y otra cantado,

dentro en el corazón por PATRIA jura
cumplir la orden fatal; y a la victoria
o a noble y cierta muerte se apresura.

Ya el formidable estruendo
del atambor en uno y otro bando,
y el son de las trompetas clamoroso,
y el relinchar del alazán fogoso,
que erguida la cerviz y el ojo ardiendo
en bélico furor salta impaciente
donde más se encruelce la pelea;
y el silbo de las balas que rasgando
el aire llevan por doquier la muerte;
y el choque asaz horrendo
de selvas densas de ferradas picas;
y el brillo y estridor de los aceros
que al sol reflectan sanguinosos visos;
y espadas, lanzas, miembros esparcidos
o en torrentes de sangre arrebatados;
y el violento tropel de los guerreros
que más feroces mientras más heridos,
dando y volviendo el golpe redoblado,
mueren, mas no se rinden... Todo anuncia
que el momento ha llegado,
en el gran libro del Destino escrito,
de la venganza al PUEBLO AMERICANO,
de mengua y de baldón al castellano.

Si el fanatismo con sus furias todas,
hijas del negro averno, me llamara,
y mi pecho y mi musa enardeciera
en tartáreo furor, del León de España,
al ver dudoso el triunfo, me atreviera
a pintar el rencor y horrible saña.
Rugo atroz, y cobrando
más fuerza en su despecho, se abalanza,
abriéndose ancha calle entre las haces
por medio el fuego y contrapuestas lanzas,
rayos respira, mortandad y estrago,
y sin pararse a devorar la presa,
prosigue en su furor, y en cada huella
deja de negra sangre un hondo lago.

En tanto el Argentino valeroso
 recuerda que vencer se le ha mandado;
 y no ya cual caudillo, cual soldado
 los formidables ímpetus contiene
 y uno en contra de ciento se sostiene,
 como tigre furiosa
 de rabiosos mastines acosada,
 que guardan el redil, mata, destroza,
 ahuyenta sus contrarios, y aunque herida,
 sale con la victoria y con la vida.

¡Oh, Capitán valiente!
 blasón ilustre de tu ilustre patria,
 no morirás! tu nombre eternamente
 en nuestros fastos sonará glorioso,
 y bellas ninfas de tu PLATA undoso
 a tu gloria darán sonoro canto
 y a tu ingrato destino acerbo llanto.

Ya el intrépido MILLER aparece
 y el desigual combate restablece.
 Bajo su mando ufana
 marchar se ve la juventud peruana,
 ardiente, firme, a perecer resuelta,
 si acaso el hado infiel vencer la niega.
 En el árduo conflicto opone ciega
 a los adversos dardos firmes pechos,
 y otro nombre conquista con sus hechos.

¿Son esos los garzones delicados
 entre seda y aromas arrullados?
 ¿Los hijos del placer son esos fieros?
 Sí: que los que antes desatar no osaban
 los dulces lazos de jazmín y rosa
 con que amor y placer los enredaban,
 hoy ya con mano fuerte
 la cadena quebrantan pōderosa
 que ató sus pies, y vuelan denodados
 a los campos de muerte y gloria cierta,
 apenas la alta fama los despierta
 de los guerreros que su cara patria
 en tres lustros de sangre libertaron;

y apenas el querido
nombre de libertad su pecho inflama,
y de amor partió la celeste llama
prende en su corazón adormecido.

Tal el joven Aquiles
que en infame disfraz y en ocio blando
de lánguidos suspiros,
los destinos de Grecia dilatando,
vive cautivo en la beldad de Sciros;
los ojos padece en el vistoso alarde
de arreos y de galas femeniles
que de India y Tiro y Méμφis opulenta
curiosos mercaderes le encarecen;
mas a su vista apenas resplandecen
pavés, espada y yelmo, que entre gasas
el Itacence astuto le presenta,
pásmase... se recobra, y con violenta
mano el templado acero arrebatando,
rasga y arroja las indignas tocas,
parte, traspasa el mar y en la troyana
arena, muerte, asolación, espanto
difunde por doquier; todo le cede...
Aun Héctor retrocede...
y cae al fin; y en derredor tres veces
su sangriento cadáver profanado
al veloz carro atado
del vencedor inexorable y duro,
el polvo barre del sagrado muro.

Ora en mi lira resonar debía
del nombre y las hazañas portentosas
de tantos capitanes que este día
la palma del valor se disputaron,
digna de todos... Carvajal... y Silva...
y Suárez... y otros mil... Mas de improviso
la espada de BOLIVAR aparece,
y a todos los guerreros,
como el SOL, a los astros, obscurece.
Yo acaso, más osado le cantara
si la meonia Musa me prestara

la resonante trompa que otro tiempo
cantaba al crudo Marte entre los Traces,
bien animando las terribles haces,
bien los fieros caballos, que la lumbre
de la égida de Pálas espantada,

Tal el héroe brillaba
por las primeras filas discurriendo.
eS oye su voz, su acero resplandece,
do más la pugna y el peligro crece.
Nada lo puede resistir... Y es fama,
¡oh portento inaudito!
que el bello nombre de COLOMBIA escrito
sobre su frente, en torno despedía
rayos de luz tan viva y refulgente
que deslumbrado el Español desmaya,
tiembla, pierde la voz, el movimiento:
sólo para la fuga tiene aliento.

Así, cuando en la noche algún malvado
va a descargar el brazo levantado,
si de improviso lanza un rayo el cielo,
se pasma, y el puñal trémulo suelta;
hielo mortal a su furor sucede;
tiembla, y horrorizado retrocede.
Ya no hay más combatir. El enemigo
el campo todo y la victoria cede.
Huye cual ciervo herido, y a donde huye
allí encuentra la muerte. Los caballos
que fueron su esperanza en la pelea,
heridos, espantados por el campo
o entre las filas vagan, salpicando
el suelo en sangre que su crin gotea;
derriban al jinete, lo atropellan,
y las catervas van despavoridas,
o unas en otras con terror se estrellan.

Crece la confusión, crece el espanto;
y al impulso del aire, que vibrando
sube en clamores y alaridos lleno,
tremen las cumbres que respeta el trueno.

Y discurriendo el vencedor en tanto
por cimas de cadáveres y heridos,
postra al que huye, perdona a los rendidos.

Padre del Universo, *Sol* radioso,
Dios del Perú, modera omnipotente
el ardor de tu carro impetuoso,
y no escondas tu luz indeficiente...
Una hora más de luz... Pero esta hora
no fué la del Destino. El dios oía
el voto de su pueblo; y de la frente
el cerco de diamantes desceñía.
En fugaz rayo el horizonte dora,
en mayor disco menos luz ofrece,
y veloz tras los Andes se obscurece.

Tendió su manto lóbrego la noche,
y las reliquias del perdido bando,
con sus tristes y atónitos caudillos,
corren sin saber dónde espavoridas,
y de su sombra misma se estremecen,
y al fin en las tinieblas ocultando
su afrenta y su pavor, desaparecen.
¡VICTORIA por la Patria! ¡Oh Dios! Victoria!
Triunfo a COLOMBIA y a BOLÍVAR gloria!

Ya el ronco parche y el clarín sonoro
no a presagiar batalla y muerte suenan
ni a enfurecer las almas; mas se extreman
en alentar el bullicioso coro
de vivas y patrióticas canciones.
Arden cien pinos, y a su luz las sombras
huyeron, cual poco antes desbandadas
huyeron de la ESPADA de COLOMBIA
las vandálicas huestes debeladas.

En torno de la lumbre,
el nombre de BOLÍVAR repitiendo
y las hazañas de tan claro día,
los jefes, y la alegre muchedumbre,
consumen en acordes libaciones
de Baco y Ceres los celestes dones.

«Victoria, paz, clamaban,
 paz para siempre! Furia de la guerra,
 húndete al hondo averno derrocada.
 Ya cesa el mal y el llanto de la tierra.
 ¡Paz para siempre! La sanguínea espada,
 o cubierta de orín ignominioso,
 o en el útil arado transformada,
 nuevas leyes dará. Las varias gentes
 del mundo, que a despecho de los Cielos
 y del ignoto Ponto porceloso,
 abrió a Colón su audacia o su codicia,
 todas ya para siempre recobraron
 en JUNIN, libertad, gloria y reposo».

Gloria, mas no reposo; de repente
 clamó una voz de lo alto de los cielos;
 y a los ecos los ecos por tres veces
Gloria, mas no reposo, respondieron.
 El suelo tiembla; y cual fulgentes faros
 de los Andes las cúspides ardieron;
 y de la noche el pavoroso manto
 se transparenta, y rásgase, y el éter
 allá lejos purísimo aparece,
 † en rósea luz bañado resplandece.

Cuando improviso, veneranda sombra
 en faz serena y ademán augusto
 entre cándidas nubes se levanta,
 Del hombro izquierdo nebuloso manto
 pende, y su diestra aéreo cetro rige:
 su mirar noble, pero no sañudo;
 y nieblas figuraban a su planta
 penacho, arco, carcaj, flechas y escudo.
 Una zona de estrellas
 glorificaba en derredor su frente
 y la borla imperial de ella pendiente.

Miró a JUNIN, y Ipácida sonrisa
 vagó sobre su faz. «Hijos, decía,
 generación del SOL afortunada,
 que con placer yo puedo llamar mía.
 Yo soy HUAINA-CAPAC; soy el postrero

del vástago sagrado:
 dichoso Rey, mas padre desgraciado,
 De esta mansión de paz y luz he visto
 correr las tres centurias
 de maldición, de sangre y servidumbre,
 y el imperio regido por las Furias».

«No hay punto en estos valles y estos cerros
 que no mande tristísimas memorias.
 Torrentes mil de sangre se cruzaron
 aquí y allí; las tribus numerosas
 al ruido del cañón se disiparon!
 Y los restos mortales de mi gente
 aun a las mismas rocas fecundaron.
 Mas allá un hijo espira entre los hierros
 de su sagrada majestad indignos...
 Un insolente y vil aventurero
 y un iracundo sacerdote fueron
 de un poderoso Rey los asesinos...
 ¡Tantos horrores y maldades tantas
 por el oro que hollaban nuestras plantas!»

«Y mi HUASCAR también... ¡Yo no vivía!
 que de vivir, lo juro, bastaría,
 sobrara a debelar la hidra española
 esta mi diestra triunfadora, sola».

«Y nuestro suelo, que ama sobre todos
 el Sol mi padre, en el estrago fiero
 no fué ¡oh dolor! ni el solo, ni el primero,
 que mis caros hermanos,
 el gran Guatimozín y Montezuma,
 conmigo el caso acerbo lamentaron
 de su nefaria muerte y cautiverio,
 y la devastación del grande imperio,
 en riqueza y poder igual al mío...
 Hoy con noble desdén ambos recuerdan
 el ultraje inaudito, y entre fiestas
 alevosas el dardo, prevenido,
 y el lecho en vivas ascuas encendido».

«Guerra al usurpador!—¿Qué le debemos?
 ¿Luces, costumbres, religión o leyes...?
 Si ellos fueron estúpidos, viciosos,
 feroces, y por fin supersticiosos!
 ¿Qué religión? ¿la de Jesús?... ¡Blasfemos!
 Sangre, plomo veloz, cadenas fueron
 los sacramentos santos que trajeron.
 ¡Oh religión! ¡oh fuente pura y santa
 de amor y de consuelo para el hombre!
 ¡Cuántos males se hicieron en tu nombre!

¿Y qué lazos de amor...? Por los oficios
 de la hospitalidad más generosa
 hierros nos dan; por gratitud, suplicios.
 Todos, sí, todos; menos uno sólo,
 el mártir del amor americano:
 de paz, de caridad apóstol santo,
 divino CASAS, de otra patria digno.
 Nos amó hasta morir.—Por tanto ahora
 en el Empíreo entre los Incas mora.

«En tanto la hora inevitable vino
 que con diamante señaló el destino,
 a la venganza y gloria de mi pueblo.
 Y se alza el Vengador.—Desde otros mares,
 como sonante tempestad se acerca:
 y fulminó. Y del INCA en la peana,
 que el tiempo y un poder furial profana,
 cual de un dios irritado en los altares
 las víctimas cayeron a millares.
 ¡Oh campos de JUNIN!... ¡Oh predilecto
 Hijo y AMIGO y VENGAADOR del INCA!
 ¡Oh pueblos, que formáis un pueblo solo
 y una familia, y todos sois mis hijos!
 Vivid, triunfad...»

El INCA esclarecido
 iba a seguir; mas de repente queda
 en éxtasis profundo embebecido;
 atónito en el cielo
 ambos ojos inmóviles ponía,
 y en la imprevista inspiración absorto
 la sombra de una estatua parecía.

Cobró la voz al fin. «PUEBLOS, decía,
la página fatal ante mis ojos
desenvolvió el DESTINO, salpicada
toda en purpúrea sangre; mas en torno
también en bello resplandor bañada.
Jefe de mi nación, nobles guerreros,
oid cuando mi oráculo os previene,
y requerid los inclitos aceros,
y en vez de cantos nueva alarma suena
que en otros campos de inmortal memoria
LA PATRIA os pide, y el Destino os manda
otro afán, nueva lid, mayor victoria».

Las legiones atónitas oían:
mas luego que se anuncia otro combate,
se alzan, arman, y al orden de batalla
ufanas y prestísimas corrian;
y ya de acometer la voz esperan.
Reina el silencio. Mas de su alta nube
el Inca exclama: «De ese ardor es digna
la ardua lid que os espera;
ardua, terrible, pero al fin postrera.
Ese Adalid vencido
vuela en su fuga a mi sagrada Cruzco;
y en su furia insensata,
gentes, armas, tesoros, arrebatada,
y a nuevo azar entrega su fortuna.
Venganza, indignación, furor le inflaman,
y allá en su pecho hierven como fuegos
que de un volcán en las entrañas braman».

«Marcha: y el mismo campo donde ciegos
en sangrienta porfía
los primeros tiranos disputaron
cuál de ellos solo dominar debía,
pues el poder y el oro dividido
templar su ardiente fiebre no podía:
en ese campo, que a discordia ajena
debió su infausto nombre, y la cadena
que después arrastró todo el imperio;
allí, no sin misterio,

venganza y gloria nos darán los cielos.
 ¡Oh valle de AYACUCHO bienhadado!
 Campo serás de gloria y de venganza...
 Mas no sin sangre... ¡Yo me estremeciera,
 si mi ser inmortal no lo impidiera!»

«ALLÍ BOLÍVAR, en su heroica mente
 mayores pensamientos revolviendo,
 el nuevo triunfo trazará, y haciendo
 al joven SUCRE prestará su rayo;
 al joven SUCRE prestará su rayo,
 al joven animoso,
 a quien del Ecuador montes y ríos
 dos veces aclamaron victorioso,
 ya se verá en la frente del guerrero
 toda el alma del HEROE reflejada,
 que él le quiso infundir de una mirada.»

«Como torrentes desde la alta cumbre
 al valle en mil raudales despeñados,
 vendrán los hijos de la infanda Iberia,
 soberbios en su fiera muchedumbre,
 cuando a su encuentro volará impaciente
 tu juventud, COLOMBIA belicosa,
 y la tuya, ¡oh PERÚ! de fama ansiosa,
 y el caudillo impertérrito a su frente.»

«¡Atroz, horrendo choque, de azar lleno!
 cual aturde y espanta en su estallido
 de hórrida tempestad el postrer trueno,
 arder en fuego el aire,
 en humo y polvo oscurecerse el cielo,
 y con la sangre en que rebosa el suelo
 se verá el Apurimac de repente
 embravecer su rápida corriente.»

«Mientras por sierras y hondos precipicios
 a la hueste enemiga
 el impaciente CÓRDOVA fatiga:
 Córdova, a quien inflama,
 fuego de edad, y de amor de patria y fama;

Córdova, en cuyas sienes con bello arte
crecen y se entrelazan
tu mirto, Venus, tus laureles, Marte,
con su MILLER los Húsares recuerdan
el nombre de JUNIN: Vargas su nombre,
y vencedor el suyo con su LARA
en cien hazañas cada cual más clara.»

«ALLÁ por otra parte,
sereno, pero siempre infatigable,
terrible cual su nombre, batallando
se presenta LA MAR, y se apresura
la tarda rota del protervo bando.
Era su antiguo voto, por la patria
combatir y morir. Dios complacido
combatir y vencer le ha concedido.
Mártir del pundonor, he aquí tu día:
ya la calumnia impía
bajo tu pie bramando confundida,
te sonríe la PATRIA agradecida;
y tu nombre glorioso,
al armónico canto que resuena
en las floridas márgenes del GUAYAS,
que por oírlo su corriente enfrena,
se mezclará; y el pecho de tu amigo,
tus hazañas cantando y tu ventura,
palpitará de gozo y de ternura.»

«Lo grande y peligroso
hiela al cobarde, irrita al animoso.
¡Qué intrepidez! ¡qué súbito coraje
el brazo agita y en el pecho prende
del que su patria y libertad defiende!
El menor resistir es nuevo ultraje.
El jinete impetuoso,
el fulmíneo arcabuz de sí arrojando,
lánzase a tierra con el hierro en mano,
pues le parece en trance tan dudoso
lento el caballo, perezoso el plomo.
Crece el ardor.—Ya cede en toda parte
el número al valor, la fuerza al arte.»

«Y el Ibero arrogante en las memorias
de sus pasadas glorias,
firme, feroz resiste; y ya en idea
bajo triunfales arcos, que alzar debe
la sojuzgada LIMA, se pasea.
Mas su afán, su ilusión, sus artes... nada,
ni la resuelta y numerosa tropa
le sirve. Cede al ímpetu tremendo;
y el arma de Bailén rindió, cayendo
el vencedor del vencedor de Europa.
Perdió el valor, mas no las iras pierde,
y en furibunda rabia el polvo muerde;
alza el párpado grave, y sanguinosos
ruedan sus ojos y sus dientes crujen;
mira la luz; se indigna de mirarla;
acusa, insulta al Cielo: y de sus labios
cárdenos, espumosos,
votos y negra sangre y hiel brotando,
en vano un vengador, muere invocando.»

«¡Ah! ya diviso míseras reliquias
con todos sus caudillos humillados
venir pidiendo paz. Y generoso,
en nombre de BOLÍVAR y la PATRIA,
no se la niega el Vencedor glorioso.
Y su triunfo sangriento,
con el ramo feliz de paz corona:
que sí Patria y honor le arman la mano,
arde en venganza el pecho americano,
y cuando vence, todo lo perdona.»

«Las voces y el clamor de los que vencen,
y de Quinó las ásperas montañas,
y los cóncavos senos de la tierra,
y los ecos sin fin de la árdua sierra,
todo repite sin cesar, ¡VICTORIA!»

«Y las bullentes linfas de Apurímac
a las fugaces linfas de Ucayale
se unen, y unidas llevan presurosas,
en sonante murmullo y alba espuma,
con palmas en las manos y coronas,

esta nueva feliz al Amazonas.
Y el espléndido rey al punto ordena
a sus delfines, ninfas y sirenas,
que en clamorosos plácidos cantares
tan gran victoria anuncien a los mares.»

«¡Salud, oh vencedor! ¡Oh SUCRE! vence,
y de nuevo laurel orla tu frente,
Alta esperanza de tu insigne patria,
como la palma al márgen de un torrente
crece tu nombre... Y sola, en este día
tu gloria, sin BOLÍVAR, brillaría.
Tal el astro de Venus refulgente
brilla de modo en la azulada esfera,
que del nocturno cielo
suyo el imperio sin la Luna fuera.»

«Por las manos de Sucre la victoria
ciñe a BOLÍVAR lauro inmarcesible.
¡Oh Triunfador! la palma de AYACUCHO,
Fatiga eterna al bronce de la Fama,
segunda vez LIBERTADOR te aclama.»

«Esta es la hora feliz. Desde aquí empieza
la nueva edad al INCA prometida
de libertad, de paz y de grandeza.
Rompiste la cadena aborrecida:
la rebelde cerviz hispana hollaste;
grande gloria alcanzaste;
pero mayor te espera, si a mi PUEBLO
así cual a la guerra lo conformas,
y a conquistar su libertad le empeñas,
la rara y ardua ciencia
de merecer la paz y vivir libre
con voz y ejemplo y con poder le enseñas.»

«Yo con riendas de seda regí el pueblo,
y cual padre le amé; mas no quisiera
que el cetro de los INCAS renaciera:
que ya se vió algún INCA, que teniendo
el terrible poder todo en su mano
comenzó padre y acabó tirano,

Yo fui conquistador; ya me avergüenzo
 del glorioso y sangriento ministerio;
 pues un conquistador, el más humano,
 formar, mas no regir, debe un imperio.»

«Por no trillada senda, de la gloria
 al templo vuelas, inclito BOLÍVAR,
 que ese poder tremendo que te fía
 de los PADRES el íntegro Senado,
 si otro tiempo perder a Roma pudo,
 en tu potente mano
 es a la LIBERTAD del PUEBLO escudo.»

«¡Oh LIBERTAD! El HEROE que podía
 ser el brazo de Marte sanguinario,
 ese es tu sacerdote más celoso,
 y el primero que toma el incensario,
 y a tus aras se inclina silencioso.
 ¡Oh LIBERTAD! Si al PUEBLO AMERICANO
 la solemne misión ha dado el Cielo
 de domeñar el monstruo de la guerra,
 y dilatar tu imperio soberano
 por las regiones todas de la tierra
 y por las ondas todas de los mares,
 no temas, con este HEROE, que algún día
 eclipse el ciego error tus resplandores,
 superstición profane tus altares,
 ni que insulte tu ley la tiranía:
 ya tu imperio y tu culto son eternos.
 Y cual restauras en su antigua gloria
 de santo y poderoso
 PACHA-CAMAC el templo portentoso;
 tiempo vendrá, mi oráculo no miente,
 en que darás a pueblos destronados
 su majestad ingénita y su solio,
 animarás las ruinas de Cartago,
 revelarás en Grecia el Areópago,
 y en la humillada Roma, el Capitolio.»

«Tuya será, BOLÍVAR, esta gloria,
 tuya romper el yugo de los reyes,

y a su despecho entronizar las leyes;
y la Discordia en áspides crinada,
por tu brazo en cien nudos aherrrojada,
ante los Haces santos confundidas
harás temblar las armas parricidas.»

«Ya las hondas entrañas de la tierra
en larga vena ofrecen el tesoro
que en ellas guarda el SOL, y nuestros montes
los valles regarán con lava de oro.
Y el Pueblo primogénito dichoso
de LIBERTAD, que sobre todos tanto
por su poder y gloria se enaltece,
como entre sus estrellas
la estrella de VIRGINIA resplandece,
nos da el ósculo santo
de amistad fraternal. Y las naciones
del remoto hemisferio celebrado,
al contemplar el vuelo arrebatado
de nuestras Musas y Artes,
como iguales amigos nos saludan;
con el tridente abriendo la carrera
la Reina de los mares la primera.»

«Será perpétua, oh PUEBLOS, esta gloria
y vuestra libertad incontrastable
contra el poder y liga detestable
de todos los tiranos conjurados,
si en lazo federal de polo a polo
en la guerra y la paz vivís unidos.
Vuestra fuerza es la unión. ¡Unión, oh pueblos!
para ser libres y jamás vencidos.
Esta unión, este lazo poderoso
la gran cadena de los Andes sea,
que en fortísimo enlace se dilatan
del uno al otro mar. Las tempestades
del cielo ardiendo en fuego se arrebatan;
erupciones volcánicas arrasan
campos, pueblos, vastísimas regiones,
y amenazan horrendas convulsiones
el globo destrozando desde el profundo:

ellos, empero, firmes y serenos,
ven el estrago funeral del mundo.»

«Esta es, BOLÍVAR, aun mayor hazaña
que destrozó el férreo ceño a España.
Y es digna de ti solo. En tanto triunfa...
ya se alzan los magníficos trofeos,
y tu nombre aclamado
por las vecinas y remotas gentes,
en lenguas, voces, metros diferentes,
recorrerá la serie de los siglos
en las alas del canto arrebatado.
Y en medio del concento numeroso
la voz del GUAYAS crece
y a las más resonantes enmudece.»

«Tú la salud y honor de nuestro pueblo
serás viviendo, y Ángel poderoso
que lo proteja, cuando
tardo al Empíreo el vuelo arrebatases,
y entre los claros INCAS
a la diestra de MANCO te sentares.»

«Así place al destino. ¡Oh! ved al Cóndor,
al peruviano rey del pueblo aéreo
a quien ya cede el águila el imperio,
vedle cual desplegando en nuevas galas
las espléndidas alas,
sublime a la región del SOL se eleva
y el alto augurio que os revelo, aprueba.»

«Marchad, marchad, guerreros,
y apresurad el día de la gloria:
que en la fragosa margen de Apurímac
con palmas os espera la VICTORIA.»

Dijo el INCA. Y las bóvedas etéreas
de par en par se abrieron,
en viva luz y resplandor brillaron
y en celestiales cantos resonaron.

Era el coro de cándidas Vestales;
las vírgenes del SOL, que rodeando

al INCA como a Sumo Sacerdote,
en gozo santo y ecos virginales
en torno van cantando
del SOL las alabanzas inmortales.

«Alma eterna del mundo,
Dios santo del PERÚ, Padre del INCA,
en tu giro fecundo
gózate sin cesar, luz bienhechora,
viendo ya libre el pueblo que te adora.

La tiniebla de sangre y servidumbre
que ofuscaba la lumbre
de tu radiante faz pura y serena,
se disipó, y en cantos se convierte
la querrela de muerte
y el ruido antiguo de servil cadena.

Aquí la LIBERTAD buscó un asilo,
amable peregrina,
y ya lo encuentra plácido y tranquilo.
Y aquí poner la Diosa
quiere su templo y ara milagrosa.
Aquí, olvidada de su cara Helvecia,
se viene a consolar de la ruina
de los altares que le alzó la Grecia,
y en todos sus oráculos proclama
que al Madalen y al Rínac bullicioso
ya sobre el Tíber y el Eurotas ama.

¡Oh padre, Oh, claro SOL! no desampares
este suelo jamás ni estos altares.
Tu vivífico ardor todos los seres
anima y reproduce: por ti viven,
y acción, salud, placer, beldad reciben;
tú al labrador despiertas,
y a las aves canoras
en tus primeras horas,
y son tuyos sus cantos matinales.
Por ti siente el guerrero
en amor patrio enardecida el alma,

y al pie de tu ara rinde placentero
 su laurel y su palma;
 y tuyos son sus cánticos marciales.

FECUNDA, ¡oh SOL!, tu tierra;
 y los males repara de la guerra.

Da a nuestros campos frutos abundosos
 aunque niegues el brillo a los metales;
 da naves a los puertos,
 pueblos, a los desiertos;
 a las armas, victoria;
 alas al genio, y a las Musas, gloria.

Dios del PERO, sostén, salva, conforta
 el brazo que te venga
 no para nuevas lides sanguinosas,
 que miran con horror madres y esposas;
 que miran con horror madres y esposas;
 sino para poner a olas civiles
 límites ciertos, y que en paz florezcan
 de la alma paz los dones soberanos:
 y arredre a sediciosos y tiranos.

Brilla con nueva luz, Rey de los cielos,
 brilla con nueva luz en aquel día
 del triunfo que magnífica prepara
 a su LIBERTADOR la patria mfa.
 ¡Pompa digna del INCA y del imperio
 que hoy de su ruina a nuevo sér revivel

Abre tus puertas, opulenta LIMA,
 abate tus murallas y recibe
 al noble triunfador que rodeado
 de pueblos numerosos, y aclamado
 ANOEL de la Esperanza,
 y GENIO de la paz y de la gloria,
 en inefable majestad se avanza.

Las musas y las artes revolando
 en torno van del carro esplendoroso;
 y los pendones patrios vencedores

al aire vago ondean, ostentando
del SOL la imagen, de Iris los colores.
Y en ágil planta y en gentiles formas,
dando al viento el cabello desparcido
de flores matizado.

Cual las horas del SOL raudas y bellas,
saltan en derredor lindas doncellas
en giro no estudiado;
las glorias de tu patria
en sus patrios cantares celebrando;
y en sus pulidas manos levantando,
albos y tersos como el seno de ellas,
cien primorosos vasos de alabastro
que espiran fragantísimos aromas,
y de su centro se derrama y sube
por los cerúleos ámbitos del cielo
de ondoso incienso transparente nube.

Cierran la fronda espléndidos trofeos,
y por delante en larga serie marchan
humildes, confundidos,
los pueblos y los jefes ya vencidos.
Allá precede el astur belicoso,
allí va el catalán infatigable,
y el agreste celtíbero indomable,
y el cántabro feroz, que a la romana
cadena, el cuello sujetó el postrero;
y el andaluz liviano,
y el adusto y severo castellano.
Ya el áureo Tajo cetro y nombre cede;
y las que antes graciosas,
fueron honor del fabuloso suelo,
ninfas del Tormes y el Genil, en duelo
se esconden silenciosas;
y el grande Betis, viendo ya marchita
su sacra oliva, menos orgulloso
paga su antiguo feudo al mar undoso.

El SOL suspenso en la mitad del cielo
aplaudirá esta pompa.—Oh SOL, oh Padre,
tu luz rompa y disipe

las sombras del antiguo cautiverio;
 tu luz nos dé el imperio;
 tu luz la libertad nos restituya;
 tuya es la tierra, y la victoria es tuya!»

Cesó el canto. Los cielos aplaudieron,
 y en plácido fulgor resplandecieron.
 Todos quedan atonitos. Y en tanto,
 tras la dorada nube del INCA santo,
 y las santas Vestales se escondieron.

Mas ¿cuál audacia te elevó a los cielos,
 humilde musa mía? ¡Oh! No reveles
 a los seres mortales
 en débil canto arcanos celestiales.
 Y ciñan otros la apolínea rama
 y siéntense a la mesa de los dioses,
 y los arrulle la parlera Fama,
 que es la gloria y tormento de la vida.
 Yo volveré a mi flauta conocida,
 libre vagando por el bosque umbrío
 de naranjos y opacos tamarindos,
 o entre el rosal pintado y oloroso
 que matiza la margen de mi río,
 o entre risueños campos do en pomposo
 trono piramidal y alta corona
 la piña ostenta el cetro de Pomona.
 Y me diré feliz, si mereciere,
 al colgar esta lira en que he cantado
 en tono menos dino
 la gloria y el destino
 del venturoso PUEBLO AMERICANO;
 yo me diré feliz si mereciere
 por premio a mi osadía,
 una mirada tierna de las Gracias,
 y el aprecio y amor de mis hermanos;
 una sonrisa de la PATRIA mía,
 y el odio y el furor de los tiranos.

José María Egas

CANCION GRIS

Lluvia,
Melancolía...

(Desde el balcón, tu cabecita rubia
es como el sol de la mañana fría).

Lluvia... melancolía,

Las campanas enfermas de sopor y dulzura
ponen su vieja nota gris.
El alma tiene santidad de albuza
como los pétalos de un lis.

El paisaje se duerme en su infinita
serenidad.

Y la lluvia cae lenta...; cae la lluvia infinita
sobre las cosas, sin piedad.

La mañana
pone con dulce languidez de hermana
la vaguedad de su matiz.
Y al apagar su débil
tono de luz, su tono rosa,
fluye más larga, fíbil,
más dolorosa
la Canción Gris.

Lluvia,
Melancolía...

(Desde el balcón, tu cabecita rubia
es como el sol de la mañana fría).

EN TONO MENOR

Hasta el salón llegaba una
dulzura vaga de jazmines.

...Como la anemia de la luna
desfallecían los violines...

La serenata, lentamente,
en la penumbra se moría...
(Era un espíritu silente
que en la dulzura del ambiente
se desfloraba en elegía).

La noche estaba fatigada;
ebria de aromas y de seda,
...Armonía purificada
llegaba desde la arboleda...

Y al apagar su voz lejana
la serenata fugitiva,
quedaste trémula y arcana,
con la tristeza de una hermana
piadosamente sensitiva.

Tenías tan grave la mirada,
tan fija en el remoto cielo,
que parecías desmayada
sobre el diván de terciopelo.

Pensé que estarías bendita
por lo pálida y lo doliente,
con tu neurosis de exquisita;
la mirada vaga, infinita,
como de una convaleciente...

ALMAS BRUJAS

Noche del sábado... Alma bruja!
Psicología del misterio,
Pesadilla de alguna bruja
sonámbula en mi cautiverio!

En la tristeza de la alcoba
tragedia invisible se sufre:
(no son brujas montadas a escoba
ni diablos que huelen a azufre).

En todo hay misterio indecible,
 escalofrío, pavor,
 Insomnio... Tragedia invisible
 de nuestro sábadó interior!
 Y fluye a la mente vacía,
 con inquietudes dolorosas,
 la extraña psicología
 de las cosas...

Idealiza

símbolos de la materia inerte:
 la calavera es una risa,
 Ríe la muerte.
 Con su mandíbula caída,
 como al rigor de duros pesos,
 para las cosas de la vida
 tiene un sarcasmo entre sus huesos!

La Muerte es un alma bruja,

Vé con su cuenca vaciada,
 Y hecha de insomnios, embruja
 la trágica desdentada.

La Muerte es una alma bruja!

Tiembla de miedo la musa,
 Se abre una puerta... extraños ruidos...
 Será la Intrusa?

Pasos desconocidos
 vienen sobre la alfombra,
 ...Un golpe neurasténico
 de reloj en la sombra...

Un gato negro oye las doce,
 Baudelerianamente
 se despereza y se fastidia...

...Se lamentan los broncees
 con su voz de desidia...

A distancia,
 como quien va al cementerio,
 ha pasado una ave gris.

Y se alucina mi estancia,
 Tiembla de misterio
 la calle gris.

La Vida es una alma bruja.

Explora sendas ultra-humanas.
 En el misterio se arrebuja
 y va a buscar otras hermanas.

La Vida es una alma bruja!

A LA GIOCONDA

Gioconda, tu sonrisa fascinadora y grave,
 tiene algo de cansado, de místico y sutil,
 el arcano indolente, enigmático y suave,
 de una balada en una clara noche de Abril.

¿Qué mujer el secreto de tu reír no sabe?
 En tus labios palpita la gracia femenil
 y tus ojos reflejan melancollas de ave,
 o de oveja que nunca retornara al redil.

Jorge Carrera Andrade

LAS BARCAS

En el mar y bajo la luna,
 voy solo en mi vieja barca...
 Hay húmedos vientos y hay una
 canción hímica en el agua...

En el mar infinito, solas
 van lentamente otras barcas...
 Y al himno inquieto de las olas
 las barcas pasan...

Van en pos de auroras divinas,
extasiadas sobre el agua...

Y pasan como aves marinas,
una barca... y otra barca...

Van apenas entre las brumas,
las barcas, levés como almas...

Albas rosas son las espumas...
Una barca... un alma... otra alma.

Interrogan la luz, la vida...

Van a la sombra lejana...

Inquietud. La ruta se olvida,
y van pasando las almas...

¡Almas! Se pierden, una a una...

Son las fantásticas barcas...

Se deslizan bajo la luna...

Un alma... otra alma...

El mar está siempre encantado
de luna, sombras y barcas...

Aun sobre el surco nevado,
las barcas pasan...

J. A. Falconí Villagómez

EL RONDADOR

MOTIVO INDÍGENA

Poema de J. A. Falconí Villagómez,
Ilustración lírica de Medardo Angel Silva.

Del cielo lila el crepúsculo, del campo amarillo, de las lejanas cumbres violetas emana paz, una paz de soledad, olorosa a trigo húmedo y a rosas silvestres.

Tierno paisaje, cándido paisaje no manchado por la vil presencia del hombre, como hecho para ser mirado por los ojos de un niño.

Mi alma se vuelve infantil y bárbara, como la de un primitivo, en esta paz fragante; mi corazón palpita con un rítmico batir de alas; y siento como se expande mi espíritu hasta abarcar, en una amorosa y fraternal mirada, el campo, el cielo, las montañas...

Súbito, en el silencio de la tarde olorosa, suena el llanto del rondador: no se ve el músico; las notas, lagrimeantes, puras, venidas en la brisa como de regiones de ensueño, llegan, prestigiadas por lo desconocido, en una como deliciosa y ambigua sensación de fragancia y de música...

Un lucero lloroso se ha encendido en el cielo de ópalo... cae una llovizna tibia... y el rondador sigue cantando, sigue cantando dulcemente en el paisaje sin nadie...

EL RONDADOR

El rondador gime su queja
grave, sañuda y melancólica a la vez.
En él hay toda la nostalgia
de viejos tiempos, y la Fé
que aún vive y late en una Raza
altiva, brava y noble ayer.

(El rondador gime su queja
grave, sañuda y melancólica a la vez.)

Raza vencida por el látigo
de vil y audaz Conquistador,
que sed de sangre y oro tuvo
y ríos de ambos cosechó.
Raza vencida por la ingenua
fé de sus Incas que extinguió,
pues supo el precio de Atahualpa
y la altivez de Ghuatemoc,
y cual infame y nuevo Poncio
—más sanguinario y más feroz—
de Yahuarcocha, piscina hizo
donde sus manos se lavó.

(El rondador gime su queja
grave, sañuda y melancólica a la vez.)

No es su instrumento la pagana
flauta de cañas del dios Pan,
ni el sistro armónico en la Selva
llamando a una saturnal
a ninfas, faunos, y hamadriadas
para gozar la bacanal.
Veinte canutos de carrizo
en gradación, lo hacen no más,
y el alma a flor de labios basta
para cadencias arrancar.

(El rondador gime su queja
grave, sañuda y melancólica a la vez.)

¿Qué es lo que dice, cuando ufano
el indio toca el rondador,
y acurrucado junto al perro,
—bajo del poncho tricolor—
cierra los ojos, y doliente
deja escapar tierna canción?...
¿Tal vez evoca una remota
fiesta de guerra y de esplendor?,
o ensueña—acaso—con el culto
del Sol incásico; su Dios!

(El rondador gime su queja
grave, sañuda y melancólica a la vez.)

¿Desfila, acaso, ante sus ojos
la Corte con fastuosidad,
y junto al Inca todo de oro,
la real Princesa altiva está?...
¿Ven sus pupilas el cortejo
de pedrería y de metal
que deslumbradas se han cerrado
para mirar la obscuridad?
¿Habrà sentido de su raza
todo el poder extinto ya?

(El rondador gime su queja
grave, sañuda y melancólica a la vez...)

RUTH ADORA LOS CISNES...

Para F. Guarderas

Ruth siente por los cisnes del estanque un afecto singular... Ella goza con el mágico efecto que dan sus albas túnicas en la líquida plata. Acodada en el borde mira como retrata nitidamente el agua sus gracias de infantina. Ruth ríe, y es su risa como una sonatina que a los cisnes atrae de la orilla vecina.

Bogan lentos lo mismo que góndolas de espuma y hay en su pompa una aristocracia suma.. Bogan lentos... *(El óleo de la tarde es naranja)* sobre el agua su estela tiende una argéntea franja. *(Hay perfumes sensuales que vienen de la Fronda)* uno de ellos avanza majestuoso en una onda. *(La hora lánguida pone laxitud en el alma.)* Ya se llega ante el borde con hierática calma, Ruth, tomando un nenúfar en la mano, la extiende al cisne. Este su pico eucarístico hiende entre la mano breve que se crispa ante el acto pues siente un cosquilleo con el suave contacto... El cisne no se inmuta. Ha recordado el mito fabuloso de Leda... Ruth, reteniendo un grito deja que con el pico desflore la batista de su blusa, que en medio al desmayo amatista muestra un rubí encarnado sobre campo de nieve...

Ruth deja hacerlo y sueña con visiones felices: y es un príncipe exótico llegado de países lejanos, que acaríciala y acaríciala leve...

EN LA HORA GRIS

Siento una voz secreta que me dice: Poeta toma la lira y canta!: Canta con voz discreta todo lo que a la vista con su visión encanta; si lo quieres, la misma Naturaleza santa puede darte mirajes de esplendente hermosura:

aquí, una clara fuente de espejante tersura
en su cristal refleja la imagen de la ninfa
que al pasar se mirara retratada en su linfa.
Allá, una cascada en bullente alegría
desgrana las mil notas de su cristalería
mientras el sol, sus gotas vuelve multicolores
como áurcas lentejuelas que parecieran flores;
más allá, el mar brama con sinfonía extraña;
dijérase: su fiesta tienen en la montaña
los gnomos que se esconden dentro su negra entraña.
No, Son las cien sirenas que con los cien tritones
cumpliendo con sus ritos ensayan las canciones
que harán a los marinos latir los corazones.

Allá surge en la bruma un crepúsculo de oro
y el Sol se pone en lo alto con imperial decoro
mientras bien lentamente, como si fuera un ruego
del cielo que desciende,
el Arco-Iris policromo su gran guirnalda extiende
y el horizonte es uno como crisol de fuego.

Surge un nuevo miraje. En lo alto, luna;
abajo paz y laxitud. Ninguna
palabra turba el hechizado encanto
de la ciudad que finge un campo santo;
el aire que se aspira, casi hiela
el ánimo. Una ave negra vuela
y evoca yo no sé qué desventuras
con sus alas cuajadas de negruras.
El ave de la Muerte, ya su vuelo
más de una vez he visto alzar del suelo.

Una nueva visión. Selva olorosa,
el alma se dijera ser una enorme rosa
que se abre toda entera. Hay perfumes de nardos
rayos de sol que espejan la piel de los verdeantes
cinamomos y mirra. Se filtran en los cardos
lagartos, en figuras y arabescos triunfantes.
La fronda se ha hecho voces, y trinos y aleteos,
allí los ruseñores ensayan sus gorjeos,
allí el ave-lira su serenata canta

y es como una cascada de cristal su garganta,
mientras los papemores y los bulbules, son
una vibrante orquesta hecha toda canción.

La selva! Oh el encanto de la selva. Los troncos
do el hacha al dar sobre ellos alza sonidos roncós,
encierran cien misterios, cada uno por los años
transcurridos sobre ellos. Sus aspectos extraños
evocan legendarias siluetas si se miran:

Monjes en penitencia, gigantes que deliran
por tocar con sus manos las cubiertas del cielo,
fantasmas epilépticos que se alzan desde el suelo;
hombres de apocalipsis corpulentos y fieros
con perfiles de bárbaros gestos de guerreros;
serpientes que se agitan con vivas convulsiones
y brazos que se elevan alzando maldiciones:
Tales fingen los árboles milenarios de viejos
con sus negras siluetas miradas desde lejos.

Es con otro escenario. Las esquilas
suenan sus toques hasta seis. Tranquilas
las almas suelen ser en esa hora
cuando el espíritu se recoge y ora.
Hora de gran quietud, hora de duelo
en que hasta el horizonte corre un velo
para poner de medio luto el cielo.
El Angelus se anuncia. La llanura
tiene de una hostia la inmortal blancura
y la sublime paz. El cuerpo abate
su humano orgullo ante la tierra, y late
con menos fuerza el corazón. La brisa
en mística emoción se diviniza
y todo cae en el misterio. Hora
de una suprema paz dominadora.

En esta calma donde todo implora,
poeta! no vibre más tu arpa sonora;
recógete en silencio: Ora y llora!

DE «LAS SENDAS ILUMINADAS»

EN EL JARDÍN

Súbito en una profusión de luces
surgiste con brillantes camafeos,
a tiempo que vinieron los deseos
como larga bandada de avestruces.

Las rosas entreabrieron sus capuces
para mirar tus mágicos trofeos,
mientras las mariposas, sus paseos
daban signando en el espacio cruces.

Y cuando al esfumarte en la arboleda,
—suave y silente tal como una seda—
pensé en lo frágil y lo fina que eras!

Y al oro que brillaba en tu peluca,
preferí como poeta tus ojeras
y el tafetán rosado de tu nuca...

ACUARELA

En una enorme floración de rosas
se abrieron tus jardines al ensueño,
la hora era propicia, tal un sueño
violeta como el alma de las cosas.

Vinieron a mis labios temblorosas
frases de anhelo que forjó mi empeño,
para después hundirse presurosas
en el mar del olvido como un leño.

Al fin del rompimiento surgió un Arco-
iris de paz, que convirtió en nimbada
tu frente y puso a su belleza un marco.

Y diste para mí en triunfal alarde
el terciopelo azul de tu mirada
bajo el oro naranja de la tarde...

PICTÓRICA

Bajo un celaje de color de ojera
la tarde se apagaba como un cirio,
cuando te ví surgir, toda altanera,
luciendo egregia tu perfil asirio.

Resucitó la tarde como un lirio
que abriera bajo un sol de primavera,
y agitóse tu cuerpo en un delirio
que tuvo convulsiones de pantera.

Yo las dejé venir... Llegaron vagos
rumores como voces de los lagos
y luego una carcajada loca,
y al querer silenciarla con mi vaga
caricia fué mi lengua como daga
que abrió la roja herida de tu boca...

CROMO BRILLANTE

Madrugada. La selva lujuriosa despierta
como sierpes lascivas los bejucos se abrazan
a los troncos erectos... Ronca un gallo su alerta
a las aves que breves por el aire se espacian.

Un almizcle desciende desde los cacaotales
que se suma a otro aroma de café y de vainilla,
y en medio a ese bóchorno se oyen las guturales
notas que una cigarra filarmónica chilla.

Súbito, tras un árbol gigantesco de caucho
atravesa un jinete como espléndido gaucho
sobre indómito potro que a talones escapa,

su correr fué lo mismo que un relámpago cohete:
a lo lejos se mira el brillar del machete
y un cintajo encarnado sobre su jipi-japa...!

CROQUIS ANDINO

Tiende la niebla en el paisaje andino
su gasa turbia indefinible y leve,

todo lo vuelve triste, hasta el molino
que gira lento y perezoso... Lluével!

Por el enigma vago de un camino
sesga un rebaño su vellón de nieve,
y al angelus, bañado en oro fino,
da la ilusión de un cromo que se mueve.

Muere la tarde blanca como novia
blanca, a quien honda decepción agobia
con sus azahares y corona leve,

y tras un manto ténue y opalino
me quedo contemplando al gris molino
que gira lento y perezoso... Lluével!

LA LLUVIA, MI HERMANA

Il pleut doucement sur la ville.

RIMBAUD

Siempre la lluvia gris... ¡Qué intensa pena
tiene esta tarde de melancolía!
Su alma en nosotros a la par resuena
como una novia triste en agonía.

Y es otras veces una hermana buena
que al oído nos da su letanía,
intermitente entre la paz serena
de alguna noche desolada y fría.

¡Oh, la lluvia!...—Mi hermana confidente
que me vela como a un convaleciente
y en mis labios su breve ósculo imprime...

entre todos el único sincero—!
Siempre la lluvia gris... Yo sólo quiero
su silenciosa música que oprime.

J. Trajano Mera

EL REGRESO A MIS MONTAÑAS

Corre, corre, tren ligero, salva a prisa de la costa
 las llanuras pantanosas, las sabanas asoleadas,
 las llanuras y sabanas por las aguas disputadas
 cuando suben las mareas que las vienen a anegar;
 deja tras las plantaciones y las huertas, do Pomona
 repartió con mano larga de sus dones la riqueza,
 do sus galas esplendentes derrochó naturaleza
 y Dios puso bendiciones y los hombres su confiar;

salva esteros, ahora charcas cenagosas, ahora lagos
 de aguas turbias y dormidas; salva ríos de aguas hondas
 de amplios lechos y de margen florecientes, que entre
 [frondas
 van rodando sus cristales con monótono rumor,
 do se miran las palmeras pensativas, y las cañas,
 y el manglar enmarañado y los plátanos lustrosos
 de anchas hojas, de hojas verdes, y los tallos espinosos
 de la piña de hojas ásperas, de exquisito y suave olor;

deja atrás, en las planicies, en confusas lontananzas,
 en el fondo de los bosques, en la orilla de los ríos,
 pintorescas aldehuelas, diminutos caseríos,
 soñolientos y abrasados por un sol que es sin piedad;
 a lo largo de la vía deja casas de *guadua*,
 y en las puertas y ventanas, siempre francas, asomados
 rostros pálidos y anémicos, ojos tristes y enfebrados
 por la brega cotidiana y el calor y la humedad;

rompe, rompe la maleza do se abrigan los reptiles,
 hiende selvas seculares do descuellan las palmeras,
 y levantan las cabezas, las cabezas altaneras,
 cual descuella en una Corte la del rey, la del Señor;
 cruza bosques do los troncos con los troncos se entre-
 [cruzan,
 y las ramas se entrelazan, y la liana teje encajes,

y se forman laberintos de espesuras y follajes
donde el tigre se espereza en las horas de sopor;

do la vida exuberante de otras vidas se alimenta,
do la muerte no es horrible, porque allí lo que fenece,
a la voz de la natura resucita y reverdece
y se yergue como Lázaro al mandato de Jesús;
salva, salva, tren ligero, de la costa ecuatoriana
las llanuras asoleadas, las planicies bochornosas,
y los ríos que son mares, y las selvas lujuriosas,
do todo arde, todo vibra, todo canta y todo es luz.

Ya salimos, ya salimos de la costa, tren ligero,
ya ascendemos; vuela, vuela: son los Andes los que escalas;
hace frío, son las auras más sutiles y más ralas,
mis pulmones se dilatan aire fresco al respirar;
entre riscos, entre rocas, culebreando como un monstruo,
va la máquina jadeante ascendiendo a las alturas;
ya hay profundas torrenteras y arroyuelos de aguas puras,
y regatos de aguas claras de constante murmurar;

y cascadas que de lo alto de las rocas se descuelgan
bulliciosas y espumantes entre abrojos y zarzales,
y hay ribazos escarpados y hay abruptos peñascales,
y derrumbos y quebradas que dan vértigo y horror;
hay lomones de anchas faldas, y entre lomas y entre
[cerros
que en inmensos anfiteatros se suceden y dilatan,
hay planicies siempre secas do los vientos se desatan
y levantan polvaredas con insólito fragor;

y en las lomas y en los cerros, y en el fondo de los
[valles
hay caminos polvorientos, y senderos escarpados,
y majadas de pastores, y rebaños y ganados
que indolentes indiecillos al redil guiando van,
y humildísimas cabañas cuyos techos son de paja,
y casonas de hacendados de anchos patios y amplias
[puertas,
con corrales de altas tapias, y al redor cercadas huertas,
y arboledas que defensa contra el viento y polvo dan;

y en los campos divididos por mojones de cabuyas y linderos de hondas zanjas, se divisan blancas eras, y maizales rumorosos, y maduras sementeras, y barbechos y desmontes y terrenos para arar; y se ven en esos campos, y en los patios de las fincas, y en las puertas de las chozas, y en caminos y senderos indios tristes, mal vestidos—de esos campos los brace-
[ros—
destinados, como esclavos, a sufrir y trabajar.

Y allá lejos, allá arriba, limitando el horizonte, hay siluetas desiguales de azulejas serranías y perfiles de montañas de cortadas cresterías destacando en el espacio de sus nieves el albor; y montañas estupendas que anonadan y que pasman, que parecen las escalas que a los cielos condujeran, que parecen las columnas que los cielos sostuvieran, que parecen pedestales do los pies posa el Señor.

Es la sierra ecuatoriana, es la Andina Cordillera, son los sitios do mi infancia, do mi infancia ay! ya lejana, deslizóse suavemente, deslizóse alegre y sana, que no he visto tanto tiempo. Ya llegamos: para tren. ¡Oh variadas perspectivas! ¡Oh contrastes y sorpresas! ¡Oh grandiosos horizontes y minúsculos rincones y paisajes seductores y misérrimas regiones y riquezas y miserias, ya un desierto, ya un Edén!

¡Qué contraste con las tierras que allá abajo hemos
[dejado
más hermosas y más ricas, do la vida es intensiva, do el espíritu se exalta, y no hay ser que no reciba la influencia bienhechora de la luz y del calor; aquí en cambio la existencia es monótona y es triste, y el espíritu se aduerme en letárgico abandono; aquí en cambio todo vive dominado por el tono melancólico y sombrío de los montes del redor.

¡No me importa! Así las amo; he nacido en las mon-
[tañas,
ellas mi alma han modelado y mi espíritu han nutrido

con ideas de grandeza, ellas solas han sabido inspirarme de lo bello y lo bueno la noción; a ellas debo el ser poeta; ellas dieron a mi lira las primeras vibraciones; a ellas debo el ser sombrío, soy como ellas taciturno, su carácter es el mío, de ellas soy, a ellas me debo, porque soy lo que ellas son.

LA BOYADA

He mirado levantarse en la curva del camino una espesa polvareda, y entre el polvo he contemplado la boyada que pasaba; por mirarla me he parado: la boyada numerosa regresaba de labrar. He mirado que los bueyes iban tristes, lentos, lentos, cabizbajos y cansados, taciturnos, silenciosos, cual si fuesen meditando, cual si fuesen cavilosos, meditando en que nacieron, y en que viven para amar.

Los he visto, los testuzes inclinados hacia el suelo, cual si el peso de los yugos soportaran todavía; y en sus ojos soñolientos, no se qué melancolía he notado, tan profunda, que llegaba al corazón; de sus húmedas narices he mirado desprenderse tenue vaho, y mirado de sus flácidas papadas el continuo balanceo de banderas desgarradas, de banderas que llevara un vencido batallón;

de sus flancos trasijados, de sus lomos polvorientos en el cuero retostado por el sol, descolorido, de las picas puntiagudas hallar huellas he creído de las picas con que azuca a la yunta el labrador, cuando, hundidas las pesuñas en la tierra removida, estirados los jarretes, los pescuezos alargados, los hocicos extendidos y los músculos templados, interrumpe unos instantes el trabajo abrumador.

Los he visto, los he visto, mansos bueyes patriarcales, desde lo alto de un ribazo separado del camino por la zanja y por el seto, entre el denso torbellino polvoriento que formaban y aumentaba más y más, y al mirarlos, tan humildes, tan sumisos, tan pacientes,

he creído ¡mansos bueyes! que en su aspecto noble y rudo
encerraban un poema y entonaban himno mudo
a la tierra bienhechora, al trabajo y a la paz.

Juan Abel Echeverría

LA BELLEZA IDEAL

Con la fiebre del genio en el semblante,
a lo infinito vuelta la mirada,
—inmortal ansiedad desesperada,—
sigue el artista su visión radiante.

Y mientras más se eleva, delirante
conquistador de la Beldad amada;
se encumbra más, serena, inmaculada,
inaccesible a su perdido amante.

Tipo de perfección que al alma inspira
anhelo creador de lo sublime
del divino arte en la celeste cumbre:

Sobre el lienzo, en el mármol, con la lira,
por tí la Gloria alienta, el Amor gime,
y en Dios te abismas, inefable lumbre!

¿Y DESPUES?

—Cuando joven, cuando cómico,
como un loco, como un niño,
brindé a un tiempo mi cariño,—
un amor no muy platónico,—
a tres jóvenes cantoras...

—(Este un mormón debe ser)—
bellas, guapas, seductoras...

—Muy mal hecho, pobre hermano;
pero al grano,
¿y después?

* * *

—Qué de bellas ocasiones
me ofrecían las funciones
para hablarles sin recelo,
ya de Hamlet, ya de Olelo...
(de Tenorio alguna vez)

—Ya lo entiendo, buen hermano,
pero al grano
¿y después?

* * *

—Presto a costa de ternuras
y de obsequios y aventuras,
ocultando mi falsía,
si es que aquel pecado había,
me hice querer de las tres...

—Si que lo hubo, pobre hermano,
pero al grano
¿y después?

* * *

—De repente se encelaron
las muchachas, se arañaron,
y hasta hiriéronse una vez.

—Tuya fué la culpa, hermano,
pero al grano
¿y después?...

* * *

—Enterado del asunto
me echó el empresario afuera;
porque según yo barrunto
discurrió de esta manera:—
Menos vale uno que tres...

—Buen castigo, pobre hermano,
¿y después?

* * *

—Quedé sin pan ni pedazo,
y me odiaron todas tres!...
—Que le aproveche el fracaso!
¿y después?...—Ya no hay después!...

Juan Illingroth

SAFO

Con el amor que en el delirio toca,
Safo mira a Faón y penas canta,
porque él para mirar ternura tanta
los ojos tiene de cristal del roca!

La opaca bruma de la noche invoca;
y, ardiendo en el afán que ya la espanta,
hiéguese al fin y con ligera planta
a orillas de la mar discurre loca.

Y allí una vez que al Leúcaides asciende
mal velados los cándidos hechizos
y al aura sueltos los fragantes rizos.

¡Su voz los aires con sollozos hiende!
y, abrazada, frenética a su lira
lánzase al mar y perdonando expira.

Juan León Mera

A «LA UNION IBERO-AMERICANA»

¡Hirviendo está en mi pecho la alegría!
Partid, vientos veloces,
desde las sierras de la Patria mía
llevando a España mis ardientes voces.
Pasó ya el tiempo de sangrienta lucha
cual de turbión las olas;

ya del sañudo Marte no se escucha
el grito aquí ni en las playas españolas.
Ya no hay brazo cruel que acero vibre
a herir pecho de hermano:
al libre mundo de Colón su libre
madre llama y provoca... ¡oliva en mano!
Vedla: nos abre bondadoso pecho
y amable nos sonríe,
¡Sus! ¡a unirnos con ella en lazo estrecho
que el tiempo y las pasiones desafil
¡Nudo de amor y paz!... Losa de olvido
cubra de ayer el odio,
y a que no torne el monstruo maldecido
vele cada uno de la Unión custodio.
Viva en el bronce sólo y en la historia
la antigua cruda guerra,
y viva de sus héroes la memoria
para asombro perpetuo de la tierra.
Contra ti nuestros padres, noble España,
acero audaz movieron,
y en los abismos de la mutua saña
¡cuántos miles de víctimas se hundieron!
Pero aqueste de horror cuadro inhumano
¡qué excelsa gloria muestra
digna del pueblo griego y del romano!...
¡Oh, no: que es digna de la Patria nuestra!
La saña pasó ya; mas sin penumbra
ni ocaso, la luz viva
del astro eterno de la gloria alumbra
esta raza titánica y altiva.
Sí: la gloria de América en que ardiente
sangre de héroes circula,
no para sí tan sólo el Continente,
reino feliz de Libertad, vincula.
Es bien común de la familia hispana
cual océano extendida
allá y aquí, y en su unidad ufana
de sangre, historia, religión y vida.
Bolívar, de los Andes el coloso,
brotó de la semilla
que Pelayos y Cides al famoso

suelo dió de Cantabria y de Castilla.
 América a estos genios *suyos* llama,
 y España a la memoria
 de aquél rinde homenaje, y le proclama
 genio español y de su nombre gloria.
 ¡Salve, España! Tus hijos, de remotas
 tierras habitadores,
 su corazón te envían y sus votos
 de que el cielo te inunde en sus favores.
 ¡Salve, España! Si un día destrozamos
 el cetro de tus Reyes,
 mientras más libres hoy, más acatamos,
 de ti atraídas, las filiales leyes.
 ¡Plegue al cielo que el nuevo y santo lazo
 de paz y unión fraterna
 haya como el sublime Chimborazo
 firmeza y brillo y duración eternal
 Y a par símil soberbio esta alianza
 encuentre en la que pronto,
 coronando con gloria una esperanza,
 celebrarán un Ponto y otro Ponto.
 El gigante de ocaso y el de oriente
 van a enlazar sus manos;
 mas libre cada cual e independiente
 serán como hoy, entrambos soberanos.
 ¡Salve a la unión, de próspero futuro
 las puertas Dios fraaquea
 a la sbera familia: ¡que seguro
 por ellas al entrar su paso sea!
 Vuelva la edad en que a esa heroica raza
 besaba el pie la tierra
 y cuya historia sin rival, abraza
 cuanto hay grande y glorioso en paz y en guerra.

EL YARAUI

Suene el soberbio concierto
 de música estrepitosa
 para la corte fastuosa
 y su juventud gentil;
 más tú eres india, Cemlla,

y a tu alma pura y sensible
del indiano yaraví.

Esa música profana
que estremece los salones
inflama los corazones
en entusiasmo febril;
pero sus variadas notas
nunca avivan tu ternura,
como la dulce tristura
del indiano yaraví.

Deja a quien del fatuo mundo
siente el ponzoñoso tedio
buscar a su mal remedio
en un ruidoso festín:
no sabe ¡desventurado!
que esa agonía del alma
con la dulzura se calma
del indiano yaraví.

Ven, huyamos al instante
a nuestra gruta escondida,
donde pasa nuestra vida,
por solitaria, feliz;
allí en la tarde serena
nos traerá blando el viento
de pastoril instrumento
el indiano yaraví.

O cuando la madre luna
detrás del monte aparezca,
y pálida resplandezca
en el nocturno zafir,
sentado bajo el follaje
de nuestra silvestre parra,
entonaré en mi guitarra
el indiano yaraví.

A su meliflua armonía
cundirán en su memoria
de alguna amorosa historia
los recuerdos mil a mil:

algún amante otro tiempo
 acaso allí lamentaba
 y su dolor expresaba
 en indiano yaraví.

A cada trémulo acento
 que de mi guitarra fluya,
 conmovida el alma tuya
 mas amor ha de sentir:
 que el cielo para incentivo
 de ese afecto delicioso,
 nos ha dado bondadoso
 el indiano yaraví.

Si alguna incognita pena
 en tu corazón se abriga,
 y el llanto que la mitiga
 no puedes ¡ay! despedir,
 esas lágrimas rebeldes
 brotarán, cara belleza,
 a la mágica tristeza
 del indiano yaraví.

Ven, huyamos: nuestra gruta
 ya nos reclama, Cemila;
 ven, no tardes: ¡qué tranquila
 nuestra existencia es allí!
 Allí de aves, agua y viento
 la armonía nos encanta:
 toda allí su voz levanta
 en indiano yaraví.

Julio E. Moreno

LA BATALLA DEL PICHINCHA

CALDERON

I

Cuán desolada la imponente sierra,
 de cuya umbrosa cumbre,
 en noble arranque de altivez que aterra,

remonta el cóndor su grandioso vuelo
a embriagarse de lumbre
en la encantada inmensidad del cielo!

Qué postración! qué calma! No se siente
más ruido que el revuelto
clamor que exhala el montaraz torrente,
cuando el breñal rompiendo que le oprime
se arroja afuera, envuelto
de blanca espuma en pabellón sublime.

Qué postración! qué calma! Es el salvaje
mutismo de la tumba...
En el antro, en la loma, en el bosque,
del gigantesco monte en la alta cresta,
doquier helado zumba
aire de angustia y de ansiedad funesta.

Aire de eternidad... De lo infinito,
lenguaje tremebundo
en que no llega al corazón más grito
que un ¡ay! inmenso de la linde ignota:
sollozo de otro mundo;
del ignorado abismo horrenda nota.

¡Extraña y honda paz! Su horror velando,
girones de neblina
en fatídicos grupos van pasando
con un silencio funeral que abrumba:
también en él domina
el gran silencio de la eterna bruma.

De vez en cuando un resplandor de muerte
con qué tristeza asoma
del mudo espacio en la explanada inerte:
la estrella es vespéral, que, opaco cirio
del sol que se desploma,
derrama un tinte de color de lirio...

¡Ay! ¿dónde luto así? ¡Todo conmueve!
las sombras en la hondura;

en el cielo la tarde... Hasta la nieve,
 que relumbra en los páramos escuetos,
 semeja en su blancura
 el sudario de informes esqueletos...

Y entre el obscuro matorral de breñas,
 que, inmenso nido agreste,
 se adhiere audaz a las gigantes peñas,
 olvidada del mundo, una batida
 virgen de blanca veste
 ¡oh injusticia! ¡oh dolor! yace tendida.

Ah! contemplada! Es la gloriosa Quito,
 la mártir de la suerte,
 que, de LA PATRIA y LIBERTAD al grito,
 se alzó una vez por sacudir su afrenta,
 clamando:—¡Antes la muerte!—
 en lucha estéril, desigual, sangrienta.

Estéril... no! que a ese clamor sublime,
 la tierra americana
 se incendiará en el fuego que redimo,
 y, cual el cóndor, se erguirá orgullosa
 la virgen soberana,
 quebrantando sus hierros victoriosal

II

Es una noche espléndida y tranquila...
 En el celeste espacio
 la luna, antorcha tremulenta, oscila,
 y, a su destello tenue, en ricas franjas
 se tiñen de topacio
 la sierra, el bosque y las dormidas granjas.

¡Con qué hermosura el firmamento esplendel
 ¡Qué paz y qué misterio!
 ¡Qué dulce encanto en derredor se extiendel
 es la hora augusta en que recobra el hombre
 su soberano imperio
 y alienta henchido de emoción sin nombre.

Infinita quietud... También el viento
tranquilo está y callado;
no hay en torno una voz ni un movimiento:
¡sólo, a intervalos, el bramar se escucha
del raudal desolado,
que en la caverna se retuerce y lucha!

Infinita quietud... Mas ¿qué es aquello
que, en gran sigilo avanza
de la alba luna entre el fulgor más bello?
¿Serán las fieras de la noche hirsutas,
que, ardidas de venganza,
saliendo van de sus medrosas grutas?

¿Serán girones de la errante niebla,
que vaga peregrina
sobre los antros que el espanto puebla?
¡Ah, no! ¡Mirad! Es misteriosa gente
que por la sierra andina
trepa en silencio y con afán creciente.

¿A dónde va? ¿qué anhela? ¿quién la empuja?
¿Por qué tenaz se afana?
¡No se deliene aunque el abismo rujal!
Incansable e inquieta cual la nube,
la oculta caravana
por entre hirientes rocas sube y sube.

Ni el peligro, ni el cierzo, ni la escarcha,
ni la profunda herida,
nada interrumpe su grandiosa marcha;
nada entibia su ardor calenturiento...
¡O rendirá la vida,
o ganará la cumbre en un momento!

¡Vedla! ¡vedla! Terrible y luminosa,
la multitud aquella,
de Dios, y Patria, y Libertad ansiosa,
va arrastrando metrallas y cañones,
mientras en lo alto descuella,
el más bello pendón de los pendones.

¡Oh, estandarte inmortal, bendito seas!
 ¡Qué noble orgullo inspiras
 cuando libre y espléndido flameas!
 ¿Quién contigo es cobarde ni indolente?
 ¡Mi maldición, mis iras
 para aquel que te mire indiferente!

Y hoy que a la cima en imperial decoro
 llevas tus csampeones,
 ¡Oh, estandarte sublime, yo te adoro!
 aunque en medio el fragor de la pelea
 te dejen en girones,
 ¡tuya será del triunfo la presea!

III

Ya en el cielo despunta la alborada...
 En haces brilladores
 rueda la luz sobre la cumbre helada,
 y, penetrando el ámbito profundo,
 devuelve los colores
 y la alegría al macilento mundo.

De pronto vibra la guerrera trompa;
 los ecos estremecen:
 ¡es la señal de que la lid se rompa!
 del ronco parche al redoblar tremendo,
 las tropas aparecen,
 ¡guerra, guerra al hispano! repitiendo.

Por entre riscos de la sierra, en tanto,
 se avanza el crudo ibero,
 presa a la vez de indignación y espanto.
 Ya llega, ¿no lo véis? Oh! cuál blande
 su fulminante acero
 y hartarse en sangre y mortandad desea!

Arréciase la lucha... En la montaña
 se conmueven las rocas
 al grande impulso de la horrenda saña.
 ¡Todo es estrago, y vértigo, y horrural!

en convulsiones locas,
¡cuántos se arrastran a la sima obscura!

¿Quién vencerá? Ya el tricolor sangriento,
que, en medio la palestra,
flotando airoso al encendido viento,
le enardece al patriota y le sublima,
rompido ¡oh Dios! se muestra,
con las negruras de la muerte encima.

Ayl y también el que lo empuña siento
de pronto herido el brazo
a un golpe rudo de la hispana gente;
y al pasarlo a la mano que le queda,
¡oh suertel otro balazo
la rompe, y todo por el campo rueda.

Se alza, entonces, el inclito mancebo;
entre sus dientes toma
el pendón patrio... y a bregar de nuevo!
de improviso revienta una metralla,
y el héroe se desploma,
dando un VIVA! en el campo de batalla.

¡Es Calderón! El adalid sin miedo,
que, en su épica agonía,
exclama henchido de viril denuedo:
«pues que tienes el triunfo ya alcanzado,
expiro, Patria mía,
de entusiasmo y de júbilo inebriado!»

¡Tanta grandeza y heroísmo tanto
en un guerrero-niño!
¡oh! quién pudiera en perdurable canto
tus haazñas olímpicas de entonces
loarlas con cariño,
emulando a los mármoles y bronces!

Mas el poema de tus hechos grandes,
¡oh heroico adolescentel
grabado está en las rocas de los Andes;

y si al brusco tronar de los cañones
 ¡caíste en la pendiente,
 ¡vives eterno en nuestros corazones!

PRESENTIMIENTO

Te hallé en la ventana
 que mira hacia el huerto;
 do trepando el rosal por el muro
 forma un nido inmenso.

Vestías de blanco,
 los rizos al viento
 la cabeza apoyada en la diestra
 y el labio entreabierto.

¡Cuán pálida estabas!
 ¡qué mirar tan tierno!
 ¡qué infinita ansiedad en tu rostro!
 ¡en tu alma qué duelo!

Comprendí tu angustia,
 me acerqué en silencio,
 y, amor mío, ¡qué tienes? te dije
 congojoso y trémulo.

Al punto ¡oh Dios mío!
 se esfumó tu ensueño
 y rompiste a llorar ocultando
 tu faz en mi seno.

Después balbuciste:
 —no sé... no comprendo...
 es un algo que nubla mi mente
 desde que te quiero!

Hoy ví un ave negra,
 de lóbrego aspecto,
 que posándose aquí, lanzó un triste
 graznido siniestro.

Y una honda tristeza
y un extraño miedo;
me asaltaron tenaces, turbando
mi amante recuerdo...

Y añadiste:—Siempre,
siempre serás bueno?
¿no tendré que llorar tu abandono?
¿tu amor será eterno?

La tarde, entre tanto,
apagó su incendio,
y en el gris esplendió del paisaje
el primer lucero...

Julio Matovelle

UNA GANANCIA ES MORIR

Mihi lacrum mori
SAN PABLO

¡Ay, la vida! ¿Qué es la vida?
Chispa oculta entre pavesa,
relámpago que atraviesa
tempestad enfurecida.

¡Ay, la vida!
Es mal que cura la muerte;
negra cárcel que, al morir,
logra el prisionero abrir:
de tal suerte
que una ganancia es morir.

Dejar espinas y abrojos
para ceñirse de estrellas
secar del llanto las huellas
y fijar en Dios los ojos.

¡Ay! los ojos
que han visto el mundo funesto

esa es dicha que el que muere
a gloria y cetro prefiere;
y es por esto
que gana mucho el que muere.

¿Qué son los placeres? Humo
¿Qué es la hermosura? Ceniza
que en el sepulcro se pisa
cuanto en la tierra hay de sumo;

Todo es humo
plata y seda, todo, todo...!
de manera que se gana
muriendo en edad temprana;
de tal modo
que sólo el que muere gana.

¿Por qué tan ruda ansiedad,
tanto afán, tanta locura,
en ir tras lo que no dura,
en buscar la vanidad?

¡Vanidad!
que duelos mil atesora.
Solo el necio su ganancia
porque ignora
que es la muerte una ganancia.
busca en la tierra con ansia,

Vivamos pues a manera
del cautivo en calabozo,
que, ajeno de risa y gozo,
libertad cercana espera;

De manera,
que pongamos todo anhelo
en la gloria de morir,
sin cansarnos de decir
viendo el Cielo:
nuestra ganancia es morir.

Julio Zaldumbide

Flota en los aires de la tarde el velo,
y al paso con que cunden
las atezadas sombras del crepúsculo,
en mi alma se difunden
dolorosos y oscuros pensamientos.

Contempla, Laura, en el tendido cielo
esas nubes que vuelan
arrebataadas de invisibles vientos:
¿adonde van?...

Mi triste fantasía
suelta vagando, por doquiera mira
misterios que al Placer no se revelan:
parece que suspira
en torno nuestro el aura voladora;
parece que al oído
nos dice cosas tales,
que sin saber nuestra alma su sentido,
al escucharlas, se estremece y llora...

¿Qué es esto, amada mía?
¿por qué en hondo silencio nos miramos
y tus ojos se llenan y los míos
de repentinas lágrimas?

No ha mucho
que entre amorosos juegos, la pradera
nos vió vagar cogiendo
flores de primavera:
tú reías alegre y yo reía.
Y ahora, al recuerdo de esas horas idas,
lloro yo... lloras tú... y ambos callamos.

Laura, la noche avanza... muere el día:
¿será que el veloz tiempo nos advierte
en esta muda escena de agonía,
de tu pasión así y así la mía
morirán al venir la obscura muerte?

LA MAÑANA

Leve cinta de luz brilla en Oriente,
como la fimbria de oro
del ropaje del sol resplandeciente;
y es la señal del ya vecino día.
El pueblo de las aves, que dormía
en el regazo de callada noche,
rompe el silencio en armonioso coro,
y un cántico levanta al que infalible
su cotidiano sol al mundo envía.
Raya el alba; las sombras que, esparcidas
por el aire, teñían silenciosas
el tenebroso velo
en que yacía envuelto el ancho suelo,
ciegas ante la luz y confundidas
se rompen, al ocaso retroceden
y el espacio y el cetro al día ceden:
recoge el manto la vencida noche,
y aparece triunfante,
entre aplausos y voces de victoria,
en su inflamado coche
el rey del cielo espléndido y radiante.

Cunde al punto la luz de la mañana,
se alegra el valle, el monte resplandece;
la niebla que en la noche cubrió el suelo
se rompe fugitiva y desvanece,
o en ondeantes penachos sube al Cielo.
Bulle el viento en los árboles sonoro,
brilla en las verdes hojas el rocío,
murmura el arroyuelo
entre las flores dulce, y más osado
rumor levanta el impetuoso río;
allí resuena la floresta umbría
con el alegre y bullicioso coro
de pájaros cantores
y todo el aire se hincha de rumores.

Despierta la cabaña y la alquería;
del humo del hogar al Cielo sube

la doméstica nube,
y la vista recrea
el afanar del laborioso día:
ya el labrador empuña el corvo arado,
y alegre con la idea
de la futura henchida troje, rompe
la faz inculta del fecundo suelo,
poniendo la esperanza y el cuidado
en el labrado surco y en el Cielo;
se abre el redil y saltan las ovejas,
y se van por el campo derramadas,
la tierna grama que mojó el rocío
paciendo regaladas:
allí se agita la afanosa siega,
y la dorada espiga
al corvo diente de la hoz entrega
el precioso tesoro
galardón de sudor y de fatiga.

¿En dónde estás ahora,
oh noche, ciega noche engendradora
de fantasmas medrosas?
¿Dónde llevaste ya tu triste luna,
y tu corte de estrellas silenciosas?
Este es el sol que el alto cielo dora;
este es el sol, que viste
la natura de espléndidos colores;
pintadas brillan a su luz las flores,
a su luz resplandece
la vívida esmeralda de los montes,
y aspirando en su luz naturaleza
de inmortal vida el poderoso aliento,
rejuvenece su inmortal belleza.

Este es el sol, a cuya luz el mundo
sacude el sueño que dormió profundo
en tu regazo, oh noche; y resonante
gira de nuevo en su eje de diamante,
robusto, juvenil, de vida lleno,
como en aquél primero día, cuando

el ciego caos fecundó tu seno,
y echaste dél fuera
la creación entera,
que giró en los espacios, rutilando.

¡Salve, oh tu esplendoroso
rey de los otros orbes, sol fecundo!
Mi voz con la del mundo
«¡Salve te dice, genitor glorioso
de toda vida y todo sér que encierra,
por cuanto abarcas en tu luz, la tierra.»

¡Cuán de otra suerte, oh sol, te saludaba
yo, cuando de los hombres
en el común tropel iba mezclado,
de la ciudad habitador hastiado!
Marchito el corazón, el alma fría,
cegada ya la fuente
del entusiasmo, y el estéril tedio
consumiendo la flor de mi existencia,
mi juventud amada.

Tal era yo aquel tiempo, y tal vivía;
y entonces maldecía
tu refulgente luz, tu luz sagrada,
porque ella no traía
placer al alma, ni al dolor remedio.
Ya ese tiempo pasó!... Ahora que el Cielo
propicio al fin, mis votos ha cumplido,
dándome horas de paz, serenos días,
húndase en las tinieblas del olvido
esta de cruel dolor época fiera;
no vengan sus recuerdos
a acibarar mis dulces alegrías:
regenerado estoy, y no quisiera
memoria conservar de lo que he sido.
A tí Naturaleza, esta que siento
inmensa vida rebosar en mi alma,
a tí la debo sola; tú eres fuente
de vida inagotable: el pecho triste
que se marchita al abrasado aliento.

De mundanas pasiones
bañado en tí, renacerá al momento
el perdido vigor, y nuevamente
a dulces volverá palpitaciones;
el infelice que bebió del mundo
del cáliz de amargura emponzoñado,
su labio ponga en tu raudal fecundo,
y beberá el placer!... Naturaleza,
así en mi pecho tu nuevo infundiste
gozo, del todo extraño a mi tristeza;
por tí mi herido pecho desmayado,
vuelve a latir, y en nuevo ardor se inflama,
y por tí, en fin, mi espíritu cansado
que aborreció la vida, ya la ama!

LA TARDE

Con majestad sublime el sol se aleja,
y el extendido cielo
a las arrebozadas sombras deja,
que ya le cubren con umbroso velo.

¡Qué solemne misterio! ¡qué profunda
de paz y de oración grave tristeza!
Ya el sol llega al ocaso
y la noche le sigue a lento paso.
En duelo universal Naturaleza
se despide de aquél que la fecunda:
triste el Cielo se enluta, gime el viento,
el mundo eleva unísono lamento.

Ya el rumiador ganado lentamente
desciende por la húmeda colina;
cansado el labrador deja la era
y a su rústica choza se encamina.
¡Qué misterios el aura pasajera
suspira y pasa! El ave en sordo vuelo
por las ramas se mete y busca el nido.

Sólo se oye el zumbido
de los insectos, que quizás lamentan

desde la yerba del humilde suelo
la partida del claro rey del Cielo.
¡Adiós, sol refulgente!
Yo también uniré mi voz humilde
a la voz elocuente
en que un doliente adiós te envía el mundo.
Tú no puedes parar, ni más despacio
puedes seguir tu arrebatado giro;
la mano omnipotente
a recorrer te impulsa sin reposo
las vastas soledades del espacio,
esos serenos campos de zafiro;
pero mañana volverás glorioso
a darnos vida y luz, astro fecundo.

De la meditación la voz me llama
a vagar solitario en la arboleda:
agreste soledad, mudo silencio...
triste sombra deseo. El aura leda
duerme en las flores, y la blanda grama
el ruido apaga de mis pasos lentos.
Como las sombras cunden de la umbría
noche en el Cielo, así en el alma mía
cunden ya dolorosos pensamientos;
y una hoja que desciende
algún eco fugaz, una avechilla
que errante y solitaria el aire hiende,
la leve nubecilla
que viaja a reclinarse allá en el monte
o a perderse lejana
en el vago horizonte:
todo me causa una emoción profunda
me aprieta el alma una indecible pena,
y de improviso mi mejilla inunda
de inesperado llanto amarga vena.

¡Melancólica tarde, tarde umbría!
Desde que pude amar me unió contigo
irresistible y dulce simpatía.
Tú fuiste siempre confidente mía;
tú fuiste, tú, testigo

de mis secretos e íntimos deseos
y locos devaneos;
tú de mi corazón, tú de mi alma
el seno más recóndito conoces:
¿qué lágrimas vertí que tú no vieras?
¿Exhalé alguna vez triste suspiro
que yo a tus mudas sombras ocultara?...
¿Qué de sueños de amor y de ventura,
qué de ilusiones halagüeñas viste
en mi pecho formarse,
con esperanzas halagarme el alma
y para siempre en humo disiparse!...
Todo esto ¡ay infeliz! me recuerda
esa tu sombra triste,
y sin poder valerme huye la calma
del centro de mi espíritu agitado,
y el dique rompe en férvido torrente
el llanto de improviso desatado...

Es preciso olvidarlo! Córrese el velo
del olvido sobre ese de amargura
pasado tiempo. A mi dolor consuelo
solo tú puedes dar, alma Natura:
yo por tí el mundo abandoné engañoso,
para buscar en tí dulce reposo...

¡Oh tarde! estas heridas mal cerradas,
que se abren y remueven mi tormento,
pasará el tiempo y las verás curadas.
Nunca de hoy más halagará mi oído
de pérfida ilusión el dulce acento,
ni buscaré la flor do está la espina.
Quiero vivir contento
en esta dulce estancia campesina;
aquí cavaré tumba a mis dolores;
y ajeno de ambición, de envidia ajeno,
aquí (si tanto diérame la suerte)
como tu sombra espero cada día,
esperara sereno
esa de la existencia tarde umbría,
anunciadora de la oscura muerte,

A LAS FLORES

Prole gentil de la rosada Aurora,
nacida con el don de la belleza;
gracias con que la gran Naturaleza
ríe, y su augusta majestad decora;

la luz del sol que el universo dora,
no tanto de su frente en la grandeza,
cuanto en vosotras linda se adereza
y con matiz más gayo se colora.

En los campos del éter las estrellas
son flores celestiales, y en el suelo
vosotras sois estrellas de colores.

Tan puras sois, en fin, al par que bellas
que pienso que del mundo el claro cielo
no tiene cosa más... que almas y flores.

Leónidas Pallares Arteta

MADRIGAL

Brilla entre los cabellos de tu frente
de rubíes espléndida diadema,
pero tus sienes quema
cual chispas del incendio de tu mente.

Ciñe tu cuello sarta de diamantes
cual tu marmóreo pecho endurecidos,
como tu alma ateridos,
aunque son, cual tus ojos, deslumbrantes.

Y de armiño la piel de tu vestido
apaga del invierno la tormenta,
pero ella no calienta
tu corazón, para el amor dormido.

Luis Cordero

EL ARBOL Y SUS RENUEVOS

Jamás, al verte, carcomido tronco,
la voz olvido de mi caro padre,
que triste, en medio de sus tiernos hijos,
dijo una tarde:

«¿Mirasteis, niños, la lozana pompa
de aquel frondoso y elevado sauce,
a cuya planta multitud de tiernos
vástagos nace?»

«Pues bien, muy presto formarán un bosque,
tupidas ramas desplegando al aire,
los que ahora brotan en delgado mimbre,
trémulo y frágil.»

«Mas ¡ay! entonces notaréis que el árbol,
adorno y gala del frondoso valle,
sus hojas pierde, su cabeza inclina,
sécase y cae.»

«Queridas prendas; los endebles tallos
que a ser aspiran encumbrados sauces,
y el viejo tronco que la muerte aguarda,
son nuestra imagen.»

MATRIMONIO EN ARTICULO DE MUERTE

Don Venancio se moría
y en el crítico momento
de los toques de agonía,
con mil instancias pedía
el séptimo sacramento.

—¡Malol dijo el confesor.

—¡No, Padre! clamó el cuitado:
quiero, aunque vil pecador,

imitar al Redentor,
que murió crucificado.

LA REPUBLICA

Alza tronos, odiosa tiranía;
miseros pueblos, la cerviz doblada,
los sostendrán, llamando afortunada
la suerte vil que los abruma impla.

Tiende, ostentando audacia y felonía,
demagogía, tu garra ensangrentada,
y en nombre ¡ay! de Libertad sagrada
grita a la sociedad: «¡Presas eres mía!»

¿Y habréis de ser eternos, infernales
mónstruos lanzados por castigo al suelo,
y ante quienes la dicha huye y se aterra?

No, que apiadado fin de nuestros males,
tornándose al abismo, dirá el cielo:
«¡República inmortal, tuya es la tierra!»

APLAUSOS Y QUEJAS

AL INSPIRADO CANTOR DE LA RAZA LATINA,
DON OLEGARIO V. ANDRADE

Oí tu voz, y a la celeste esfera
volé contigo, poderoso vate,
cual cóndor de la Andina cordillera,
que, con sublime aliento,
arranca de la roca solitaria
a los mares de luz del firmamento.

¡Oh prodigio! las sombras del pasado,
noche de las edades tenebrosa,
huyeron ante mí! Se abrió la fosa
que, en sus entrañas lóbregas encierra,
polvo tras polvo de las muertas razas,
la vieja humanidad cambiada en tierra!
Y se extendió a mis pies, cual mapa inmenso,
del orbe la amplitud, vasto escenario,

donde el drama grandioso de la Historia,
ya de baldón colmadas, ya de gloria,
a impulso de frenéticas pasiones
o de eximia virtud, ante los siglos
absortos, representan las Naciones!

He visto a Eneas, con el peso augusto,
salir de entre las ruinas polvorosas
de la infeliz Ilión; verter el llanto
que a el alma, no a los ojos de los héroes
arranca de la patria el duelo santo,
y al capricho entregarse de las ondas,
buscando peregrino,
en ignota región, tierra lejana,
donde plantar los vástagos tronchados
del a estirpe troyana.

No los vientos, el soplo del destino
las velas infla, que a occidente vuelan,
cual banda de gaviotas asustadas
por trueno repentino...

Brama la tempestad en el Tirreno
ponto, que ruge airado,
alzando montes de encrespadas olas,
que ocultan todo puerto al desgraciado...

Pero Marón despierta,
y la empolvada lira
del túmulo retira,
donde, a par del cantor, cayera muerta...

El nos sabrá decir cómo se cambia
el sañudo huracán en manso ambiente,
fácil surco en la mar hiende la proa
y su dorada luz la rubia aurora
vierte sobre la linfa transparente.

¡Peregrino feliz! En los confines
del piélago ignorado
Italia está, bellisimma sirena,
que, con lazo de nardos y jazmines,
cautivo para siempre, le encadena.

Halló el hijo de Anquises piadoso
la patria que buscaba.—Nacen pueblos; ¡
levántanse ciudades;

guerreros bullen, y, en el noble Lacio—
póstuma de esa Ilión que se *desploma*—
más grande y más audaz, yérguese Roma!

«Perdió su claridad el sol de Grecia,
al brillo de aquel astro que nacía»;
Atenas, abismada,
vió en extranjera mano
el clarín portentoso de Iliáda;
selló el labio Demóstenes divino,
que hablaba Cicerón; la macedonia
falange irresistible,
terror del persa, a la legión romana
cedió atónita el paso, y ante César,
titán del Occidente,
la gigantesca sombra de Alejandro
se inclinó reverente!...

Salió la madre el Tiber
y se hincharon sus aguas de manera,
que el cauce, la ribera,
el valle, el soto, la colina, el monte,
la cresta que deslinda el horizonte,
cien horizontes más, cuanto divisa
el ojo en derredor, cuanto la mente
sin límites abarca,
cubrieron, como mar que se desborda
y hace del universo una comarca!

Esclavo el orbe todo
fué del romano colosal imperio;
¡y aquí el dedo de Dios, aquí el misterio
resplandecen, poeta! que las razas,
uncidas a la vez al férreo yugo,
con sólida cadena,
cual hordas criminales que el verdugo
llevase juntas a la misma pena,
llegan, en asómbrosa muchedumbre,
a purgar un delito solidario...,
bañándose en la sangre redentora,
bajo el madero santo del Calvario!

Y Roma muere!... Conceder la vida
al hombre, al pueblo, sin misión arcana,

que debe ser cumplida,
no es del pródigo Sér, que apaga soles,
cuando su luz es vana.

Si vagos arreboles
de sanguíneo fulgor aún flotan tenues
bajo la parda nube,
es porque el cielo sube
y con brillo siniestro reverbera
la fatídica lumbre de la hoguera
que ha encendido Nerón, en su delirio,
más que por convertir Roma en cenizas,
por inflamar la pira del martirio.

Astro resplandeciente,
que en la etérea región cruje y estalla,
y arrojan en los espacios, cual candente
luminosa metralla,
fragmentos de sí propio, y cien luceros
fulgulan de improviso,
esfaltando la bóveda sombría
en torno de ese sol, que se deshizo:
así feneció Roma; así nacieron,
del maternal quebranto,
las nobles hijas del vigor latino,
objeto insigne de tu hermoso canto,

¡Bienhadadas las huérfanas! tenían
otra madre amorosa, que su seno
les brindase al nacer; madre que al labio,
en copa bendecida,
de hiel exenta y de letal veneno,
les llevase la leche de la vida.

¡Santa Iglesia de Cristo! tú las aguas
vertiste de la fuente de tu esposo
sobre el grupo de reinas que en la tumba
se alzaron del coloso!
Tú, con materno afán, su rica herencia
supiste preservar en el santuario,
divina salvadora de la ciencia!

¿Qué la Europa sin tí?... Turbión del norte
levántase iracundo,
ruge, se arremolina, se dilata

sobre todos los ámbitos del mundo:
 catarata de gentes, que, de lo alto,
 de la salvaje breña,
 con diabólica furia se despeña,
 cunde, inunda, devasta, y en horrendo
 bramador torbellino,
 la muerte y el estrago difundiendo,
 va, por sus propias ondas empujada,
 y luego... *como lóbrega laguna,*
 a los pies del LEÓN muere callada?

Cantor preclaro de esa raza de héroes
 que es el fénix eterno de la historia,
 bien puedes entonar épicos himnos
 a su perpetua gloria,
 ya que la excelsa Cruz abre sus brazos
 y con ellos cobija
 al romano y al bárbaro, a los hombres:
 ¡la Humanidad es su hija!

Primogénita ilustre, el cetro de oro
 empuñe de los Césares Iberia;
 ocho siglos batalle con el moro;
 extermine sus huestes en Granada;
 recobre la usurpada
 heredad, y en un rapto de hidalguía,
 desate la diadema de su frente,
 para comprar con ella
 joya de más valor: ¡un continente!

De pie, sobre la orilla
 del Gaditano mar, lance a la América
 la romana semilla;
 que, en el suelo fecundo
 de esta virgen comarca, que latente
 el juvenil calor guarda del mundo,
 germinará lozana y vigorosa,
 doblando presto la española gente...

¡Perdón, oh madre amada!
 perdón si un día tus audaces hijos
 libertad te pedimos con la espada!
 Tú nos dista la sangre de Pelayo;

tú la férvida sed de independencia:
español el arrojo,
castellana la indómita violencia,
fueron, con que esgrimió tajante acero
el que probó en la lid... ser tu heredero.

Si, para siempre roto,
cayó el antiguo lazo en la jornada,
ese lazo, no fué, madre adorada,
el del filial amor, vínculo tierno,
que ha de ligarle a tí con nudo eterno.

Mientras tu dulce sonoro idioma,
raudal inagotable de armonía,
su ritmo musical preste a los bardos
que en la floresta umbría
del Ande entonan cantinela indiana,
no morirá tu amor, y tuyo el lustre
será, si en el concierto,
entre las galas del primor latino,
luce el hispano varonil acento.

Pero ¿cuál el altivo
pueblo es que surge y a los pueblos guía,
vertiendo del progreso en la ancha vía
de clara antorcha refulgente lumbre?
¿Quién pretende impeler con arrogancia
la humanidad entera hacia la cumbre?...
Naciones, apartad! El pueblo es *Francia!*

Reina del pensamiento, traza el rumbo
de la humana razón. Desde el sagrado
trípode de la ciencia,
dicta revelaciones de sibila
al orbe congregado en su presencia.
Cada vez que, inspirada, se extremece,
y el hacha agita en la convulsa mano,
se desprenden centellas rutilantes,
a flotar en la atmósfera del mundo,
cual fantástica lluvia de diamantes.

Mas ay! la antorcha, convertida en tea
de incendio asolador, fuego derrama,
y estupefacto el orbe, compadece
a Francia, que se inflama...

¡Desgraciada nación! sus propios hijos,
que, ansiosos de más luz, la llanta horrible
frenéticos atizan, son, ¡oh espanto!
forzados a servir de combustible.

Humo y pavesas a una margen y otra
del desolado Sena,

humo y pavesas solamente habría;
mas el Nerón francés pásmase un día
del exterminio horrendo,

y sangre y ruinas y terror y luto
mirando por do quier, inquieto sube,

Moisés de la impiedad, a la *Montaña*;
reprime ante las turbas

el ímpetu terrible de su saña;

serenidad afecta en el semblante;

finge bíblico acento de profeta,

y dota a la Nación agonizante...

¡Con un *Dios*, que sacrilego decreta!

A poco la cuchilla

sangrienta del perenne sacrificio

dividió la garganta del tirano;

pero el *ay!* que a su Padre soberano

exhalaba la Francia, en el suplicio,

llegó doliente: la Piedad sus alas

de cándida paloma

tendió, en rápido vuelo,

a ese campo de horror, donde moría

un gigante olvidado por el Cielo...

Y aún vive Francia! luminar radioso,

que, pasado su eclipse, resplandece:

Adalid que sucumbe y se levanta

y en su propio infortunio se engrandece.

Cuando la hirviente sangre de sus hijos

el patrio suelo inunda,

germinan, en la tierra que fecunda,

encélados soberbios, que quisieran,

con loco atrevimiento,

alzar la humanidad sobre sus hombros

y, amontonando escombros sobre escombros,

saltar al firmamento!...

¿Lánguido es mi cantar, vate argentino?

¿Brío mayor reclama
la resonante trompa de la fama?
pues sigue tú, que, osado,
robusta entonación, ardiente verso,
lírico arranque tienes, y te encumbras
al cenit, que las musas me han vedado.

Canta las glorias de la hermosa Italia,
que, siglos há dormida
sobre el sepulcro del Romano imperio,
ha despertado en fin, llena de vida;
de Italia en cuyos fastos
el nombre brilla del excelso nauta
que, arrancando a los vastos
dominios de la mar mitad del orbe,
perfeccionó la esfera,
y el del genio atrevido, que, usurpando
de un dios la potestad, se alzó y dispuso
que el globo se moviera!

Pero ¿por qué los ojos
apartas del Oriente,
a ver cuál se derrama
sobre nuevo país latina gente,
antes de que los vuelvas al extremo
de la tostada Libia, donde azotan
solitario peñón rudas tormentas,
que el no surcado piélago alborotan?...

El cielo se oscurece; el viento zumba;
furioso el Ponto brama;
la combatida mole se extremece,
y, al clarear del relámpago, aparece
(poeta, vedle allí) ¡Vaseo de Gama!

Si hasta el Indico mar el rumbo sigues
que traza el arrogante lusitano,
un naufrago verás... Las ondas bate
con la siniestra mano,
y, ansioso de salvar lo que mil veces
más precioso reputa que la vida,
en la diestra levanta,
co nafán infinito,
un objeto inmortal: ¡el manuscrito

en que las glorias portuguesas canta!
¡Cuna de Camoens! a injurioso olvido
tu nombre relegar ¿cómo un poeta
de América ha podido?
cuando aún parece que la sombra inquieta
del claro Magallanes
escudriña la brecha misteriosa,
al nocturno fulgor de los volcanes;
cruza de mar a mar; graba su nombre
en la roca vecina,
y, bogando a las islas de Occidente,
cae, para marcar perpetuamente,
con su tumba, la ruta peregrina.
Viuda volverá su heroica nave,
por opuesta región, al mismo puerto,
y, testigo intachable del profundo
dictamen de la ciencia,
probará que, del sol en competencia,
pudo dar un bajel la vuelta al mundo.

Mas siga ya tu canto, y la hechicera
Nereida que, del fondo de las aguas,
bañada en perlas, levantó la frente,
al sentir que Colón mundos perdidos
buscaba entre las brumas del poniente;
América, la virgen prometida,
que, de gala vestida,
bajo un dosel de palmas y de flores,
al Porvenir aguarda,
y en lánguidos suspiros
se queja de su amante, porque tarda;
ella, que el regio manto,
bordado de esmeraldas y rubles,
ha tenido en las costas de sus mares,
ansiosa de que salten a millares
los obreros del bien, que el siglo admira,
oiga, en elogio suyo,
los pindáricos sonos de tu lira.

Exenta un tiempo de afrentoso yugo,
libre, como la luz, como las auras,

creció lozana y bella,
hasta el aciago día
en que, siguiendo de Colón la huella,
la vino a sorprender la tiranía.

Por luengos años, prisionera ilustro
de extranjero señor, lloró en silencio
su desdichada suerte;
pero, cansada, al fin, de oprobio tanto,
a la ignominia prefirió la muerte,
la perdida altivez cobró iracunda,
deshizo en mil pedazos
la bárbara coyunda,
y, amazona terrible en la batalla,
al pecho disparó de sus guardianes
los grillos, convertidos en metralla!

Hoy es la poderosa
soberana que extiende sus dominios
del uno al otro polo,
y al opresor antiguo, generosa,
le tiende amiga mano,
que quien fué su señor es ya su hermano.

Las páginas no escritas
que el misterioso libro de la historia
guarda para el futuro,
ella sabrá llenarlas con su gloria.
Ante ella han de librarse
los postreros combates del progreso.
No importa que el exceso
de vida, de entusiasmo, de energía,
en que el fecundo seno le rebosa,
la inflame alguna vez y la enloquezca;
en sus entrañas arde todavía
aquel fuego interior que hundió los valles,
alzó los montes, trituró las rocas
y sacudió el planeta,
antes que, dócil, a la ley cediese
que a reposado giro lo sujeta.

Si aun hoy su veste cándida
mancha con sangre la matanza impía;
si el humo de las lides pestilente

le inficiona el ambiente,
le agosta el campo, le oscurece el día;
presto de la discordia el monstruo infame
caerá a sus pies, rendido,
y, al disiparse la sulfúrea nube,
de mortíferos rayos negro nido,
América radiante y majestuosa,
moderna Egeria del linaje humano,
futura institutriz de las naciones,
las tablas de la ley tendrá en la mano.

Y, con regio además, el noble coro
mostrará de sus hijas predilectas,
de progeñe romana,
que su honra, su decoro,
su timbre, su blasón serán mañana.

Allí la patria del invicto Juárez,
al brazo el arma, con marcial denuedo,
defenderá sus leyes,
a rasgar otra vez apercibida
la púrpura insultante de los reyes.

Las cinco hermanas que, tranquilas, bordan,
con afán incesante,
por uno y otro ponto acariciadas,
del progreso la túnica brillante,
y en grata confidencia,
para ser grandes, pactan
confundir sus destinos y su herencia,
juntas esplenderán, como en el cielo
las estrellas menores,
que duplican así sus resplandores.

Las que en medio del ponto gimen solas,
y el furibundo embate
sufren del despotismo y de las olas,
cual débiles barquillas
dispersas en la mar, formarán, libres,
la poderosa Unión de las Antillas.

Venezuela gloriosa,
Emporio de héroes, madre afortunada

del inmortal campeón de estas regiones,
que hizo brotar naciones
donde clavó la punta de su espada;
ceñida del auro la augusta frente,
centinela del amplio continente
de que supo expeler al castellano,
la daga de Bolívar tendrá al cinto
y la lanza de Páez en la mano.

Colombia, que, con diestra vigorosa,
levanta el democrático estandarte
a altura prodigiosa,
y en cuyo seno ardiente,
como en fragua volcánica, se funden
el pasado, el futuro y el presente;
con noble majestad, a los marinos
de uno y otro hemisferio,
enseñará la portentosa vía
que sometió dos mares a su imperio;
y, cuando enjambre de extranjeras naves
desfile a su presencia,
homenaje a tu esfuerzo y a tu ciencia
les sabrá demandar, ¡moderno Alcides,
que las ondas del piélago derramas
en medio de los mundos que divides!

¡Desgraciado Perú, que hoy te retuerces
en el sangriento potro del martirio,
mordiéndolo con despecho la cadena,
víctima del frenético delirio
con que tu propio hermano te condena,
cuando cese el terrible
sacrificio en que expías
faltas, no hay duda, de pasados días,
cobrarás presto tu vigor nativo,
tras el breve desmayo,
e impávido y audaz, fuerte y altivo,
serás el adalid del *Dos de Mayo*.

Chile! Chile brioso,
que arrojaste colérico el azada,

para empuñar el homicida acero
 y blandirlo con fuerza desusada,
 bien has mostrado ya que eres guerrero;
 mas ay! en fratricida
 contienda, que deslustra la victoria;
 porque duelo es la gloria,
 cuando es hermana la nación vencida...
 ¡Perdón para el Perú! ¿cómo pretendes
 que bajo el peso del baldón sucumba?
 ¡Pueblo que tan bizarro te levantas,
 dejarás de ser grande, si tus plantas
 pones sobre una tumba!...

Bolivia generosa, hija postrera
 del gran batallador, viuda hermosa
 del capitán insigne de Ayacucho,
 depuesta la luctuosa
 vestidura que hoy llevas,
 pues tu pesar es mucho,
 debieras convertir, para ser fuerte,
 en lección provechosa tu escarmiento,
 y unir presto a tu suerte
 la del Rey de las Chinchas opulento...

Mas ¡oh bardo argentino!
 toma, toma esta lira,
 que desfallece en mis indoctas manos
 y, de cantar en vez, gime y suspira.
 Escuche tus galanos
 himnos la *Emperatriz* del claro Plata.
 Prosigue tú y desata
 el undoso raudal de poesía,
 que, en la patria de Mármol y de Andrade,
 difunde a par del éter la armonía.
 Presagia tú el destino
 de esa región austral, cuna dichosa
 del Bolívar del Sur. Ya que el divino
 Estro tu pecho inflama,
 levántate y proclama
 del joven Uruguay la gentileza;
 del oriental imperio—

república futura—la grandeza,
y un aplauso te arranque, si eres justo,
a menos que el pudor tu labio selle,
ese cubil famoso de leones,
contra el cual (¡oh vergüenza!) tres naciones
corrieron a lidiar, y fuera en vano,
si, exterminados en la lucha fiera
los últimos valientes, no cayera,
ilustre mártir, el que fué tirano.

Ecuador! Ecuador! patria querida,
por cuyo amor es poco dar la vida,
¿Cómo, cual tribu oscura,
entre incógnitas breñas olvidada,
incapaz de progreso y de ventura
te desdeña el cantor?—Pudo la osada
perfidia de un bastardo encadenarte,
romper tus leyes, abrogar tus fueros,
oprimirte, humillarte;
pero exhalastas un ¡ay! y mil guerreros
se armaron a porfía,
para vengar tu afrenta
y pedir al malvado estrecha cuenta
de tus desdichas todas, Patria mía.

Caíste so la inmunda
planta de un criminal; pero ¿qué pueblo
dejó de ser atado a vil coyunda?...
¡Manes del gaucho infame

que desoló las pampas argentinas,
decidme si enturbió vuestra memoria
del Plata las vertientes cristalinas?

¡Yergue, Ecuador, la frente!
yérguela con orgullo! Cuando yaces
abatido y doliente,
los mismos que lloraban consternados,
hijos idolatrados,
en rabia y frenesí truecan el duelo,
despedazan intrépidos el yugo,
furiosos arremeten, y estrangulan,
con sus propios cordeles, al verdugo.

¿Qué pompa te negó pródigo el Cielo?

ardiente sol en tu cenit enciende;
 con mágico primor tus campos viste,
 y, si al ocaso tiende
 Océano inmenso, que tus costas baña,
 acá, tras la granítica montaña,
 que rasga con sus crestas el nublado,
 otro mar potentoso dre verdura
 despliega para tí, donde ignorado
 guarda el secreto aún de tu ventura.

Grande es tu porvenir, Virgen del Ande,
 porque, muerta Colombia, el patrimonio
 de sus hijas fué grande.
 Copiosos frutos de diversas sonas
 ostenta tu regazo;
 ricos veneros tu comarca cría;
 tus canales son Guayas, Amazonas;
 tus montes Cotopaxi, Chimborazo,
 y aun tus tiranos mismos son... García
 ¿Te falta gloria?—No!—Cuando, entre sombras
 lóbregas de ignorancia y servidumbre,
 la colonia dormía torpe sueño,
 tú, de las sierras en la enhiesta cumbre,
 dabas la voz de alarma, convocando,
 contra la turba inícuca de opresores,
 el de oprimidos infelice bando,
 y, al resonar el imponente grito,
 conmovidos los ecos, contestaban:
 ¡Luz de América, Quito!

¿Y después?... en silencio pavoroso
 volvió a quedar sumido el Continente:
 no hubo quien acudiese a tu defensa,
 y, en bárbara hecatombe, la inocente
 sangre de tus patricios corrió un día,
 sangre con que el bautismo
 la libertad obtuvo, pues nacía...

Dispertaron, al fin, los que en inerte
 sopor adormecidos,
 sordos a tus inútiles gemidos,
 a merced te dejaban de tu suerte.
 Truena la tempestad en Carabobo;
 estalla en Boyacá; brama en Pichincha;

y Bolívar, el dios de la tormenta,
su trono de relámpagos asienta
aquí, en el diamantino
culmen excelso del coloso andino!

El teatro contempla de su gloria;
dicta, para los siglos posteriores,
inauditos portentos a la Historia;
inspirado delira;
águila poderosa, tiende el vuelo,
buscando en la del sur esclava tierra
siervos que libertar; y fué en tu suelo,
Guayaquil hechicera, codiciada
por todo malhechor, donde, avistados
uno y otro gigante,

el argentino resignó la espada
y el colombiano audaz... pasó adelante.
¡Patria del corazón! cuando, extinguido
el último estampido
del cañón formidable de Ayacucho,
ebrio de sangre se inclinó el acero
y enmudeció el clarín, sobre la tumba
del poder extranjero,
Bolívar, en el éxtasis divino,
en la embriaguez suprema de la gloria,
oyó sublime canto,
música celestial de la victoria!

Y quién era el cantor?... ¡insigne Olmedo,
lustre envidiado de la patria mía,
sal de la selva umbría
en que, a la márgen de tu caro Guayas,
descansas, arrullado
por el dulce murmurio de las olas,
cabe el rosal pintado;
sal y descuelga tu laúd sonoro,
y el canto, que, dormido,
yace en sus cuerdas de oro,
mientras tú lo despiertas atrevido,
derrámese en armónico torrente,
para que sepa, si lo ignora, el mundo,
que es honra, no baldón, del continente
la patria del poeta sin segundo!

LOS RIOS Y LA VIDA

Ciertamente, niña amada,
esos ríos, que caminan
presurosos,
simbolizan lo que pasa
con nosotros,

Mas el curso de la vida,
comparado con el curso
de los ríos,
ay! si atenta lo examinas,
no es el mismo.

Ellos bajan, arroyuelos
miserables, de los montes
en que brotan;
pero, a poco que corrieron,
se trasforman.

¿Ves la cinta imperceptible
que, perdida entre la grama,
la humedece?
a una legua de su origen,
ya es torrente.

Y, si el paso le siguieras,
tras las cumbres orientales
mirarías
cuán copiosas y soberbias
van sus linfas.

Mil raudales tributarios,
de una margen y otra margen,
lo enriquecen:
ya pudiera ser surcado
por bajeles.

Tanto se hincha, que sus ondas
encrespadas, formidables,
turbulentas,

el mar mismo desalojan,
cuando llegan.

¿Es acaso su destino,
tierna amiga, fiel imagen
del humano?
oh desgracia! son distintos,
y aun contrarios.

Si ver quieres figurada
nuestra mísera existencia
por un río,
cambia el curso que las aguas
han seguido.

Y, cual si ellas, del Océano,
su camino dirigiesen
a la sierra,
así el rumbo que llevamos
considera.

Del mar amplio de la vida
la corriente que nos toca
recibimos,
y emprendemos nuestra vía
complacidos.

Mas, al paso que la senda
por regiones apartadas
nos conduce,
el raudal de la existencia
disminuye.

Y en los yermos de occidente,
ya el arroyo, casi exhausto,
de la vida
se hunde en tierra para siempre
y aniquila

¿No es muy cierto? ¡Caminamos,
vigorosos y arrogantes,

de la cuna,
 hasta hundirnos, extenuados,
 en la tumba!

¡ADIOS!

Elegía a la muerte de mi esposa
 (Fragmento)

Versos de fuego, con mi sangre escritos,
 que condensan mis ayes infinitos
 en un solo clamor, y a la futura
 edad transmitan el recuerdo infausto
 de ésta mi incomparable desventura;
 versos que inmortalicen tu holocausto,
 a par de mi agonía,
 lamentando el rigor de nuestra suerte,
 quisiera componer, para ofrecerte,
 ¡mitad difunta de la vida mía!

Pero ay! que, mientras, yerta,
 duermes, en el silencio de la fosa,
 el sueño de que nunca se despierta,
 consternación cruel, pena espantosa
 roen mi corazón, y en trance tanto,
 si bien puedo exhalar tristes gemidos,
 prorrumpir en funestos alaridos,
 bronca la lira, se resiste al canto.

¡Desdichado de mí! cómo pudiera
 dejar al punto tu siniestra casa,
 y, cual herido ciervo, a quien traspasa
 de aleve cazador bala certera,
 aturdido cruzar monte y llanura,
 y correr, y correr, sin rumbo cierto,
 hasta caerme muerto,
 allá en el fondo de una selva oscura.

Triste que muere, sus congojas mata,
 y éste el remedio de mi mal sería;
 mas ¡oh martirio! la fortuna impía,
 que el más estrecho vínculo desata,

quiere extremar conmigo su violencia;
pues, con los restos mismos que han quedado
del lazo de mi amor, me ha sujetado
a la roca fatal de la existencia.

¡Reliquias de mi bien, huérfanos míos,
que, gimiendo, aterrados y sombríos,
me circundáis en grupo tembloroso,
vosotros el precioso
derecho me quitáis con qué podría
postrarme de rodillas ante el Cielo,
y el inmediato fin de vida y duelo,
suplicios ambos, impetrar hoy día!

¡Extraña condición! Yo, que a torrentes,
voy a beber del mar de la amargura,
os debo consolar, prendas dolientes
de mi muerta ventura!...

Mas ¿cómo aliviaré vuestro tormento?
¿Qué luz, para mi rostro macilento;
para mi mustio labio, qué sonrisa;
qué lenguaje, a consuelos adecuado,
podrá darme este inerte y desolado
corazón, que en tinieblas agoniza?

¡Señor, cuando tu fallo inescrutable
sentencia de orfandad dicte severa
contra humana familia miserable,
sea el padre la víctima primera;
y a la débil, infancia que, inocente,
en el regazo maternal anida,
del materno calor saca la vida,
no la dejes sin madre, Dios clemente!

¡Piedad, Señor! mis hijos la han perdido:
el mayor infortunio de la tierra
sobre ellos ha caído.
Verdad que es suyo cuanto amor encierra
mi pecho lacerado,
amor que, con la ausencia perdurable
del ídolo de mi alma, se ha doblado;

mas ¿dónde la inefable
 ternura, los afanes, los desvelos,
 y ese caudal de halagos sin medida
 de aquel ángel bendito de mi vida,
 custodio de mis pobres pequeñuelos?

¿Quién soy, desde que faltas, dueño amado,
 sino un huérfano más, que, despojado
 de tu inmenso cariño,
 te buscar sin cesar por donde quiera,
 te llora amargamente, como un niño,
 y te llama, y te espera,
 y, como no contestas, se sorprende,
 y, de ver que no asomas, se horroriza,
 y hiélase de espanto; pues comprende
 que ya no eres, mi amor, más que ceniza?

¡Oh desastre fatal! ¡oh golpe rudo!
 ¿Quién anunciarme pudo
 que el prematuro fin lamentaría
 de tu fresca y lozana
 juventud, de tu noble bazaría,
 del cultivado brillo de tu mente,
 de ese anhelo continuo y diligente
 con que eras, en tu hogar, la soberana
 experta y laboriosa,
 madre excelente, singular esposa?

¡Paraiso de mi amor, Azuay querido,
 que tuya has hecho la desgracia mía,
 con cuánto regocijo te diría:
dejemos de llorar: no la he perdido!
 Por tus plazas y calles la llevara,
 con el mismo contento y algazara
 de la feliz mujer que halló su perla,
 y tu pueblo, sensible y generoso,
 llamándome dichoso,
 me colmara de plácemes, al verla...

¡No, Señor! ya me postro y me someto
 al horrible decreto

que contra mí fulminas:
 ¡que se cumplan tus órdenes divinas!
 con la frente en el polvo las bendigo.
 Sabia, tu providencia ha concertado
 un premio y un castigo,
 con separar al justo del culpado.

Se fué la gloria mía;
 se fué contigo, que mejor la amabas:
 yo no la merecía.

Mil veces entendió que la llamabas;
 mil veces me lo dijo de antemano;
 aunque, al hablarme de su fin cercano,
 ¡insensato de mí! no lo creyera.
 ¡Ay! cuando ya no existe,
 saboreo el acibar de aquel triste:

¿quién cuidará de tí, cuando me muera?

¿Quién cuidará de mí?... Nadie, amor mío:
 tu puesto está vacío...

Compañera adorada, ven a verme...

Tu familia de huérfanos ya duerme.

Desamparado estoy... Lúgubre calma

de silenciosa noche, me circunda,

noche en el corazón, noche en el alma.

todo es quietud profunda:

nadie te observará: sólo yo velo.

¡Acércate, por Dios; dame al oído

el plácido mensaje que del Cielo,

por favor, por piedad, me habrás traído!

¿Cómo he de soportar esta condena

de forzado a la vida,

si alguna vez, a mitigar mi pena,

no vienes, con tu amor, sombra querida?

Espíritu inmortal, que al sacrosanto

seno de Dios volaste,

recuerda que en el mundo me dejaste

náufrago de las ondas de mi llanto.

Yo debo perecer, si no me amparas;

pero ¡ay, entonces, de las prendas caras,

que mi dicha de ayer diera por fruto!
de orfandad doble vestirán el luto.

No!... por más que me olvides, yo no puedo
la cadena romper con que ligado
por el amor a la desdicha quedo.
Tú a la patria del bien te has encumbrado,
donde tus hijas en la infancia muertas
ángeles eran ya, que te esperaban
con las alas abiertas.
Cuantos pesares para tí se acaban,
cuantos el mundo para mí tenía,
cuantos, al caer tú, se han desatado,
unidos, van a ser, desde este día,
el lote de tu esposo desgraciado...

¡Emperatriz del cielo! a tu clémencia,
con mi grupo de huérfanos, acudo:
bajo tu amparo pongo su inocencia.
Cuando su buena madre ya no pudo
hablar palabra del lenguaje humano,
todavía tu nombre soberano
con labio balbuciente pronunciaba,
y hasta el último instante repetía;
porque mi pobre mártir expiraba
entregando sus hijos a María.

¡Madre del infeliz que no la tiene,
recibe esta familia, que, a ser tuya,
dejando en polvo la que tuvo, viene!
Tu divino favor le restituya
todo el amor perdido.
Por tu dolor de madre te lo pido.
Acógela benigna en tu santuario;
sé su tierna y clemente protectora:
¡después de tu orfandad en el Calvario,
ya no debe haber huérfanos, Señora...!

A tus plantas los dejo, y, peregrino,
mientras tu santa protección los guarde,
voy, en mi aciaga tarde,

a recorrer el resto del camino.
Solitario y errante en la jornada
más penosa y difícil de la vida,
el alma, entre mis hijos y mi amada,
en sangrientas mitades dividida,
a costas con el fardo ponderoso
de mi muerta ventura,
salgo a buscar ansioso
mi único porvenir: la sepultura...

¡Adiós, mi caro dueño,
del cielo de mi amor astro extinguido!
duerme en santa quietud el postrer sueño:
yo, a continuar penando, me despido.
Mañana, que, al tormento de llorarte,
desfallezca y sucumba,
vendrán mis restos a pedir su parte
en tu fúnebre lecho de la tumba...
Hasta entonces, adiós!—En la elegía
que amor y desventura me han dictado,
te dejo por ofrenda, esposa mía,
todo mi corazón despedazado!

A TI

Cargado de ternura y de ilusiones
se alzó mi corazón, cual bella planta
que de flores y frutos con sus dones
rica y gentil al cielo se levanta.

Mas vinieron del mundo las lecciones
(plaga de insectos que a nuestra alma espanta)
y con sus rudos, agrios agujijones
emponzoñaron mi ignorancia santa!

Y ya en el árbol triste de mi vida
sólo queda una flor intacta y pura;
más la savia de toda va absorbida

por su exclusivo encanto y su hermosura,
pues de cada ilusión o fé perdida
se expande más tu mágica ternura;

SONETO

Aunque gimo entre mares de amargura,
mi corazón recoge la memoria
que intenta iluminar mi senda oscura
al reflejo del templo de la historia.

Mas, si acepto animosa tal ventura,
es porque busco un lauro de victoria,
para un sér que ataviaba la ternura
con las flores y luces de la gloria.

Poned, pues, a mi lado y albedrío,
una aureola bellísima y divina
para el nombre que vive con el mío.

Pues la inmortalidad que mi alma adora,
no es la que brilla en Safo, ni Corina,
sino en Beatriz y Laura y Eleonora,

Luis E. Gómez González

REMEMBRANZAS INTIMAS

Cuando las auras pasen jugando con tus rizos,
sombrios como el duelo de un porvenir arcano,
llevarán a tu oído ruidos imprecisos
de un yaraví que entraña un desconsuelo humano.

Evocarás entonces la pendiente tortuosa
que de brazo bajamos una tarde de estío,
cuando tú a mis palabras te mostrabas dudosa
y charlando llegamos a la vega del río.

Has de sentir acaso la nostalgia exquisita
que dejan las penumbras de algún atardecer,
en que se estuvo al lado de una dama bonita
y el cielo fué un retazo de un alma de mujer.

Te dirán que hay un alma que al márgen de la vida
escudriña tus pasos, para besar sus huellas,

cuando del cielo oscuro las tímidas estrellas
 alumbra la tristeza de la ciudad dormida;
 y que las tardes mustias de este falso verano
 me van dejando sólo las raras pesadumbres,
 me impulsa las gaviotas a buscar el océano
 a los faisanes viudos a llorar en las cumbres;
 y si las auras vuelven a tu oído rezando
 la oración de esas aves que cantan al morir,
 de ser porque el cisne de mi ensueño, cantando
 en el mar de tu olvido, ya dejó de existir.

Mas, como tú eres bella, de espiritual cultura,
 inteligente y buena, delicada y altiva,
 con la inefable urdimbre de tu regia hermosura
 consentirás que deje mi voluntad cautiva.

Luis F. Veloz

HORAS CRUELES

Estábamos tan cerca, y tan unida
 se hallaba a mí su vida...
 El labio mío
 tocó su ardiente boca, como toca
 a la flor el rocío.

Estábamos tan cerca y tan unida
 se hallaba a mí su vida,
 cuando a mis brazos se entregó vencida.

Me interrogó:—Tú, siempre serás mío?
 (Y me miraba con mirar de loca:)
 Fué mi contestación el desvarío,
 y aspiré muchas mieles en su boca,
 urna inviolada de dolor y hastío.

—Abrázame... no sientes?... Hace frío...
 murmuró al oído mío.

Y un beso mustio, rumoroso, leve,
me envió su boca breve
exangüe y fría como flor de nieve.

—Abrázame... más fuerte... hace tanto frío...
murmuró tenuemente al oído mío.
Y al estrecharla con pasión ardida,
¡cuán cerca y cuán unida
se hallaba a mí su vida!

Nos amábamos tanto, que envidiosa
vino la virgen terca, y alevosa,
la de guadaña que el sufrir mitiga,
esa dulce enemiga
tan tirana, tan cruel, tan bondadosa...

Y la besó. Y la besó furiosa...
Sus labios—flor de nieve—se quemaron
simulando una negra mariposa...
Sus ojos se vidriaron...
Se nacará su frente...
Se perfiló su rostro marfilino...
Y la terca, la fiera, la inclemente
huyó con el destino,
descarnada, sarcástica, sonriente...!

¡Oh dónde estás! ¡Oh dónde, mía, mía!
Yo te rezo, te lloro, y mis plegarias,
como bandada de aves funerarias,
van a tu losa fría...

¡Oh dónde estás! ¡Oh dónde, mía, mía!
Resucite contigo mi alegría,
y mi pecho—tu altar—mansión sombría,
haga luz a tu amor, y sea el día!

Manuel Gallegos Naranjo

LA POESIA

Envuelta en nubes de celeste lumbre,
te elevas tierna a la región del cielo:
y yo te miro con amante anhelo
llegar feliz a la bendita cumbre.

Allí el EXCELSO, al ver tu mansedumbre,
en demanda de amor y de consuelo,
desgarra presto de tu pena el velo,
y hace que vuelvas y tu luz me alumbre.

Tornas al mundo nuevamente ufana;
te besa el sol, la dicha te engalana,
y las aves te dan sus armonías:

después, para calmar todas mis penas,
llegas, me irradias, y mi vida llenas,
de luz y amor, de encantos y alegrías.

Manuel María Sánchez

¿PAZ?...

En el jardín de Antipas, los floridos rosales
de Jericó esparcían sus divinos aromas;
se oían los conciertos de las fiestas pascales,
y en el átrio del templo se amaban las palomas.

Tenía aquella tarde radiante de Judea
un encanto muy suave y una dulzura extraña,
cual la diáfana tarde en que oyó Galilea
al Rabbí el inefable Sermón de la Montaña.

Bajo un cielo azul pálido, en esa hora de nona,
en el confín lejano del inmenso horizonte,
ornaba el sol como una luminosa corona
sobre la yerma cumbre del descarnado monte.

Y allí—mármol sangriento—inerte ya y exhausto,
 el pálido Profeta de las consolaciones,
 en el laño infamante, ara de su holocausto,
 agonizaba, en medio a escribas y sayones.

De sus mustios cabellos caía, gota a gota,
 la sangre del martirio, y sobre su cabeza,
 que la diadema hiriente de espinas dejó rota,
 esplendían aureolas de luz y de belleza.

El Gran Ajusticiado, inmóvil, casi inerte,
 no miraba los gestos de las turbas, no oía
 los acerbos sarcasmos; sonreía a la muerte
 dulcemente y soñaba en esa hora sombría.

Soñaba que vendrían otros tiempos mejores
 y que en la tierra, fértil con el sangriento riego,
 brotarían, piadosas y lozanas, las flores
 del amor, no los cardos del odio insano y ciego.

Soñaba que del germen que regaban sus manos
 torturadas salían sólo frutos de vida;
 soñaba que los hombres eran todos hermanos
 y ya no se esgrimía el puñal homicida.

Cuán vano fué el anhelo de tus supremas horas;
 cuán vana tu esperanza, doliente visionario!...
 La noche aun nos envuelve; no brillan las auroras
 de paz y de justicia que viste en el Calvario.

Aun es la especie humana como un rebaño hambriento
 de lobos insaciados, en perdurable guerra,
 aun se esgrime, en combate implacable y cruento,
 la quijada del asno de Caín, en la Tierra.

En dónde está, oh! Profeta tu visión de aquel día?
 cuál la virtud fecunda de tu amoroso empeño?
 menesterosos siempre de amor y de alegría,
 los pueblos, oh! Maestro, aun sueñan con tu ensueño.

ALMA DE ARTISTA

Fué ese el último ensueño del artista—un orfebre
que cincelaba ritmos y creaba armonía—
fué ese el último ensueño de tisis y de fiebre.

La Muerte, la gran madre de la piedad, quería
endulzarle aquella hora de su negra agonía
y verter en el alma del triste peregrino—
caso de luz—del arte el bálsamo divino.

Era un pálido y suave atardecer de mayo,
con tintes de oro viejo, un compasivo rayo
del sol, el dulce amigo del vencido doliente,
entraba en la boardilla por besarle la frente;
las violetas de un ramo, ya olvidado, una a una,
deshojaba una brisa traviesa e importuna,
y una vieja corona de laureles, con saña,
destruía implacable cierta asquerosa araña.

No había una alma hermana que consolara al triste
en aquel abandono de todo cuanto existe...
Sobre el jergón humilde flotaba su melena;
caía sobre el pecho su barba nazarena;
imprecisas palabras sus labios entreabiertos
pronunciaban, sus ojos vidriosos, casi muertos
fijaban cariñosos la ya extraviada vista
en un violín ¡la única fortuna del artista!

El pobre *stradivarius*, silencioso y sombrío,
de la pared suspenso, se moría de frío.
Dormían en sus cuerdas las suaves armonías
de sus pasados tiempos, de sus mejores días,
y una capa de polvo, muy sutil y muy fino,
la desnudez velaba de sus cuerdas de lino...
¡También era un vencido, cuya madera vieja
no lanzaba un gemido, ni exhalaba una queja.

Su dueño le miraba y él miraba a su dueño,
en esa tarde tibia de singular ensueño.
Un adiós prolongado, evocador de antiguos

recuerdos, se enviaban aquellos dos amigos, aquellos dos amigos que una común historia habían tenido, juntos, de luchas y de glorias y que juntos morían, en la obscura boardilla, el uno de hambre y tisis, el otro de polilla.

El violín y el artista se veían... De repente un delicioso acorde lanzó el violín silente. Era como un reclamo, apasionado y suave que una ave entre las frondas le dirigiera a otra ave. Del tísico en los ojos brilló un extraño fuego; se incorporó en el lecho, maravillado... luego, de las vibrantes cuerdas del violín, casi muerto, iban saliendo notas de un divino concierto.

Jamás, ni en esos días de triunfos soberanos, había así gemido bajo ningunas manos; nunca como en aquella prodigiosa agonía vertió el *stradivarius* tal raudal de armonía. Los ritmos, en las cuerdas tanto tiempo cautivos, iban brotando como si fuesen seres vivos ¡en esas milagrosas, fugaces vibraciones había los acentos de todas las pasiones!

Ya era un rumor gigante de embravecidas olas, ya era un murmullo blando de brisas y corolas; ora un *scherzo* tierno, palpitante y sentido de aquellos que remedan los amores de un nido, ora gritos hirientes, iracundos clamores, condensación extraña de infinitos dolores.

Torturaba el artista su obscuro pensamiento... ¿Quién hería las cuerdas del viejo instrumento? Nadie allí había acudido... una infinita calma había en la boardilla; estaba solitario, en esa hora suprema, el pobre visionario... —¿Quién gime así, quién canta?—se preguntó con miedo y una voz contestóle al oído, muy quedó: «No lo sabes, artista, no lo sabes? ¡Es tu alma!

Y mientras se apagaban las notas lentamente, el bohemio inclinaba la soñadora frente,

cuando el instrumento calló tras un gemido,
se hundió, al fin, en la nada el glorioso vencido.

Terminaba la tarde de aquel florido mayo;
brilló la luz amiga del compasivo rayo;
de la traviesa brisa las ráfagas inquietas
se escaparon, cansadas de deshojar violetas,
quedó, al caer las últimas, las pálidas corolas,
la Muerte, la gran madre de la piedad, a solas...

Manuel N. Arízaga

A GUAYAQUIL

¡Salve, hermosa ciudad! De tus desvelos
el dulce fruto saborea hoy día;
cantos de libertad y de alegría,
televa entusiasmada hasta los cielos.

Pronta a imitar los felicitos modelos
tu noble juventud loe a porfía
la heroica abnegación y bizarría,
la cívica virtud de sus abuelos.

Y así conceda el Dios de las naciones
eterno resplandor al sol de ahora;
mas si su luz, con rojos nubarrones

en día aciago el Despotismo encubre,
torna a blandir tu espada vengadora
al aire dando el *Pabellón de Octubre*.

M. E. Castillo y Castillo

EL OCTAVO DÍA

La leyenda sagrada sólo cuenta
lo que hizo Dios hasta el séptimo día;
yo contaré lo que pasó el octavo
que es el más misterioso todavía...

«Quiero que nazca una mujer tan bella
—dijo el Señor—que su mirada pura
haga palidecer la blanca estrella;
que sea esbelta cual junco de la orilla
y supere a la rosa en donosura.»

«Que su pupila sea
del tono de la mar cuando golpea,
y su boca de un tinte más subido
que el clavel encendido...»

... Naciste tú!

... «Que un poeta
le diga su secreta
ansia de amor. Que nunca de su lado
se aparten el cariño y la alegría.»

(Yo en verso te he cantado...
Tú te has sentido mía...!)

¿Se cumplirá la vieja profecía?

CAMINO DE PERFECCION

Arderá mi sangre loca,
y en el vaso de tu boca
te sorberé el corazón...

RUBÉN DARÍO

Abre un paréntesis azul
a nuestro amor sentimental
y toma un baño bautismal
en esta luna de Stambul.
Tal como el tímido algazul
ven esta noche a meditar,
y muda y blanca frente al mar
sé el confidente de la ola
que en el ribazo gris se inmola
con el espasmo de besar...

O parte al bosque milagroso
como una ninfa de otra edad

que busca cauta soledad
 para su amor artificioso,
 Nada interrumpe allí el reposo
 —vuelan la alondra y el faisán—
 más por designios de Satán
 o del Señor que el mundo hizo,
 habrá en el nuevo paraíso
 otra manzana para Adán...

Sigue a la cima helada y blanca
 de nieve. Mira en derredor
 y quizá pienses que el amor
 no tiene allí morada franca.
 Pero en la tétrica barranca
 que velan nubes fantasmales,
 verás que estás en los umbrales
 prohibidos, pues Natura puso
 en aquel cráter frío y obtuso
 un nido de águilas reales...

Vete al desierto. Arena roja
 que bajo Febo reverbera;
 en el oasis la palmera
 es verdeante paradoja,
 Sale a los labios la congoja
 y el corazón se nos restringe;
 pero una sombra ideal que finge
 la corpulencia de un león,
 ruge una lúbrica canción
 a la sonrisa de la Esfinge...

A donde vayas el eterno
 motivo habrá de aparecer...
 Ya con halagos de mujer,
 ya con torturas del infierno.
 Su isocronismo sempiterno
 nada hay que logre hacer cesar,
 que el ave, el bruto, el aire, el mar
 y hasta la tierra majestuosa
 saben la historia voluptuosa
 de esta invencible sed de amar...

Vuelve los ojos al pasado,
 ese pasado de alba y oro:
 cruza en su fuga el blanco toro

que a Europa rapta vil y osado.
 ¿Para qué el viaje a lo ignorado
 buscando aurífero vellón?
 Sigue la larga procesión....
 y pasa hermética Dalila
 que cuando duerme el héroe, esquila
 la cabellera de Sansón..

Avanza el tiempo. Ya la vieja
 leyenda griega se perdió
 y de ese mito que pasó
 sólo nos queda la conseja...
 Pero la clásica y bermeja
 silueta grácil de Arlequín
 mancha el follaje del jardín,
 mientras propicio a la emoción
 nada en un lago de pasión
 el cisne mago de Lohengrin.

Después... la Francia y su galante
 corte de amor, de madrigal,
 donde se agita un Cardenal
 llevando al brazo alguna amante.
 Huye a lo lejos el constante
 Des Grieux llorando por Manón.
 y como blanca aparición
 de esa centuria bella y rara
 una carroza azul se para
 para dar paso a Maintenón...

Después... Pastoras de Wateau,
 Lagos dorados de Versalles,
 María Antonieta en su landó
 y atrás Noailles y Lamballes.
 Duelos furtivos en las calles.
 Picas, Hogueras, Guillotina.
 Y luego dulce y lamenina
 la voz meliflua y el halago
 de esa morena de aire vago
 que se llamaba Josefina...

.....

(Crece la luz alba en el disco
 de plata. Nube redentora

miente con boca pecadora
un enigmático mordisco.
Sólo nos mira un asterisco
rojo de sangre, casi irreal,
y en un impulso saturnal
que la quimera nos advierte,
ebrios de duda damos muerte
a nuestro amor sentimental...!)

María Natalia Vaca

SOÑANDO

Cansada de luchar he hecho un alto
en el agrio camino de mi vida;
¡oh, que duerman mis penas; y que sangre
sin una queja de dolor la herida!

Y que surjan mis sueños, los que tienen
de blancas alas la impalpable huella,
los que entreabren corolas y es su veste
de luz de luna y de fulgor de estrella.

Sí, que tornen piadosas y en mi frente,
donde es castigo perennal la idea,
que coloquen de nuevo frescas rosas
y tomillos silvestres de mi aldea.

Que mitiguen del alma—la pobre alma
luz que ya apaga su gentil realeza—
sus bien hondos pesares!... ¡Es tan triste
sentirse sola, del dolor la presa!

En silencio, no más, y cuando muera,
con las congojas de la tarde, el día,
que retornen mis sueños y que viertan
en mi vida de sombras, poesía!

Ellos solos amantes los que traigan
una gota de bálsamo a este pecho

donde hay odio, venganza, muchos males;
confuso todo y en turbión deshecho!...

¡Soñar!... las auras que en los sauces gimen
con sollozos de tórtola!... ¡La queja!...
Es la queja del río; lentamente
rebulle, pasa... ¿dónde irá?... ¡se aleja!...

¡Esos lirios simbólicos!... ¿son lirios
que mis manos de niña, temblorosas,
separaron del tallo, y los que me hablan
del incienso y las preces, tantas cosas?

¿Ese nido... la bruma, las neblinas
del huerto amigo que lejano existe?
¡Cómo vuelven los mismos, y cada año
de nuevas pompas el verjel se viste!

Angustia loca mi cerebro oprime
se desbordan mis lágrimas... ¡Dios mío!
¡esos ojos que besan!... ¡esos ojos!...
¡oh, no, no has muerto, corazón, de hastío!

Enormes, puros en mi llanto fijan
sus pupilas de ensueño... ¡Quedamente
mis recuerdos se quejan y en silencio
solloza el alma de pasión demente!

Murmuro una plegaria... He hecho un alto
en el agrio camino de mi vida;
mas no duermen mis penas; no, no sangra
sino con quejas de dolor la herida!...

Marieta de Veintimilla

AL PICHINCHA

Bajo la comba azul del firmamento
siempre serena, luminosa y pura
eriges tu penacho ceniciento
con no sé qué de épica bravura.

Humo gris que te sale del tormento
infernál de la entraña en la locura
de la lava agitada... El pensamiento
se fija en ti con trágica pavura...

¿Templó tu fuego el alma denodada
de aquellos legionarios que condujo
el Mártir de Berrueco a la jornada

más prodigiosa y grande que produjo
la epopeya perínclita? ¡A tu influjo
se sueña con la gloria y con su espada!

YO SE!...

Yo sé que no me quieres,
yo sé que nunca piensas
en unos ojos tristes
que te miran con pena.

Yo sé que amas a alguien
que con menos tristeza
tiene por tus desdenes
notoria displicencia.

Pero en la pena íntima,
en la honda querella,
el corazón que te ama
se resigna y espera.

Ha domado la leona
de mi orgullo, tu fiera
petulancia de prócer,
que es Apolo y aeda.

¡Goza tu valentía!
mi corazón macera,
no exhalaré un gemido,
no exhalaré una queja.

Eres Apolo y prócer,
eres burdo y esteta,

y mi alma te adora
demonio que desdenea!

¡En el negro ostracismo
se han juntado dos penas!
¡la duda que no mata
la incertidumbre fiera!

Pasea victorioso
con tu prosopeya,
hombre, demonio, prócer,
con ribetes de aeda!

Y cuando cinerarios
perfumes a mí vengan,
la última sonrisa
sea para tu inmensa

figura de demonio,
de prócer, de poeta,
que con la petulancia
sus victorias recrea!

Medardo Angel Silva

ESTANCIAS

Rosas blancas deshojan los blancos surtidores;
al caer, el ocaso los pétalos irisa
y la fuente del Término coronado de flores
modula un canto igual a una nerviosa risa...

Yo, como un habitante pálido de otra vida
—Lázaro espiritual—marcho con lento paso...
y las fuentes parecen en la tarde dormida
mujeres cuyas voces son de seda y de raso!

Por donde Ella pasaba la tragedia surgía;
tenía la belleza de una predestinada
y una noche de otoño febril aparecía
en sus ojos inmensos y oscuros retratada...

Y fué bajo el auspicio del padrino Saturno
 que deshojé a sus plantas mi juventud florida...
 desde entonces padezco de este mal taciturno
 que hace una noche eterna del alba de mi vida!

Velada del sábado

Marcha la luna trágica entre nubes de gasa...
 sin que nadie las toque se han cerrado las puertas...
 El miedo, como un lobo, pasea por la casa...
 se pronuncian los nombres de personas ya muertas...

El abuelo las lámparas, por vez octava, prende...
 se iluminan, de súbito, semblantes aturcidos...
 Es la hora en que atraviesa las alcobas el duende
 que despierta, llorando, a los niños dormidos...

Como el aire se aroma con tu carne bendita
 mi corazón comprende por el lugar que pasas,
 omnipotente como la divina Afrodita,
 entre una ola sutil de flores y de gasas.

Y al mirarte parece que miro a Anadyomena,
 pues, como ella, al influjo de tu mirar, fascinas;
 —sembradora impasible de mi angustia y mi pena,
 por quien mi alma es un Cristo coronado de espinas!—

Mi espíritu es un cofre del que tienes las llaves
 —oh, incógnita Adorada, mi Pasión y mi Musa!—
 Ya inútilmente espero tus dulces ojos graves
 y siento que me acecha en las sombras la Intrusa.

Pero mi alma—jilguero que canta indiferente
 a la angustia del Tiempo y al dolor de la Vida—
 te esperará, lo mismo que una virgen prudente,
 con la devota lámpara de su amor encendida.

... enfermo, peregrino
 en tenebrosa noche...

GÓNGORA

Hastíos otoñales... ya nada me entusiasma
 de cuanto me causara infantiles asombros

y así voy por la vida, cual pálido fantasma
que atraviesa las calles de una ciudad de escombros.

Y mi alma, que creía la Primavera eterna
al emprender sus locas y dulces romerías,
hoy ve, como un leproso aislado en su caverna,
podrirse lentamente los frutos de sus días!

Para los que llevamos, como un puñal sutil,
dentro del alma una ponzoña;
para los que miramos nuestra ilusión de abril
hecha una mísera carroña;

inútilmente suena tu pandero de histrión
—oh, vida frívola y banal—
si no es de nuestros labios la divina canción
que canta el gozo matinal!

Amor, dí ¿qué senderos se gozan con tu paso?
¿cuáles los reyes magos a que sirves de gufa?...
¿qué rubicunda aurora, qué sonrosado ocaso
vió tu carro de fuego en el triunfo del día?...

Ah! si tu alba luciera para mi noche oscura!
si mis rosas abrieran temblorosas a verte!
Se endulzaría el hondo cáliz de mi amargura
con el néctar con que haces tan amable la Muerte!

Bendigo el sufrimiento que viene de tu mano
y el vértigo radiante en que tu voz me sume.
Mi amor es para Ti como un jardín lejano
que a una alcoba de reina envuelve en su perfume.

Y eternamente oírás en tus noches sin calma
mi sombría plegaria que, rugiendo, te invoca:
Al precio de mi sangre y al precio de mi alma,
véndeme la limosna de un beso de tu boca!

SUSPIRA DE PROFUNDIS

I

Madre: la vida enferma y triste que me has dado
 no vale los dolores que ha costado;
 no vale tu sufrir intenso, madre mía,
 este brote de llanto y de melancolía.
 ¡Ay! ¿por qué no expiró el fruto de tu amor
 así como agonizan tantos frutos, en flor?
 ¿Por qué, cuando soñaba mis sueños infantiles,
 en la cuna, a la sombra de las gasas sutiles,
 de un ángulo del cuarto no salió una serpiente
 que, al ceñir sus anillos a mi cuello inocente
 con la flexible gracia de una mujer querida,
 me hubiera libertado del horror de la vida?...
 Más valiera no ser a este vivir de llanto,
 a este amasar con lágrimas el pan de nuestro canto;
 al lento laborar del dolor exquisito
 del alma ebria de luz y enferma de Infinito!

II

Mi corazón solloza en su prisión sombría
 y endulza, suspirando, la noche de su encierro;
 mi alma es una ave lírica de un parque de Armonía
 cuyas alas, cautivas, golpean contra el hierro.
 Señor ¿no saldrá mi alma de su prisión oscura?...
 ¿nunca veré el celeste país que me ofreciste?...
 Ansío paz, la paz que tu Evangelio augura...
 ¡tan grande es mi cansancio de todo lo que existe!

III

¡Oh, vida inútil, vida triste
 que no sabemos en qué emplear!
 nos causa todo lo que existe
 por conocido y por vulgar!

Nuestro mal no tiene remedio
 y por siempre hemos de sufrir

la cruel mordedura del tedio
y la ignominia de vivir!

Frívolos labios de mujeres
nos brinda su hechizo fatal!
Infeliz del que oyó en Citeres
la voz del Pecado Mortal!

Vuelan las almas amorosas
hacia los ojos de abenuz,
e igual a incautas mariposas
quemán sus alas en la luz.

Pero no tienta al alma mía
dulce mirar o labio pulcro...
Yo pienso en el tercero día
de permanencia en el sepulcro.

Tras de los éxtasis risueños
con luna y aves en la brisa
se deshacen nuestros ensueños
como palacios de ceniza.

Tened de amor el alma llena
y perderéis en la aventura:
eso es hacer casa en la arena
como nos dice la Escritura.

Invariable, sólo el fastidio;
siempre es el viejo spleen eterno.
El negro lago del suicidio
es la antesala del Infierno.

Idealiza, ten el anhelo
del águila o de las gaviotas:
ya volverás al duro suelo,
Icaro, con las alas rotas...

Un palimpsesto es nuestra vida:
Dios en él borra, escribe, altera...
mas la última hoja es conocida;
una cruz y una calavera...

Señor, cual Goethe no te pido
la luz celeste con que asombras:
dame la noche del olvido:
yo quiero sombras, sombras, sombras...

Yo estoy sediento, no de humano
consuelo para mi aflicción:
quiero en el lirio de tu mano
abandonar mi corazón!

Como una inútil alimaña
que se arroja lejos de sí,
anhelo arrancarme la entraña
que palpita dentro de mí!

Y con aquella calma fría
del que un precipio no ve,
iré a buscar mi paz sombría
no importa a dónde... pero iré!

LEYENDA

En el rojo castillo
la sombra leve de la Infanta pasa,
lo anuncia la esmeralda de su anillo
y el olor de ultratumba de su traje de gasa.

Cuando juegan los duendes en el negro postigo
y cae la noche morada
como un duro castigo,
al mirador se asoma la sombra perfumada.

Al mirador se asoma... canta... canta...
su voz es mirlo de oro en la arboleda:
la canción de la Infanta
es una mariposa de oro y seda...

Y el pastor que escuchara
su voz de terciopelo
por la vez postrimera contemplara
la dulzura del claro cielo!

INTER UMBRA

Cómo estás en tu negro calabozo de arcilla,
 en vigilia perenne sepulta, oh, alma mía!
 en el fango del mundo hincada la rodilla,
 tú que eres toda luz y gracia y armonía!

Gota azul de la sangre divina de los astros,
 que el Destino vertió en una ánfora pobre!
 Arquitectura eximio de oros y de alabastros,
 hundida para siempre bajo la mar salobre!...

En el confín usado ya se anuncia la hora...
 Gabriel mueve sus alas en el campo celeste...
 ¡vuelve desde tu noche a la límpida aurora...
 y que sepan los astros el color de tu vertel

Mercedes G. de Moscoso

A SU RETRATO

Imagen adorada, dulce prenda,
 ven a mi corazón:—de gozo lleno
 al sentir tu contacto, ¡cuál palpita!—
 Descansa aquí, sobre mi amante seno,
 esperanza soñada, luz hermosa
 de mi triste existir;
 sé en mi destierro mi único embeleso.
 —¡Imagen silenciosa,
 si animarte pudiera con un beso!—
 Pero ¡ay! en vano yo, mísera loca,
 uno a tu boca mi quemante boca.

Mensajera de amor, celeste encanto,
 sólo adorarte puedo;
 y con afán y sin igual ternura
 sobre ti, imagen pura,
 desatar los raudales de mi llanto;
 antes que a mí te enviaran,
 ¡qué amarga soledad en mi existencia!

No brillaba otra luz consoladora
que la luciente aurora
que me brinda la paz de mi conciencia.
Viniste a mí, reproducción sublime
del sér a quien adoro,
y se disipan mis amargas penas;
y cual hojas de un árbol desprendidas,
entre las sombras del ayer perdidas
miro las del dolor negras cadenas.

Confidente insensible de mi dicha,
con amor infinito te bendigo;
besos, sonrisas, soles de esperanzas
me acarician, mi bien, ¡estoy contigo!
Acompáñame siempre, cara prenda,
gaje de amor para aliviar mis males:
sí, tú eres *El*; en ti mis embelesos,
mis bellas ilusiones celestiales
toman la forma de sagrados besos.
Ven a mi corazón, urna preciosa
do sólo cabees tú, ¡te adoro tanto!—
¿No lo sientes latir? En él reposa
mi bendecido amor, mi bello encanto,
y deja, deja que con dulce calma
en un beso, mi bien, te ofrende el alma.

ADIOS A LIMA

Copos de nieve caídos
entre doradas espumas,
girones de blancas plumas,
de luna rayos dormidos.

Bellas aves
de mantos nítidos, suaves,
que ofrecen caliente hogar
donde abrigarse y amar,
parecen, visto de lejos
tus palacios encantados
por el sol iluminados
con purpurinos reflejos.

—¿Tiene reflejos el sol?

—¿No has visto su luz hermosa
teñir la naciente rosa
de purísimo arrebol?

En oriente
asoma altivo la frente
circuida de roja aureola,
que se refleja ya en la ola,
ya en la nieve, en la montaña.
Hasta que sombra importuna
cubre su dorada cuna
y sus fulgores empaña.—

Cascada de oro y brillantes,
lluvia de menudas perlas
que desde el cielo a beberlas
bajan ángeles radiantes;
de tu río

son las aguas, pueblo mío;
déjame que así te llame
y que al dejarte derrame
mis lágrimas en cantares;
¡que te rinda admiración
y que te hable el corazón
de sus íntimos pesares!

Tú fuiste, ciudad querida,
a los tristes desterrados
lo que la lluvia a los prados,
fuente de abundancia y vida;
noble y santa

a la alondra que hoy te canta
y que cantándote llora,
diste luz como la aurora
y alumbraste su camino
que sólo espinas brotaba,
y sobre el cual arrojaba
negras nubes el destino.

—Y dime: ¿qué tal es Lima?
¡Hermosísima! hija mía,

vierte un raudal de armonía
y el aura la besa y mima.

Es tan bella
como la azulada estrella
que esparce suave fulgor,
¡como los sueños de amor
que acaricia mente inquieta!
¡Es la cuna de esos sueños,
puros, ardientes, risueños,
inspiración del poeta!

¡Oh Lima! Yo te bendigo,
tierna y aérea ilusión
en ti halló mi corazón
paz y dulcísimo abrigo.

Yo te amo,
mi segunda patria llamo
a tu bellissimo suelo;
¡que pródigo te dé el cielo
sus dones y sus favores,
ya que a mí, ¡pobre extranjera!
acogiste en tu ribera
y aliviaste en mis dolores!

Ya me alejo como el ave
que sin aliento y cansada
busca sombra en la enramada,
cual busca puerto la nave.

¡Lima, adiós!
¡De Patria y Hogar en pos
marcho triste y conmovida!
En esa trova sentida
te envíó celeste ilusión
desde los rugientes mares,
besos, suspiros, cantares,
todo entero el corazón.

EN SU ALBUM

Señora, yo soy una ave
que por el viento impelida,

vino a buscar nueva vida
en este clima tan suave.
Mi tierna garganta sabe
dulces notas modular,
pero es triste mi cantar,
que ya he perdido, señora,
la inspiración que la aurora
me diera en mi amado hogar.

A su luz celeste y pura
¡cual latió mi corazón!
la aurora, de la ilusión
tiene el tinte y la hermosura;
mas es tanta mi amargura
hoy, que ese hogar he perdido,
que mi alma se ha convertido
en un caudaloso mar,
y sólo puedo llorar
por mi patria y por mi nido.

Mas yo os admiro, señora,
y obligo a la lira mía,
a que vierta la armonía
de la alondra cuando llora.
Y si por vos vibra ahora,
perdonad que su gemido,
cual vago y ténue sonido,
murmure allá en vuestro hogar,
como murmura del mar
la ola en mi Guayas querido.

Acogedlo enternecida
como el ¡ay! de mis congojas,
y vuestro álbum en sus hojas
guarde mi trova sentida.
Yo os ofrezco conmovida
los brotes de un corazón
que sin dicha ni ilusión
demanda de puerta en puerta,
para su ventura muerta
un poco de compasión.

Oh, señora, perdonad
que en vez de perlas y flores,
os ofrezca los dolores
que pueblan mi soledad:
¡Es tan grande mi orfandad,
soy tan sensible, señora!..
Mas ¿a qué hablaros ahora
de desgracias y dolor?
De mi hogar perdí el calor,
mas decidme, ¿quién no llora?

En la vida los pesares
se suceden en el alma
cual la tormenta y la calma
entre los dormidos mares:
son a veces mis cantares
rayos del sol cuando asoma,
tierno arrullo de paloma
que canta con voz sentida,
las bellezas de la vida
sobre floreciente loma.

Mas si me acosa el dolor
con su hálito emponzoñado
y me hace ver que han pasado
mis dulces horas de amor,
se tornan en el rumor
del huracán cuando brama
y entre los bosques derrama
la muerte y la destrucción,
entonces la inspiración
extingue su viva llama.

Tal vez ¡ay! cuando al pesar
sucede dulce esperanza,
lo que hoy mi afecto no alcanza
os pueda, señora, dar.
Os toca a vos perdonar
que sin dotes ni talento
eleve mi pensamiento

hasta vos tan grande y bella;
si es mi canto una querella
yo os ofrezco lo que siento.

Yo soy toda corazón,
y triste, de puerta en puerta
para mi ventura muerta
voy pidiendo compasión.
Perdida ya la ilusión,
lejos del amado hogar,
no puedo alegre cantar;
y por eso os doy, señora,
lágrimas como la aurora
y no perlas como el mar.

RECUERDOS

Soñaba ayer en horas silenciosas
viendo girar la luna entre albas nubes,
en formar otro cielo aquí en la tierra
poblado de rubísimos querubes.

Niña era aún; sobre olas de ventura
como en regazo maternal dormía,
y gozaba en mirar como se ahuyentan
tinieblas mudas cuando luce el día.

El cielo azul, el mar con sus espumas,
la brisa leve, la aromada flor,
me hablaban en lenguaje misterioso
de ilusiones purísimas de amor.

Yo adoraba las flores, y en la brisa
remontábase mi alma a lo infinito,
como espirales nítidas de incienso
desde las gradas del altar bendito.

Era una tarde: en mis doradas rejas
morían los rayos del soberbio sol,
tiñendo mares, cielos y montañas,
de fantástico y pálido arrebol.

Venían a mí cual aves a sus nidos,
como vuelven al mar olas y espumas,
luces, sonrisas, perfumados besos
de esa callada tarde entre las brumas.

En esa hora solemne, triste, grave,
en alas de invisible y santo anhelo,
nos miramos los dos por vez primera
y se rasgó del porvenir el velo.

Frente a frente, mi bien, nos encontramos,
yo te miraba temblorosa, inquieta,
tú arrojaste a mis pies embelesado
tus hermosos laureles de poeta.

Que es poeta también el que no enloda
de su alma la impalpable vestidura,
y hace soñar con soles de esperanzas
forjando idilios de inmortal ternura.

Mi santa madre oyó tus juramentos,
y con inmenso sin igual cariño,
puso en mis sienes sobre rosas pálidas
velo flotante de nevado armiño.

Abandoné mi hogar, padres, muñecas,
por otro hogar azul, lleno de aromas,
donde no se miraba más riqueza
que el oro fresco de sutiles pomas.

Y de ese nido por el sol bañado
eran los puros, dulces embelesos,
esas aves con vuelo de murmullos,
astros del alma que se nombran besos.

¡Y decir que la vida es un desierto,
y llamar ilusión sus armonías!
Dime, mi bien, ¿recuerdas las escenas
de esos felices y pasados días?

Si esa luz que ilumina nuestra mente
te acompaña en tus horas de amargura,

debes hallarme en sus azules rayos
amante como ayer, como ayer pura.

A mí me trae la imagen de mi dicha
tu dulce imagen, adorado mío,
de mi padre las santas bendiciones,
el tierno arrullo de mi manso río.

Y me remonta a edad más venturosa
y me duerme otra vez en blanda cuna,
me hace jugar con pájaros y flores,
deshojarlas después una por una.

Vuelvo a ser otra vez niña traviesa,
a transformarme en reina soberana,
y me miro luciendo en mi turbante
hermosas plumas de encendida grana.

Y madre empiezo a ser; tomo mi niño,
(un muñeco con crenchas de ilusiones)
y me siento a la orilla de un arroyo,
a dormirlo con lánguidas canciones.

¡En el presente todo lo pasado!
Del recuerdo en los mágicos cambiantes
miro mi estancia azul, siento tus besos,
oscilar en mi alma cual diamantes.

La vida entonces para mí es oasis,
una plegaria, un canto, una armonía,
polvo de oro sutil en cuyos átomos
universos me brinda de alegría.

Y a pesar de tu ausencia, soy dichosa,
de la fe me revisto con las galas
y dejo que risueñas esperanzas
allá en el porvenir, me abran sus alas.

En él te he de encontrar como la tarde
que airado el mar con altivez rujía,
y el astro rey en mis doradas rejas
reflejaba luz pálida y moría.

Miguel Angel Corral

TU QUE ADORADA SIEMPRE...

La inspiración no brota de tiempos que pasaron
llevándose en sus clámides su encanto sin igual
de aquellos castellanos que un día se asomaron
a las aizenas tristes de la mansión feudal.

No brota de la ojiva del gótico castillo
detrás de cuyas rejas la dama piensa ver
que temblorosa siente crugir con el rastrillo
las armas del amante que nunca ha de volver.

No surge de moradas magníficas mansiones
que al castellano altivo servía de broquel,
mientras soñaba acaso ceñirse otros florones,
y a su indolente planta dormíase el lebrul.

No brota del castillo poblado de juglares
y alegres ballesteros que, en báquico festín
celebran las hazañas y luchas singulares
en que venció a los moros cristiano paladín.

La inspiración no brota de fuente cristalina
en donde nace el fresco, pomposo manantial,
ni de los lagos donde fosforescente ondina
sale a buscar el beso de un astro virginal.

No surge de los cantos que sirven de conjuros,
y a su rumor despiertan las sombras del ayer
y allá en sus fríos lechos, como el dolor oscuros,
los muertos se disponen su cárcel a romper.

No brota del delirio preñado de secretos
que evoca de las tumbas en giro colosal,
legiones de afntasmas, de sombras y esqueletos
que saltan sobre el mármol del hielo sepulcral;

ni cuando se conmueven los mundos cinerarios
que llena de despojos una deidad cruel,
y envueltos en flotantes fosfóricos sudarios,
se arrancan a las tumbas en blanca procesión.

La inspiración no brota de alcázares frondosos
ni de mansiones glaucas que habita el ruiseñor;
y está en esa garganta, de donde, melodiosos,
parecen escaparse los genios del amor.

No brota del torneo donde la bella alcanza
ver a sus pies rendido famoso justador,
que al peso de sus iras y al bote de su lanza
miró ceder los bríos del paladín mejor.

No surge de las luchas en donde los aceros
dejaban de sus glorias sangriento mar en pos,
y en el combate rudo gallardos caballeros
morían por su dama, sus reyes y su Dios..

La inspiración existe y enciende tempestades,
y hace rugir tormentas de amores y ansiedad;
mas es porque en tus ojos hay dos inmensidades,
y el cielo es una sola dorada inmensidad.

La inspiración existe; mas es en los destellos
que exhalan tus hechizos cual célico arrebol;
pues para hacer las hebras que ostentas por cabellos,
acaso un haz de rayos Dios arrancóle al sol.

Tu seno que yo admiro y enciende mis antojos
oculta los fulgores del pérfido volcán;
debajo de los hielos están los mares rojos,
y nieves ocultando tu corazón están!

Tú llegas junto al río, cual tímida avecilla,
y a tus nevadas plantas sus moradores ves,
que acuden con las hondas, humildes a la orilla,
y entre la blanca espuma van a besar tus pies.

Cuando tus plantas huellan el líquido palacio
del mar, a quien da el cielo doseles de carmín,

las suspirantes olas elevan al espacio
la queja lastimera de un padecer sin fin.

Las perlas que tú tienes abrasan los abismos,
que gimen envidiosos en incesante hervor!...
Tal vez quiso arrancarlas de entre tus labios mismos,
y verlas en tus labios, la diosa del amor.

Tú que, adorada siempre, la inspiración me diste,
no ceses como antorcha de arder e iluminar;
¡pues si tu amor me falta, seré la nave triste
que a las heladas peñas de noche arroja el mar!...

Miguel Angel Barona

DEPRECAACION

¡Oh, Muerte dulce y pálida, oh, Virgen bienhechora,
oh, Luz que impetra en sombras el corazón que llora;

desciende a mí ¡te imploro! y cubre con tu manto
mi pobre vida triste que sangra tedio y llanto;

y en tu regazo dulce—lleno de paz del cielo—
mata mi pensamiento, mata mi vano anhelo;

arráncame del alma el mal del sentimiento,
corta ya el hilo flébil de mi cruel sufrimiento:

da fin a mi existencia fatal y envenenada,
posa tus labios gélidos en mi alma ensangrentada;

dame tu seno ebúrneo, tu seno asaz materno,
y déjame dormir, sobre él, el Sueño Eterno!

¡Oh, Muerte dulce y pálida, oh, Virgen bienhechora,
oh, Luz que impetra en sombras el corazón que llora;

desciende a mí ¡te imploro!; ¡restaña ya mi herida!
¡acójeme en tus brazos!... ¡me da miedo la vida!

Miguel E. Neira

VENECIANA

La barca se empereza
 porque el agosto don que tu belleza
 hace a sus líneas duras y sombrías,
 es la esperanza que a vivir empieza
 de otros lejanos y soberbios días.
 Embarca, dogaresa,
 que si hoy en rubio el Lido se empavesa
 es porque el viento tus cabellos besa.

¡Quién pudiera copiar esta alborada
 sobre el agua sin vida y estancada
 como un manto de luz que todo enflora!
 Mas para mí, si el agua está dorada
 tu cabellera suelta es quién la dora.

Triunfa, ríe, adorada,
 y rueda tu sonora carcajada
 por sobré la laguna empurpurada!

Ríe, mi amor, y sufran tu ironía
 los tristes; y que siga en su manía
 de ceniza y dolor el viejo cura;
 tu eres mi diosa humana: la alegría
 nacida en el ritual de la locura.

¡Cómo se apagaría
 si naufragaras tú, esta bahía
 y el faro de pasión del alma mía!

Pero volvamos ya para el castillo.
 Todo se empalidece: es muy sencillo,
 ya regresan del mar los pescadores;
 y hay en el fondo de sus barcas brillo:
 el brillo de los peces de colores.

En cuanto cante el grillo
 la daga señorial será cuchillo
 y el oro de San Marco, el del ladrillo...

Como es bella y gentil la «contadina»
 turbadora como una serpentina
 que en emblemas viriles se enroscara;
 su mirada de amor es tan ladina
 que no puedo mirarla cara a cara.

¡Oh rubia peregrina,
 tú eres mi exaltación, la más divina,
 pero la otra es la carne femenina!

—«Contadina» gentil! La dama espera.
 Cepilla sus botinas de manera
 que odie el santo de Asís sus alpargatas.

¡Cómo es gentil la «Contadina» entera
 con su actitud usual de andar a gatas!
 ¡Quién por síntesis química pudiera
 fundir la dama rubia y altanera
 en la fresca y silvestre gondolera!

FIESTA JANICULA

¡Vinticuatro cuentas del negro rosario!
 La melancolía del aniversario
 que arroja en las almas siniestro esplendor;
 y, en igual angustia, padeciendo todas
 los distintos modos
 del mismo dolor.

¡Carne humana y triste! ¡Oh carne pasiva
 que vas palpitante a la urna votiva
 de un Dios que no es Dios por cruel y feroz!
 Carne de cañón, carne de metralla
 que en gavillas siega cuando entre ella estalla
 el obús,—la nueva, la moderna hoz..

¡Otro aniversario, blanca señorita!
 ¡Cuán lejos parece la tarde maldita
 en que juntos foisteis hasta la estación,
 él en uniforme, tú de Primavera

llevando su espada para que tuviera
en la lucha el fuego de tu corazón!

Otro aniversario, anciana serena,
que por cada cana cuentas una pena
y por cada día un lento sufrir;
otro aniversario... cuando en los andenes
dejaste a tus nietos en pesados trenes
y con la agonía de verlos partir...

Madre hermosa y triste, de gris cabellera,
que en sus alegrías fuiste la postrera
y en sus desalientos su apoyo más fiel...
La tarde sombría,
los pesados trenes de la artillería
y tus hijos todos dentro del tropel...

¡*Midinette*, tu risa cascabel y trino!
¡Romántica *fraulein* que lleva un divino
miosotys bialado para ver y amar!
¡Oh vosotras todas, las vírgenes fuertes
¡Rubia *girl* con besos de todas las suertes!
que sufrís la angustia de tanto esperar!

La aurora está roja y más cada día
que pasa, se aumenta la inmensa sangría
que va desde el polo al azul del sur;
y sobre el torrente de las amapolas
sois vosotras, vírgenes, sois vosotras solas
el signo de paz, profeta y augur.

Vosotras pusisteis flores en las armas,
paz en los tumultos, celo en las alarmas,
piedad en la fiera íntima que va
en el hombre armado; y esas manos fieles
pondrán otro día tejidos laureles
sobre cada César que regresará.

Florecidas armas, los primeros días,
la gloria entre brumas, las algarabías
de la ruta heroica que va a comenzar;

y entre los clamores de la muchedumbre
vuestra pesadumbre
y las largas horas que habréis de llorar!

¡Todo se ha perdido! Quiénes sin malicia
pensamos que al cabo era la Justicia
la reina exclusiva de la humanidad;
quienes con las plumas de vagas quimeras
sobre las borradas y antiguas fronteras
regamos un óleo de fraternidad;

quienes visionarios como Asís, el santo,
llamamos hermanos en el mismo canto
a la bestia rubia y al moreno azor,
hoy ante los rotos y mustios altares
vemos que los hombres dicen a millares
con palabras de odio nuestro himno de amor.

¡Pax! Sobre el estruendo
y mientras la sangre prosigue corriendo
¿no habrá una palabra que venza el fragor?
¡Siquiera por ellas las vírgenes fuertes
que están esperando, exangües e inertes,
a que a sus hogares regrese el Amor!

Siquiera por todos
los que van buscando por distintos modos
un lugar tranquilo para unir los pies;
y que, sin lograrlo, se muerden las manos
y lloran por todos los muertos hermanos
y por los vencidos que vendrán después.

¡Oh lívida muerte, deja tu rosario
y que ya la cuenta de otro aniversario
por entre tus dedos no vuelva a pasar!
Y sea el sudario de la entrante nieve
como una oración muy dulce y muy leve
que a muertos y vivos haga reposar...

Miguel Moreno

CANTA

¡Siéntate, Dora, a mi lado!
 Ven, te compondré esos rizos
 tan hermosos, rubia mía.
 ¿Te sientes feliz?

—Te digo
 que si así corren las horas,
 la vida es un paraíso.
 Cuando novia me decías
 que yo era tu musa, el ritmo
 de tu canto. Hazme dichosa,
 ¡cántame, trovador mío!

—Este corazón que tiembla
 con amorosos latidos
 es mi lira, que es la tuya;
 llégate, ponla al oído
 y sabrás lo que ella dice;
 yo haré lo mismo contigo.
 Dos corazones que se aman,
 «dos palomas en un nido»,
 se están arrullando amantes,
 se cuentan secretos íntimos.
 —¡Qué violentos nos palpitan
 los corazones!

—¿Qué han dicho?
 —¡Ay qué tiernos tus cantares!
 —¡Ay qué castos tus idilios!
 —¡Siento olor de madre selvas!
 —¡Yo el de azucenas aspiro!
 —¡Cantemos amor por siempre,
 y al nido, al repuesto nido!
 —¿Y dónde lo ocultaremos?
 —Donde tú quieras, bien mío.
 —En el bosque silencioso,
 en este alisar vecino;
 que este arroyo solamente
 separe tu hogar del mío.

¡Nos será dulce la vida
en torno a seres queridos!
Pero ¿por qué te sorprendes
y exhalas hondo suspiro?...
¿No es ya en mi casita blanca
y a la sombra de sus pinos,
y en el verdor de este llano,
y a la margen de aquel río
donde hemos soñado juntos,
de mis padres al abrigo?...
—Verdad, Dora de mi vida;
pero ¡cuán triste este sitio!
Da la voz el Tomebamba,
y todo corre al abismo,
a ese saucedal distante,
donde el torreón blanquecino
de la mansión de los muertos
lejos atisba sombrío.
Sopla el viento de la sierra
y sacude los alisos,
roba el perfume a las flores
¡y los nidos echa al río!
Mira ese lugar agreste
y tan cerca ese molino.
Aunque nubes de palomas
le circundan, ¡qué sombríos
funestos presentimientos
trae al alma su ruido!
—Pues busca una incommovible
roca de férreo granito,
si, contra el tiempo, ha de darnos,
cual madre seguro asilo.
—¡No, jamás! La airada muerte
al contemplarme contigo,
todá primavera y vida,
me tendrá piedad.

Elijo

el alisar que te gusta
para ocultar nuestro nido,
el huerto de mis amores,
el palomar de mis hijos...

Miguel Valverde

OREMUS

(GLOSA)

¡Padre nuestro! ¡Qué lección
a toda creencia vana!
Es aquí la raza humana
la que eleva su oración.
No hay en ella distinción
de sacerdote o de rey:
es igual toda la grey
ante el padre celestial
que dió un lazo fraternal
a la humanidad por ley.

¡Padre nuestro! dulce nombre
de amor, respeto y consuelo,
que, en su piedad y su anhelo,
te ha dado, Señor, el hombre.
Deja, pues, aunque me asombre,
que te dé ese nombre, Dios,
porque soy tu hijo; en pos
de tu amor volar ansío,
y a este mundo, padre mío,
quiero dar mi último adiós.

Tú, que en los cielos estás,
escucha, oh Dios, nuestro ruego,
que es el hombre un triste ciego,
si a sus ojos luz no das.
Para conocerte más
y hacia ti crezca mi amor,
aparta de mí, Señor,
del error el denso velo,
y concédeme en tu cielo
una morada mejor.

Caiga el ídolo invocado
por la obstinación del hombre,
y sea tu excelso nombre
sin cesar santificado.
Seas siempre venerado
en espíritu y verdad;
sean amor, caridad,
culto bello, templo augusto,
y tu sacerdote justo
esta inmensa humanidad.

Venga a nos, Dios de Justicia;
tu reino de amor y paz;
cese la guerra voraz;
caiga la odiosa injusticia;
callen mentira y malicia;
huyan venganza y rencor;
no haya siervo ni señor,
ni vencedor ni vencido,
y esté el hombre al hombre unido
con los lazos del amor.

¡Oh, Señor! humilde adoro
tu voluntad soberana,
que en mi obscura ciencia vana,
sólo sé que todo ignoro.
Tu eficaz auxilio imploro;
mas si place a tu bondad
despojarme en mi orfandad
de todo bien y consuelo,
en la tierra y en el cielo
hágase tu voluntad.

Danos hoy paz y alegría;
da a nuestro espíritu aliento
y al necesario sustento
nuestro pan de cada día.
¡Oh, tú! que con mano pía
alimentas al gusano,
al ave ofreces su grano
y al feroz tigre su presa,

haz, Señor, que en nuestra mesa
no falte el pan cotidiano.

Al que gozó en mi aflicción,
al que en mí cebó su encono,
oh Señor, yo lo perdono
con todo mi corazón.
Imploro tu compasión,
supremo, infinito Bien;
piedad de nosotros ten,
y aunque mucho te debamos,
cual nosotros perdonamos,
perdónanos tú también.

Débil el hombre por sí,
resistir al mal no puede,
y a las tentaciones cede,
si no busca apoyo en ti.
¡Oh, cuántas veces caí!
¡Cuántas falté a mi deber!
¡Sálvame, oh Dios, tu poder,
y alumbrando mi razón,
no dejes que en tentación
vuelva otra vez a caer!

¡Padre, que estás en el cielo
do están nuestros ojos fijos,
no abandones a tus hijos
que en ti buscan su consuelo!
¡Reina, oh Dios, en nuestro suelo;
cumpla tu ley el mortal;
danos el pan habitual,
y con tu gracia y perdón,
tu paternal bendición
nos libre de todo mal!

A MI HIJO

Has salvado mil riesgos, hijo mío,
y cumples hoy un año,

sin conocer el mundo que te acoge
con júbilo y aplauso.

Tú no sabes aún quienes son estos
seres que te engendraron,
y que erés tú el amor de sus amores,
su dicha y su regalo.

Tú no sabes aún que tienes una
madre, cuyo amor santo
es fiel custodio de tus horas tristes
y de tus goces cándidos.

Tú no sabes aún tu advenimiento
cuántas promesas trajo,
y cuántas ilusiones en tu cuna
tus sueños arrullaron.

Tú no sabes aún lo que es la vida
en que vas penetrando,
envuelto en el ensueño que produce
tus risas y tus llantos.

No sabes... Cuando sepas; cuando al soplo
de aprendizaje diario,
lentamente la niebla en que dormitas
se vaya disipando;

cuando sientas los golpes en tu pecho
de rudos desengaños,
y se rasguen los velos, y despiertes
creyendo estar soñando;

cuando crucen, quemando tu cerebro
los enigmas, y cuando
te empuje la razón sobre la duda
y la duda en el caos;

cuando te sientas bueno, y cuando muerdan
tu corazón los malos,
y los demás te otorguen su desprecio,
su risa y su sarcasmo;

La esquila prorrumpe su humilde plegaria,
 el frío del olvido en la solitaria
 nave abandonada, evocan recuerdos
 de amores perdidos, de dicha esfumada.

La noche difunde sus negros crespones
 y pone tristezas en los corazones;
 ya por lontananza se ha ocultado el día;
 y nuestros ensueños extienden sus alas
 de melancolía.

Nuestras esperanzas, nuestras ilusiones,
 son aves viajeras de ignotas regiones,
 que vienen en busca de nueva ventura;
 que, cuando se alejan, nos queda en el alma la inmensa
 de eterna amargura. [nostalgia]

Crepúsculo triste de tarde de invierno,
 nostalgia infinita, sentimiento eterno,
 que invade las almas de lúgubre frío.
 Ilusión que deja,
 cuando ya se aleja,
 un hondo recuerdo de hastío...

Nicolás Augusto González

A MARTIN GARCIA MEROU

Noble poeta de la agreste pampa
 donde se yergue el altanero ombú,
 donde sus cascos volador estampa
 salvaje potro, que los montes trepa
 como el negro caballo de Mazepa,
 bajo un cielo de plata y de tisú;

deja que el bardo desterrado y triste
 del manso Guayas donde vió la luz,
 te pregunte al pasar, dónde aprendiste
 este idioma del aire y de la brisa,
 tras cuyas notas de dolor divisa
 un Calvario, mi mente, y una Cruz;

deja que beba al escuchar tu canto,
raudales de sublime inspiración;
deja que enjague el doloroso llanto,
que rueda por mis pálidas mejillas,
y que ante el trono donde excelso brillas
palpite de entusiasmo el corazón...

Yo buscaba en América ¡oh poeta!
del progreso del siglo al trovador,
que tuviera el acento del Profeta,
y que tendiera las robustas alas
por las inmensas luminosas salas
que se extienden del Plata al Ecuador.

Y lo encontré cuando vibrar las notas
de tu laúd por el espacio oí,
despertando los ecos del Eurotas,
y conmoviendo la conciencia humana
con la doliente esplendidez de NANA
y la risa inocente de Mimi.

Allá va solitario entre las brumas
EL HUASCAR... ¡El espectro del valor!
¡Del Pacífico mar en las espumas,
de la guerra entre el horrible delirio,
es el altar sangriento del martirio,
es el templo sagrado del honor!

¡Tiende la vista por doquier... abarca
de todo el continente la extensión!
Es ¡ay! de sangre aterradora charca
donde buscan los cuervos desbandados
cadáveres de pueblos destrozados
por la furia infernal de la ambición!

En tanto tú, poeta, cuya fama
un mundo llena, párate a mirar
el inmenso, terrible panorama
que odio y venganza al corazón inspira,
y apréstate a pulsar tu hermosa lira,
que un pueblo ante tus ojos va a luchar!

¡A luchar por la ley y por la gloria
de romper su maldita esclavitud!
¡Y tú, el digno cantor de su victoria,
el nuevo Olmedo, tú serás, poeta...
Mas si ves sucumbir al noble atleta,
nuestro ¡AVE CÆSAR! llore tu laúd!

Y pues la suerte en mi destino quiere
que goce yo del bien de tu amistad,
si el pobre bardo en el combate muere,
dedícale un recuerdo cariñoso,
y exclama con acento doloroso:
¡Murió por defender la Libertad!

¡Qué mejor epitafio, si lo escribe
el digno amigo, el joven trovador
que en las regiones ideales vive!
¡El poeta del siglo diez y nueve
que un continente con su voz conmueve
desde el Polo y el Plata al Ecuador!

MI ILUSION

He visto el melancólico lucero
que brilla en la mañana;
la luna que en el ancho firmamento
esparce su luz grata;
en la pradera el murmurante arroyo
de cristalinas aguas;
el sol poniente que en el cielo deja
nubes de oro y de grana;
las olas de la mar embravecida
rompiéndose en la playa,
o besando la arena dulcemente
en apacible calma
he visto el Cotopaxi, horno encendido
que vomitaba llamas,
alumbrando los campos y cubriéndolos
de destructora lava;
he visto como corre majestuoso
retratando las palmas,

el río en cuyas plantas el Homero
 del Ecuador cantaba.
 Todo eso causa admiración profunda
 y humilla o entusiasmo;
 pero mirar a la mujer querida
 más grato es para el alma.
 A su lado, la luna y las estrellas,
 las flores más lozanas
 de la fuente las ondas, y las nubes
 azules de oro y grana,
 las olas de la mar y de los ríos
 ya furiosas o mansas,
 de los volcanes la sin par grandeza;
 ¡nada me encanta, nada!
 porque *Ella* es más hermosa que los sueños
 de amor y de esperanza;
 porque es ella la vida de mi vida,
 mi linda pasionaria,
 mi primera ilusión, mi amor primero,
 aliento de mi sér: ¡Alma de mi alma!

Numa Pompilio Llona

SONETO

Como el lírico audaz, gloria del Lacio,
 o de los griegos campos florecientes,
 eres tú, por tus cánticos valientes,
 de tu nación el Píndaro y Horacio;

mas, a la par, cual las del viudo tracio,
 se alzan tus notas tiernas y dolientes;
 y las escuchan resonar las gentes
 en pobre hogar, no en fúlgido palacio;

y, diverso del vate de Venusa,
 la santa Libertad tienes por Musa;
 por solo anhelo la apolínea rama;

es tu Mecenás el Dolor adusto;
 el Redentor de América, tu Augusto;
 tu fuente de Tibur... ¡el Tequendamal!

A UNOS CABELLOS RUBIOS

(A D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.)

I

No con ígneos diamantes de Golconda,
 rubí sangriento o vívida esmeralda,
 ni aun de risueñas flores con guirnaldas,
 tu cabellera sin rival se esconda;

deja que bañe su corriente blonda
 garganta y hombros y marmórea espalda,
 y de tu veste cándida la falda
 en torno envuelva deslumbrante su onda;

rubia es y fragante su madeja
 como la miel que de olorosas flores
 labró en el Hibra susurrante abeja;

y en sus sedosos rizos voladores
 la luz, cual lluvia de oro, se refleja
 con repentinos lampos y esplendores...

II

De joyas y de flores despojada,
 libre de lazos o de ebúrneo diente,
 por ambos lados de tu blanca frente
 caer la he visto en profusión dorada;

cual de cumbre purísima nevada,
 tras la que asoma el sol resplandeciente,
 la luz, en doble y fúlgido torrente,
 baja de Mayo en límpida alborada;

y de tus ojos los divinos soles
 brillaban en su cerco deslumbrante,
 y tu adorable faz dulce y risueña,

cual brilla entre dorados arreboles
 el cielo azul, magnífico y radiante
 en donde el alma paraíso sueña!

III

Como de las cabezas ideales
 de los querubes del celeste coro,
 bajaba atrás su espléndido tesoro
 en largas armoniosas espirales;

cual, tendido a los rayos orientales,
 prolonga el mar ondulaciones de oro;
 como en la tarde de Niágara sonoro
 baja de luz en trémulos raudales...

¡Y entonces, mi entusiasta fantasía,
 poblada de poéticas visiones,
 fulgente escala en ella se fingía,

por cuyos rutilantes escalones
 mi palpitante espíritu ascendía
 de la dicha sin fin a las regiones!

LOS CABALLEROS DEL APOCALIPSIS

(CUADRO DE MR. CLUVSENAAR.)

Ciegos huyen en rápida carrera;
 y, de terror en hondo paroxismo,
 en confuso escuadrón y espesa hilera,
 derechos corren al profundo abismo;

por largas horas, en combate crudo,
 a invencible falange resistieron;
 mas, arrojando al fin lanza y escudo,
 la rauda grupa del corcel volvieron:

pálidos, temblorosos, jadeantes,
 tendidos con espanto en los arzones,
 cual lívidos fantasmas, anhelantes
 aguijan sin descanso sus bridones;

toscas soldados, fieros capitanes,
 revueltos huyen como indócil horda,
 y de sus voladores alazanes
 el sonante tropel la tierra asorda;

por la llanura y la infecunda arena,
 por fragosas pendientes y peñascos,
 cual sordo trueno a la distancia suena
 el rudo golpe de los férreos cascos;

el horizonte y soledad agreste
 devora ardiente su mirada ansiosa,
 y cerca ya la vencedora hueste
 les parece sentir, que les acosa;

y sentir les parece ya el ruido
 del contrario bridón que les alcanza,
 y en su espalda su ardiente resoplido,
 y entre sus carnes la punzante lanza!...

Por entre el polvo, a la menguante lumbre,
 la expresión de los hórridos afanes
 se ve de la apiñada muchedumbre,
 y sus desesperados ademanes!

Crujiendo el otro de furor los dientes,
 de su fuga en los ímpetus veloces
 ambos brazos abiertos e impotentes
 al cielo eleva, con airadas voces!

Y ayes, imprecaciones y gemidos
 por el rigor lanzado de los Hados,
 todos por fuerza incógnita impelidos,
 todos en confusión atropellados,

allá van ¡cual ondeante se arrebató
 furibunda corriente estruendorosa,
 y, cual rauda viviente catarata,
 van a hundirse en la sima pavorosa!

¡Horror! ¡horror!... de todos el primero,
 cuando aún el brío del corcel irrita,

desde el borde del gran despeñadero
ya al abismo sin fin se precipita;

quiere el bruto cejar; mas, acosado
por el recio talón o aguda espuela,
ciego ya de dolor, desatentado,
sobre el vacío despeñado vuela;

en lo alto, las pupilas dilatadas,
de hórrido espanto las narices hincha,
y convulso, y las crines erizadas,
con alarido fúnebre relincha...

Y el jinete el escuálido semblante
entre sus brazos con horror oculta,
y, de angustia infinita palpitante,
en el profundo abismo se sepulta...

¡Pintor sombrío! en la visión siniestra
que en el lienzo fijó tu osada mano,
la fantasía sin cesar me muestra
la triste imagen del destino humano!

De la vida en la lid, el hombre agota
todo el vigor de sus robustos años;
mas cede al fin ante la hueste ignota
de Dolores y adustos Desengaños;

y, estremecido de su gran miseria,
el sér—sobreponiéndose el espanto
del bruto vil de la soez materia
y a su propio terror y su quebranto,—

por el furor injusto o la venganza
acosado, sin tregua, de la Suerte,—
dando un adiós eterno a la esperanza...
se arroja en el abismo de la muertel...

ODISEA DEL ALMA

(Fragmentos)

La vida ante mi vista se despliega
de la edad juvenil en los dinteles,

cual noble circo, cual palestra griega
 en campo inmenso que el Eurotas riega
 entre bosques de mirtos y laureles:

Más allá de las ondas cristalinas,
 como un risueño marco, sus alturas
 muestran frondosas plácidas colinas,
 por cuyas misteriosas espesuras
 cruzan faunos y ninfas peregrinas;

cerca ya del confín del horizonte
 envuelta en nieblas blancas y confusas,
 la sacra cima elévase bifronte
 del misterioso, inaccesible monte
 mansión divina de las castas musas;

del alto Olimpo en la remota cumbre
 muestran los dioses sus augustas sombras,
 Y del sol de la Grecia entre la lumbre,
 del valle por las fértiles alfombras
 se agita rumorosa muchedumbre!...

Revestidos de clámides brillantes
 y en círculo de vasto, inmenso radio
 agolpados sin fin los circunstantes,
 con ansiedad profunda sus semblantes
 vuelven al centro del glorioso estadio;

¡Percibo allí las lenguas diferentes
 de cien extraños pueblos y naciones,
 los clamores de ansiosos combatientes,
 la voz de los heraldos impacientes
 temblar penachos y flotar pendones!...

¡Y suena, al fin, para el radiante atleta
 la alta señal... en polvorosa nube
 se precipita hacia la ansiada meta
 la lidiadora multitud inquieta;
 y el gran rumor hasta el empíreo sube!

Y solo, entre la vasta polvareda
 se ve, que cubre el anchuroso campo,

el raudó huir de una ferviente ruedas,
o el refulgir de un eje que remeda
en denso nubló repentino lampo;

o la ansiosa figura de un auriga
que, en el ardor de la marcial contienda,
desdeñoso del riesgo y la fatiga,
sus corceles indómitos hostiga,
tendido, audaz, sobre la suelta rienda!...

Y llega al fin hasta la opuesta valla
el tropel de los carros! grito inmenso
por todo el circo, en derredor estalla;
más, inmóvil, después, el pueblo calla,
del fallo de los árbitros suspenso...

Y pronuncia una voz, en alto grito
de los triunfantes los excelsos nombres,
que cunden de la arena en el circuito...
y que, en eco creciente e infinito,
de siglo en siglo escucharán los hombres!

Soberbia, altiva, en rumoroso vuelo,
cual fúlgido, celeste meteoro
que, rasgando los aires, baja al suelo,
tiende veloz por el azul del cielo
la victoria inmortal sus alas de oro;

e inmarcesibles palmas y coronas
arroja a los insignes vencedores,
por sobre el vulgo de diversas zonas
que llena el campo con sus mil rumores,
como la grande voz del Amazonas!...

Y en pos surgiendo la gigante Fama
hasta el cenit en esplendente pompa,
con rostro audaz que el entusiasmo inflama
el triunfo al orbe atónito proclama
en su vibrante sonora trompa!

Y el gran concurso en cánticos triunfales
rompe, y en rivas y entusiastas coros

al feliz vencedor de sus rivales
 al compás de las músicas marciales
 y al estruendo de címbalos sonoros!...

Y allá de las frondosas arboledas
 por los claros y ópacos lontananzas
 de los efebos y las ninfas ledas
 cruzar se miran las festivas ruedas
 y el círculo armonioso de sus danzas!...

Y—entre las multitudes agitadas
 como al soplo del austro espesas mieses
 o cual ondas del mar—contemplo alzadas
 de los héroes las frentes coronadas
 por cima de los fúlgidos paveses!

Y en las gradas, después, de excelso templo
 inundado en eliseas claridades,
 en celeste apoteósis les contemplo,
 como sublime e inmortal ejemplo
 a las remotas pósteras edades.

LAS ILUSIONES PERDIDAS

(Cuadro de M. Cleyre)

Es una tarde mágica y serena
 del mar inmenso en la desierta playa,
 donde la ola, entre menuda arena,
 lánguidamente y sin rumor desmaya.

Del sol, que ya ocultó su disco ardiente
 como fúlgida hoguera de topacio,
 aun brilla el esplendor en occidente,
 y por grados se funde en el espacio;

Entre el pálido azul, su arco de plata
 la luna asoma, transparente y bella,
 y ya, con lumbre silenciosa y grata,
 radiante luce del amor la estrella.

Y el fulgor argentado de la luna,
unido al de la antorcha vespertina,
con la luz del crepúsculo se aduna,
en claridad opaca y peregrina:

Dudosa claridad, suave y extraña,
que al mundo envuelve en apacible velo
y con sus tintas misteriosas baña
el aire, el mar y el adormido suelo;

Serena luz de rayos boreales,
ténue albor nacarado e indeciso,
cual la luz de los campos inmortales,
cual la inefable luz del Paraíso...

Duerme el mar cual brillante, inmóvil lago
de oro hacia el fondo, cerca azul o verde,
y de sus playas el contorno vago
en vasto semicírculo se pierde;

Huyen por el confín del firmamento,
hendiendo en melancólicas hileras
con sus alas inmóviles el viento,
las aves del otoño, plañideras;

Por el oriente, el resplandor escaso
poco a poco se borra y palidece;
y desde allí la sombra hacia el ocaso
muda se avanza y por momentos crece;

Vagamente, en la tierra y en la altura
la opaca sombra con la luz se funde;
indefinible, incógnita dulzura
por todo el universo se difunde...

Solemne, augusta, misteriosa calma
domina la inmortal naturaleza;
y ya en su fondo estremecida, el alma
siente de lo pasado la tristeza!...

Y, entre la luz que en occidente brilla,
pintoresca, fantástica y ligera

destacarse se ve, junto a la orilla
la esbelta forma de oriental galera;

Ornada de vistosas banderolas,
desde la playa, sin rumor, se aleja,
y en el azul profundo de las olas,
más oscura su sombra se refleja;

Dando al viento suavísimos cantares
arpas pulsando de marfil y de oro,
en ella parte a los remotos mares
de hermosas ninfas peregrino coro;

Bellas hadas, silfídicas mujeres,
fantasmas ideales y risueños,
maravillosos y radiantes seres
del encantado mundo de los sueños!

En sus rostros divinamente bellos
se abren sus grandes ojos soñadores,
y flotan a los vientos sus cabellos
coronados de mirtos y de flores;

En círculo armonioso entremezcladas,
en varias y graciosas aptitudes
entonan sus canciones, inspiradas
o pulsan sus dulcísimos laúdes:

Inmóvil, una, en pie, meditabunda,
de sus abiertos ojos la mirada,
en los abismos piérdese, profunda,
de irrevocable dicha, no olvidada...

Y mientras que se pierde, así, en lejano
horizonte fantástico su alma
cual símbolo inmortal, su diestra mano
ostenta verde, inmaculada palma.

Hacia atrás, inclinada la cabeza,
sobre el pecho los brazos y el semblante
vuelto hacia el cielo con mortal tristeza,
llora, la otra, su esperanza amante!

De su existencia en las felices horas
 ésta, o ajena a duelos inhumanos,
 acompaña, las músicas sonoras
 gentil batiendo las ebúrneas manos.

Aquella, envuelta en vestidura blanca
 de la barca reclinase en los bordes,
 mientras, con mano distraída, arranca
 del arpa melancólicos acordes;

La otra, la faz en su hombro reclinada,
 triste a sus cantos, lo pasado evoca
 y sonríe acordándose, crispada,
 con la sonrisa del dolor, su boca.

¡Y esas son, esas son las ilusiones
 que en la tarde final de nuestras vidas
 como grupo de mágicas visiones
 para siempre lloramos ya perdidas!

EL QUIJOTE

Con la crédula fe de los infantes
 la humanidad por las edades vino,
 glorias soñando en su inmortal destino,
 y quimeras grandiosas y brillantes.

Pero al fin en sus manos anhelantes,
 rasgado el velo de ideal divino,
 vió al mundo inmoble, sórdido y mezquino;
 y riendo de dolor surgió Cervantes.

Noble y altiva y a la par grotesca,
 amasando la vida con su llanto,
 alzó su ambigua estatua quijotesca...

Y del Manco doliente de Lepanto
 la acerba carcajada gigantesca
 oyen los siglos con secreto espanto!...

A ESPAÑA

Un tiempo fué,—por el que en llanto bañas
vanamente tus templos seculares,—
en que tus altas glorias militares
inundaron del mundo las campañas;

españolas del mundo las hazañas,
las playas todas, españoles lares,
al circundar las tierras y los mares,
no halló el sol el confín de las Españas!...

Mas si los lauros te arrancó de Marte
la Fortuna envidiosa de tu gloria,
no puede las del Genio arrebatarte:

que no se pone el sol de su memoria
en los cielos sin límites del arte,
ni en los mares inmensos de la Historia!...

LA BANDERA DEL ECUADOR

Flota orgullosa, espléndida y galana
y ondula entre las ráfagas, ligera,
¡oh de mi patria tricolor bandera!
«Iris listado de oro, azul y grana.»

El alma al verte se alborozaba, ufana,
y el pecho sus latidos acelera,
como al brillar el iris en la esfera,
o el prisma de arrebol de la mañana.

¡Recuerdo de una Ilíada de titanes!
¡De mi Ecuador imagen! Los dolores
tú, de la ausencia en el patriota calmas,

Roja, como el fulgor de sus volcanes;
áurea, cual de su sol los resplandores;
azul, como su cielo... y cual sus almas!

ASPIRACION

Piedad Castillo de Leví

POSTAL

La nieve cubre con su manto el suelo
y allá en el Cielo,

amarillento sol se va a ocultar;

tiñendo con sus últimos reflejos,

las casas que a lo lejos

con sus pálidos rayos va a besar.

Todo es silencio, soledad, poesía,

¡ay! como el alma mía,

yerto y estéril ese campo está;

cubierto de la nieve del olvido

ningún profano ruido

de su letargo a despertarla irá.

A LA GIOCONDA

Gioconda, tu sonrisa fascinadora y grave,
tiene algo de cansado, de místico y sutil,
el arcano indolente, enigmático y suave,
de una balada en una clara noche de Abril.

¿Qué mujer el secreto de tu reir no sabe?
En tus labios palpita la gracia femenil
y tus ojos reflejan melancolías de ave,
o de oveja que nunca retornara al redil.

Inmóviles se cruzan tus manos de abadesa,
el árido paisaje domina tu cabeza
con un gesto de orgullo majestuoso y real.

¡Oh peligrosa esfinge que surges como un nardo!
¡Oh amada indiferencia del soñador Leonardo!
¿latió con ritmo humano tu corazón glacial?

ASPIRACION

Quisiera que mi vida fuese una blanca rosa
nacida en una vieja floresta misteriosa,
y deshojada un día por rápido huracán,
seguir su torbellino donde el azar me lleve,
con ese ritmo vago, desconocido y leve,
con que las hojas secas por los caminos van.

Y terminar mi viaje cabe el remanso umbrío
cubierto de nenúfares de un correntoso río
donde se duerma un ibis hierático y sutil;
sentirme allí absorbida por la voraz corriente,
y hundirme en el abismo, pacífica y silente,
cuando las aves canten, cuando retorne Abril.

P. Jacinto de Evia

UNA GITANA AL NIÑO JESUS

Dame una limosnita
niño bendito,
dame las buenas pascuas
en que has nacido:
niño de rosas,
dale a la gitanilla
pago de glorias.

Si me das la mano,
infante divino,
la buenaventura
verás que te digo.
Miro aquí la raya
que muestra que aún niño
verterás tu sangre,
baño a mis delitos.
Serás de tres reyes
rey reconocido,
y a este mismo tiempo
de un rey perseguido.

En tu propia patria,
con ser el rey mismo
vivirás humilde,
vivirás mendigo.

*Dame una limosnita
niño bendito, etc.*

Miro esotra raya
que es de tu martirio;
morirás de Libra
si naciste en Virgo.
Tendrás corta suerte
aun de los amigos,
pues de un paniaguado
te verás vendido.
Pasarán tus años
¡oh, con qué prodigios!
A los treinta y tres,
de amores rendido,
dejarás la vida
Si el cruzado leño
fuere tu cuchillo,
cuchillo de palo
cortará tus bríos.

*Dame una limosnita
niño bendito, etc.*

P. Juan Bautista Aguirre

A GUAYAQUIL

Guayaquil, ciudad hermosa
de la América guirnalda,
de tierra bella esmeralda
y del mar piedra preciosa,
cuya costa poderosa
abriga tesoro tanto,

que con suavísimo encanto
entre nácares divisa
congelado en bella risa
lo que el alba vierte en llanto;

Tribútanle con desvelo
entre singulares modos
la tierra sus frutos todos
y sus influencias el cielo;
hasta el mar que con anhelo
soberbiamente levanta
su cristalina garganta
para tragarse esta perla,
deponiendo su ira al verla
le besa humilde la planta.

Los elementos de intento
le miran con tal agrado,
que parece se ha formado
de todos un elemento:
ni en ráfagas brama el viento
ni el fuego enciende calores
ni en agua y tierra hay rigores
y así llega a dominar
en tierra, fuego, aire y mar,
peces, aves, frutos, flores.

Los rayos que al sol repasan
allí sus ardores frustran
pues son luces que la ilustran
y no incendios que la abrasan,
las lluvias nunca propasan
de un rocío que de prisa
al terreno fertiliza
y que equivale en su tanto
de la aurora al tierno llanto
del alba a la bella risa.

Templados de esta manera
calor y llanto entre sí,

hacen que florezca allí
 una eterna primavera;
 por lo cual si la alta esfera
 fuera capaz de desvelos,
 tuviera sin duda celos
 de ver que en blasón fecundo
 abraza en su seno el mundo
 ese trozo de los cielos.

 Esta ciudad primorosa,
 manantial de gente amable
 cortés, discreta y afable,
 atrevida e ingeniosa
 es mi patria venturosa;
 pero la siempre importuna
 crueldad de mi fortuna
 me arrebató del regazo
 de esa mi adorada cuna.

P. Ramón Viescas

SUEÑO SOBRE EL SEPULCRO DEL DANTE

Una vez que, cansado
 con vanas esperanzas el deseo,
 entregué mi cuidado
 y toda el alma en brazos de Morfeo,
 que, al punto suspendidos
 dejó con dulce halago mis sentidos;

libre la fantasía
 del ruido y esplendor con que enajena
 las potencias el día,
 a volar comenzó por la serena
 región de noche umbrosa,
 mientras el alma en dulce paz reposa;

y soñé que me hallaba
 en los Campos Elíseos, que su cielo

nuevo sol alumbraba
 y verdor nuevo matizaba el suelo;
 al ver sus horizontes
 dudaba si eran soles ó eran montes.

Céfiro lisonjero
 vapor me parecía de las flores
 cada flor un lucero;
 y anunciaba de tiernos ruiseñores
 la sonora armonía
 perenne aurora de un constante día.

Entre tan vario objeto
 de asombro y de placer, como triunfante
 en ese albergue quieto
 me pareció mirar el alma de Dante;
 de aquel Dante divino
 que al Parnaso Italiano abrió camino.

Vfla allí rodeada
 de otras sombras ilustres que, festivas
 por la región alada
 la celebraban con alegres vivas,
 dejando con su acento
 absorta mi alma y armonioso el viento.

El asunto glorioso
 que puede concebir confusamente,
 fué el sepulcro suntuoso
 alzado a sus cenizas nuevamente;
 y que cantaba infiero
 unas veces Virgilio, otras Homero.

Y cuando ansiosamente
 aplicaba a sus voces el oído
 miro que de repente
 de un estro superior Dante investido
 alza la voz, y en tanto
 dejan los otros su empezado canto.

¡Oh tú, sublime genio
 (pareció que empezaba de este modo)

gloria de Mántua y aún del mundo todo,
en cuya diestra mano
puso el bien de la Emilia (1) el Vaticano;

oh tú que entre las gentes
que baña el Tajo y que fecunda el Reno,
dejaste relucientes
huellas de tus virtudes; que en el seno
de extranjeras regiones
perpetuas, mereciste aclamaciones.

Tú que, segundo Augusto,
al sabio animas, la virtud fomentas,
y el presente buen gusto
apoyas, ennobleces y lo aumentas,
siendo las nobles virtudes, ciencias y artes.

A ti, gran mantuano
(ya que fué de la edad voraz trofeo,
aquel de Polentario)
debo el suntuoso y nuevo mausoleo,
desde el arte y belleza
sólo vencidos son de tu largueza.

En la obra que erigiste
del polvo del olvido me sacaste;
alma a mi fama diste
y el sepultado honor resucitaste,
volviendo a la memoria
de los siglos, mi antigua, ilustre gloria.

En mármol duradero
por ti reposan mis cenizas yertas;
donde ve el pasajero
imagen viva de memorias muertas,
y aplaudir el combate
al artífice, al héroe, al mecenate.

(1) El cardenal Luis Valenti Gonzaga, Legado de la Romagna, que comprendía parte del territorio de la Emilia. Esta antigua provincia tomó su nombre de la vía Emiliana que la atravesaba.

Y tú, madre fecunda
de grandes héroes, inmortal Ravena,
que fuiste mi segunda
patria, y alivio de mi antigua pena,
bendice aquella mano
que restablece tu esplendor anciano.

Y para un argumento
de eterna gratitud, en letras de oro,
se añada al monumento
a eternizar su fama y tu decoro
por toda edad restante,
reina Valenti, donde yace Dante.

Dijo, y entre el estruendo
de fantásticos vivos, lentamente
se fué desvaneciendo
el pesado vapor que dulcemente
en éxtasis tenía
el corazón, el alma y fantasía.

¡Oh, nunca despertado
de tan alegre y dulce sueño hubiera!
Mas al fin he probado
lleno de una delicia pasajera,
que es eco fiel el sueño
de cuanto vigilante piensa el dueño.

Pablo Hanníbal Vela

MI MUSA

Amo una musa heroica de pupilas de fuego
que transforma mi vida en dolor hecho ruego,

amo sus manos blancas de purísimos lirios
que parecen el símbolo de todos mis martirios.

Adoro sus cabellos que imaginan un nido
donde, tal vez, se oculta el ave del olvido...

Me embriaga su mirada de romántica luna
donde se agita un alma febril como ninguna

Me enloquece su busto de romana figura
que es ramo de magnolias trocado en escultura.

Me adormece el arrullo de su voz cristalina
que ríe como el agua de una fuente divina.

Me fascinan sus ojos de ignorados hechizos
que reflejan un mundo de azules paraísos.

Amo una musa heroica, triunfal y venusina
de corazón altivo y perfil de esterlina.

Amo sus labios de oro que derrochan la gracia
del amor que sonrío con fina aristocracia.

Su pie menudo y breve como un juguete, acaso,
semeja un albo cisne o góndola de raso.

Su espíritu es perfume sutil y delicado
que se abre a la ternura como un lirio sagrado.

Amo una musa noble, gentil y soberana
que irradia como un astro y deja su arrebol;
amo una musa ardiente que es toda de alabastro,
hecha de luz y mármol de flores y de sol.

Quintiliano Sánchez

ARBOL CORTADO

¿Qué hicieron ya del árbol solitario
que para mí tendía su ramaje,
y me daba gratisimo hospedaje,
siempre en verdor y siempre hospitalario?

A la mañana y tarde, al mediodía,
las auras escondidas en las frondas,
dando a las ramas movimiento de ondas,
formaban melancólica armonía

Esas auras hablaban a mi mente
y al corazón por el pesar herido,
y lanzaban por mí dulce gemido,
y el árbol se inclinaba tristemente.

¡Bellísima ilusión! Siempre pensaba
que Dios ese árbol me lo envió del cielo,
y el árbol, obediente a dar consuelo,
su sombra amiga luego desplegaba.

¡Ah! cuántas veces junto al viejo tronco
que apoyo me ofrecía, mis canciones
flébiles entoné con tristes sonos
y exhalé, a solas, mi gemido ronco.

Aquí escribí, entre lágrimas, los versos,
endechas lamentables por mi esposa,
expresando mi pena tormentosa
en metros numerosos y diversos.

Y creía que el árbol, con rumores
y esparciendo en redor marchitas hojas,
se dolía también de mis congojas
y aliviar anhelaba mis dolores.

En la copa del árbol, ondulante,
posándose en vaivén, ledo y seguro,
a cantar se venía un güirochuro
y era su trino seductor, vibrante.

Esa hermosa avecilla, jalde y negra,
cual su color, alterna sus trinados;
como obscura, da acentos lastimados,
cual jalde, rompe en cántico que alegra.

Cantaba así mientras el bardo triste
escribió lastimeras elegías;
y se han pasado ya días y días,
y aun vivo yo, y el árbol ya no existe.

¡Ay! le tronchó con mano despiadada
el indolente labrador; las hojas

tú, viento del estío, las arrojás
lejos, a otra campiña abandonada.

Tan sólo queda el tronco, cual memoria
de una pompa que fué, y al hombre enseña
que así se pasan la ilusión risueña,
la vida, los placeres y la gloria.

Yace tan sólo el tronco amarillento
que perdió su vigor, cual lo ha perdido
el mísero poeta, adolorido,
y aquí resuena, quejumbroso, el viento.

¡Dolor! como cortó una mano fuerte
el árbol de la vera del camino,
pronto también, por el querer divino,
mi árbol, mi vida, cortará la muerte.

Rafael Carvajal

IMPRESION A LA VISTA DEL MAR

Infeliz y entregado al torbellino
de tristes pensamientos vióme el cielo,
sin patria, sin amigos, sin consuelo,
y postrado al rigor de mi destino.

Vagando, como suele de confino
quien la copa bebió de la amargura,
mi vista se extendió por la llanura
que no tiene ni huella ni camino.

¡Era el mar! y su aspecto majestuoso
largo tiempo detúvome absorbido
en éxtasis profundo y misterioso.

¡Era el mar! que, agitado por los vientos
mi suerte retrataba enfurecido,
o en su calma, mis tristes pensamientos.

Rafael García Goyena

LOS PERROS

(FÁBULA)

No debe dudar ninguno
de mis cándidos lectores
que en la casa de un magnate
haya perros a montones,

Un valiente alano siempre
a la cadena se pone,
y en ciertas horas se suelta
para que la casa ronde;

un podenco muy ligero
que con vivo olfato corre
tras la liebre cuando el amo
sale a cazar en el bosque;

un lanudo perro de aguas,
que con los muchachos dócil,
si le tiran la pelota
él la persigue y recoge.

Hasta la niña de casa
tiene su querido gozque,
que en las faldas acaricia
con envidia de algún joven.

Después de la cena juntos
bajo la mesa una noche,
entre podenco y alano
pasaron estas razones:

«Si todos nacemos perros,
aunque con distintos nombres,
¿por qué han de ser desiguales
los destinos que nos toquen?

A nosotros las fatigas
y trabajos corresponden,
y otros logran el regalo
y estimación de los hombres.

No, señor, en las fortunas
turnemos todos conformes,
aunque el lanudo y gozquejo
el partido no acomode.»

Discutida la materia,
resolvieron los perrotos,
con espíritu insurgente
remediar aquel desorden.

He aquí que el perro de faldas
amanece ajado al poste
de la puerta y aunque ladra,
miedo ni respeto impone;

del tanque quiso el podenco
sacar la pelota: hundióse,
y al cabo salió sin ella,
tragando agua a borbotones;

cuando el cazador azuza
al perro lanudo, torpe
a la seña, ladra y brinca
y los conejos se esconden;

y el alano corpulento,
viendo la ocasión de molde,
sobre la niña en la cama
con ligero salto echóse.

Ella grita temerosa,
acude gente, y en donde
buscaba tiernos cariños,
halla desprecios y golpes.

Instruído del desengaño,
su cadena reconoce,

y cada cual de los otros
se reduce al antiguo orden.

*Nunca podrán ser iguales
las humanas condiciones,
mientras deban ser distintos
los talentos y las dotes.*

Remigio Crespo Toral

LIRAS NUEVAS

¡Viejo poeta, en vano traes la vieja lira,
que en la tumba solloza, que en el polvo suspira;
a tu Musa la noche cubrió del Panteón...!
¡En sus despojos nunca la fatua luz se encienda!
que abierta quedó a todos la iluminada senda
por do a los pueblos guía la nueva inspiración.

No trinando resbalan del prado en las alfombras
los Arcades; desierto yace el Olimpo; ya
en el Delfico templo, vagan calladas sombras;
la estatua en el Museo muerta y sin culto está.

Y de los trovadores la bulliciosa tropa
no asorda con querellas la enamorada Europa;
en lo alto de la almena no convoca el clarín
a danza y a torneo. ¡Difuntos trovadores,
pasaron sus endechas—ceniza de las flores,
que de un confín arrastra la brisa a otro confín!
¡A Dios gloria! que el águila del canto el vuelo expande
y el ruiseñor preludia la florida estación.
Hermanos de la lira, lanzad—sonoro y grande—
del himno de la tierra, del siglo la canción.

Alzad el tirso: luego con él tentad la roca:
hay agua en el secreto del duro pedernal,
que guarda a las audacias del genio que lo toca,
las linfas misteriosas de oculto manantial.

La vida inmensa, hirviente, desátase: la vida,
que es tragedia, poema del vuelo o la caída:
tinieblas y arreboles; la nada, la ilusión...
¿La fuente se ha extinguido: la sangre estremecida
que latiendo con ritmo da savia al corazón?

El verso no tan sólo queja, gentil suspiro,—
es aliento de fragua, bálsamo de virtud:
que en la mortal jornada y en el revuelto giro
de las almas, mantiene su ardor de juventud.

Poetas, himno nuevo pide nueva grandeza:
por el hombre vencida ya esta Naturaleza,
el arca del progreso las cumbres coronó.
¿A qué rimar endechas de amor y gentileza,
si la trompa en los aires como huracán tronó?

¿Y qué? no véis cual luchan obreros—¿los gigantes?
no truena el yunque al golpe del ciclope tenaz?
¿y riscos no amontonan litanes arrogantes,
héroes—los del trabajo, genios—los de la paz?

De la caldera hirviente brota el monstruo divino,
que escala cumbres, rasga en el antro el camino,
sobre el granito hincando sus garras de león.
Va al centro del océano y al fondo de la mina;
las fuerzas avasalla, y conquista y domina,
libre como los vientos, fiero como el ciclón.

Su aliento de tormenta, para la recia hechura
de las máquinas, mueve la vasta envergadura;
el eje cruje, vuelan las ruedas a compás;
las poleas se entregan al vértigo, y arranca
a la inercia potencias ocultas la palanca,
que los mundos inclina con su soberbia audaz.

Es en el vaso frágil la singular batalla:
la ciencia atiza el fuego sutil de la fornalla,
y paciente combina sus maravillas. ¿Quién
como ella—vencedora de la común miseria?
¡Sorprendí los prodigios al fin de la materia,
gentil como la lumbre, divina como el Bien!

En el ánfora vierte sus gérmenes divina
la Ciencia; poderosa la evolución combina,
y arranca a las substancias su incógnita virtud.
Del ánfora viviente, la luz, la fuerza, el fuego
brotan, que derramadas en los espacios luego—
son de otras creaciones simiente y plenitud.

No la latina barca, cual pájaro marino,
las plumas hincha al viento, no Ulises peregrino
surca las bravas ondas, esclavo del azar:
no el ósculo del aura sorprende en el camino
la vela pescadora dormida sobre el mar.

El mar quedó vencido bajo la nueva prora,
que el vapor—alma hirviente que en las entrañas mora
de la nave, la empuja con rítmica explosión.
Y—mágico palacio—la nave se aventura
en todos los océanos—como imperial hechura,
que bordan las espumas y besa el aquilón..

Nuncio de vida intensa, monstruo que a nadie cede,
el carro el monte horada, y allí do nadie puede
llegar—llega a las cumbres en rápida espiral.
Y el humo—enseña y timbre del inmortal progreso,
tiende los niveos pliegues—espíritu travieso
que va, viene y se esparce, como alma universal.

¡O maravilla! asciende Babel, la antigua torre
que con la leve aguja rasga el celeste tul;
y, barca alada y tenue, la góndola recorre
las sendas no exploradas del infinito azul.

Encima del abismo, los gigantescos puentes
anudan sus anillos de acero, cual serpientes
que las tierras enlazan con invencible ardor.
A impulso de colosos, los montes soberanos
abierta la hendidura, dan paso a los océanos,
que al fin sus ondas juntan en ósculo de amor.

El hierro el bosque siega, pradera es ya el desierto,
el granito reviste la clámide de abril.

En las rompientes surgen el faro, el muro, el puerto;
y en desierto y estepa, las gracias del pensil.

Un instante, por mano de mágicos, se eleva
el palacio: allí donde pasó rústica esteva,
se alza hirviente colmena—descomunal ciudad.
En la mansión soñada, bajo dorado techo,
fingiendo maravillas, reposa en áureo lecho,
la hoy soberana y antes esclava humanidad.

Y doméstico el rayo que adiestra el hombre y guía
es el calor que funde y es el fulgor del día,
de la materia inerte—lumbre y ardor sutil.
Al rayo en breves hilos el hombre ha aprisionado:
el hombre a quien el Cielo la ciencia ha revelado,
para cetro de imperio, y de él—verbo gentil.

La savia de los seres, del mundo esencia y alma
la eléctrica corriente, la mágica unidad
del cosmos, el espíritu que en convulsión o en calma,
es voz, potencia, llama, aliento y claridad.

Será presto el rescoldo del pobre en la cabaña,
la lumbre atizadora de su campestre cena,
y mecerá sus cunas y pintará la flor.
Trazará el surco al flanco de la áspera montaña,
subirá de las aguas fecundadora vena
y cuajará en las vides el néctar del licor.

Eolias arpas suenan los alambres parleros,
en valles, cumbres, sobre las aguas de la mar;
y raudos los efluvios al hilo prisioneros,
son universo idioma y universal cantar.

Y cautivos al fondo de trípode sonora,
el verbo, el ritmo—lengua de Dios inspiradora,
¡Ciencia hechicera y maga tu excelsitud venció.
Es inmortal el canto; pues la trípode inerte
guarda del grande Orfeo los himnos y la muerte
ante el Arte que es Ciencia, vencida se humilló!

Y por los tenues trazos de luz que el iris pinta,
 el genio va a los astros, nueva águila caudal:
 su sendero de flores es irisada cinta,
 que las montañas ciñe cual arco triunfal.

En nueva lira, nueva trova cantad, poetas:
 pabellón son los cielos y la tierra escabel.
 El circo humano llenan innúmeros atletas:
 otro es el instrumento y otro será el laurel.

A Dios llevad el canto: la luz que al genio inspira
 llegó de las alturas y a las alturas va:
 que la lira es el alma, y Dios pulsa esa lira,
 que en la interior morada de la conciencia está.

El tronco antiguo cúbrese de insólito renuevo;
 corona el verde tallo la flor—mística flor.
 Para la lid del canto llega gentil mancebo,
 prefudia en los alcores andino ruiseñor.

¡Oh poesía! esencia y aroma de la vida,
 del corazón humano la cuerda estremecida,
 a las puertas acercas de la inmortal ciudad;
 donde por tus ensueños, viajes y derrotas,
 al ideal, tu canto dará supremas notas,
 cumbre última del numen, del genio eternidad.

No rumbos conocidos ni inevitables metas
 cortan el vuelo a la áurea, feliz inspiración.
 Es la hora del canto! Cantad, altos poetas,
 el himno de la tierra, del siglo la canción!

SUCRE

No, como el sol, se enciende
 con enojosos rayos, su fortuna:
 alumbra y nunca ofende
 su astro gentil, cual apacible luna.

En el solio, en el campo del combate,
 no majestuoso impera:

blando a la compasión, su pecho late;
y es en la lid, paloma mensajera.

Saludad al caudillo adolescente,
el de la limpia espada,
que alzó ante el siglo la gallarda frente,
de tempranos laureles coronada.

Si la contraria suerte
sus huestes postra, en improvisa rota,
pide para él la muerte
y el oscuro baldón de la derrota.

Y, cuando la victoria le condena
a la grandeza, la inclita corona
ciñe a la sién ajena;
y al enemigo humíllase, y perdona.

¡Noble adalid! si no cundió su fama
con el trueno y clamor del torbellino;
si como sol sin llama
negó su nombre al resplandor divino;

si engalanó su gloria
con la silvestre flor; si siempre esquivada
fué pudor su victoria
y su laurel la oliva;

fué el corazón del continente, el hombre
más que todos querido y soberano;
y es hoy su nombre el nombre
más dulce del idioma americano.

Otro, el excelso padre de la guerra,
estalló cual las raudas tempestades;
por él tembló la tierra,
ante él enmudecieron las edades;

Bolívar—el más grande de los grandes—
en rompientes de lumbre,
se alza, como en los Andes,
del Chimborazo la severa cumbre.

Pero el noble mancebo,
el de la limpia espada,
Adonis de la lid, el blando, el nuevo,
dejó al morir su fama... inmaculada.

Y ¡oh dolor! esta gloria inofensiva
que huyó el ansiado aplauso de las gentes,
la insensata ambición despertó arriba;
abajo, de la envidia las serpientes.

¿Perdonarle su fama? No perdona
plebeya emulación tanta grandeza.
¡Ya arrancará a su Trente la corona!
¡Ya el odio infuso la acechanza empieza!

Y ¡oh abismos que el humano pensamiento
no descubrió al destino!
Cifó el laurel sangriento,
a esa frente, cobarde el asesino.

Antes, cuando su brazo generoso
empuñó el cetro y se extendió al abrazo
y en el ajeno bien no halló reposo;—
la ciega ingratitud le rompió el brazo.

Cuando Colombia en noche tormentosa,
en ruinas y en cadáveres se hundía,
y el gran Libertador buscó la fosa—
su grandeza en Colombia no cabía;

el héroe sin mancilla,
que en tierra hundió la servidumbre dura
y arrancó un mundo al trono de Castilla;
cayó en celada oscura.

Dióle la soledad su despedida,
sus preces fueron los silvestres ecos;
y su tumba, escondida
quedóse en la montaña de Berruecos.

Y como a inútil hoja
que el viento empuja a término escondido

y a ignotas playas el océano arroja,
¡se lo tragó el olvido!

Que la grandeza es triste
y la fama el ensueño de un delirio;
que nada al crimen y al furor resiste,
y se olvida aun la sangre del martirio.

* * *

¡Héroe, modelo de los héroes! Cuánto
tiempo ha pasado de dolor y luto,
hasta que hoy dando tregua a su quebranto,
la patria rinde a tu virtud tributo.

Tu sombra se levanta,
airada está... Preguntas por la herencia,
que nos legara tu valor: la santa
Libertad, la adorada Independencia.

Temblemos: el puñal del asesino
aún vibra en la emboscada!
No se trueca en el hierro campesino
la furibunda espada.

Hoy como ayer, acecha en el lindero,
con sigiloso paso se adelanta,
el mismo, el enemigo, el extranjero
al que humilló tu planta.

En la Colombia enferma que hora rueda,
atada a la picota de la historia,
en esta oscura noche, ¿qué nos queda?
¡apenas la nostalgia de tu gloria!

* * *

¡Ay! Colombianos, basta
de tanto horror! La patria que es eterna
no se entrega al azar de una subasta
ni esclava ante el verdugo, se prosterna!

La Libertad, la de orgullosa suna,
no es en las sendas pisoteada arista,
que no el oro la da ni la fortuna:
que ella no se recibe—se conquista—

Aún en las venas arde
la sangre herbica de la lid... Alerta,
generación cobarde,
cual otros tiempos, al honor despierta.

Junto a esta sacra tumba, do reposa
en sueño eterno el héroe de los Andes,
la diestra en alto, en actitud gloriosa,
libres juremos ser, libres y grandes.

Y dando larga tregua a la venganza,
huyendo la doméstica pelea,
en noble liga, en invencible alianza,
¡sea, la paz y la grandeza sea!

Mientras emprende el astro del progreso
la sempiterna ruta
y el cíclope de hierro se abre acceso
en la pendiente abruta.

¡Juremos, ciudadanos!
Lo manda el Cielo! el Cielo nos inspira!
Juremos ser hermanos!
Juremos por la espada y por la lira!

Por la espada del genio adolescente,
que en triunfal jornada,
como un astro pasó resplandeciente,
al través de cien pueblos, levantada.

Por la lira que un día
pulsaron, con olímpico denuedo,
en el Guaire y el Guayas a porfía,
el grande Bello y el divino Olmedo.

¡ACUERDATE DE MÍ!

A mi madre, en el aniversario de su muerte

Encanto más que humano,
¡acuérdate de mí!

Desde la tarde aquella de insólita amargura,
cuando ansié detenerte, no pude y te perdí,
buscándote los ojos se van hacia la altura,
y exclamo con gemidos—¡acuérdate de mí!—

Porque me amaste tanto, pues más que madre fuiste,
y tu alma fué de mi alma la principal mitad;
pues el ensueño hermoso para mis sueños diste
y las con que pudiese medir la inmensidad;

aunque tranquila goces, la paz de las esferas,
vagando entre arreboles, por sendas de zafir;
por las queridas prendas, por quienes, aun volvieras,
en estas tristes playas, para otra vez morir;

por los hijos que quedan vagando en el sendero
envueltos en el polvo de la carrera audaz;
por los que ya cansados brillar ven el lucero
que, en la tarde, preludia la paz, la última paz;

por los hijos que gozan ya la quietud contigo,
por el grito del alma de su íntima oración,
que para todos pide tu maternal abrigo,
a que todos seamos un mismo corazón;

¡encanto del recuerdo, consuelo de mis horas,
por el cielo que habitas y por tu amor de aquí,
por la tierra que amabas, por el edén que adoras,
por todas tus venturas ¡acuérdate de mí!

Pues todo lo que tengo fué tuyo y me lo diste:
visión de lo infinito, piedad del corazón,
la lira y su dolencia de languideces triste,
sed de inmortales aguas y amable compasión;

por esas horas breves de amor que sacia y queda,
que en la tierra tuvimos bajo el humilde alar,
al murmullo del agua y el viento en la arboleda,
en uno como sueño de dulce despertar;

¡edén de mis ternuras, hogar de mis calores,
tú, pan el de mis hambres, raudal para mi sed;
y el nido campesino perdido entre unas flores,
y allá tú, madre mía, mi prez y mi merced!

¡Ay por esas dulzuras, por esas alegrías,
por ese cielo frágil, el único de aquí,
por esas realidades y aquellas lejanías,
vuelve a mi amor y a mi alma, y acuérdate de mí!

Cuando en breñas y riscos, al ascender vacilo
y tornando los ojos atrás con ansiedad,
miro lejos, muy lejos el codiciado asilo,
que mostró a mis fatigas tu santa caridad;

porque tanto te he amado, porque me amaste tanto,
porque en mis venas laten tu impulso y tu calor,
¡encanto casi eterno, mi espiritual encanto,
amor casi supremo, divino, único amor!

En estos días turbios de madurez sombría
cuando ya del invierno las ráfagas sentí,
te clamo con sollozos, te pido noche y día,
¡amor de mis amores, acuérdate de mí!

¡Qué soledad la mía, cuando mi ardor declina,
sin tí que eras mi dueño, sin tí que eras mi sol.
Mi sombra sólo sigue mi paso que se inclina
al ocaso que enciende su pálido arbol.

¡Qué ventura la tuya que vas en las estrellas,
en argentada barca y en piélagos de luz,
siguiendo del Amado las rutilantes huellas,
trocada en astro viendo tu cruz, tu dulce cruz!

¡Ay cómo va a tu seno llorando mi plegaria!
¡Ay cómo va a tu seno gimiendo mi canción!

Con destrozadas alas, paloma solitaria,
el postrimer aliento te pide mi oración.

De la vida en la tarde, la moribunda tarde,
¡qué soledad, bien mío, qué soledad sin tío!
Pues desfallezco a tiempo de triunfar, cobarde,
en estas horas trágicas, ¡acuérdate de mí!

CORCELES Y CONDORES

Oscuras las melenas, la faz meditabunda,
del páramo cruzando la soledad profunda,
avanzan... Son los tristes esclavos de la raza,
que sin yelmo ni espada, mosquete ni coraza,
van a morir, bañando con sangre de sus venas
la tierra en que nacieron, la madre de sus penas.

Los Shiris, ¡Son los Shiris de la gallarda Quito,
que en las gigantes cumbres del páramo infinito,
de masas inconscientes en apretadas olas,
aguardan, pues ya llegan las huestes españolas!
Las españolas huestes, de rubias crenchas de oro,
a desposeer al indio vienen de su tesoro:
la tierra donde duermen felices sus mayores,
la tierra do no existen ni esclavos ni señores.

Cotopaxi el desierto llenó con alaridos:
son ellos los gemidos estériles, gemidos
con que la indiana tierra—de su infeliz estrella,
contra los sordos cielos, rugiendo, se querella.

* * *

Sobre la cuesta luce como fulgor de soles:
los yelmos, las corazas, los tercios españoles.
Cual aves de colores, coronan las cimares
los cascos que circundan gallardas las testeras.
Las huestes no se arrastran, con vacilante paso:
vuelan, corren, hollando doquier el campo raso,
encima de unos monstruos, que, en arrogante vuelo,
bajo sus plantas sienten huir tremante el suelo.

¿Es la invencible tropa de los eternos dioses
que de lo alto descienden, terribles y veloces,
derramando en el suelo la luz de sus enojos,
con el rayo iracundo de sus azules ojos?

Ya lo dijeron antes los tristes agoreros:
vendrán desde muy lejos los domadores fieros,
como la nieve blancos, con rojas cabelleras,
para usurpar del Inca las libres cordillerás.

Pero luchar se debe por la tierra—la tierra,
que germen, luz y encanto de la existencia encierra
La indiana tropa empuja sus apretadas olas;
y aguardan impasibles las huestes españolas.
¡Lucha tenaz y estéril! El arcabuz la muerte
arroja con el plomo sobre una turba inerte,
que rueda en los repechos del páramo sombrío,
enviando al sol en vano su ingente vocerío.
Abre el acero surcos en la sangrienta masa,
y el corcel relinchando sobre los muertos pasa,
ensangrentadas lanzas sustentan la bandera;
el sol en vano en lo alto del firmamento impera:
cual lámpara mortuoria sobre sus hijos brilla,
y en mustia lumbre naña la cruz—la de Castilla.

¡Victoria!; Cotopaxi, con alarido inmenso,
gime; a lo lejos tiende la noche un velo denso,
que en ondas de ceniza, cual fúnebre sudario,
cubre la horrenda escena del campo solitario.
¡Los vencedores cantan la prez de su victoria!
¡Gloria a su grande arrojo y a sus hazañas gloria!
Y pues la noche cierra y el sueño los enerva,
cansados se recuestan encima de la yerba
mientras, atalayando a sus señores, fieles,
velan bravos mastines y alérgicos corceles.

* * *

Mas, cuando de un silencio como de horror y duelo
se extiende el ala negra desde el remoto cielo,
innumerable turba de pájaros gigantes
llega, poblando el aire con gritos resonantes.
Son los cóndores regios, los cóndores andinos,
terribles vengadores, espíritus divinos,

que bajan de los picos del páramo nevados:
¡de la vencida patria los últimos soldados!

Los cóndores se lanzan con invencible saña,
y a los corceles retan, en sigular hazaña.
Relincha el noble bruto, cuando las alas siente
que—látigo de acero—destrózale la frente,
Loco se arroja, a impulso de férvida carrera.
En su cabeza el cóndor se eleva cual cimera;
y al estridente grito de olímpicos enojos,
rasga al corcel el cuello, y arráncale los ojos.
¡Lucha final que turba del vencedor el sueño!
El lebrél tiembla y busca la sombra de su dueño;
y algo oscuro y sombrío sobre las nubes flota,
es la postrera etapa de la última derrota!

Es la venganza estéril de la salvaje tierra
contra el que trajo el yugo tremendo de la guerra.
La libertad que venga la esclavitud de un mundo
que, antes de ser esclavo, rebélase iracundo
contra la servidumbre que largamente empieza:
¡última llamarada que das, Naturaleza!

Y el cóndor desde entonces se oculta en la distante
altura, do sacude las alas de gigante:
no baja a las campiñas donde habitar solía,
la libertad gozando con el fulgor del día.
Proscrito de su tierra, la busca con el vuelo,
en la llanura vasta del infinito cielo...

LA DESPEDIDA DE LOS DIOSES

(Leyenda de Arte)

¡Noche única, inmortal como ninguna!
Sobre la vieja Roma sin fortuna
resplandecen llorosas las estrellas,
y trae el viento voces y querellas:—
últimos ecos de la lid sombría
que, en gigantesca hazaña, cerró el día...

Ese día, la cruz—rayo y espada—
llegó, venció; se hundió luego en la nada,
como turbión de sombras en el caos
el mundo antiguo. Y clama:—Levantáos—
ingente voz, desde las altas cumbres:
y reyes, pueblos, vastas muchedumbres
se lanzan como el mar en oleadas,
para las nuevas, épicas jornadas.

¡Qué noche aquella de inmortal memoria!
¡Murió una historia y empezó otra historia!
Alumbra sobre el ancho Coliseo
la luna con siniestro centelleo:
tal vez viuda, por su Olimpo ahora,
en velo envuelta de las nubes, llora.
¡Diosa gentil, espiritual Lucina,
que bañó el suelo en claridad divina,
cuando los Dioses fueron...!

Hoy llorando,
por el estadio, en enlutado bando,
avanzan, llegan, rápidos, veloces,
a despedirse los Eternos Dioses
de la tierra que amaron—de esa Europa,
copa de aromas, rebosante copa,
que, en embriaguez, bebieron, olvidados
de la oculta asechanza de los Hados.

¡A Roma dar la eterna despedida,
y hundirse luego en mísera caída
sobre el antiguo abismo! ¡Omnipotencia,
cómo acabas, cual vana florescencia
de efímera estación! Luego las brisas
mezclarán con el polvo las cenizas.
Ya no del circo en la revuelta arena
arrastrarán esclavos la cadena.
¡Los oráculos mudos, apagadas
las aras; y—columnas mutiladas—
los templos que a los cielos su blancura
mostraban de laurel en la espesura!...
Presto, con la quietud de las ruinas,

asomarán las pálidas colinas,
y ceñidas de yedra y pasionarias,
quedarán las columnas solitarias...

Adiós! Júpiter pasal va al olvido,
antes el invencible, ya vencido!
Cubren su frente escarchas seculares
y polvo de sus miseros altares.
Venus huye desnuda: los pudores
siente que no sintió, de sus amores;
halla en las sombras del abierto muro
su hermosura gentil albergue oscuro.
Minerva con la frente levantada
marcha a morir, olímpica y armada.
Pan, arrancando voces de la tierra—
clamor inmenso y hondo de la guerra—
da un grito, el rudo y prolongado grito
que turba la quietud de lo infinito:
el grito que a la muerte se subleva
y hacia el distante mar sus ecos lleva.

¡Qué noche aquella de inmortal memoria!
¡Murió una historia y empezó otra historia!
Abre sus ojos blanca la alborada
sobre Roma cristiana, que, asombrada,
no acierta cómo recibir del día
el ósculo primero...

La elegía,
la postrera elegía, en el desierto
circo, plañiendo por su Olimpo muerto,
cantará Apolo—; singular poema,
de la hermosura del dolor supremal

Mas ¿enmudece Apolo?... que no asoma
cuando los Dioses al huir de Roma
pasan, huellas dejando en las arenas
del circo, donde al fin lumbres serenas
derrama en explosión la rubia aurora...
Y al resonar la nota encantadora
de músicas no oídas, sonriente,
Apolo con la luz amaneciente,

ruboroso aparece. ¡Que no pudo
Roma dejar; que en el desastre rudo,
a la tierra abrazóse, y grande y fuerte,
no se rindió al ultraje de la muerte!

Quedó Roma, vagando en tus colinas,
El—la musa gentil de tus ruinas!
Probó las aguas de la nueva fuente,
que derramó en el mundo su corriente,
y fecundó la savia de la vida.
La lira al árbol de la cruz asida,
hizo inmortal a Apolo: que perdura
su numen, que es perenne su hermosura;
en el cristiano cielo, al astro fieles,
su carro aun guían rápidos corceles...

«EL REQUIEN DE MOZART»

(Leyenda de Arte)

I

Llegó un día ignorado Peregrino
a la mansión del genio, do tranquila
inspiración la mente atormentada,
estallando en serenas armonías,
¡Ay inconstante carro de los años
cuan presto hacia la meta precipitas
la polvorienta rueda!...

El Peregrino
saltó el umbral... En misteriosa cita,
habló el Genio, y le dijo:—Vendrá luego
la muerte, hermana tuya: en la vigilia
de la noche postrera, el postrer canto
ensaya; y vivirá la melodía
de tus solemnes horas, como vive
el humano dolor...—

II

¡Cuán infinita
la tristeza en la tarde, que preludia

las solitarias campanas, que se inclinan
sobre la tierra muda...! El aura llega
cual de las tumbas gemebunda y fría;
como fuente de lágrimas el agua
ondas de llanto empuja entre las guijas;
y en la pelada senda hojas con hojas
al aliento otoñal se arremolinan,
cadáveres del bosque...—Vendrá luego
la Muerte, hermana tuya—así decía
al Genio el Peregrino; así escuchaba
el genio su mandato.—En la vigilia
de la postrera noche, el postrer canto
ensaya, y vivirá...—¡Cuán pronto brillan
las antorchas eternas! ¡Cuán en breve
se precipita el carro de los días
sobre el polvo y las hojas que el otoño
con matador aliento arremolina...!

III

Al acabar la escena, tras los goces
de fama loca, de fortuna altiva,
lengua divina:—¡Qué en la paz descanse!—
solemne dice, en oración tranquila,
¡En paz descansen timbres de la gloria,
laureles y blasones que fascinan!
Todo en común rueda a la fosa; luego
que la tormenta por la mar sombría
lleva su enojo, entrégase al reposo
la mar, y empuja las dormidas liras
en la arena, halagando del naufragio
los lastimeros restos...

¡Ay la vida!

¡Qué grande, grande en ansias inmortales
y en sus penas y sombras infinita!
El Genio así pensaba; y el poema
de fin adusto, de la pena antigua,
de la austera esperanza, nota a nota,
con majestuosa inspiración crecía;
mientras la voz de triste Peregrino,
del recuerdo en los ecos repetida,

—Canta, decía, por la vez postrera:
la muerte, hermana tuya se avecina—

IV

Inerme y melancólico gigante,
en la mitad del canto y de la vida,
fue herido el Genio...—Ensayo sobre el lecho
los clamores de su última elegía.
Agonizante, brota de sus labios
de la noche la música divina,
la humana angustia que imprecando ruega,
el dolor que a los cielos desafía,
los oscuros sollozos de la muerte,
los roncocos ecos de la eterna orilla.
La muerte viene. El Genio se adelanta,
soberbio aunque doliente, a recibirla:
pálido con la lumbre de Occidente,
son dos ajados lirios sus mejillas.
Mas, fuerte con los últimos alientos
del espíritu altivo que declina,
el himno entona de la antigua pena,
do el hombre enseña la sangrienta herida,
do la Esperanza, en plácidos acordes,
el Ritmo copia de la mar tranquila.
La estancia como un coro de los cielos,
de estruendo arrobador estalla henchida;
melancólico el órgano sonoro
cruje con apacible melodía;
y helado pasa el soplo de la muerte
en ese gran poema, que palpita
con las eternas ansias, que ardoroso
se rebela, suplica y se resigna...

¡Oh poema inmortal! Allí el espanto,
gritos como del mar, las rotas fibras
del angustiado pecho, del humano
terror los ecos todos; convulsivas
dolencias del espíritu, gemidos,
clamores del infierno, la enemiga
asechanza del mal y las tremendas
iras de Dios, las majestuosas iras...

El silencio, la suerte de las almas,
el fallo horrendo en el solemne día:
¡Todas las sombras de la humana mente,
las penas todas de la humana vida!...
Después, de la esperanza y la promesa
luces y flores, preces y armonías;
la muerta humanidad regenerada,
en las tumbas la carne redimida;
castigo justo, galardón eterno,
luz del Oriente, sempiterno día;
majestad que las almas anonada,
cántico de la tierra prometida...
¡Resurrección!... El cielo sin ocaso,
el amor inmortal, calma infinita:
¡Todas las luces de la mente humana
los goces todos de la eterna vida!...

V

Aún la estancia resuena... Canta el Genio,
transfigurado canta... Frente altiva
la suya, cual de un Dios; prevaeciente;
se endereza, a la muerte desafia.
Vencerá de los siglos la inconstancia
el gran poema que a la eterna orilla
lleva plegarias, y a la tierra vuelve
la esperanza feliz, la fé tranquila.
Cuando, el himno postrero, como llama
que al extinguirse espléndida se aviva,
el cantor arrogante alzaba al cielo
la frente, abierto el labio a las sonrisas;
oyó decir, en sigilosa nota:
—Ya tu hermana la muerte se avecina—
y se acercaba en tanto el Peregrino,
allá por la brumosa lejanía...
Alzó el Genio las manos. La cabeza
hundió en el lecho, el ojo en la infinita
visión; luego entonó de la Esperanza
el apacible cántico; y su vida,
cual acorde de una arpa, con el himno
de la promesa del amor divina;

se apagó, mientras en la estancia muda
—¡Descanse en paz!—los ecos repetían...

BODAS DE PLATA

¡Qué alborada tan triste! Cual se abruma
el alma ante esta niebla que nos ciega!
Es de la vida la primera bruma,
que de los campos del futuro llega.

Nuestras miradas al cruzar, en grave
actitud, el misterio se adivina:
sabes al fin como tu hermano sabe
que ya el pálido invierno se avecina.

Pues cuando entre tus manos de alabastro,
la undosa cabellera se desata;
teñida por la luna, por ese astro
de nuestro amor, asoma hebra de plata,

que se ocultó traidora en la cabeza,
para decirte que la luz temprana
no volverá jamás y que ya empieza
esa otra luz, que en tu primera cana

luce con los cambiantes de la nieve,
don temido del Cielo. Alguien del cielo
trae a las frentes el pulmón aleve,
que es blancura y palidez de hielo.

En la primera lumbre que destella
en tu rubia cabeza el astro muerto:
otras vendrán tras la primera huella,
y el invierno será sobre un desierto.

A la luz de la luna, por la senda
marché sobre jazmines... Vida mía,
a aquella luz plantamos nuestra tienda,
a esa luz nos juramos compañía.

Y hoy pérfida caricia de ella viene:
y a esa emoción el ritmo de la vida,

casi herido de muerte se detiene,
como al súbito azar de la partida.

Antes que a ñ, la fatigosa marcha
me abrumó de la cuesta en la pendiente;
y mi cabeza se cubrió de escarcha;
y un astro helado acarició mi frente.

Para el amor la vida escena es triste,
del presente la flor se desvanece,
ni en sus perfumes el pasado existe,
sólo el futuro se dilata y crece.

Y así, como en el puente de una nave,
que infinito confín buscando avanza,
no sabes tú ni mi conciencia sabe
a donde nos conduce la esperanza.

Encima de la líquida llanura
cielos y cielos: el confín se esconde,
y se pierde en el fondo y en la altura:
¿dónde está el puerto y el reposo dónde?

Frágil instante, como breve, ingrato,
debiste ser eterno... mas ¡silencio!
acata de los astros el mandato,
como de hinojos yo lo reverencio.

Y en ese instante trágico, pues quiso
Dios perdonaros el haber amado,
gustemos este pobre paraíso,
cuanto más pobre, más idolatrado.

Y, flores deshojadas por el viento,
al deshojarnos, antes que anochezca,
perfume de tu aliento y de mi aliento,
en el eterno azul se desvanezca.

Nuestras almas serán, que en esos mares
de luz, buscando irán por nido un orbe
en las vastas llanuras estelares,
donde la Plenitud todo lo absorbe...

Otra vida tendrán esos perfumes,
 en más alto y más puro firmamento:
 ¡transformación do al fuego te consumes,
 alma, para un feliz renacimiento!

LA MUERTE DEL CIERVO

El tierno cervatillo era en la granja
 nuestro hermano en los juegos. ¡Piel la suya
 de blando terciopelo, tembladora
 en eléctricas hondas, gris y negra;
 en arco alzado el arrogante cuello
 con rústica altivez, como en atisbo
 de perfumes y vientos de la selva
 abierta la nariz; negros los ojos
 cual de bruñido acero relucientes;
 los leves cascos de ébano brillantes,
 prestos a la emoción de la carrera!
 Gallardo el morador de la espesura,
 que atado un día de la selva vino,
 atado en tierna esclavitud: aquella
 que nuestro amor le diera ¡cervatillo!
 su esclavitud fué nuestra dicha...!

Todos

en cerco de caricias le pusimos;
 y con él nos tendimos en la yerba,
 a su cuello abrazados: entre tanto
 la bestia hermosa levantaba al cielo
 los ojos suplicantes, encendidos,
 como pidiendo al cielo le devuelva
 la libertad del dulce paraíso,
 que no lejos sus verdes enramadas
 en el agreste límite extendía...

¡Cuánto tiempo ha pasado! Fué aquel tiempo
 de edén en flor, de encanto! El ciervo hermoso
 con nosotros creció: con él jugando
 en el patio saltábamos; él era
 de todos disputado favorito,
 que arrogante la testa levantaba,

y soberbio, golpeando el suelo, abría
las húmedas narices, imponiendo
el señorío del amor,

Un día
pusimos en su cuello la cadena
de hierro—señal dura de constante
esclavitud.—El montañés esclavo
lamió y besó la mano a sus señores...

Las horas empujaron la corriente
adelante, adelante... Ellas que nutren
el ardor de la savia que la yema
cuaja para el capullo, de las sienas
de nuestro hermano resurgir hicieron
núbil botón de la gentil diadema;
la que después magnífica en su frente
se elevará cual del laurel la rama.

Pero él huía en fuga cautelosa
algo buscando en la floresta—cuna
de su vida y ternura: adolescente
ama volver a la escondida gruta,
a la pradera en flor, que en sus pupilas
quedan en las imágenes intensas...
Mas tornaba a la hacienda, y a la tarde
saltaba en el umbral para lanzarse
al caliente regazo, a las caricias
que al fugitivo ingrato preparaba
la caterva infantil: yerba aromada,
y corolas de rosas, agua dulce
de la doncella en la nevada mano
y el beso del infante, que en el cuello
se colgaba goloso de los labios
negros de aquella bestia tentadora,
agreste, inquieta, esquivada y adorada.

¡Cada vez más hurafío y ya sombrío,
asomado al ribazo, en la espesura,
se paraba a mirar, tenaz y triste
a alguien que le llamaba, que en el bosque
le mostraba la faz tras los alisos.

Una mañana, a la primera lumbre,
le sentimos saltar: nunca tan presto
lanzado se hubo al tentador retiro
de la vecina selva.

Presentida

fué ya su libertad; ansia impetuosa
de plenitud, de amor, de paraíso,
que tiene un nombre más—Naturaleza—

—¡No vuelvel ¡Adiós!—Viene la noche y nada!
viene otra noche y otra: qué agonía!
La ausencia, aquella hermana de la muerte,
mostró su hirsuta faz en nuestra casa,
por la primera vez. Lloramos tanto
hasta que el sueño bienhechor secaba
las lágrimas; y en sueños, parecía
el amado, el ingrato; de su cuello
pendientes, le decíamos llorando
blanda reconvención.

Aun en mi alma
presente está el recuerdo de esa tarde,
de esa noche: del día en que fué cierta
su ausencia ya, su ingrata despedida.

¡Pobrecito! ¡Quién sabe! muerto habría
en las garras del lobo? ¿Y un disparo
no se escuchó a lo lejos? ¿Cayó al plomo
de aleve cazador? Quizá los perros
que ladraban ayer en la espesura
abatieron al ciervo en la carrera?
Respondía el silencio; aquel silencio
idioma de la ausencia y de la muerte...

¡Cuántos años después! Ya los mancebos
de los primeros tiempos la jornada
rendido hubimos de la vida loca
que hasta acabar se empuja y se dispersa.
En los cabellos do esplendía el rayo
de alborada gentil—ceniza—polvo,
nieve: en los labios—manantial de risa—

la enferma palidez de los hastíos
de tanto goce y gloria mentirosos.

Fuimos un día a la desierta granja,
los mismos, casi todos los que un tiempo
corriendo por las verdes praderías,
y la intrincada senda de los bosques
llenábamos las horas. Allá fuimos
con armas y peones y lebreles,
para la caza: esa emoción caduca,
tenaz, como la guerra, fiesta horrenda
que la hambre sacia de la fiera humana.

En espera tendidos en la grama,
mirábamos la entrada de la selva.
El lebrel acechaba; los corceles
dormitaban cansados.—En la linde,
asomó, como flor de la espesura,
rubia como el trigal, la corza bella...
Mira en traviesa expectación, galopa,
se para aquí y allá, cual demandando
a alguien amparo; avanza disparada,
ya perdido el instinto, hacia nosotros.
Se tiende el arma en la segura mano
del diestro cazador: el arma estalla,
a tiempo que otro ciervo negro y blanco
salta junto a la cierva; y él con ella—
en apretado haz—saltan heridos,
y ruedan en la alfombra de la grama,
que se cubre de flores—las de sangre—
¡Trofeo y gloria de la humana fiera!

Corrimos al botín de la victoria,
¡Doble triunfo al cazador! la inerme
pareja yace allí: la cervatilla
muerta ya está; y el ciervo agonizante
que el ramaje estremece de sus astas,
que nos mira y se queja, con la ardiente
llamarada postrera de sus ojos,
¡es él! el mismo hermano de otros días

de amor y paz, cuando éramos tan buenos!
 ¡La cadena de esclavo al cuello lleva!
 Hasta su amada, el caso adivinando,
 ¡fuese por ella y a morir con ella!
 Nos mira, nos conoce, nos acusan
 sus ojos sin fulgor, que no rechazan
 darnos de su mirada de agonía
 el último destello ¡nos perdona!
 Lame mi mano; y en mi mano queda
 la humedad de su aliento!

Generoso

él nos dejó: siguió a su compañera:
 ¡por ella ha muerto! y estas duras manos—
 que cortar debe el Cielo, le han quitado!
 con el amor la vida... ¿Quién castiga
 a las humanas fieras, que así empapan
 en sangre la inocencia de la tierra?...

PLEGARIA

Hoy vuelvo a ti mi acento de gemido,
 el rostro adolorido
 y turbia, por el llanto, la mirada.
 La tempestad me arrebató al ocaso,
 y llevo, paso a paso,
 la carga en esta mísera jornada.

Bien quisiera tornasen a la vida
 la juventud florida,
 la piadosa cítara de Amores,
 la visión de ideales hermosuras;
 mas aquellas venturas
 fueron flores y han muerto como flores.

Aunque el cielo me llama, no respondo.
 Sólo el gemido brota, seco y hondo,
 con agrio son, cual de las cañas huecas.
 ¡Ante tu altar no rinde otro tributo
 esta alma envuelta en luto,
 sino la triste ofrenda de hojas secas!

¡Oh Santa Madre del linaje humano,
benigna escucha, besaré tu mano,
tu bondadosa mano! Torne luego,
no el amor de la muerta primavera,
de su santa piedad algo siquiera,
algo siquiera de su dulce fuego.

Calor aun guarda el pecho:
si tú lo quieres, Madre, sobre el lecho
puedo volver, cual Lázaro a la vida.
Puede trocar la noche de sus penas,
en tus horas serenas,
esta alma por el llanto redimida.

No te pido la sombra de tu casa,
no tu áurea mesa: la migaja escasa
que das a la avecilla peregrina.
No un asilo, Señora, en tu santuario:
en su aldea el alar del campanario
concede a la doliente golondrina..

EL ADIOS DE LA LIRA

Cuando desde la cumbre helada y triste
mis ojos van a opuestos horizontes,
tiembla y a despedirse se resiste
mi alma de su campiña y de sus montes;

y se refugia en los perdidos cielos
de la pasada, hermosa lejanía,
a donde van los pertinaces vuelos
del ala de mi enferma fantasía:

a mi casa, a mi bosque y a mi cuna
de poesía y paz, a los albores
de un día a las nacientes de una luna
que presidió mis únicos amores;

el misterio en la luz, lo extraterrestre
de una ilusión de ensueño, la penumbra,

postrer fulgor de la quietud campestre,
insecto de oro que en la noche alumbra.

Y al súbito parar de la jornada
siento de la emoción el ansia, el frío;
y como en el regreso hacia la nada,
el terror de que ha muerto el canto mío.

Como infante a los brazos arrancado
de su madre, con gritos de ternura,
volver quiero al amor que me han quitado,
que es vida y alma y plenitud y hartura.

¡En vano! que me arrastran adelante,
al remoto confín, gemir es vano.
Acercarse contemplo lo distante
y lejano el pasado ¡cuán lejano!

¡Adiós, lira de amor! ¡la dicha es ida!
¡Adiós, divinas, palpitantes cuerdas!
¿Para siempre será la despedida?
¿Será posible que tu ritmo pierdas,
alma del alma, vida de la vida?

Sér de mi sér, el agua de mi llanto,
sentida y que decirse no se puede—
pasión de luz, adoración, encanto,
lo supremo y gentil que es casi santo,
que sólo a lo inmortal en gloria cede.

¡Adiós! Por galardón, al Cielo pido
que de mi lira en la callada ruina,
y en la ceniza y polvo de mi olvido,
con el rocío de lo azul vertido,
por la piedad del sol, dulce y divina;

nazca, con el perfume que embalsama
tierras y almas, por largas juventudes,
en misteriosa evolución de llama,
la bella floración para la fama,
de nuevos, de magníficos laúdes,

¡Decid a los que cantan todavía:
que siempre canten. Su dichoso trino
sea el compás con que se mida el día
y el paso en la fatiga del camino!

A la distante, ambicionada playa
en pos de cielos y remotos mares,
valiente el númen de la patria vaya,
pero regrese siempre a sus alares.

Para ellos traiga el áureo vellocino,
premio de sus tenaces travesías.
Volver al propio suelo es su destino,
para dejar en él sus osadías;

y de áticas abejas el enjambre
que dé el rubio licor de la colmena
y derramado el oro del estambre
en el tenue blancor de la azucena:

la poesía, ese prodigio: bruma
que da al bosque misterio, tibio lampo
que se filtra en la sombra, en la agua espuma,
aroma en el pensil, matiz del campo.

¡Que nuestra humilde patria se levante,
sobre el gran pedestal de sus montañas,
hacia la grande inspiración, y cante,
la cuerda al palpitar de sus entrañas!

Y canten otros vates más felices
lo que cantar no acierto: la grandeza
de un mundo virgen; sombras y matices,
líneas, contornos de inmortal belleza.

¡Canten ellos por mí por la memoria
del que no pudo en la vital corriente
sino mentir de amor, mentir de gloria,
un breve instante ¡y acabar su historia!
mas dejando en su tierra la simiente.

La tierra al fecundarla se remueva,
la nutra al seno con preciado zumo;
brille templado el sol y el cielo llueva;
¡salte el capullo en el hinchado grumo
para la flor y la vendimia nueva!

Ya mi estrella a su término se inclina
entre los velos de arrebol fugaces.
Presto la triste anforcha vespertina,
al descender tras mi natal colina,
apagará sus moribundas haces.

¡Adiós! al son de liras juveniles
brotar de la aridez luego se vea
agua en las rocas, flor en los cantiles;
sean las almas y el amor gentiles
y de la patria la grandeza sea!

Y sea mi fortuna y mi ventura,
que sobre el polvo de mi muerta historia
de lira enferma y de canción obscura,
de vuestro canto surja la hermosura
y de mi noche ¡el sol de vuestra gloria!

Remigio Romero León

RESERVISTAS

Cantando un yaraví de la montaña,
en torno al pabellón que al viento ondea,
qué alegres van los mozos de la aldea
llamados por la Patria a la campaña.

Secreta y dulce voz, que nunca engaña
les hace comprender, ¡hermosa ideal
que al pelear por la Patria, se pelea
por la novia, la madre y la cabafia.

Generosos heraldos de la gloria
no abrigan, en sus pechos esforzados,
de bastarda ambición la ruín escoria;

sin odio y sin rencor, esos soldados
sólo buscan la muerte o la victoria,
porque saben amar y son amados.

MIS JUGUETES

Cansado de estudiar la ciencia humana,
difícil cuanto vana,
uno a uno, en mi mesa revolvía
los premios de Colegio y la corona
que la fortuna conquistóme un día,
sin observar que me escuchaba atenta
desde el umbral del cuarto, juguetona,
mi bulliciosa, así locuaz María,
persona que no cuenta
cuatro años todavía

pero que es, sin embargo, una persona
de muchas campanillas, y muy mona.

—Papá, me dijo al cabo, la pilluela,
por qué es usted BRIBÓN; por qué ha escondido
esos lindos juguetes que ha tenido?

—¡Juguetes!—exclamé fingiendo asombro,
y ella de su candor en el exceso,
me repitió entre guiños habladores:

—Esos lindos, con cintas de colores
que yo quiero comprar con todo un beso.

Por un beso en tu boca fresca y pura
el mundo todo en mísero estipendio;
un beso de tu boca es el compendio
de mis castos ensueños de ventura,
veo unidas, en íntima armonía,
las gracias de tu madre idolatrada
y la santa dulzura de la mía!
Ven; guarda, cuidadosa, estos juguetes
con que el mundo falaz quiere engañarme,
y acércate a besarme,

porque el mezquino corazón del hombre,
para no sucumbir en su amargura,
necesita los besos—no te asombre—
de un ángel, como tú, todo ternura
y los nobles juguetes de la gloria!

Roberto Espinosa

CONFIDENCIAS

A tu lado me siento, y muy bajito
de mis tristezas te hablo.
Tú, pensativa, la mirada bajas,
y juegas con los dedos de tus manos.
Nos tratamos tan sólo como amigos,
aun a solas estando:
el pasado, ya muerto, nos defiende...
¡Cuán bien, y cuán honrados nos portamos!
Mas ¡ah! que, en veces, mi pesar oculto,
de modo involuntario,
se traduce por frases bien extrañas,
que ahogarias en el pecho no me es dado!..
Tú las consientes, sí, porque en tu pecho
mi dolor no es extraño:
¡al llorar mis desdichas, bien conoces
que también por las tuyas es mi llanto!
Tus ojos me denuncian lo que sientes,
¡y, con todo, no te hablo!
Y me pongo celoso, y no comprendo
que soy un egoísta, un insensato!
¿Para qué interrogarnos? vanamente
tú y yo nos empeñamos
en perseguir un sueño que no puede
para nosotros verse realizado...

¿Habré de deplorar que no fenezca
 este mi afecto santo?
 para aquí ser feliz sin sombra alguna,
 ¡tu intenso amor habríame bastado!...

Perdona, y cuando, en frases incoherentes,
 pueda hablarte mi labio,
 tu, baja la mirada, y torna y vuelve
 el anillo que llevas en tu mano.

Víctor H. Escala

TRIPTICO

A LA PATRIA

¡Salve, Patria, impoluta y aguerrida...
 Noble madre de inclitos varones
 que invocando el honor de tus blasones,
 la muerte hallaron para darte vida.

Hoy levantas tu enseña redimida,
 aquella, que al tronar de los cañones,
 —transformada en flamígeros girones—
 con los dientes, vió Sucre, sostenida...

Fuiste todo: la luz del Continente,
 que ahuyentó, con sus rayos, las tristezas.
 Laureles reclamó tu heroica frente;

propalaron las Famas tus proezas;
 y el dios Marte, premiando tu denuedo,
 templó la lira de tu bardo, Olmedo.

A QUITO

Fué en el imperio del dolor y el llanto,
 cuando alzaba su trono la opresión,
 que diste la señal de rebelión
 con tu grito de Agosto, sacrosanto.

Adormida la América, entre tanto;
 no escuchó tu clamor de redención;

y en tu sangre de roja ebullición,
se empaparon los tercios de Lepanto...

Hoy de tu grito el eco varonil
repercute, sintético y viril,
en los pueblos que ampara el Ecuador.

Tu grande hazaña te valió la cruz...
pero eres por tu gloria y tu valor,
de América redenta, lauro y luz.

LOS RESERVISTAS

¡Heroica juventud, noble y patriota;
legión que simbolizas la esperanza:
eres la fusta que al tirano azota,
o altivo cóndor que a la cumbre avanza!

Sientes vergüenza de soñarte ilota,
y eres falange que a luchar se lanza
sin que te arredren ni la cruel derrota,
ni los gritos furentes de venganza.

¡Jamás sin Patria!... Con tu gran civismo
en la plebe resurge el patriotismo,
como lírico alarde de una fiesta.

Y al gritar: ¡viva el pueblo ecuatoriano!
alientas en tus labios, la protesta;
y en tu pecho, el valor del espartano.

Víctor M. Garcés

ESPAÑA Y AMERICA

A César E. Arroyo y Homero Viteri Lafronte,
fervorosos propagandistas de la Unión Hispano-
Americana.

Como el fiat divino que, fecundo,
hizo surgir los mundos de la nada,
el verbo de Colón, del mar profundo,

hizo brotar, radiante, un nuevo mundo:
la perla del Atlántico ignorada.

Si las joyas—espléndida riqueza
de que toda alma femenil blasona,—
la beldad realzando y gentileza,
son corona imperial de la belleza
y son belleza en la imperial corona;

¿quién del regio tesoro, áureo y brillante,
pudo a Isabel la magna desprenderla?
¡Tan hermosa es la perla del Atlante,
que dió Isabel sus joyas, al instante,
siendo mujer y reina, por poseerla!

La España heroica de Guzmán el Bueno,
a la lumbre del sol de Carlos Quinto,
fecundó de esa perla el albo seno,
que de germen de gloria quedó lleno,
quedando en sangre de españoles tinto.

Con sus glorias España aun ilumina
el hogar de las Hijas hoy distantes.
Sí; por ella la América es ¡Latina!
de ella aprendió la Religión divina
en la divina lengua de Cervantes!

Ella, en el cruento, secular bautismo
con su sangre de Cides transmitióla,
orgullo de su raza, el heroísmo
de su nombre el honor, y el nombre mismo,
pues la hizo ilustre haciéndola española.

Y si la esclavizó con yugo impío,
con el raudal ardiente de sus venas
dióla también el indomable brío
y, alteza de su estirpe, el poderío
que despedaza yugos y cadenas.

Ya que lució, con vívidos fulgores,
del *Diez de Agosto* la postrer centuria,
olvidemos de España los rigores:

¡de la madre se olvidan los errores; y así
se olvida y se perdona hasta la injuria!

Mostrasteis en la lucha, Hijas de España,
que tenéis su pujanza y bizarría: el tiempo,
al disipar la mutua saña, prueba que vuestra alcurnia no se empaña,
que también heredasteis la hidalguía.

Si proclamando con valiente grito,
la rebelión contra la madre; altiva,
desde el trono de nieve y de granito,
gentil princesa del Pichincha—Quito,
fué la luz de la América cautiva;

extinguida la lucha gigantea,
trocada ya en amor la mutua saña,
Quito vuelva a ser luz; de nuevo sea,
proclamando en América la idea
de retornar por el afecto a España.

Si en cada nuevo hogar surge el sagrario
del afecto a la madre, España cuente
en cada hogar de América un santuario:
el amor y no el hierro sanguinario
podrá reconquistarle el Continente.

Con quienes puede hacer nuevas conquistas
no son ya los Corteses ni Pizarros;
sino sabios, poetas, publicistas,
y heraldos de la Gloria, los artistas,
que son los adalides más bizarros.

Y ¿cómo no han de ser conquistadores
los Blaseos, Cabestanys y Altamiras,
que si traen cadenas son de flores,
y triunfan porque son los campeadores
en la lid de las plumas y las liras?

Ya que luchan con rivales iguales,
del Deseo de España la posteridad,
olvidando de España los rigores,

Nobles hijas de Iberia, hechas Naciones
de vuestros héroes por la invicta espada;
de vuestros gloriosos pabellones,
en prenda de la unión de corazones,
con el de España en secular lazada,

Y si a la Unión Américo-Española
le faltan himno, escudo y estandarte,
para formar, con esta triple aureola,
un solo pueblo y una patria sola,
como lo es por la raza y por el Arte;

Esa gran patria, hoy ostentar podría
el Derecho y Concordia por bandera,
por blasón de su estudio la Hidalguía,
por himno, el himno de la Paz que ansía
unir, así, la Humanidad entera!

Víctor M. Rendón

LA COLUMNA

a los Próceres del 9 de Octubre de 1820

Yérquete, GUAYAQUIL, noble y valiente!
Luce tus galas de triunfales días
y el inmortal laurel ciñe a tu frente
que tu audacia alcanzó cuando rompías
seculares cadenas.
Un instante da tregua a las faenas
de tu existencia activa y laboriosa,
del ledo Guayas, en la orilla hermosa,
y, entre guirnaldas de hechiceras flores,
las más fragantes del ardiente suelo,
de la adorada Patria
deja flotar al viento los colores
que el heroísmo desprendió del cielo.
Conmoviendo a los ecos de las cumbres,
do aun más se aviven las eternas lumbres,

—como en el *Dies de Agosto*, al primer grito de libertad, los despertaba Quito y estremecía a todo un Continente,— manda vibrar la voz atronadora del bronce con acentos de alegría y pregonar que de un solemne día ha despuntado la anhelada aurora. Al oírlo, sublímense las almas y, ardiendo en patrio amor los corazones, tus hijas y varones, cuyas manos agiten verdes palmas, acudan en unión de sus hermanos, los que vendrán ufanos a saludarte, en acto tan notorio, de todo el territorio que desde el Mira al Macará se extiende y también de las prósperas Naciones amigas que, vecinas o distantes, aquende el soberano Río o allende, a BOLIVAR han visto y a SAN MARTIN triunfantes.

Tras la pompa oficial todos al punto, impacientes, congréguense en tu seno y allí, rasgado el velo que la cubre, contemplen destacarse excelsa, airosa, la COLUMNA A LOS PROCERES DE OCTUBRE de mármoles y bronce maravilla, del genio hispano concepción grandiosa, y en cuyo pedestal grabó su nombre, donde tu gratitud ferviente brilla de universal renombre, el gran QUEROL ¡ay, nunca asaz llorado! que él pidió perpetuar la heroica hazaña, pues, al romper tus hijos tus cadenas, corriendo sangre hispana por tus venas, enaltecido fué el valor de España.

Descúbranse las frentes y, sonoro, de vírgenes y párvulos el coro entone, de la Patria, el himno santo, mientras el Pueblo sacia las miradas, cual de la obra maestra en el encanto,

en las nobles facciones veneradas
de los que *Padres de la Patria* han sido
y a quienes hizo revivir el Arte.
No temen ya la noche del olvido,
desde el campeón al último guerrero,
los que plantaron firme tu estandarte
sobre las ruinas del poder ibero.
La Fama allí guardando
de mártires y de héroes la memoria,
tras esculpir sus nombres
para ejemplo perenne de los hombres,
surge, como del templo de la Gloria,
de la Columna, en medio de sus fieles
mensajeras, las Voces inmortales,
que, ofrendando a tus Próceres laureles
y aromas tropicales,
de tu bandera enhiesta los colores,
azul y blanco, entre áureos resplandores,
van elevando al sol en rauda vuelo.
Sobre la ingente mole de granito
alzándose, labrada, desde el suelo,
a ser del Monumento escalinata,
forman guardia de honor cuatro varones,
y el Pueblo, refiriendo sus acciones,
los nombra y su entusiasmo se desata:
FEBRES CORDERO, el militar astuto,
y al par prudente, intrépido, sublime,
que, cosechando de su arrojo el fruto,
urde el ardid y triunfa y te redime;
VILLAMIL, aquel prócer temerario,
de semblante risueño y atrayente,
por quien la inermes presa de un corsario
no ser lograste y humillar su frente;
patriota que, a raíz de tu victoria,
surcando el mar en la goleta ALCANCE,
su vida expone en atrevido lance
por pregonar tu libertad y gloria;
OLMEDO, tu filósofo apacible,
de lo grande y lo bello enamorado,
alma vibrante, corazón sensible,
guía sagaz que al pueblo emancipado

sus deberes dictó cual sus derechos
 y cuya musa espléndida, fogosa,
 al sin igual LIBERTADOR endiosa
 y aun enardecen los latinos pechos;
 ANTEPARA, mancebo audaz, bizarro;
 él, de la Libertad, con brazo fuerte
 y pura abnegación empuja el carro
 y, en *Huachi*, sólo rindese a la muerte.

Bajo las plantas de cada uno de ellos,
 del genio y del valor vivos destellos
 despiden los relieves recordando,
 en la árdua lid o al asumir el mando,
 la página más bella de su vida.

Custodian, a su vez, el Monumento,
 —y quien ve su belleza no la olvida,—
 cuatro figuras graves, imponentes,
 Del artista genial el pensamiento

¡qué claro brilla en sus bronceadas frentes!
 Simbolizan las cívicas virtudes

¡oh, GUAYAQUIL! de tus ilustres hijos
 ensalzadas en célebres laudes
 de ambos mundos que admiran tu hermosura
 y de ellos la bravura,

de la que dió, en las faldas del Pichincha,
 al vencer SUCRE, peregrino ejemplo,
 de la Inmortalidad entrando al templo,
 CALDERON, el más joven de tus héroes.

Contempla al PATRIOTISMO.
 En soberbio ademán, alta la frente,
 ostenta triunfalmente

tu enseña, libre de la furia y saña
 del terrible y glorioso león de España,
 respirando tu amor como el gran día
 que, atrevido, te dió soberanía.

Contempla al HEROISMO.
 Refleja en su mirar la sed de gloria
 y es tuya la victoria,

hoy como ayer, si, a castigar la ofensa,
 al desigual combate,
 airado, ciego, vuela en tu defensa.

Contempla a la JUSTICIA.

En tu favor se inclina su balanza
que, a toda santa causa ella propicia,
del héroe centuplica la pujanza
e imperiosa su voz hará que vibro
al combatir la esclava por ser libre.

Mírate con orgullo y alegría
en cada alegoría,
claro espejo de alma y de tu gloria.
Pensativa, de olímpicas facciones,
haciendo palpar los corazones,
allí ves a la HISTORIA,
en cuyo libro, en hoja preferente,
la fecha resplandece eternamente
de tu NUEVE DE OCTUBRE
con letras de oro inscrita en la Columna
do al bronce en parte cubre,
de tu alma Independencia, el ACTA insigne.

De las hojas aun blancas cual la nieve
perpetua de las cumbres de los Andes,
en aquel libro, tras un tiempo breve,
irradiarán tus nuevos hechos grandes
cuando la Paz tu diosa invicta sea,
alentando al Trabajo y a la Idea,
como el Progreso tu único caudillo.
Todas, entonces, por el Istmo abierto,
vendrán hasta tu puerto,
a contemplar tu majestad y brillo,
las gentes orgullosas
de las vetustas tierras poderosas
donde aun asombran, venerables ruinas,
el PARTENON y el COLISEO y donde
a los siglos resisten las PIRAMIDES,
y rindiendo homenaje a tu grandeza,
envidiarán ¡oh, perla ecuatoriana!
tu lozana belleza
al proclamarte, al pie de tu Columna,
del Pacífico mar la soberana.

El pedestal del alto bronce ofrece
a las miradas ocho medallones
con las efigies de inclitos varones

cuyo filial amor te enorgullece,
Allí están ESCOBEDO que, en las sombras
de la gran noche histórica, secunda
la audacia con sus bravos granaderos,
y URDANETA que, en pos de obra fecunda,
vuela al cuartel del Daule, denodado,
con nueve compañeros,
y a MAGALLAR, que resistirle ha osado,
tiende muerto a sus pies; pero, su frente,
después que de la plaza se apodera,
descubre ante el cadáver del valiente
que pereció leal a su bandera,
única víctima, inmolada al grito
de «Patrias», en triunfo homérico, inaudito.
Allí JIMENA está. Su aspecto grave
revela al militar pundonoroso
que, por haber antes servido a España,
hasta que, libertada ya su cuna,
sacrificarle pueda su reposo
y, triunvir, abandonarse a su fortuna.
Allí está LETAMENDI, allí ELIZALDE,
MARCOS, LAVAYEN, muchos más pudieran
estar allí que todos merecieran
laurel igual sus bronces enguinalde
al tuyo ¡oh, ROCA! probo magistrado,
a quien confió la Patria agradecida,
en críticos momentos de su vida,
las riendas del Estado.

El majestuoso Cóndor que detiene
el cetro de los aires en los Andes,
desplegadas aún sus alas grandes,
a descansar en la Columna viene,
que al combate voló desde la cumbre
del Chimborazo donde está su trono.
De larga servidumbre
refleja en sus pupilas el encono,
aunque ya no tan vivo,
hoy que en las garras vigorosas lleva
rotos los hierros y, en el rostro, eleva
la verde rama del ansiado olivo.
Erguida la cerviz, atento, escucha,

no de la sierra ya la amarga queja,
ni ya el fragor de despiadada lucha,
ni el grito del vencido que se aleja,
ni el clamor saludando la victoria,
oye vibrar acentos de armonía
y el de la augusta madre venerada
¡qué tierno y grato! a su hija emancipada
dice: «Este bronce, honrando la memoria
de tus hijos de eterna nombradía,
mi amor lo hizo igualmente
testimonio elocuente
de concordia y unión, pues no subsista
ni rencor ni despecho
en mi alma, aunque mi pecho
exhale a veces un suspiro triste.
No tiene el Arte patria y, sin embargo,
para elevar su codiciable bronce
yo dí vigor y aliento a un genio mío
y, de mis sierras, piedras y metales
elegí yo con mano diligente
para glorificar la Independencia
del Nuevo Continente
en la florida márgen de tu río.
Cuatro centurias fuf la soberana
de dominios do el sol no se ponía
que, a soportar el peso de mi gloria,
un mundo no bastando, otro nacía.
De la estupenda abrupta Cordillera,
entre las nubes próximas al cielo,
en nunca hollada cumbre tuve el suelo
donde planté la Cruz y mi bandera.
América, la virgen que el Océano
en su seno arrullándola escondía,
de Colón, por el beso, despertada,
era mi orgullo y era mi alegría,
mi joya más preciada,
y en ella una hija ví, nunca una sierva.
Culpa del tiempo y la distancia ha sido
y no de un corazón empedernido
por la ambición proterva
del poderío y por la sed del oro,

si sus dolencias escuchar no pude
y, a su mayor edad sí, al llegar ella,
fuéme rebelde, parecióme ingrata
y, de la Libertad, la senda grata
siguiendo, al huirme, se nubló mi estrella.
Qué de desdichas ¡ay! qué de pesares
agobiaron mi frente y me enlutaron
desde cien años ha. Por tierra y mares
perdiendo fuí prestigio, influencia y bienes,
mas no el honor. En torno de mis sienas
aun brilla la corona
que Pelayo y el Cid engrandecieron
y, no menos que el astro de tu zona,
que de mi cerco regió los diamantes,
luz clara esparce mi mejor presea,
pulida por el genio de CERVANTES.
Si no abatieron mi ánimo los golpes
de la Fortuna inconsecuente o ciega,
a mi robusta fe mayor confianza
en un sonriente porvenir inspira
de América la voz que hasta mí llega
y me prodiga con filial ternura
palabras de consuelo y esperanza.
Abriéndole los brazos,
a mi hija acudo y, la una a la otra unida,
afrontaremos con serena frente
y victoriosamente
los azares, las luchas de la vida,
estrechándose más los fuertes lazos
del culto y del idioma
que, floreciendo en ambos corazones,
son de la raza el indeleble aroma.

Calla la voz y suenan ovaciones.
Vuelve a entonar el himno santo el coro
y, elevándose a Dios todas las almas
exclaman, por la Patria entre las preces:
¡Oh, madre España, gloria á tí mil veces!

La LIBERTAD corona el monumento,
elevando su diestra al firmamento
la poderosa antorcha que derrama,

por todo el suelo exuberante y gayo,
¡Bendita luz! si sólo no se enciende
a torrentes, la luz robada al rayo,
por ahuyentar las sombras de la noche,
si con su intensa claridad descende
a dispersar las pavorosas nieblas
hacia un Pueblo sin miedo ni reproche
y a romper las tinieblas
del torpe servilismo
en que sepulta al alma el fanatismo.
Con su actitud grandiosa
te dice ¡oh, GUAYAQUIL! la augusta diosa
que, en tu camino claro,
por donde al templo de la Fama subes,
verás, cual por tu sol, sombras y nubes
al resplandor vencidas de su faro.

Wenceslao Pareja

AGUA FUERTE

Tu pupila fulgura
en medio de negrura,
como brilla un incendio en noche oscura.

Tu boca es convulsiva,
roja y provocativa,
como una puñalada en carne viva.

Tu talle es atrayente,
flexuoso y adherente,
como la ondulación de una serpiente.

Yo tan sólo quisiera
—¡oh, víbora hechicera!—
beber de tu veneno hasta que muera.

LAS PALMAS

Las palmas son erguidas, tienen altos penachos,
se mueven en la brisa con solemne vaivén,
las contemplan las rocas negras de los picachos
y el viento ruje un somatén.

Las palmas son serenas bajo las andanadas
de la tormenta, luchan contra la tempestad;
sus largas hojas tienen movimientos de espadas
y de lanzas que bregaran con serenidad.

Cabalgata que avanza con oscuros pendones,
o melenas hirsutas de invisibles cervices;
brazos largos que trazan rítmicas bendiciones,
dibujos intrincados para regios tapices,

dibujos primorosos como balcones moros,
donde la brisa llora con murmullos de mar
y cantan las cigarras en isócronos coros
el idilio sagrado del palmar.

Enormes abanicos de alguna gran señora,
que tuviera por lecho la pradera florida;
los amantes reposan la siesta abrumadora
y en una paz radiante se adormece la vida.

En el oro herrumbroso de la tarde amarilla
hay trazada la verja del celeste jardín,
y entre los hilos ténues de una oscura mantilla
se muere el sol en el confín.

Palmas en media noche, que sirvieron a alguna
escoba de una bruja que huyó tras los forzudos
diablos del aquelarre, mientras muestra la luna
por detrás de las palmas sus colmillos agudos.

Las palmas son erguidas, las palmas son serenas
y tienen las palmas la piedad de hermanas buenas.

LA VOZ DEL RÍO

La voz del Río es lenta, la voz del Río es grave,
el Patriarca barbudo viejas historias sabe.
Hay en las vibraciones de sus rudos acentos
ecos de tempestades y rugidos de vientos
y voces de las nieves de los montes lejanos;
en las límpidas fuentes y en los negros pantanos,
el agua que fué nube y el agua que fué hielo
se dicen en secreto la nostalgia del cielo.

El conduce armonías de la virgen floresta
y los gritos de angustia de la quebrada inhiesta;
él lloró en las cascadas y rugió en el torrente
y lanzó en el arroyo su canción estridente;
recogió los perfumes de las vegas floridas
y arrulló los ensueños de las ninfas dormidas;
acompaña en sus trinos a las aves canoras,
en los himnos triunfales de solemnes auroras;
el fulgor de los cielos en sus ondas retrata
y atraviesa los valles cual serpiente de plata,
y, al morir de las tardes, el soberbio decoro
es un canto de luces y de sangre y de oro.

Yo te adoro ¡oh mi Río! poderoso y bravo
luminoso y alegre ó implacable y sombrío;
porque alientas la fuerza, porque llevas la gracia,
porque nada detiene lo fatal de tu audacia;
y a los montes asaltas y perforas las rocas;
tú derribas colinas y macizos derrocas
tú fecundas los campos en las inundaciones
y arrastras las malezas en lentos aluviones,
y, en el vórtice turbio, con el mismo objetivo
va mezclada la arcilla con el oro nativo...

Poderosa corriente que la tierra te llevas
a un remanso lejano a formar islas nuevas,
con la gran sinfonía de tu largo camino
vas cantando la historia del humano destino;
como el agua en el valle va el espíritu humano

persiguiendo incansable la amplitud del Océano;
 la raza de los fuertes su camino se fragua
 con empuje constante, como trabaja el agua,
 y, en su ciega corriente va, vencíendolo todo;
 pero hay muros de roca y hay macizos de lodo
 y hay un himno potente, que de lo alto se escucha,
 que es murmullo en el Río y es fragor en la lucha;
 por eso, cuando el agua su epopeya nos cuenta,
 la voz del Río es grave, la voz del Río es lenta.

CANCION DEL FRACASADO


Cuando era yo un rapaz y era creyente,
 soñé con un gigante y con una hada,
 y que yo era un buen príncipe valiente
 que dí muerte al gigante con mi espada.
 Y cuando mi cabeza estaba llena
 de ilusiones, el sol me despertó.
 Esperé mucho tiempo al hada buena
 y no llegó.

Lánguida juventud. Melancolía.
 Un piélago sin fin. Siempre lo mismo.
 Y cuando vislumbraba una alegría,
 era un nuevo dolor, un espejismo.
 Entonces la mujer, la dulce y bella,
 en el fondo del alma se anunció.
 Largo tiempo esperé que llegara *Ella*
 y no llegó.

Después fueron las horas de las luchas
 y el anhelo insaciable de la ciencia
 y del mucho saber—sólo que hay muchas
 tinieblas en el fondo de mi esencia.—
 Si toda abnegación era irrisoria,
 mi sangre, del martirio se exaltó.
 Esperé que después fuera la gloria
 y no llegó.

¿Hay mañana de abril? — yo sólo he visto
los cárdenos fulgores del ocaso.—
¿Hay la fiesta triunfal? — yo sólo asisto
al doloroso instante del fracaso.—
Cansado de luchar contra la suerte
que tantas ilusiones me quitó,
en los campos de honor busque la muerte
¡y no llegó!

FIN



APÈNDICE⁽¹⁾

DISCURSO SOBRE LOS EPITALAMIOS

Yo debí colocar este discurso antes del *Epitalamio* mío, como lo han hecho, antes de sus sátiras y de sus odas algunos autores célebres, y entre ellos mi amigo Boileau, el Horacio de la Francia. Pero, como mis observaciones principales sobre este género de composición, han sido formadas sobre mi *Epitalamio* mismo, no pude anteponer este discurso, sin cometer un error de cronología. Yo he compuesto; después he meditado; y reglas que ignoraba han sido el fruto de mi meditación. Los Genios creadores, regularmente se forman reglas al componer; las observan antes de conocerlas, y, para oprobio del Arte, salen reglados de mano de la Naturaleza.

La voz *Epitalamio* se forma de dos palabras griegas—*sobre* y *lálamo*. Entre los griegos y los pueblos más separados de nos-

(1) Inédito de José Joaquín de Olmedo.

otros, el día del casamiento, después que la virgen era conducida a la casa del esposo, y colocada sobre el tálamo, se cantaban las alabanzas de los dos y se hacían votos por su felicidad. Esta es la Etimología, y el uso de los *Epitalamios*.

Los *Epitalamios* son tan antiguos, que se conocieron aún entre los Hebreos, desde los tiempos de David. El salmo 44 es un verdadero *Epitalamio*, y nadie duda que lo es el cántico de los cánticos.

Entre los Griegos esta especie de poesía sólo era en su principio una exclamación repetida de: *Himeneo*; *himeneo*. Himeneo, hijo de Venus y de Baco era el genio, o el número que presidía los casamientos. Algunos creen que este Himeneo era un vate ateniense que restituyó ilesas unas vírgenes robadas por ciertos salteadores. De cualquier modo que sea, siempre aquella expresión, denota un deseo por la unión perpétua de los esposos y por su felicidad.

Esta exclamación se hizo después una especie de canción. Apolo fué el primero que compuso una, en las bodas de Tetis y Peleo.

La canción degeneró después en un poema particular; invención que se debe a Hesiodo, a quien imitaron después Estercicoro y la divina Safo. El décimo octavo idilio de Teócrito es un *Epitalamio* a Helena, cuando casó con Menelao; Helena, la causa funesta de la destrucción de Troya.

El *Epitalamio* latino tuvo el mismo origen que el griego, con la diferencia de que los Latinos comenzaban su exclamación por *Talacio*, *Talacio*. Sería largo referir la historia de esta voz, para los estrechos límites de un discurso, baste decir que *Talacio*, el más bello de los romanos, se casó con una de las más bellas de las Sabinas que robaron los Latinos. La hermosura de los dos hizo este casamiento muy solemne, y como él fué siempre venturoso; la invocación *Talacio* en las bodas de los Romanos, daba a entender que todos deseaban un igual destino a los nuevos esposos.

Esta sola exclamación se usaba todavía en el tiempo de Pompeyo; se le añadieron después los versos *fascesinos* que eran extremadamente obscenos:

Procax
Fascemina locutio
 Cátulo

El tierno y delicado Cátulo fué el primero de su nación que redujo el Epitalamio a un poema regular; desterró la obscenidad de las palabras; pero siempre en su obra se siente alguna lubricidad en el sentido.

Estacio, ha sido más modesto en sus *Epitalamios*; Claudiano indecente; por último, el *Epitalamio* de Ausonio; que, por otra parte, es una excelente rapsodia de Virgilio, jamás podrá leerse sin rubor, obra que se perpetúa para eterna vergüenza del ingenio.

Los modernos no han mirado con mucho aprecio este género de composiciones, sea por la dificultad del suceso, sea también por el poco honor que le resulta al poeta. Con todo, Bucanan, entre los escoceses, Malherbe y Rousseau, entre los franceses, y otros, se han desempeñado con felicidad. Yo no he leído nada de estos grandes hombres sobre este punto, a excepción de algunos trozos, que vea en los diccionarios, y en algunos cursos de bellas letras; pero sus nombres respetables hablarían en su favor, aunque no hiciera su elogio el sabio autor de los tres siglos de la literatura.

De Malherbe, tengo tres odas sublimes; una a Enrique el Grande, otra consolatoria a Du Perrier, en la muerte de su hija, y otra a Luis Trece en su expedición contra Rochela. Esta última sola, descubre en el Poeta, un genio verdaderamente pindárico.

Nuestros españoles también han epitalamizado. Desde los tiempos en que Lope de Vega, Calderón, Moreto, y mil otros, fueron los Príncipes del Teatro, casi no hay una comedia, entre el inmenso cúmulo de ellas, en que no haya una pequeña canción que no pueda llamarse *Epitalamio*, cuando casa algún personaje de la Fábula. También recuerdo haber leído algunos *Epitalamios* españoles en forma de poemas; pero no podré señalarlos tan distintamente como hice con los antiguos, a quienes trato con más frecuencia; principalmente a los latinos.

¡Oh, mi Horacio, mi dulce, mi eterno amigo; componga en adelante malos versos, si pasare algún día de mi vida

gongorina, lejos de ennoblecer y dar majestad a la poesía, le enervan su vigor divino; la abaten y la ridiculizan.

Pero los aristarcos parece que ya se fastidian de una tan seca y estéril narración! para explayar, pues, su arrugada ceja, sería preciso hablar ya sobre el estilo del Epitalamio, refiriendo algunos bellos pasajes de los célebres epitalamistas que he citado, añadiendo por corona del discurso, algunas observaciones sobre las partes de que debe componerse esta especie de poesía.

Aunque no tengamos leyes particulares para esta composición, me parece que la naturaleza misma del Epitalamio decide del tono en que debe cantarse; pues en todo género de poesía, cada objeto particular exige su particular estilo, sus colores, sus imágenes, y aún su metrificacón.

El Abad Joannet, en sus elementos de la poesía francesa, cree que el mejor modo de hacer un Epitalamio es contenerlo en una alegoría que junte todas las partes, bajo de un solo punto de vista, y Mr. Souchai exige que la ficción sea justa, ingeniosa, propia y conveniente.

Como el Epitalamio es destinado a inspirar alegría, su estilo debe ser natural, sólo admite imágenes placenteras, y descripciones agradables; el sentimiento debe brillar por todas partes. Salomón abunda en todo esto maravillosamente:

Surrexi, ut aperirem dilecto meo; manus meas stilaverunt myrrham...

Anima mea liquesfacta est...

Fulcite me floribus, stipate me malis: quia amore langueo...

Donec aspiret dies et inclinentur umbræ vadam ad montem myrrhæ et ad collem thuris...

Surge propera amica mea, columba mea, formosa mea et veni.

Jam enim hiems transiit, imber abiit, et recessit Flores apparuerunt in terra nostra, tempus putationis advenit: vox torturis audita est.

¡Pero, que, sin pensarlo yo estaba trasladando todo el cántico de los cánticos!

Cátulo, en su Epitalamio a Julia y Manlio, se expresa con naturalidad y sentimiento:

Ad domum dominam vocat,
 conjugis cupidam novi
 mentem amore revinciens.
 Ut tenax hedera huc, et huc
 arborem implicat errans,
 vos item simul integre
 virgines, quibus advenit
 par dies agite, in modum.
 dicite, o Hymenaeae hymen
 Hymen, o Hymenaeae.
 Te suis tremulus parens
 invocat, tibi virgines
 zonula solvunt sinus;
 Te Hymen cupida novos
 captat aurae maritos.

Aunque en estos dos pasajes *toto coelo distant*, es preciso observar que, en el primero, la poesía está elevada a la grandeza de su origen, y es Dios, esto es, el primer poeta, el que habla por la boca de Salomón.

Si el Epitalamio, como hemos dicho, es una canción que comprende las alabanzas de los esposos, y los votos por su felicidad, se conoce claramente que estas son las dos partes principales. La primera exige todo el genio del poeta, porque las alabanzas deben ser ingeniosas, naturales y convenientes; por esto los Epitalamios y todas las composiciones de este género son regularmente el escollo de los poetas. Las alabanzas serán ingeniosas si salen del fondo mismo de la ficción; serán naturales, si no exceden la verosimilitud poética; serán convenientes, si son acomodadas al sexo, a la condición, y al mérito de las personas.

David, Salomón, Teócrito y Cátulo nos van a suministrar ejemplos que confirmen estas ideas.

David en el salmo citado:

Speciosus forma prae filiis hominum, diffusa est gratia in labiis tuis: propterea benedixit te Deus in aeternum.

Accingere gladio tuo super femurtuum, potentissime.

Specie tua et pulchritudine tua intende prospere procedo, et regna.

No será fuera de propósito poner aquí la bella traducción de nuestro ilustre paisano don Pablo de Olavide.

«Tú eres el más hermoso, el más perfecto
 »entre todos los hijos de los hombres,
 »porque de gracia están tus labios llenos,
 »Tan hermoso, tan dulce, tan amable,
 »que al mismo Dios enamoraste, haciendo
 »que fije en ti sus ojos soberanos
 »y te bendiga con amor eterno,
 »Cíñete, pues, la espada y haz que cuelgue
 »sobre tu muslo el formidable acero,
 »aunque no necesites de estas armas
 »para que obtengas todos tus deseos,
 »Te basta tu hermosura y gallardía
 »para domar aún al más soberbio;
 »preparate a venir y corre pronto
 »a tomar posesión de tu alto reino.»

Salomón en cada palabra ofrece un ejemplo tan sublime y perfecto que deja siempre dudosa la elección. Apuntaremos uno solo:

Viderunt eam filiae, et beatissimam praedicaverunt, reginae et concubinae et laudaverunt eam.

¿Quae est ista, quae progreditur quasi aurora conesturgens, pulchra ut luna, electa, ut sol, terribilis ut castrorum, acies ordinata?

¿Qué palabra hay en todo este lugar que no sea una imagen tan bella que encante, o una expresión de sentimiento tan sublime, que arrebate y entusiasme?

Teócrito también ofrece cosas grandes al espíritu y al corazón en el Epitalamio de Helena, que ya hemos alabado.

Después de haber dado coronas de jacintos a las jóvenes de Lacedemonia les hace celebrar de este modo la felicidad de Menelao:

«Tú has venido a Esparta bajo los auspicios más felices. Entre los semi-dioses, tú eres sólo digno de ser yerno

»de Júpiter. Tú eres el esposo de Helena; las Gracias la acompañan; los Amores están en sus ojos; ella es el ornamento de Esparta, así como el ciprés es el honor de nuestros jardines».

Después se vuelve a Helena y le dice:

«Nosotros formaremos una guirnalda de flores; la suspendaremos sobre un plátano, y lo perfumaremos en tu honor. En la corteza del plátano grabaremos estas palabras: *Honradme todos; yo soy el árbol de Helena*».

Como el Epitalamio sólo admite imágenes agradables, que exciten alegría, se ve que el bello pasaje de Cátulo, en su segundo Epitalamio no está colocado muy oportunamente. El introduce un coro de jóvenes y otro de vírgenes, que cantan alternativamente las incomodidades y los placeres del matrimonio.

Los versos cantados por las vírgenes son estos:

Ut flos in septis secretus nascitur hortus,
 ignotus pecori, nullo contusus aratro,
 quem mulcent aurae, firmat sol, educat
 imber: multi illum pueri multae optant
 vere puellae;
 mille illum pueri, mille optavere puellae.
 Sic virgo dum intacta manet, tam cara suis,
 sed cum castum amisit polluto corpore florem
 nec pueris jucunda manet, nec cara puellis.
 Hymen, o Hymenaeae: ades, o Hymenaeae.

Aunque este lugar sea de una belleza y delicadeza imponderables ¿quién no concibe tedio por el himeneo con los cuatro últimos versos? ¿Cómo conciliar este odio de las vírgenes por Himeneo, con la invocación ardiente de Himeneo?

Siendo tan natural el desear que sean felices los nuevos esposos, es preciso convenir en que es otra parte del Epitalamio, la forma de los votos por la felicidad.

David, hablando con la esposa de su canto, dice así:

*Et filiae Tyri in muneribus vultum tuum deprecabuntur,
 omnes divites plebis.
 Pro patribus tuis nati sunt tibi filii: constitues eos principes
 super omnem terram.*

Memores erunt nominis tui in omni generatione et generationem.

Olavide: «Y las hijas de Tyro

»vendrán a presentarte dones ricos
 »acompañados de rendidos ruegos.
 »Y tú, esposa adorada, si perdiste
 »patriarcas y otros que tus padres fueron,
 »como eres tan fecunda, tendrás hijos
 »que sabrán sostener tu santo imperio.
 »Príncipes los harás de tus estados,
 »y ellos, con vivo y fervoroso celo,
 »trabajarán fieles en servirte,
 »y en hacer que prospere tu gobiernó.
 »Conquistarán provincias y regiones,
 »naciones vastas, numerosos pueblos,
 »a todas partes llevarán tu nombre,
 »y lo harán conocer al Universo».

Salomón en su sentido todo espiritual y divino habla de este modo:

Surge Aquilo, et veni Auster, perfla hortum meum, et fluant aromata illius.

Aquae multae non poterunt extinguere charitatem, nec flumina obruent illam.

Teócrito forma estos versos por la felicidad de los esposos, cuando canta:

«Venus os inspire un amor mútuo y duradero;
 »Latona os conceda una posteridad feliz;
 »Júpiter os colme de riquezas, que trasmitáis
 »a vuestros descendientes».

Cátulo, finalmente:

*Bona te Venus
 Juverit quoniam palam
 quod cupis capis; et bonum
 non abscondis amorem.
 Ludite, ut lubet, et brevi*

liberos date... volo parvulus
 matris e gremio suae
 porrigens teneras manus,
 dulce rideat ad patrem,
 semihiante tabella
 et pudicitiam suae
 matris indicet ore.

At boni
 conjuges, bene vivite, et
 munere assidue valentem
 exercete juventem.

Yo he encerrado toda la segunda parte del Epitalamio en este solo verso: «Y Alma Fecundidad, la unión bendice». ¿Cuánto da a entender esta sola bendición de la Fecundidad?

Por lo que hace a la metrificacón y al número, no tenemos preceptos particulares. Cátulo en tres *Epitalamios* ha empleado tres especies diferentes de verso.

Yo he preferido la silva, por ser más fluida, más natural y acomodada a la ficción que he elegido.

Concluyamos de todo, que los *Epitalamios* son unas canciones en honor de los nuevos esposos, que su estilo debe ser natural, sensible y agradable; y que sus dos partes principales son: las alabanzas a los esposos, y los votos por su felicidad.

Yo me admiro de haberme detenido tanto en una materia tan odiosa para mí. Nada aborrece tanto un poeta como al Himeneo. Y así como sólo la amistad pudo obligarme a esparcir flores sobre el lecho nupcial del Conde del Villar, así también sólo el precepto imperioso de otro amigo pudo hacerme escribir tan dilatado discurso.

Está bien que los hombres solemnicen con transportes de júbilo el principio de la más sagrada de las sociedades; pero, el ojo del poeta sólo mira espinas punzantes donde el resto de los hombres mira rosas y flores esparcidas.

JOSÉ JOAQUÍN DE OLMEDO





AURELIO BOMAN

ALBERTO M. GOMEZ

INDICE

ARTURO BORIA

Págs

ALFREDO BAQUERIZO MORENO

El último adiós	5
Rimas	5
Anhelos y temores.—(Imitación de Schelley)	8

ADOLFO BENJAMIN SERRANO

Versos	10
------------------	----

ANTONIO C. TOLEDO

Veinte años	12
-----------------------	----

ALBERTO LARREA CH.

De un sueño	14
-----------------------	----

ALFONSO MOSCOSO

Los aserradores	15
A mi negra	17
El viejo de la esquina	19
Mi canción de año viejo	21

AURELIO FALCONI

Sangre latina	23
Los nevados	23
Nota de color	24
Aire de romanza	24
Lo triste es así	25
Lago sombrío	25
Fiesta floral	26

Salón antiguo	28
Fuga doliente	28

AURELIO ROMAN

La musa de tez pálida	29
---------------------------------	----

ALBERTO M. GOMEZ

Crepuscular	30
-----------------------	----

ARTURO BORJA

Visión lejana	31
Mujer de bruma	32
Te haré una rima	32
Rosa lírica	33
Por el camino de las quimeras.—Para ella	33
En el blanco cementerio	34
Madre locura	35
Bajo la tarde	35
Voy a entrar al olvido	36
Aria galante	36
Primavera mística y lunar	37

ANGELA CAAMANO DE VIVERO

Soneto	39
------------------	----

ANTONIO MERCHAN

A la muerte	39
-----------------------	----

ANGELA C. DE MALDONADO

El anillo nupcial	40
-----------------------------	----

ALFONSO PALLARES

Huaciana.—(Pequeño poema indiano)	40
Anhelos	43

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

Epístola	44
--------------------	----

CESAR BORJA

Paisaje de las cordilleras	45
Dios, Patria y Libertad	46
Sombras	47
Madre natura	51

	<u>Págs</u>
Madre tierra	52
El fuego	55
CELIANO MONGE	
Los titanes	55
CESAR DAVILA CORDERO	
San Francisco	56
CARLOS CARBO VITERI	
Olas, aves y brisas	57
CARLOS F. GRANADO GUARNIZO	
El agua	58
C. A. ARROYO DEL RIO	
Ave sin nido	59
La Libertad	60
DOLORES VEINTIMILLA DE GALINDO	
Quejas	64
A mis enemigos	65
Sufrimiento	66
La noche y mi dolor	66
EMILIO GALLEGOS DEL CAMPO	
Los mendigos	68
Los del arte.—Los pintores.—El lienzo	68
Los escultores.—El mármol	69
ERNESTO NOBOA CAAMANO	
Aria de otoño	69
Emoción vespéral	71
Trova de juglar	72
En la tarde de sol	74
Brisa de otoño	75
Bíblica	76
Retrato antiguo	77
EMILIO ALZURO ESPINOSA	
Gobelino	78
Tragedia blanca	78

FRANCISCO J. FALQUEZ AMPUERO

- Salambó.—(Impresión del libro de Flaubert) 79
 Quand même 80

FRANCISCO GUARDERAS

- Aspiración 81

FÉLYPE L. VERA

- Nashua.—En el santuario: después de la última oración 82
 Norka.—En la nocturna danza 82

FRAY AGUSTIN DE RIOBAMBA

- La fe 83
 El poeta 83

FRANCISCO CHIRIBOGA B.

- Heroísmos 88

GABRIEL GARCIA MORENO

- A la patita 88

GONZALO CORDERO DAVILA

- Extraña.—Para María Nataña Vaca 90
 Bartolo.—En la muerte de un labriego de mis tierras 91

GUILLERMO BUSTAMANTE

- Moderna heroína 95

GONZALO ESCUDERO MOSCOSO

- Va el bohemio 98

HONORATO VAZQUEZ

- Hecos 100
 A orillas peruanas.—Del Macará 101

HUMBERTO FIERRO

- Pascua de Resurrección 105
 Aria melancólica 106

IGNACIO ROCA

- Una lágrima 107
 A mi madre 107

ISAAC J. BARRERA	
Sobre un tema viejo	110

ISIDRO DEL CAMPO

De mis lises y de mis rosas	111
---------------------------------------	-----

JOSE JOAQUIN DE OLMEDO

Al vencedor de Miñarica.—(Fragmentos)	112
A un niño.—Soneto	114
Epitalamio	115
La victoria de Junin.—Canto a Bolívar	119

JOSE MARIA EGAS

Canción gris	143
En tono menor	143
Almas brujas	144
A la Gioconda	146

JORGE CARRERA ANDRADE

Las barcas	146
----------------------	-----

J. A. FALCONI VILLAGOMEZ

El rondador.—Motivo indígena	147
Ruth adora los cisnes.—Para F. Guarderas	150
En la hora gris	150
De las sendas iluminadas.—En el jardín	153
Acuarela	153
Pictórica	154
Cromo brillante	154
Croquis andino	154
La lluvia, mi hermana	155

J. TRAJANO MERA

El regreso a mis montañas	156
La boyada	159

JUAN ABEL ECHEVERRIA

La belleza ideal	160
¿Y después?	160

JUAN ILLINGRORTH

Safo	162
----------------	-----

JUAN LEON MERA

- A «La Unión Ibero-Americana» 162
 El yaraví 164

JULIO E. MORENO

- La batalla del Pichincha 166
 Presentimiento 172

JULIO MATOVELLE

- Una ganancia es morir 173

JULIO ZALDUMBIDE

- Flota en los aires 175
 La mañana 176
 La tarde 179
 A las flores 182

LEONIDAS PALLARES ARTETA

- Madrigal 182

LUIS CORDERO

- El árbol y sus renuevos 183
 Matrimonio en artículo de muerte 183
 La República 184
 Aplausos y quejas.—Al inspirado cantor de la raza latina don
 Olegario V. Andrade 184
 Los ríos y la vida 200
 ¡Adiós!—Elegía a la muerte de mi esposa.—(Fragmento) 202
 A ti 207
 Soneto 208

LUIS E. GOMEZ GONZALEZ

- Remembranzas íntimas 208

LUIS F. VELOZ

- Horas crueles 209

MANUEL GALLEGOS NARANJO

- La poesía 211

MANUEL MARIA SANCHEZ

- ¿Paz?... 211
 Alma de artista 213

MANUEL N. ARIZAGA

A Guayaquil	215
-----------------------	-----

M. E. CASTILLO Y CASTILLO

El octavo día	215
Camino de perfección	216

MARIA NATALIA VACA

Sonando	219
-------------------	-----

MARIETA DE VEINTIMILLA

Al Pichincha	220
Yo sé!	221

MEDARDO ANGEL SILVA

Estancias	222
Suspira de profundis	225
Leyenda	227
Inter umbra	228

MERCEDES G. DE MOSCOSO

A su retrato	228
Adiós a Lima	229
En su album	231
Recuerdos	234

MIGUEL ANGEL CORRAL

Tú que adorada siempre	237
----------------------------------	-----

MIGUEL ANGEL BARONA

Deprecación	239
-----------------------	-----

MIGUEL E. NEIRA

Veneciana	240
Fiesta janícula	241

MIGUEL MORENO

Canta	244
-----------------	-----

MIGUEL VALVERDE

Oremus. — (Glosa)	246
A mi hijo	248

N. CLEMENTE PONCE

- Una paradoja 251

O. NICOLAS A. CAÑIZARES

- Romance de angustia 251

NICOLAS AUGUSTO GONZALEZ

- A Martín García Merou 252
Mi ilusión 254

ANUMA POMPILIO LLONA

- Soneto 255
A unos cabellos rubios.—A don Gaspar Núñez de Arce. 256
Los caballeros del apocalipsis.—(Cuadro de Mr. Cluysenaar) 257
Odisea del alma. — (Fragmentos) 259
Las ilusiones perdidas.—(Cuadro de M. Cleyre) 260
El Quijote 265
A España 266
La bandera del Ecuador 266

PIEDAD CASTILLO DE LEVI

- Postal 267
A la Gioconda 267
Aspiración 268

P. JACINTO DE EVIA

- Una gitana al niño Jesús 268

P. JUAN BAUTISTA AGUIRRE

- A Guayaquil 269

P. RAMON VIESCAS

- Sueño sobre el sepulcro del Dante 271

PABLO HANNIBAL VELA

- Mi musa 274

QUINTILIANO SANCHEZ

- Arbol cortado 275

RAFAEL CARVAJAL

- Impresión a la vista del mar 277

RAFAEL GARCIA GOYENA

Los perros. — (Fábula) 278

REMIGIO CRESPO TORAL

Liras nuevas 280

Sucre 284

¡Acuérdate de mí!—A mi madre, en el aniversario de su muerte. 289

Corceles y cóndores 291

La despedida de los dioses.—(Leyenda de Arte) 293

«El Requiem de Mozart»—(Leyenda de Arte). 296

Bodas de plata 300

La muerte del ciervo 302

Plegaria 305

El adiós de la lira 307

REMIGIO ROMERO LEON

Reservistas 310

Mis juguetes 311

ROBERTO ESPINOSA

Confidencias 312

VICTOR H. ESCALA

Tríptico. — A la patria 313

A Quito 313

Los reservistas 314

VICTOR M. GARCÉS

España y América.—A César E. Arroyo y Homero Viteri Lafron-
te, fervorosos propagandistas de la Unión Hispano-Ame-
ricana 314

VICTOR M. RENDON

La columna.—A los próceres del 9 de Octubre de 1820. 317

WENCESLAO PAREJA

Agua fuerte 325

Las palmas 326

La voz del río 327

Canción del fracaso 328

Apéndice 331

MUSICOLOGIA LATINO-AMERICANA

LA MÚSICA POPULAR

Y LOS

Músicos célebres de la América Latina

por

L. Cortijo A.

El competentísimo autor de esta obra novísima, la primera en su género, ha merecido los mejores elogios de la crítica por el arte, la habilidad y el conocimiento con que ha sabido dar cima a su trabajo, que tiene por mira propagar y poner al alcance de todos la música popular, los músicos célebres, los instrumentos indígenas de América y las composiciones más sobresalientes de los autores de cada país americano. Da a conocer además, este libro único, el origen de la música americana y de los cantos populares, siendo también notables las anotaciones históricas y las biografías, la relación de obras clásicas musicales y del repertorio moderno, desde la época colonial, que supone un perfecto estudio de los archivos y bibliotecas y una labor digna de loa. Este libro, recomendable para cuantos por sus aficiones y por sus entusiasmos cultiven el arte de la música, forma un voluminoso tomo de 446 páginas, con grabados,

Encuadernado en rústica: 6 ptas.

En tela: 8 ptas.